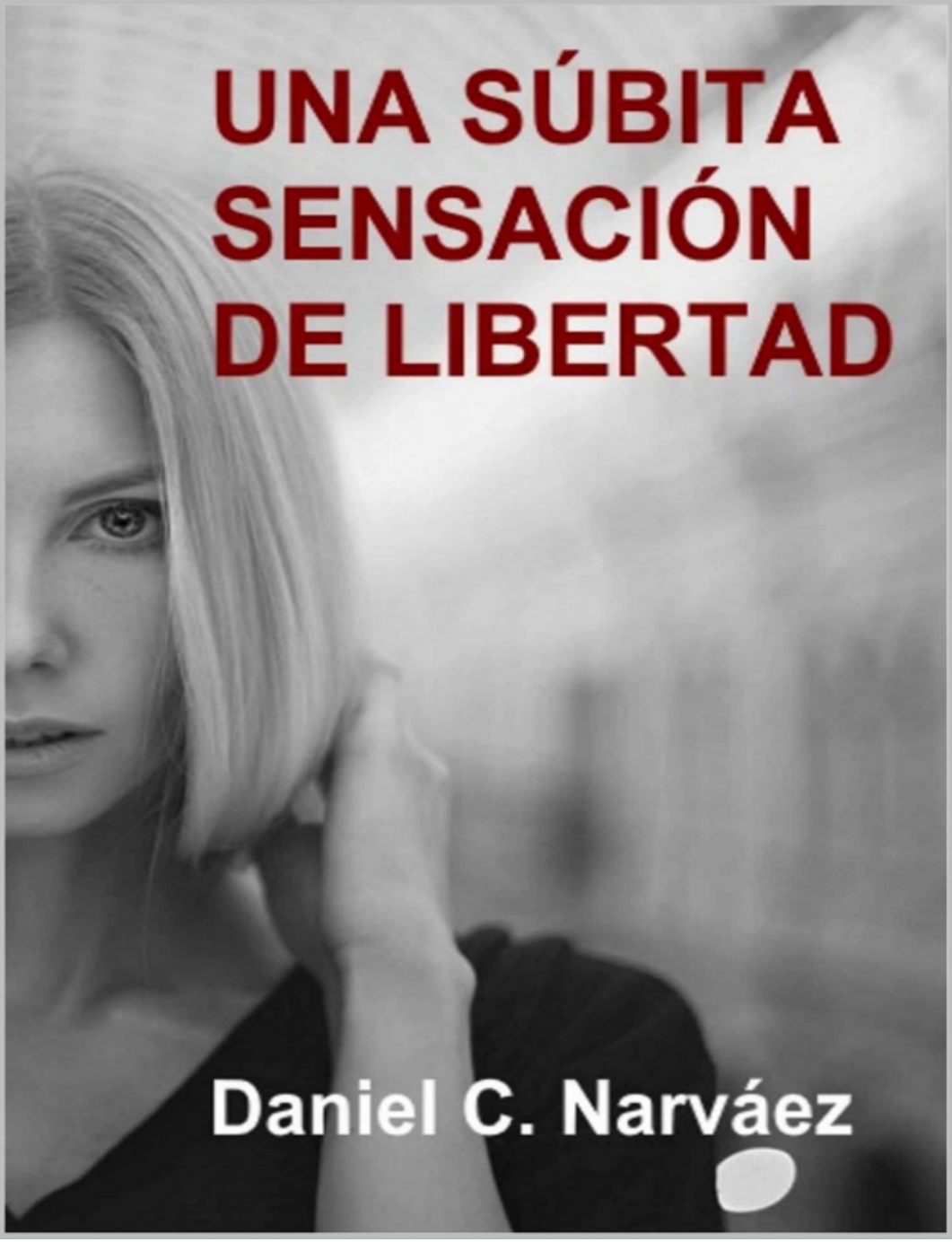

UNA SÚBITA SENSACIÓN DE LIBERTAD
Daniel C. Narváez

Una súbita sensación de libertad

Daniel C. Narváez

Título original: Una súbita sensación de libertad.

Primera edición: 2019.

© 2019, Daniel C. Narváez.

Fotografía de portada: Tatiana Romanovich (foto de Alexander Kataev)
Fotografías de interior: Engin Akyurt y Milada Vigerova (www.pixabay.com)

Esta es una obra de ficción. Cualquier parecido con la realidad es mera coincidencia. Todos los personajes, nombres, hechos, organizaciones y diálogos de esta novela son producto de la imaginación del autor.

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 9781091343009

AGRADECIMIENTOS

A la cantante y compositora Ys Atlov por autorizarme a emplear su versión del tema *True Faith*. A Ivan Lysenkov y al grupo Septem Voices por su amabilidad al permitirme citar parte de la canción воин. Al grupo Visions of Atlantis por hacer lo propio con su canción *The deep and the dark*. Al fotógrafo Alexander Kataev y a la modelo Tatiana Romanovich por autorizar el empleo de la fotografía para la portada. A Marta Pérez Ruiz por su apoyo incondicional durante la redacción de esta novela. A Fátima Gil por sus comentarios y valoraciones referidos a los personajes femeninos.

El secreto de la existencia humana no sólo está en vivir,
sino también en saber para qué se vive
Fiódor Dostoyevski

1.

Jana Navrátilová comenzó la mañana llevando a sus hijos al colegio. Tras dejarlos, fue al banco a pagar unas facturas y luego al supermercado. Cuando entró por la puerta sintió un extraño escalofrío. “Debe ser la fiebre. Menudo día me espera, ojalá no se complique más de lo necesario” pensó mientras cogía una cesta de plástico del montón que se encontraba en la entrada.

Se detuvo en el lineal de productos infantiles para comprar una crema hidratante cuando sintió que alguien le golpeaba la cesta y se la apartaba de malas maneras. Se giró y vio a una de las empleadas que estaba limpiando el suelo sentada en una voluminosa fregadora.

—Disculpa —dijo Jana enfadada—, pero si te molesto me pides permiso, educadamente, para que aparte la cesta.

—Si estás en medio no puedo limpiar.

—Si estoy en medio te aguantas —le replicó.

—Oye, no puedo perder tiempo contigo.

—¿Qué no puedes perder tiempo conmigo? ¿Tú de que vas? ¿Tú quién te has creído que eres para tutearme y faltarme al respeto de esa manera?

Jana continuó con la compra y llegó hasta la línea de cajas. Depositó los artículos en la cinta y esperó a que la cajera comenzara a pasarlos por el lector. Cuando cogió una caja de cereales, golpeó un bote de refresco y éste cayó al suelo.

—¡Vaya por Dios! —dijo la cajera, que se limitó a coger el bote y ponerlo de nuevo en la cinta.

Jana se dio cuenta que el bote se había abollado y la parte superior se había combado. La cajera lo cogió.

—¡Eh! —exclamó Jana—. ¿En serio? ¿Me vas a cobrar ese bote que se te ha caído y está defectuoso?

—Si no lo quieres vas a por otro —respondió la cajera sosteniendo desafiante la lata.

—No lo quiero y no voy a ir por otro. Además ¿tú quién te has creído que eres para hablarme de esta manera?

—A ver si aprendes a poner las cosas en la cinta, no es tan difícil. Lo pones mal y se te cae.

—¿Me estás diciendo que yo he puesto mal las cosas? ¿Tú de qué vas? Se te ha caído por torpe.
—Eso no es verdad.
—Mira, yo soy la cliente. Supongo que te lo habrán dicho en algún momento: “el cliente siempre tiene la razón”.
—Bueno, si… pero si no la tienes ¿qué?
—No tienes ni puta idea. La frase significa algo más que las propias palabras: al cliente lo debes de tratar bien tenga o no razón.
—Pues mire usted… No tengo tiempo para estar discutiendo con usted.
—¿Qué pasa aquí? —dijo una mujer—. Soy la encargada.
—Pues deberías poner un poco de orden ¿no? —dijo Jana enfadada.
—¿A qué te refieres? No te van a cobrar el bote y listo. No es para tanto.
—Ya vale. Pero a ver si tu personal aprende a ser un poco más educado —dijo Jana intentando calmarse.
—Le agradezco sus sugerencias, pero aquí funciona así.
—Anda y que te den… —dijo Jana molesta recogiendo la bolsa con la escasa compra y saliendo del supermercado.
Tras terminar en el supermercado fue al cajero que estaba enfrente. Tuvo que esperar. Había una pareja delante. Ella era una mujer de unos treinta años. Llevaba a cuestas a un niño de unos dos años. Él era fornido, fuerte, con brazos que amenazaban romper la ropa. Él, con las manos en los bolsillos, estaba esperando que ella terminara de teclear el número del pin para acceder a las operaciones del cajero; una tarea que se le dificultaba al tener que sostener al niño con un brazo apoyando el peso en la cadera.
—No podías haber cogido dinero, no. Para variar te lo tienen que dar todo hecho —dijo la mujer.
—Para eso trabajo —replicó él—. Del resto te encargas tú.
—Ni un par de monedas. Ni eso.
—Es lo que hay.
—Sólo quería un puto café —protestó ella—. Que me he pasado la noche en vela con el niño.
—No te quejes, para eso querías tener un niño.
—Un puto café.
Jana observó como él, con gesto chulesco se alejaba del cajero mientras la mujer trataba de coger el dinero y la tarjeta para guardarlo todo en el monedero. El niño no soltaba a su madre y ante el ademán de dejarlo en el suelo, emitió un quejido que podía significar una rabieta descomunal.
—Deja que te ayude —dijo Jana—, te aguanto al niño.

La mujer la miró y tras dudar un instante le dio las gracias y dejó que Jana cogiera el niño. Cuando terminó la mujer le volvió a dar las gracias y regresó junto a su pareja.
—Eso es, mola, ahí está, solidaridad femenina —exclamó él con una sonrisa de oreja a oreja—. Eso es lo del empoderamiento y todo eso ¿verdad? —le dijo a la mujer antes de comenzar a cruzar la calle.
Jana solo pudo pensar una cosa: «gilipollas». A lo que añadió una profunda reflexión sobre el rumbo que estaba tomando el día.

Media hora después, llegó al centro de salud. Una inoportuna gripe la tenía agotada. Tanto que decidió poner el cartel de cerrado por enfermedad en su cafetería. En pleno mes de diciembre no había mucho trabajo y sí demasiadas horas muertas sin clientes. Pensó que por un par de días no pasaría nada. Tomó asiento en la sala de espera, que, por cierto, estaba llena de gente con la misma afección que ella. Este año la gripe había mutado de tal manera que ni los que se habían vacunado se libraban de padecerla. Hasta el médico había caído enfermo y, debido a la falta de presupuesto, los médicos restantes se hacían cargo de sus pacientes ante la negativa de las autoridades para contratar a un sustituto.

Jana esbozó un pensamiento: «Han saqueado las arcas de tal manera que no tienen nada. Mucho proyecto faraónico, mucha estupidez megalómana y no pueden atender al ciudadano».

Estaba en estos pensamientos, tratando así de evitar pensar en el dolor de cabeza, los escalofríos, la fiebre y el dolor muscular, cuando junto a ella se sentó una mujer mayor, debería pasar los sesenta y cinco años. Llevaba el pelo teñido de rubio y vestía llamativas ropas de colores. Sus pendientes de oro hacían juego con una gruesa cadena del mismo metal que estaba presidida por una enorme medalla de la Virgen. Tenía porte altivo, o al menos trataba de tenerlo elevando la cabeza y mirando a su alrededor hacia abajo, en una pose grotesca.

Jana tuvo un pensamiento rápido como un relámpago. Sospechó que estaba a punto de desatarse un pequeño infierno. Apenas terminó de pensarlo cuando la mujer a su lado extrajo el teléfono, marcó un número y comenzó a hablar en un elevado tono de voz sin pensar que sus palabras podrían molestar.

Al principio, Jana no prestó demasiada atención. Cuestiones familiares: una sobrina recién casada, otra a punto de terminar la carrera de Derecho y con un novio muy majo cuya máxima virtud era trabajar en el Ayuntamiento, puesto que, tal y como aseguraba la señora, se debía a la ayuda de un concejal amigo de la familia.

Luego siguió contando la vida de un primo fallecido, hacía ya un año, que estaba muy mal de salud. Pero de repente la conversación dio un giro e hizo que Jana, disimuladamente, prestara atención.

—Pues sí, maja, ayer terminó el curso de cine en la Universidad. Empezó bien, con las películas antiguas y luego las buenas, las que se hacían en los cuarenta y los cincuenta. Pero luego comenzó a contar que, si con la Transición el cine se hizo libre e interesante y mira, ahí ya sí que no. Yo se lo dije. Que todos esos directores son unos sinvergüenzas, que solo sacan el dinero a la gente para hacer esas mierdas de películas. Bueno, pues va y me replica, a mí, diciendo que por qué no había protestado por el tema de las subvenciones cuando estaba la dictadura, ya ves: dictadura dijo. Toda esta gente joven que no han vivido con Franco no tiene ni idea. Dictadura, ¡por Dios! Ya me conoces, le dije que si daban ayudas era porque eran películas de interés nacional. No te lo vas a creer. Me dice, ahí delante de todo el mundo, si realmente pienso que las películas de falangistas y curas tienen algún interés. Luego empezó a hablar de los estudios de cine, donde se hacen las películas. No sé quién, desde el fondo le preguntó por los estudios que había en Alicante, y en vez de responder comenzó a hablar de política. Pero eso sí, de la que a él le interesa. Todo eran mentiras. Que si Zaplana, que si Camps, que si los amigos de los políticos. Ya le dije yo: eso es política, no procede en el curso. Y me suelta que de política nada, que es el mundo del cine. Pero ya te digo, mentiras, porque él mismo reconoció que todo se lo había contado un amigo, a saber, qué clase de amigo, porque dijo un nombre que era extranjero, y esa gente son una pandilla de ateos y rojos. No sé, un nombre rarísimo, a mí me parecía ruso y esos son todos comunistas. Y claro, tú me conoces, yo le dije que ya que citaba nombres de gente y que son honrados por más que la propaganda roja lo haya querido tergiversar, por qué no decía nada de todos esos que se dicen actores y que viven en América. Que son unos hipócritas y unos ladrones, que trabajan fuera de España y se llevan el dinero fuera. Pues no, va y me dice que la gente tributa donde reside, donde tienen el domicilio fiscal. ¿Será posible? ¿No son españoles? Pues que paguen aquí. Mira tú todos esos emigrantes que están aquí. ¿Dónde pagan impuestos? En España. No les mandan el dinero a sus países. Estaría bueno, encima que les damos de comer. Luego, sigue como si nada, ignorándome, y va y pone una película de Pilar Miró. Diciendo que mostraba el caciquismo de los terratenientes. Se lo dije muy claro: ¿de esa que dices? Una ladrona, que se pulió millones de pesetas en trajes, seguro que no

dices nada de esa. No hija, no. La gente de detrás comenzó a decirme que me callara, pero ya verás cómo lo pille en otro curso. Va y salta uno y dice que si somos inmovilistas en este país. Yo me volví y le dije: "inmovilista tú". Habrase visto. Si hija, sí. Ya ves, uno que cuando era joven era del sindicato comunista, que se pasaba los días en manifestaciones. Decir que yo soy inmovilista. Pero, agárrate, dijo que Delibes hizo lo mismo en no sé qué novela. Delibes, ¿te lo crees? Con lo cristiano que era Delibes y este greñudo poco más que intentando decir que era un comunista. Lo peor fue lo del final. Puso una película en catalán. Sí, estaba subtitulada, pero yo no voy a ver una película y pasarme el tiempo leyendo. Le dije que en España hablamos español y que las películas las tiene que poner en español. El muy maleducado me dijo que en España se habla castellano y que en algunas zonas hay lenguas propias, y que el catalán es igual o más antiguo que el castellano. Pero ¿de qué va? Si el catalán ni es una lengua ni es nada. Pero agárrate, casi toda la clase aplaudiéndole al final, y se acercaban a felicitarle. Como si fuera verdad lo que dice. Hasta le daban la enhorabuena y le decían que pasara de mí. ¡De mí! ¿Te lo puedes imaginar? Ya te digo que se ha llenado de rojos. Lo que hay que aguantar. Que la Universidad permita eso es un escándalo. A dónde vamos a ir a parar. No te lo puedes ni imaginar: nada de traje, ni corbata, ni arreglado. Un greñudo que seguro que les vota a esos comunistas bolivarianos. Pensar que esa escoria es la que enseña a la juventud. Así están luego, sin valores, drogadictos y borrachos. Menos mal que mis nietos son personas muy rectas. Cada domingo, todos juntos a misa, luego a pasar la mañana en la finca y ver cómo va la cosecha de uva. Ya sabes que el de en medio ha empezado a trabajar en el concesionario del padre, aún no ha acabado la carrera, pero es muy bueno con los números. Las chicas muy bien, una a punto de empezar la Universidad, dice que quiere estudiar Comunicación Audiovisual. No sé, será como Periodismo. La otra aún está en Bachillerato, todo con sobresalientes. Eso dicen las monjas, y claro, nosotros en agradecimiento les hacemos una buena donación todos los años. El mayor está en el hotel. Sí, es el gerente. Se casa en septiembre. La mujer está embarazada. No. No, que va. ¡Por Dios! Se casará por la Iglesia como Dios manda. ¿El hotel? Pues muy bien, siempre lleno, hija mía, es un no parar. ¡Cuánto trabajo! Pero mira, hemos conseguido un convenio con una ONG, ellos dan un curso para las limpiadoras y las mandan de prácticas al hotel durante un mes, así todos los meses del año. Tenemos contratada a un par de limpiadoras, pero el resto son todo de prácticas. Claro, así

ellas tienen su certificado, la ONG recibe subvenciones de la comunidad autónoma y hasta de Europa, y nosotros deducimos en los impuestos, que oye, está todo fatal desde que gobernaron los socialistas este país no levanta cabeza, lo dejaron todo hecho una mierda. Bueno, sí, te llamo cuando termine y te sigo contando.

Jana agradeció que terminara la conversación y no dejaba de pensar en la mala suerte que había tenido. Había sentido la necesidad de decirle en un par de ocasiones que su visión del mundo era asquerosamente retrógrada. Pero le dolía la cabeza, los escalofríos era cada vez más continuos y sentía que empezaba a arderle la cabeza. Tan sólo quería salir de allí, llegar a su casa y meterse en la cama. Podría descansar hasta que fuera a recoger a los niños a las cinco de la tarde. Luego aguantar un poco más hasta la hora de dormir. Justo cuando estaba empezando a relajarse, sonó el móvil de la mujer y se inició una nueva conversación.

—Sí, dime. Sí, quiere estudiar Comunicación Audiovisual. ¡Ah! Pues no lo había pensado. El greñudo comunista es verdad que da clases ahí. Hablaré con mi yerno, porque es un riesgo que tenga ese tipo de profesores. Creo que mi yerno tiene un conocido en la Universidad de Navarra, el hizo allí la carrera. Así deberían ser todas las universidades, no como estas públicas que hay cada uno dando clase. Mi yerno sí que sería buen profesor, siempre de traje y corbata, con el pelo bien arreglado y engominado. Lleva una medalla de la Virgen…

—Señora, ya le vale —exclamó Jana—. Me tiene hasta las narices con su monólogo.

—¡Huy! ¡Que descarada! —dijo la aludida—. Te dejo que hay una que le molesta que hable —aclaró a su interlocutora por teléfono—. ¡A dónde vamos a ir a parar! No dejan ni que una hable libremente. Además, parece que es extranjera. Tiene pinta de rusa o algo así.

—Gracias a la libertad que tenemos puede usted reivindicar esa dictadura fascista y criminal sin que le pase absolutamente nada —argumentó Jana—, de criticar a quien no piensa igual que usted y a reivindicar a esa pandilla de delincuentes con sotana. Seguro que a ese profesor con que el que ha tenido problemas no le faltaba razón. Y no se tome la molestia de replicarme ni decirme absolutamente nada. No me interesa lo que una meapilas como usted tenga que decirme, usted vive en el pasado y ahí debería quedarse.

Tras terminar de decir esto, Jana se puso en pie y esperó su turno junto a la puerta de la consulta. Mientras, la señora la miraba sorprendida, abría y cerraba la boca como un pez fuera del agua y

su rostro, de color rojo brillante, parecía a punto de estallar.

—Jana Navrátilová —se escuchó la voz del médico llamándola para entrar a la consulta.

Media hora más tarde, Jana caminaba por la avenida Costa Blanca en dirección a la farmacia para aprovisionarse de paracetamol. "Vaya inicio de día. No creo que nada pueda hacer que se ponga peor" pensó mientras recogía la caja de pastillas. Decidió bajar hasta la playa para ver si la brisa marina la despejaba un poco. Cinco minutos, se había dicho. Luego a casa. A la cama y a descansar unas horas.

Miró el mar que estaba empezando a agitarse por efecto del viento que comenzaba a soplar. Se subió el cuello del abrigo y se cruzó de brazos. A pesar del dolor de cabeza y el malestar respiró profundamente sintiendo el aroma del salitre.

—¿Disfrutando el paisaje? —dijo una voz detrás de ella.

—Sí —contestó de manera automática antes de volverse.

Cuando vio a su interlocutor dio un paso hacia atrás. Un escalofrío le recorrió el cuerpo a lo largo de la espalda.

—Poncelet —murmuró al tiempo que miraba a su alrededor buscando a alguna persona para pedir ayuda.

—Jana, Jana. Parece que te va bien, ¿no? —dijo Poncelet acercándose a ella amenazadoramente—. No hay nadie. Esto en invierno está muerto. Y tú vas a estar muerta en breve. Había pensado en disfrutar de ti, como en los viejos tiempos, pero no merece la pena.

—No te acerques —dijo con voz ronca.

—Parece que alguien más te quiere fuera de circulación —dijo Poncelet mostrándole un mensaje en el móvil.

Jana leyó el mensaje: "Te has dejado muchos cabos sueltos". A continuación, había una foto suya en la cafetería. Le resultó familiar. Tras dudar un instante reconoció el momento: el día que estuvo hablando con Laura. Observó el número de teléfono del remitente del mensaje. Lo reconoció.

—¿Laura? —murmuró sorprendida.

—¡La del libro! —exclamó Poncelet— ¡La puta de mierda que escribió el libro! —comenzó a reír—. ¿Qué? ¿Creías que era tu amiga? Pues ya ves, me ha sugerido que acabe contigo. Tiene gracia. La gilipollas esa que escribió el libro y el imbécil de tu novio casi me arruinan el negocio.

—O mrtvých jen v dobrém[1] —dijo Jana.

—Bueno Jana, pónmelo fácil.

Al terminar la frase se acercó a ella. Jana intentó escapar, hizo el ademán de comenzar a correr, pero él la cogió del abrigo y la inmovilizó.
—¡No! ¡Por favor, no! —dijo Jana con voz quebrada e intentando huir de nuevo.
Poncelet tiró de ella hasta llevarla fuera del paseo. A continuación, caminando por la arena fue empujándola hasta llegar a las primeras rocas que delimitaban el inicio del Cabo de Las Huertas.
En esa época del año, la zona estaba poco habitada. La gente que residía allí durante todo el año a esas horas estaba trabajando en Alicante o alrededores. Era un perfecto ejemplo de barrio dormitorio construido a mediados de los años ochenta del siglo XX. Poncelet lo sabía y parecía disfrutar viendo como Jana buscaba con la mirada algún indicio de vida en los balcones o ventanas, un lugar al que poder dirigir un grito, un lugar donde encontrar una mirada que pudiera ayudarla. Pero no había nadie.
Poncelet siguió empujando a Jana hasta unas rocas, a un centenar de metros del último edificio de apartamentos, y donde se levantaba una casa blanca, la más veterana de las construidas en la playa de San Juan.
—¡Socorro! —intentó gritar Jana emitiendo tan solo una palabra rasgada.
Poncelet la tiró al suelo y se sentó sobre ella. A pesar de que Jana forcejeaba y trataba de darle puñetazos, él la dominó. Comenzó a tocarle el cuerpo tras desabrocharle violentamente los botones del abrigo. Logró meter su mano por debajo de la ropa y comenzó a apretarle los pechos.
—¡No! ¡No! —gritó Jana.
—En los viejos tiempos no te importaba —dijo él.
Ella le escupió, lo que hizo que Poncelet riera.

—Te gusta ¿verdad? —dijo él subiéndole el jersey, la camiseta y rompiéndole el sujetador—. Te sigue gustando.

Jana intentaba gritar y comenzó a llorar, aunque sin dejar de defenderse.

Poncelet comenzó a desabrocharle el pantalón sin que Jana, que no paraba de agitarse, pudiera hacer nada por evitarlo. Él sonrió y llevó una de sus manos al cuello de Jana. Comenzó a apretar. Jana pensó en sus hijos. Empezó a jadear sofocada por la mano, sintió la otra mano entrando entre la ropa y sus piernas.

El cielo estaba gris, aunque de repente adquirió un brillo insólito. Luego todo comenzó a desvanecerse.

—Jukka —murmuró con un hilo de aire en su garganta.

Sintió como si fuera sumergiéndose en un espacio denso y profundo. Los ruidos se fueron atenuando: las gaviotas, el mar, la lluvia, el motor de una motocicleta lejana y, cuando todo se apagaba y su mirada se oscurecía sintiendo al mismo tiempo una sensación de paz y tranquilidad. Un fuerte trueno rasgó el aire.

2.

Judith estaba sentada en la terraza de su apartamento, en la planta veinte del edificio Mirador del Mediterráneo, tomando el sol del mediodía. A pesar de ser diciembre, el clima de Benidorm casi siempre solía ser benigno, y, esa mañana no era una excepción. Tampoco lo era disfrutar del calor del sol en su terraza, pues independientemente de la estación del año, le agobiaba bajar a la playa y sentirse rodeada de gente. No sólo le molestaba los típicos mirones de todas las nacionalidades que pululaban por la playa como perros en celo, sino también la algarabía de las familias que, en manada, se instalaban como si fueran colonizadores de un nuevo mundo en el que podían hacer su absoluta voluntad sin pensar en respetar al vecino de toalla. Sobre todo, rehuía el contacto con los niños. Le producían una sensación extraña que la dejaba paralizada. Cuando escuchaba una voz infantil que se dirigía a ella, un escalofrío le recorría la espalda y solía acabar por huir tan rápido como podía. Tal era la fobia que tenía que trataba de bajar a la piscina de la urbanización cuando no había niños en la zona. Lo cual, sobre todo en los meses de julio y agosto, resultaba ser una misión imposible. La opción de tomar el sol en la terraza se había convertido en una rutina muy confortable para ella.

El Mirador del Mediterráneo era uno de los rascacielos que dominaban el paisaje de Benidorm, en el barrio del Rincón de Loix. El edificio lo constituían dos torres simétricas unidas por algunos pasillos descubiertos. De las cuarenta y dos plantas construidas, solo treinta y cinco estaban destinadas a viviendas. El resto lo ocupaban los garajes y las instalaciones técnicas del edificio.

Desde su balcón tenía una vista impresionante ya que divisaba toda la bahía de Benidorm, desde Punta de Pinet hasta Punta de la Cala y la Playa de Poniente. El mar, el cielo y la luz completaban su panorama diario. Eso y la visita diaria de una gaviota que, alrededor del mediodía, acudía a su balcón. Los primeros días Judith la ignoró, pero a fuerza de verla llegar cada mañana, siempre puntual a las diez, comenzó a darle comida, de manera que cada día Judith compartía su almuerzo con el ave. Incluso le puso nombre: чайка, que no era más que gaviota en ruso. Durante esos momentos

no era extraño que las dos permanecieran durante varios minutos observando el paisaje antes de que la gaviota volviera a volar y Judith a sus ocupaciones.
Su apartamento era pequeño. Una habitación suite con baño, el salón con balcón, y la cocina. Todo pintado de blanco. Los muebles también eran de color blanco. Como única decoración tenía unas plantas en la estantería donde estaba el televisor y un par de peluches de Hello Kitty que la habían acompañado en su traslado a España en 2006.
Solía hacerse fotos con filtros animados en Snapchat y subir las imágenes a Facebook y VKontakte, las dos redes sociales en las que mantenía una actividad muy discreta: cerca de cincuenta fotos, una veintena de amigos y un único mensaje escrito en diez años[2]:

> Я наслаждаюсь каждым днем, прожитым в этом прекрасном месте. Я чувствую себя здесь как дома! Я перестала сравнивать насколько мне здесь круче и спокойнее, и просто наслаждаюсь минутами, часами, днями здесь. У меня есть чувство, что я на правильной дороге. Я не знаю как дальше сложится моя жизнь, но в данный момент – я счастлива!

Judith, acababa de cumplir 39 años la última semana de diciembre. Como de costumbre, desde hacía doce años, había comprado una tarta decorada con motivos de Hello Kitty en el supermercado y había celebrado sola en su piso. Siempre ponía una vela con el número uno. También, el día de su cumpleaños acudía al Caspers Bar alrededor de las siete de la tarde y, tras sentarse en una de las sillas del exterior, en la estrecha calle San Miguel, pedía una botella de vodka que iba consumiendo poco a poco. No importaba si coincidía el espectáculo drag en el interior y el ruido de la diversión subía de tono, ni si llovía o hacía frío. Judith se quedaba allí sentada, bebiendo hasta el final. Tras lo cual regresaba a su piso. Los camareros, por otra parte, ya sabían que era el día de su cumpleaños, y desde hacía diez años la obsequiaban con un cupcake de color rosa al que le añadían una pequeña vela de cumpleaños del mismo color.
En algunas ocasiones, Judith iba a algún bar a disfrutar de una copa de vino blanco. Aprovechaba esos escasos momentos para dejarse llevar por la música y, si ésta era electrónica, aprovechaba para bailar de manera solitaria. Aunque las más de las veces abandonaba el baile cuando algún turista borracho se acercaba a ella con proposiciones nada agradables. No obstante, los mejores momentos

bailando los tenía en la intimidad de su piso, cuando durante horas, bailaba escuchando la música que almacenaba en un iPhone 6, con carcasa de color rosa. Teléfono con el que se hacía numerosas fotos siempre que iba a comprar ropa, al verse en el espejo del ascensor o su reflejo en algún escaparate. Fotografías que almacenaba en su portátil y que en muy contadas ocasiones subía a redes sociales.

Le gustaba pasear por la noche, por lo que no era extraño verla caminando por la playa a altas horas de la madrugada, incluso las noches de lluvia –que no eran muchas– o las de fuerte temporal de levante. Judith bajaba a la playa a caminar. Lo hacía con la mirada fija en la arena y la mente perdida en un rincón de la memoria. A veces se sentaba en un banco del paseo y se quedaba horas seguidas acurrucada mirando al vacío. Le importaba poco volver a su piso empapada por la lluvia o la humedad o con el pelo revuelto por el viento. Esta rutina, en ocasiones, la repetía durante algunas mañanas de fin de semana, cuando visitaba las salinas de Torrevieja –caminando por las aguas salobres de color rosado–, el pantano de Guadalest –donde caminaba por el borde de la presa–, o el castillo de Santa Bárbara de Alicante –donde se asomaba peligrosamente al precipicio contemplando la inmensa bahía–, o cualquier rincón de la provincia que visitaba. Desplazamientos que hacía conduciendo su escúter Piaggio Liberty "Elle" de color rosa. Motocicleta con la que había recorrido algunos miles de kilómetros.

Cada día dedicaba una hora para ir al gimnasio y otra para correr. Hiciera calor o frío, cayera un sol abrasador o un diluvio torrencial, Judith corría cada día un itinerario entre Punta de Pinet y Punta de l'Escaleta, siguiendo el sinuoso camino de la calle Dos Calas que llevaba hasta el mirador de Serra Gelada, donde solía permanecer algunos minutos observando la mar. De manera rutinaria, e igualmente sin importar las condiciones meteorológicas, solía bañarse en la Cala Almadraba o en la Cala Tio Ximo una vez que concluía su recorrido.

Si, como sucedía a menudo, el día se le presentaba triste, Judith optaba por instalarse en el sofá, ver películas rusas, alguna de las cuales ya las conocía de memoria especialmente las de Aleksei German, y beber tranquilamente una botella de vino blanco; esperando que llegara la hora de irse a la cama y esperar un nuevo amanecer que le trajera mejores sentimientos.

No todo era ocio. Judith trabajaba duro cada día. Era propietaria de una inmobiliaria que alquilaba pisos en Benidorm y poblaciones de los alrededores. Acababa de incorporar a su negocio la venta de pisos en la zona, de manera que recorría la carretera y las

poblaciones desde Calpe hasta Campello, enseñando los pisos que ofertaba a sus clientes, generalmente rusos, que desde hacía años se habían interesado por tener propiedades en la costa alicantina. También era propietaria de una casa rural en Torremanzanas, negocio con el que empezó en 2009, casa que solía alquilar durante fines de semanas y periodos vacacionales.
Judith era alta. Medía un metro ochenta centímetros, de modo que cuando usaba zapatos de tacón su altura aumentaba considerablemente despertando envidia y admiración por igual. Su tez era pálida, pero a fuerza de vivir en una zona donde las horas de sol eran numerosas, así como recorrer la zona en su motocicleta, lucía siempre un leve bronceado. Su complexión era muy delgada, con brazos y piernas muy largas y sin apenas marcar formas femeninas. Tenía una cicatriz horizontal que le recorría la parte baja del abdomen. Aunque no siempre había sido así. Hasta 2006 había tenido unas formas más robustas. Judith tenía un rostro alargado, de rictus serio la mayor parte del tiempo, con una barbilla fina, igual que los pómulos, y ojos grandes y atractivos. Su profunda mirada de color azul cobalto parecía fría y distante, sobre todo porque no solían tener brillo, mostraban, por el contrario, un constante velo de indiferencia. En las fotos siempre se podía detectar. Su pelo rubio claro era muy largo –le llegaba hasta las nalgas– y, según su costumbre, siempre lo llevaba suelto.
Por todo adorno lucía una cadena plateada con una figura de un unicornio esmaltado de color rosa claro con crines de color fucsia.

Judith recibió una llamada en el móvil. Reconoció el número ya que era del bar cercano a la casa rural que solía alquilar. Cuando alguno de los huéspedes generaba algún tipo de problema, el propietario del bar solía llamarla para ponerla al tanto. Desgraciadamente la llamada era para informarle de que la persona que estaba alojada en la casa estaba teniendo un comportamiento extraño que molestaba a los vecinos. Como le dijo el del bar: “Pone música muy fuerte hasta altas horas de la madrugada, parece que también canta y en ocasiones se la oye llorar. Algún vecino dice que la ha visto beber y una vecina que fue a hablar con ella dice que le abrió la puerta desnuda y borracha. Mira Judith, no queremos que haya una desgracia. Es un pueblo tranquilo y tenemos mucho aprecio por tu negocio. Esto que está pasando es muy raro”.

Se preparó para ir en su scooter rosa. Recorrió los 65 kilómetros que unían las dos localidades por medio de la CV–782. Una hora y media después llegó a la Plaza de la Iglesia, donde estaba la casa

rural. Antes de ir a la misma, se acercó al bar para dejar constancia de que se estaba ocupando del asunto. Luego regresó y llamó al timbre de la casa. Esperó. Volvió a llamar. No hubo respuesta. Llamó insistentemente, hasta que ella misma consideró que los timbrazos llegaban a ser irritantes. Nada. Nunca había tenido que recurrir a ello, pero al tener llave de la casa no tenía más opción que abrir y entrar.

En el interior todo estaba tranquilo. Aunque vio que la cocina estaba bastante desordenada: envoltorios de productos precocinados, restos de frutas, pan duro, vasos de yogur vacíos o a medio terminar y un montón de botes de cerveza vacíos casi todos ellos estrujados. En un rincón del suelo había un par de botellas de vodka vacías. Con cautela avanzó hasta un espacio contiguo que en el pasado fue una bodega pero que había sido reconvertido en un salón abovedado donde había un sofá, una mesa y una estantería con juegos de mesa. No había señales de uso, por lo que decidió subir a la planta superior. Al subir por la escalera miró dentro de un pequeño baño que había en el rellano de la escalera, pero estaba vacío y se notaba que no había sido usado.

Llegó a la planta superior y se asomó a la habitación principal. Tirada en el suelo, vestida solo con las bragas, con una botella de vodka en la mano y cubierta de vómito estaba la inquilina: Laura, a quien había conocido unos años atrás y que, tras mucho tiempo sin saber de ella, le había llamado para alquilarle la casa por un par de semanas.

—¡Uf! —exclamó Judith—. Es un verdadero desastre.

Se acercó y comprobó que Laura tenía pulso. Temía que se hubiera ahogado con su propio vómito, o que hubiera sufrido un coma etílico a juzgar por la cantidad de alcohol que intuía podía haber ingerido. Pero estaba bien. A pesar de su aspecto frágil, Judith levantó a Laura del suelo, momento en el que ella refunfuño algo de manera incomprensible. Hizo además un par de movimientos inconscientes que casi le propinan un golpe a Judith.

—Calma. En seguida te vas a poner bien.

La llevó a rastras al baño que estaba frente a la habitación y la metió en la ducha. Pero Laura no estaba en condiciones de mantenerse en pie por sí misma.

—Esto va a ser divertido —dijo Judith al valorar la situación—. En fin, si no hay más remedio…

Se metió vestida en la ducha con Laura para mantenerla de pie y abrió el grifo del agua fría. Laura gritó al sentir el chorro del agua en su cabeza y luego por todo su cuerpo. Intentó apartarse, pero

Judith la obligó a quedarse bajo el agua. Cuando terminó, la secó con una toalla y la llevó hasta la cama, la tumbó y la cubrió con una fina colcha. Ella también estaba empapada. Se quitó toda la ropa, se secó con una toalla y se acostó al lado de Laura esperando que no hubiera más problemas con ella. En cuanto despertara le diría que debía desalojar la casa. No iba a obligarla a irse en ese lamentable estado.

En el exterior reinaba la calma. Una suave brisa movía las hojas verdes de los árboles. De vez en cuando se escuchaban algunos trinos de los pájaros que revoloteaban por la plaza y se posaban entre las ramas de los árboles. El reflejo del sol sobre una ventana de la casa de enfrente creaba un efecto de arcoíris en el techo de la habitación. Laura dormía profundamente. Judith miraba el techo. Lo había estado haciendo en calma desde hacía varias horas. Con la mano se estaba acariciando el vientre. Su dedo meñique rozó la cicatriz que le recorría horizontalmente la parte inferior del mismo. Detuvo su mano en esa herida y cerró los ojos. Unas lágrimas le brotaron casi de inmediato. Respiró hondo y se dejó llevar en sus pensamientos. A los pocos minutos, ella también estaba profundamente dormida.

3.

Judith comenzó la mañana muy temprano. A las cinco de la mañana regresó a Benidorm en su escúter. Después de desayunar, preparó una mochila que llenó de ropa, ya que, después de la experiencia del día anterior, no quería arriesgarse a no tener con qué cambiarse. También dejó algo de comida para чайка, su gaviota. Volvió a la casa y, tras dejar su mochila en la habitación, comenzó a ordenar el salón y la cocina. Luego comenzó a preparar algo para comer. Fue en ese momento cuando Laura, que se había despejado y se había vestido, bajó por la escalera. Judith escuchó el crujido de los peldaños que resonaban a cada paso de Laura.

—Buenos días —dijo Judith sin mirar, en un tono correcto, aunque distante.

—Hola, buenos días —dijo Laura sorprendida.

Cuando acabó de bajar, Laura observó que, junto a la puerta de la entrada, había una caja con las botellas vacías y, a su lado, una bolsa de basura llena a reventar. Observó a su alrededor y vio que estaba todo recogido y limpio. En la mesa de la cocina, Judith había puesto un par de platos, cubiertos, vasos y tazas. En el centro de la mesa había un bol con ensalada y a su lado un frutero.

—Siéntate —dijo Judith mientras seguía cocinando—. Termino enseguida.

Laura se sentó y esperó. Observó, algo avergonzada, como Judith emplataba la comida.

—No sé qué decir —empezó a decir Laura—. Lo siento.

Judith la miró. Se acercó con los platos y los puso sobre la mesa. Se sentó y se sirvió ensalada.

—Pensarás que soy un desastre. Cómo tenía la casa… —argumentó Laura tratando de aumentar el grado de su disculpa—. Pero te aseguro que no soy así.

—Come antes de que se enfríe —dijo en tono cortante Judith.

Laura, asombrada, comenzó a comer. Se puso algo de ensalada junto a la pechuga asada. Bebió un vaso de agua. Sentía la boca pastosa. Quiso decir algo, pero con un gesto de la mano Judith se lo impidió. Con el cuchillo le señaló la comida, dándole a entender de nuevo que comiera. Laura asintió y continuó comiendo.

Durante cuarenta minutos comieron en silencio. Solo en un determinado momento, Judith le pidió que le pasara el salero. Nada más. Ni una frase, ni un atisbo de conversación. Cuando hubieron acabado, Judith recogió la mesa. Volvió minutos después con un par de tazas humeantes de té de menta y regaliz.

—Mi madre —comenzó a decir Judith— me enseñó desde bien pequeña que durante la comida no hay lugar para las discusiones, ni para todo aquello que pueda enfrentar a los comensales. Todo eso se deja para después.

—Un consejo muy interesante —comentó Laura.

—Vine ayer avisada por un vecino —continuó Judith ajena al comentario de Laura—. Me informó que estabas poniendo música con un volumen muy alto. Parece que durante varios días y sin importar la hora, incluso por la noche. También te han visto borracha y paseándote medio desnuda por la casa, con las ventanas abiertas —explicó con detalle—. No suelo preocuparme por mis huéspedes. Normalmente también hacen alguna fiesta, ya que vienen a relajarse y divertirse; pero nunca han llegado al extremo de que el vecindario tuviera que avisarme. Nunca he tenido que venir a poner orden. Me molestó que me avisaran por tu comportamiento. Pensé: "¿Cómo? Una tía sola, además no es ninguna jovencita para comportarse como una estúpida" —Judith hizo una pausa para beber un largo trago del té ante la mirada de Laura que permanecía en silencio—. Te aseguro que vine muy cabreada. De haber sido necesario te hubiera metido un par de hostias y a la calle. Pero cuando entré en la casa y te vi… —volvió a hacer una pausa—. Estabas tirada en el suelo, en medio del salón, cubierta de vómito, rodeada de botellas vacías. Olía a alcohol y vómito —en este momento miró a Laura con sus fríos ojos azules, el rostro serio y duro—. Sentí una rabia brutal. "¿Qué se ha creído esta tía?" pensé "¿Qué porque coincidimos en un viaje hace años se puede tomar estas confianzas?". Pero no, me di cuenta de que te habían ganado tus demonios. Te llevé como pude a la ducha, te lavé y te metí en la cama.

—Fuiste tú la que me desnudó —dijo Laura con tono aliviado.

—¿Qué pensabas? ¿Qué algún depravado había entrado y había abusado de ti? —preguntó Judith impasible—. Es un pueblo tranquilo, pero nunca sabes dónde puede haber un psicópata que piensa que puede coger y usar a quien quiera.

—No sé qué decir. Lo siento —repitió de nuevo Laura.

Estuvieron en silencio varios minutos. Acabaron el té y siguieron sin hablar.

—Sea lo que sea —dijo de repente Judith—, no creo que esa sea la manera de arreglarlo.
—Lo sé —aseguró Laura—. Necesitaba olvidar.
Judith la observaba atentamente, aunque con gesto serio. Había cruzado los brazos sobre el pecho en gesto severo.
—Quise hacer algo importante —continuó Laura—, denunciar una injusticia. Hasta se me ocurrió escribir un libro.
—Bien, parece interesante —interrumpió Judith.
—Pero, por hacerlo, por mi culpa, murió una chica.
—Lamento escuchar eso.
Laura guardó silencio. Judith apuró el resto del té. Se levantó y se acercó a la ventana.
—Si quieres contarme lo que pasó —dijo Judith.
—Creo que aún no estoy preparada para contarlo. Necesito más tiempo.
Judith asintió en silencio.
—Comprenderás que voy a tener que pedirte que dejes la casa —dijo mirando a Laura—. Es mi negocio y debo velar por él. No quiero que lo asocien con escándalo, vandalismo y todo eso.
—Lo entiendo, pero ¿puedo pedirte un favor?
—Tú dirás.
—¿Puedo quedarme esta noche? En realidad, no tengo dónde ir.
Judith se quedó pensativa. Finalmente asintió.
—Una noche. Ni una más. Mañana al medio día pasa un autobús, lo coges y te vas.
—Gracias.
—Me voy a quedar aquí —puntualizó Judith—. Me instalaré en la habitación del fondo. No me arriesgo a que la vuelvas a liar.
—Por supuesto. Te entiendo.
Judith observó como Laura subía la escalera. Hasta ella llegó el ruido que hacía al sacar sus cosas de los cajones y mover la maleta por el suelo. Transcurridos unos minutos se hizo el silencio.
Cuando Judith subió a su habitación comprobó que Laura estaba acostada en la cama, vuelta hacia la puerta del balcón. Parecía dormir. Ella se metió en su habitación y, tras tumbarse en la cama, vestida tan solo con la camiseta y ropa interior, comenzó a escuchar música. Se quedó dormida.

Alrededor de la media noche se despertó. En un primer momento pensó que había escuchado ruido en el piso de abajo y temió que Laura hubiera vuelto a hacer algún tipo de escándalo. Pero enseguida escuchó pasos al otro lado de la puerta y unos leves

golpecitos en la misma.
—Judith —escuchó que Laura susurraba su nombre.
Se levantó y abrió la puerta.
—¿Qué pasa? —preguntó tras bostezar con cansancio.
—¿Lo conocías? —preguntó Laura nerviosa—. ¿Era amigo tuyo? ¿De qué lo conocías?
—¿Disculpa? No sé de qué me hablas —dijo Judith tratando de despejarse.
—He bajado a buscar algo para comer, he visto los libros y he encontrado estos.
Laura se los mostró a Judith, quien revisó los títulos: *Guerras en Europa I – El ocaso del Imperio Otomano* y *La guerra finlandesa 1808 – 1809*. Abrió el segundo libro y le mostró una dedicatoria escrita a mano: "Para Judith. No podemos regresar al pasado, pero podemos luchar por un mejor futuro. Cuídate. Un fuerte abrazo. Jukka Lehto".
—¿Lo conocías? —insistió Laura.
—¿A Jukka? Sí. Es un amigo. ¿Por qué?
—Yo también —dijo Laura relajándose—. Era mi jodido buen samaritano.
—¿Cómo? No entiendo. ¿Conoces a Jukka? —preguntó Judith sorprendida—. Hace mucho que no se nada de él.
—Murió —dijo Laura en un susurro.
Judith sintió un escalofrío. Su rostro cambió. Se le humedecieron los ojos y miró a Laura. Ambas se miraban fijamente.
—Lo conocía —dijo Laura con la voz algo alterada—. Él me hizo reflexionar en un momento muy malo de mi vida, me animó a que tomara una decisión. Luego me envió aquel reto. Él ya estaba muerto, pero lo había previsto todo, llegó por medio de su chica. ¡Joder! —exclamó alterada ante la sorpresa de Judith—. No tenía que haber aceptado. ¿Y si no hubiera ido a Burgos? No habría pasado nada ¿sabes? —dijo nerviosa mirando a Judith—. No habría encontrado aquel cadáver, ni hubiera conocido a Sara, ni al resto de las chicas, ni descubierto todo aquel sórdido asunto, ni escrito ese maldito libro —concluyó con voz angustiada arrojando un ejemplar de su libro que había cogido de su maleta.
Laura continuó hablando y le contó a Judith todas sus experiencias: su vida, sus errores, sus aciertos, la relación con su padre y su desastrosa vida con su madre, su breve historia con 3D, su encuentro con Jukka, las chicas muertas en Burgos. Cuando acabó, Laura lloraba y Judith, que había estado ojeando el libro, lo dejó sobre la cama para abrazarla e intentar calmarla.

—Laura… —intentó intervenir Judith.
—¿No lo entiendes? —dijo Laura alterada rechazando a Judith—. Si me hubiera quedado en mi piso, si no hubiera hecho absolutamente nada, si me hubiera conformado con mi matrimonio de mierda… ¡Sara seguiría viva! —Judith intentó cogerle la mano para tranquilizarla—. ¡No me toques! ¡No necesito tu compasión! ¡No digas nada!
Laura lanzó los libros sobre la cama de Judith.
—¿Por qué me dejó ese reto? ¿Por qué a mí? —continuó Laura empezando a llorar—. No soy ninguna heroína. Solo soy una mujer normal y corriente.
—¿Y qué son los héroes o heroínas sino gente normal y corriente tratando de salvar a otros que están en peligro? —la cortó Judith.
—¡Pero yo no lo busqué! ¡Jukka me lo propuso! —dijo Laura enfadada.
—Ningún héroe lo busca, siempre responde de manera involuntaria —volvió a decirle Judith en tono tranquilo.
—¡Murió una chica! ¡Por mi culpa! —gritó Laura llorando.
—Phónos akoúsios —interrumpió Judith—. La muerte involuntaria.
—¿Qué cojones estás diciendo?
—¿Escribiste un libro?
—Sí, y les hice fotos…
—Tus armas: la fotografía y la escritura —interrumpió Judith.
—¡Déjate de tonterías! —le gritó Laura—. Yo sólo quería vivir tranquila, y ya que no podía… —se detuvo para limpiarse las lágrimas.
—No podías ¿qué?
Laura señaló los libros, ahogó un suspiro y continuó limpiándose las lágrimas. Respiraba de manera entrecortada.
—No podía… ocupar un lugar en su corazón —dijo finalmente—. Él me importaba. Cada vez que lo veía… Me gustaba estar con él. Pero… No parecía que a él le importara. Luego me casé. Una mierda de matrimonio, mi marido me engañaba cada día y yo mientras tanto, intentando matar mis sentimientos por Jukka —dijo en tono más calmado—. Cuando apareció con esa chica… Su novia. Se me partió el corazón.
Judith la miraba en silencio.
—Te pareceré una estúpida —dijo Laura—. Ya no soy una cría para ponerme así.
—Los sentimientos no entienden de edad —aseveró Judith.
—Me despierto por las noches agobiada. Jadeando de puro miedo. Echo de menos a Jukka, las conversaciones en mi trabajo. Veo los

cadáveres de esas chicas. Sara… —Laura comenzó a llorar de nuevo —. Si no hubiera ido a Burgos… La mataron… fue horrible… Si él no me hubiera propuesto ese reto, si tan solo se hubiera fijado en mí… ¿Por qué? Mi jodido buen samaritano.

Judith se acercó a Laura. Se había dado cuenta de que había entrado en un bucle dañino del que no podría salir sin ayuda. Quería sacarla de ese continuo descenso hacia la culpa. Judith le cogió el rostro con las manos y la beso en los labios. Laura se sorprendió. Dejó de llorar y miró con extrañeza a Judith. Quiso decir algo, pero Judith le puso el índice derecho en los labios invitándola a guardar silencio. Luego comenzó a limpiarle las lágrimas con el dorso de la mano. Volvió a besarla, aunque esta vez su lengua buscó la de Laura. Ésta, al principio se resistió y mantuvo los labios juntos, pero al sentir como Judith la abrazaba y le acariciaba la cabeza, entreabrió sus labios y dejó que sus lenguas se encontraran. Judith la abrazó con más fuerza, sintiendo la calidez y las formas de su cuerpo en el suyo. Laura se estremeció. Dejó de besarla y la miró a los ojos. Laura, entonces, fue la que comenzó a besarla al tiempo que comenzaba a caminar en dirección a la cama seguida por Judith. Sin dejar de besarse se tumbaron y se ayudaron mutuamente a quitarse la ropa, a explorar y recorrer cada rincón de sus cuerpos.

Estaban sentadas en la cama. Judith, somnolienta, apoyaba la espalda contra el cabecero de la cama mientras se abrazaba a las rodillas flexionadas. Estaban en silencio.

—Hablas muy bien el castellano —dijo Laura de repente.

—Mi abuelo era español. En mi casa se hablaba español. También lo estudié en la Universidad —aclaró.

—¿Lo hablabas con él?

—No. Yo no conocí a mi abuelo, pero él se lo enseñó a mi abuela y ella a su hija y a mí.

—Muy bien. Oye, espero que no te importe, pero ¿cómo es que tienes este negocio? —preguntó Laura con curiosidad.

—En 2006 estuve a punto de casarme. Estaba todo preparado. Mi novio y yo habíamos comprado una casa muy bonita en la calle Paradnaya, un barrio de lujo en San Petersburgo. Él era… bueno, es, ingeniero y trabajaba para una empresa del Estado. Pero a última hora él se arrepintió —explicó Judith mirando al frente con frialdad—. Decidió que no quería casarse. Ni seguir conmigo.

—¿Tenía a otra? —preguntó Laura con voz casi inaudible.

—No. No fue eso. Simplemente no quería seguir conmigo.

—¿Hubo algún motivo? ¿Hiciste algo?

Judith no contestó, se limitó a mirar a Laura, le acarició la mejilla y comenzó a jugar con su pelo negro.
—De manera que, al romperse la relación, vendimos la casa y repartimos el dinero. Me vine aquí y comencé este negocio.
—¿Cómo empezaste con tu negocio? —preguntó Laura.
—Cuando me instalé en España no sabía que iba a hacer. Dediqué un tiempo para pensarlo. Estuve una larga temporada en una casa en la playa de La Manga, ¿sabes dónde está?
—Sí, claro. El Mar Menor, en Murcia.
—Estuve un par de meses. Me di cuenta del potencial que tenía dedicarse al alquiler y venta de apartamentos.
—El sector inmobiliario siempre sobrevive en esta zona.
—Sí. Por eso invertí el dinero que tenía en comprar esta casa, que estaba en estado ruinoso, reformarla y ofertarla al público. Al principio fue difícil debido a que tuve que invertir mucho en publicidad. Pero al año ya estaba recuperando dinero. Al mismo tiempo comencé a visitar pisos que estaban en venta, por particulares, y les ofrecí gestionar su venta en el mercado extranjero, especialmente en Rusia. No fue fácil, no me conocían y no confiaban del todo, pero tras las primeras ventas todo cambió. Aproveché un par de amigos que tengo en San Petersburgo para que me ayudaran. Comencé a vender pisos.
—Y a recibir tus comisiones.
—Exacto —asintió Judith—. Aprendí a manejar el negocio por internet, creé una página web, conseguí cada vez más clientes y me ha ido bien desde entonces.
Laura la miró con admiración.
—¿No piensas volver?
—¿A San Petersburgo? ¿Para qué? Allí no tengo nada. Ni a nadie. Todo lo que necesito está aquí —concluyó mirando fijamente a Laura.

Para cambiar de tema, Laura cogió uno de los libros y comenzó a pasar las páginas. Revisaba las frases, las fotografías, los gráficos de movimiento de tropas, las tablas con el orden de batalla de ejércitos del pasado: unidades italianas, turcas, serbias, griegas. Observó las indicaciones técnicas sobre armamento.
—No tenía ni idea de que había escrito estos libros —dijo de repente—. Su novia me dijo algo de su pasado como profesor, algo relacionado con el cine, pero esto es nuevo.
—Ya ves —interrumpió Judith—, yo no tenía idea de que había sido profesor.
—Pero lo viste en Colombia. Allí coincidimos los tres.

—Yo estaba allí por otro motivo. Estaba siguiendo a una persona —aclaró Judith—. No presté atención al resto de gente.
—¿Cómo?
—Lo cierto es que ha sido una sorpresa saber que lo habías conocido —continuó sin aclarar la pregunta de Laura.
Judith miró a Laura. Su mirada era fría, dura y distante.
—¿Cómo lo conociste? —preguntó Laura.
—Nos peleamos —contestó Judith esbozando una sonrisa.
—¿Os peleasteis?
—Sí. Pero luego nos hicimos amigos. Y me contó algo de mi hermana.
—No entiendo nada —dijo Laura confundida—. ¿Qué pasa con tu hermana? ¿Qué os llevó a pelearos?
Judith se levantó de la cama y se vistió.
—Vamos abajo, al salón, y te cuento todo.

4.

Judith abrió la ventana. En el exterior reinaba una calma absoluta. El denso y seco silencio solo era rasgado levemente por el canto de los grillos. De vez en cuando una débil brisa movía las hojas de los árboles cercanos. El aire cálido y seco entraba por la ventana, impregnando el ambiente con un olor a tierra seca, a frutales y plantas aromáticas.

Laura preparó un par de vasos con hielo, agua y zumo de naranja. Tras concluir, se dirigió al salón y se sentó al lado de Judith en el sofá. Ella estaba buscando algo en la Tablet, cuando lo hubo encontrado se lo enseñó a Laura.

—Jukka y yo participábamos en el mismo foro de internet —comenzó a explicar Judith—. El Gran Capitán, un foro de historia militar.

—¿De historia militar? ¿Te gustan esos temas? —interrumpió Laura.

—Sí. ¿Por qué no? ¿Acaso por ser mujer no me puede interesar?

—No es eso. Es que no había conocido a nadie…

—Es por mis abuelos. Mi abuela y mi abuelo se conocieron en la guerra. Mi abuelo fue piloto y mi abuela partisana. Me gusta conocer cómo fue esa terrible época. A pesar de todo lo que pasaron se conocieron, se enamoraron y formaron una familia —explicó escuetamente—. De ahí mi interés. Me gusta leer y tener información sobre las unidades del ejército soviético. Un día surgió un hilo en el foro, se cruzó Jukka y bueno… nos peleamos. Lo mejor será que lo leas. Mi perfil es *Strelok*, francotiradora, para que te ubiques.

Judith le pasó la Tablet a Laura quien comenzó a leer con atención.

GRAN GUERRA PATRIA

Moderador: Murray

Responder | 12 mensajes • Página 1 de 1

Por Curzio el 22/06/2013 03:45

Tal día como hoy, hace 72 años, comenzaba la Operación Barbarroja. Me llama la atención que los rusos denominaran Gran Guerra Patria a su participación

en l Guerra Mundial. Por lo que he visto en algu los, la acotan de 1941 a 1945 y no men a de Japón.

¿Poc ar algo?

Curzio
Sergente

«Nei secoli fedele» Arma dei Carabinieri
Registrado: 02/03/2013
Mensajes: 865
Medallas: 1

Por 2/06/2013 05:30

Strelok
Mladshiy Serzhant

En Gran Guerra Patria comenzó en 1941 cuar ania nazi invadió la Unión Soviética. La elec ombre se debe a que la defensa contra Nap amada Guerra Patria, de esta manera se quería hacer un paralelismo con aquel hecho. Se venció al invasor francés y se vencería al alemán.

Tras el término se acuñó en la historiografía soviética para dejar claro que no había conexión con la Primera Guerra Mundial, un conflicto al que se llegó por la ineptitud del zar, y para reforzar la idea de un nuevo Estado.

De hecho, la Unión Soviética no entró en lo que se denomina Segunda Guerra Mundial hasta 1941 que es cuando es invadida por Alemania. Hasta ese momento estaba vigente el Tratado Alemán–Soviético de Amistad, Cooperación y Demarcación.

Registrado: 21/06/2009
Mensajes: 1929
Medallas: 3

«Quien se arrodilla ante el hecho consumado es incapaz de enfrentar el porvenir» Trotsky

Por 22/06/2013 16:46

Lento68
Luutnanti

Sien parecido un argumento muy cínico el de la G Patria. Como si antes de 1941 la URSS no hubi pado en la guerra. En virtud de ese Trat ices, la URSS participó de lleno en la agresión a Polonia en 1939. Te recuerdo que el 17 de septiembre la URSS invadió Polonia dándole el toque de gracia.

Stre nada del Protocolo adicional secreto que contemplaba la anexión de los estados bálticos y Besarabia. También la URSS quería incorporar Finlandia y ya ves, les salió el tiro por la culata. La Guerra de Inverno fue un desastre para la URSS.

«Kylla Kestää». Luutnanti Juutilainen

Registrado:
31/12/2012
Mensajes: 251
Medallas: 7

Por 2/06/2013 17:10

Pero ... nó esa guerra.

De t ... s, la Gran Guerra Patria se refiere a la defe ... URSS que fue agredida por los nazis. Lo que hi ... en Rusia fue barbarie tras barbarie.

Strelok
Mladshiy serzhant

«Quien se arrodilla ante el hecho consumado es incapaz de enfrentar el porvenir» Trotsky

Registrado:
21/06/2009
Mensajes: 1930
Medallas: 3

Por 22/06/2013 17:11

A ve ... landia no fue así exactamente. Consiguió anex ... orio, pero a costa de unas bajas que no se espe ... casa preparación del Ejército Rojo quedó en e ... ntre otros factores animó al III Reich a invadir Rusia.

Lehto68
Luutnanti

Vale la URSS fue agredida, pero lo que sí es cierto es que la U 939 a 1941 tuvo un comportamiento agresivo. Te recuerdo lo de Estonia, Letonia, Lituania, Besarabia.
Con ese término, Gran Guerra Patria, tan solo buscan ocultar su responsabilidad. Cuando ocuparon los estados bálticos no dudaron en eliminar o deportar a buena parte de los intelectuales. Ni que decir tiene que los miembros del ejército de esas naciones fueron purgados y eliminados. Se impuso el modelo soviético. Era una realidad muy incómoda para la URSS y se sacaron de la manga el término de la Gran Guerra Patria.
Ya puestos, el Tratado que mencionas, cargado de cláusulas secretas sirvió para poner en marcha las Conferencias Gestapo–NKVD. Como verás, los dos regímenes totalitarios se entendían muy bien.

«Kolla Kostää». Luutnanti Juutilainen
Registrado: 31/12/2012
Mensajes: 252
Medallas: 7

Por [illegible] 2/06/2013 17:14

Strelok
Mladshiy serzhán

Eres [illegible]. Todo eso que cuentas no tiene rigor. La histo[illegible]dente ha montado ese bulo. ¿Cómo iban a cola[illegible] la Gestapo? Eso se escribió desde occi[illegible]nes propagandísticos anticomunistas.

No aportas ningún dato ni cita a lo que mencionas.

Si tu[illegible]biera sufrido como lo hicieron en la URSS no dirías tantas gilipolleces.

«Quien se arrodilla ante el hecho consumado es incapaz de enfrentar el porvenir» Trotsky
Registrado: 21/06/2009
Mensajes: 1931
Medallas: 3

Por Lehto68 el 22/06/2013 17:43

En el Deutsches Historiches Museum puedes consultar el texto íntegro del tratado: *Der deutsch–sowjetische Nichtangriffsvertrag mit geheimem Zusatzprotokoll*. Se puede hacer online.

El 28 de septiembre, de nuevo Molotov y Ribbentrop firmaron un nuevo acuerdo, el:

Lehto68
Luutnanti

Trat[illegible]no–Soviético de Amistad, Cooperación y Dem[illegible]uedes consultar una copia en la web de la U[illegible]de Yale.

Inclu[illegible]usula:
"Am[illegible]uprimirán en sus territorios de ocupación la agitación polaca que pueda afectar a los territorios ocupados por la otra parte. Se suprimirá en cada territorio cualquier indicio de tal agitación y las partes se i[illegible]mutuamente acerca de las medidas más adecuadas para lograr tal propósito".

Para llevarlo a la realidad desde el 27 de septiembre de 1939 hasta marzo de 1940 hubo cuatro encuentros entre responsables de la Gestapo y la NKVD. En todas las ocasiones lo que acordaron fue represión de lo que ambos bandos consideraban “incómodo” para sus respectivos regímenes. Como resultado de esa colaboración se produjo la masacre de Katyn (no podrás

negar que se hizo y que la URSS fue responsable), la eliminación de la intelectualidad de Cracovia, y por parte alemana la persecución y eliminación de la población judía. Para ambos bandos no era más que acabar con la resistencia polaca, lo cual es una manera de reconocer que se había invadido por ambas partes.

Hay bastante bibliografía sobre el tema, pero si eres revisionista allá tú.

Por último. No te he faltado al respeto. Si tú me calificas de fascista, cosa que no es cierta, yo te puedo devolver que eres estalinista.

«Kölla Kestää». Luutnanti Juutilainen

Registrado: 31/12/2012
Mensajes: 253
Medallas: 7

Por 22/06/2013 18:13

Streloks
Mladshiy serzhant

He posts sobre la Guerra de Invierno. Para vari más que una basura anti rusa. Sí, los finla unos héroes y los rusos unos invasores. Lo q leer. La URSS se defendía de la agresión de los estados capitalistas de alrededor. Además, te repito: ganó.

Tam sto que usas de avatar una foto de tu abuelo. Un burgués ¿no? Seguro que se dedicó a saquear en las granjas rusas matando civiles y matando judíos. Como hacían todos los fascistas.

«Quien se arrodilla ante el hecho consumado es incapaz de enfrentar el porvenir» Trotsky

Registrado: 21/06/2009
Mensajes: 1932
Medallas: 3

Por 22/06/2013 18:21

Murray
Lieutenant Commander

Señ en el tono.

Les s normas del foro:

6.3.2 Todos los usuarios deberán respetar los principios democráticos. No se permitirán insultos, comentarios, indirectas leves, malos modos. Todos deberemos ser educados, respetuosos, tolerantes.

Se os recuerda que también hay sanciones: baneo y/o expulsión según la infracción.

«Regidos por balas y metralla, cabalgaron con audacia, hacia las fauces de la Muerte, hacia la boca del Infierno».
Lord Alfred Tennyson

Registrado: 15/12/2007
Mensajes: 14567
Medallas: 25

Por [illegible] 22/06/2013 18:31

[ED[illegible] MODERADOR]

Strelok
Mladshiy serzhant

«Quien se arrodilla ante el hecho consumado es incapaz de enfrentar el porvenir» Trotsky

Registrado: 21/06/2009
Mensajes: 1933
Medallas: 3

Por [illegible] 22/06/2013 18:32

Strel[illegible]n mensaje privado

Lehto68
Luutnanti

«Kylä kestää». Luutnanti Juutilainen

Registrado: 31/12/2012
Mensajes: 254
Medallas: 7

Por [illegible] 22/06/2013 18:44

Se c[illegible]t.

Strel[illegible]orrado el mensaje porque no procedía su cont[illegible] próximo en el mismo sentido serás baneado.
Podéis seguir por MP pero espero que nada de descalificaciones ni insultos.
Es una lástima que dos buenos foreros hayáis tenido este agar[illegible]
Tranquilícense señores.

Murray
Lieutenant Commander

«Regidos por balas y metralla, cabalgaron con audacia, hacia las fauces de la Muerte, hacia la boca del Infierno».

Registrado: 15/12/2007

Lord Alfred Tennyson
Mensajes: 14568
Medallas: 25

—Vaya agarrón tuvisteis ¿no? —dijo Laura.
—Sí, la verdad es que al principio me sentó muy mal lo que escribió. Pero me sorprendió. Me envió mensajes directos por medio del propio foro. Al principio no quería abrirlos ni leerlos, pero no sé… finalmente me decidí.
—¿Qué te dijo?
—Léelo tú misma.

Bandeja de entrada
La carpeta está 27% llena (27 de 100 mensajes guardados)
ENVIAR RESPUESTA ◄ Volver a Bandeja de entrada

Lehto68
Luutnanti

Envi[illegible]/2013 19:32
De: L[illegible]
Para: [illegible]

Mira [illegible]o tanta hostilidad. Te he explicado que hay documentación de s[illegible]udiar y conocer el tema. Si no quieres verlo es tu problema, pero [illegible]i descalifiques a quien no piensa igual que tú.
Han cerrado el hilo, pero pongo en tu conocimiento que quien agredió primero fue la URSS a Finlandia. No voy a explicarte más. Tú mismo. En cuant[illegible]a con la Alemania nazi no fue así como dices. Finlandia fue co–b[illegible] aliada. Es muy diferente. Nadie ayudó a Finlandia y no le quedó más remedio que comprar armamento a Alemania. Éstos, con su política expansionista, se aprovecharon y mandaron tropas y atacaron desde suelo finlandés, es cierto, pero cuando Finlandia atacó solo quería recuperar los territorios que les arrebataron en 1939.
No hubo persecución de judíos. Al contrario, algunos formaban parte del ejército finlandés. Los alemanes quisieron obligar al gobierno –que era autónomo y democrático– a que solucionaran el "problema judío". Mannerheim fue tajante: "no existe ningún problema judío". Los alemanes no volvieron a plantear el tema.
Mi abuelo, pues como un hombre de su tiempo formó parte del ejército. Combatió y cumplió con su deber. Nunca se sintió un héroe ni presumió de su participación en la guerra.
«Kaikki kestää». Luutnanti Juutilainen
Registrado: 31/12/2012
Mensajes: 1251
Medallas: 7

◄ MP Previo Siguiente MP ►
Enviado: 22/06/2013 23:56
De: Strelok
Para: Lehto68

Tratas de justificar algo absurdo. Mi familia sufrió la guerra. Lo que pasaron

no se[illegible]ribir. Todos los que ayudaron a los nazis son culpables. No tiene[illegible]lo que es que maten a la gente de tu familia por sus ideas. No p[illegible]mpo. No me escribas más.

Strelok
Mladshiy serzhant

Registrado: [illegible]
21/06/2009
Mensajes: 929
Medallas: 3

Registrado: arrodillarse ante el hecho consumado es incapaz de enfrentar el porvenir. Trotsky

◄ MP Previo Siguiente MP ►

Enviado: 23/06/2013 06:30
De: I
Para

Lehto68
Luutnanti

Mira [illegible]oto de mi tía abuela. Como puedes ver es muy joven. En la foto [illegible] años recién cumplidos. Mi abuelo no llegó a conocerla, él tenía [illegible]uando ella murió. Fue durante la Sisällissota, la Guerra Civil de Fi[illegible] ocurrió en 1918.

No te voy a contar la Historia, para eso están los libros; cada uno desde su perspectiva. Solo quiero que te pongas en el lugar de una chica de quince años que quería contribuir a cambiar el mundo, es decir, la sociedad en la que vivía. Solo sé lo que mi abuelo me contó. Sus padres le contaron algunas cosas, pero él estuvo investigando durante años hasta tener más información. Consiguió recuperar los documentos que te adjunto en fotografía.
Su nombre era Lydia. Nació en 1902 en Valkeakoski, en una familia acomodada que se trasladó a Huittinen a principios del siglo XX. Su padre era comerciante, tenía una tienda de zapatos, y no simpatizaba con la tutela rusa del Gran Ducado de Finlandia. Era un firme defensor de la autodeterminación nacional. A pesar de esas ideas, no era un nacionalista de derechas. Había descubierto las propuestas de Marx y se entusiasmó con las de Kautsky. En 1903 se afilió al Partido Socialdemócrata.
Ella creció entre libros y lecturas. Recibió, además, una esmerada educación

y, además del finés, aprendió ruso y alemán. Le gustaba escribir y leer. Devoraba los libros que su padre tenía en la biblioteca y también todo lo que caía en sus manos. Eso la llevó forjar una conciencia de cuál era el papel que ella debía tener en la sociedad. Para resumir: igualdad de la mujer y lucha de clases.

Por cierto. ¿Sabes que Finlandia fue el primer país europeo en aceptar el voto femenino? Mucho antes de que los bolcheviques hicieran algo en ese sentido.

En enero de 1918 comenzó la guerra: blancos contra rojos. Lydia se cortó su larga melena, prescindió de los habituales vestidos femeninos y comenzó a usar pantalones. Era una manera en la que las mujeres luchaban por su papel igualitario en la sociedad.

Su padre y su madre le rogaron que tuviera cuidado, que se quedara en casa ayudando al padre en la tienda y a la madre con el segundo hijo que había nacido en 1915. Pero Lydia huyó. Quería aportar algo a la lucha que se estaba desarrollando. Se fue a Tampere y se unió a la Guardia Roja. Aquí te adjunto una copia de su tarjeta de identidad de la Guardia Roja, la recuperó mi abuelo en el Kansallisarkisto, el Archivo Nacional de Finlandia.

SUOMEN
PUNAINEN KAARTI
Tampere ..... n ..... rykmentin ...
pataljoonan ... komppanian ... plutoo
nan ..... osaston
Nimi ..... Lydia Lehto .....
Todistaa ..... A. Järvelainen .....

En Tampere hubo una batalla brutal. Lucha callejera entre los obreros armados de la Guardia Roja contra soldados profesionales de un regimiento que había formado parte del ejército imperial alemán: el 27º Regimiento Jäger. Los alemanes también enviaron a una división que se había curtido en combate luchando en las trincheras de Francia. Lydia luchó contra ellos.

Luego la retirada. Los rojos no aguantaron y tuvieron que abandonar la ciudad. Se fueron hasta Hauho. Lo que ocurrió allí fue una carnicería. El 29 de abril de 1918 los blancos conquistaron la ciudad. Hicieron cientos de prisioneros. Lydia estaba entre ellos. Estuvo presa durante una semana. ¿Sabes lo que ocurrió durante esa semana? No había juicios. Los blancos directamente ejecutaban a los rojos. Los llevaban a un bosque y los ametrallaban. A los heridos los remataban a bayonetazos. No querían gastar munición. Fue tal el grado de crueldad que algunos oficiales y soldados alemanes, veteranos de la guerra de trincheras, protestaron indignados a sus superiores.

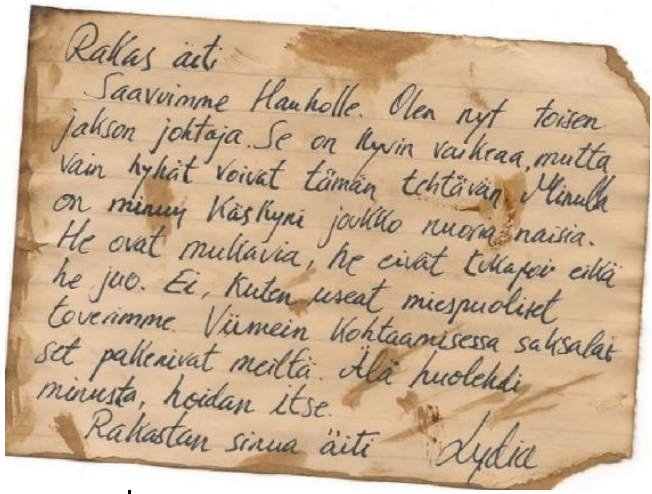
La peor parte se la llevaron las chicas de la Guardia Roja. Para los enemigos ellas eran un peligro ya que habían subvertido el orden tradicional reservado

para las mujeres en la sociedad burguesa. No querían quedarse reducidas al papel de amas de casa o madres, querían algo más. Ser iguales. Ser ciudadanas con todos los derechos. Así que, los blancos decidieron darles una lección que sirviera de ejemplo a otras. No les bastaba ejecutarlas. Primero las violaban. Durante días. Compañías enteras de soldados. ¿Te imaginas a Lydia? Yo sí. Humillada y torturada por decenas de enemigos antes de que, maltrecha y medio desnuda, la llevaran a un bosque, le dispararan y luego atravesaran su cuerpo con bayonetas.

Los blancos, a los hombres solían enterrarlos en fosas comunes; a las mujeres las dejaban sobre el terreno. Era su manera de castigar, incluso muertas, a esas "lobas sanguinarias".

Años después, a mi abuelo lo llamaban "Punaisen tytön veli". Algo así como "El hermano de la roja". Incluso durante la Talvisota, la guerra de invierno, algunos camaradas lo llamaban así. Solo tras demostrar de sobra su valor frente a la invasión soviética dejaron de llamarlo de esa manera.

Mi abuelo guardaba cuidadosamente la última nota que Lydia le envió a su madre. Durante años se la ocultaron, solo cuando murió su madre, él pudo recuperarla entre recuerdos y documentos de la familia.


Rakas äiti

Saavumme Hauholle. Olen nyt toisen jakson johtaja. Se on hyvin vaikeaa, mutta vain hyvät voivat tämän tehtävän. Minulla on minun käskyni joukko nuoria naisia. He ovat mukavia, he eivät tottele eikä he juo. Ei, kuten useat miespuoliset toverimme. Viimein kohtaamisessa saksalaiset pakenivat meiltä. Älä huolehdi minusta, hoidan itse.

Rakastan sinua äiti Lydia

Es la carta de una chiquilla de quince años, idealista, luchadora, comprometida con un sueño y, al mismo tiempo, añorando a su madre.

También conservó la foto, un recorte de la revista *Itä ja länsi*, publicada en 1928 en recuerdo de todos los que habían luchado en el bando rojo y caído en combate. Cuando le pidieron una foto a la familia, su madre eligió esta: su querida hija de quince años, con su larga melena y su mirada intrigante. Una hija a la que no pudo enterrar. Lydia está en alguna parte en los alrededores de Hauho. Forma parte del bosque.

No me digas, entonces, que no sé lo que significa que acaben con tu familia. Nuestra Historia en Europa es eso: acabar con las familias de otros por razones ideológicas. Poca gente se salva de ese legado.

«Kellarkestää». Luutnanti Juutilainen

Registered: 31/12/2012

Mensajes: 1251
Medallas: 7

◄ MP Previo Siguiente MP ►

Envi 2013 10:26
De: S
Para

Lo si mis respetos por Lydia.

Strelok
Mladshiy serzhant

Registrado: 21/06/2009
Mensajes: 1933
Medallas: 3

◄ MP Previo Siguiente MP ►

Envi 2013 11:15
De: S
Para
Si qu os hablar por aquí cuando quieras.

Strelok
Mladshiy serzhant

Registrado: 21/06/2009
Mensajes: 1933
Medallas: 3

◄ MP Previo Siguiente MP ►

Laura le devolvió la Tablet a Judith. Estaba asombrada. No decía nada.

—A partir de ese momento comenzamos a intercambiar mensajes con cierta regularidad —dijo Judith—. Siempre por medio del servicio de mensajes del foro. Nos contábamos cómo había ido el día. Sé que visitaba supermercados llevando promociones y controlando productos.

—Sí, exacto.

—Me contaba cosas muy graciosas de algunos encargados de los supermercados. Algunos le caían realmente mal, pero acababa siempre con un “es lo que hay”.

—No sabía nada de eso —murmuró Laura levemente contrariada.

—Con otros encargados se llevaba muy bien —continuó Judith —. Conoció a un inglés, que había estado en la guerra de Irak, y al

que se lo encontró a punto de suicidarse debido a sus demonios, sus malos recuerdos. Me contó también la historia de una encargada de super que generó un desastre. Tenía 10 trabajadores y no gestionaba bien sus puestos de trabajo. Unos estaban contratados a tiempo completo y otros a media jornada. Pero gestionaba tan mal las horas y tareas que algunos de jornada completa pasaban horas sin hacer nada y otros de tiempo parcial sobrecargados. Cambiaba horas de uno a otro, así como reparto de tareas. Cuando los trabajadores protestaron recurrió a la táctica de balones fuera, le echó la culpa al director general de la empresa.

—Ser encargada de supermercado es lo que tiene. Debes tomar decisiones, pero de manera valiente. Echarle un par y si tienes que prescindir de alguien pues a la calle —aclaró Laura.

—En 2013 hubo una temporada en la que nos encontrábamos con frecuencia —continuó Judith mirando a Laura intrigada tras lo que había dicho.

—¿Salisteis juntos? —preguntó Laura.

—No, no era eso. Nunca estuvimos interesados el uno en el otro. No desde esa perspectiva que piensas.

—¿Entonces?

—Le propuse que, ya que pasaba cerca de Benidorm casi a diario, podríamos quedar y conocernos. Fue toda una sorpresa para él.

—¿Por qué?

—Solo conocíamos nuestros perfiles del foro, nunca le dije que era una mujer, no lo vi necesario. Él tampoco preguntó. Quedamos en encontrarnos en la Cafetería Casbah, en la Playa de Levante. Yo tendría impresa encima de la mesa una foto de mi perfil en el foro. No sé. Decidimos eso por hacerlo más interesante. Recuerdo cuando llegó, se quedó delante de la mesa y exclamó: "¿Strelok? ¡Qué grande eres!". Yo le solté algo que había preparado y que al final quedó fuera de lugar: "¿Qué pasa que por ser una tía no me puede interesar la historia militar?". Me respondió algo que me dejó chafada: "¡Qué va! Al contrario. Si me encanta el punto de vista femenino sobre los conflictos. Es más racional". Menuda réplica. Me intrigó y cautivó.

—Muy propio de él —intervino Laura—. Sabía cómo captar la atención y lanzarte de repente un argumento contundente o desconcertante.

—A partir de ese día, que fue si no recuerdo mal en octubre de 2013, y a lo largo de un año y medio quedamos una vez al mes. En el mismo sitio, con largas conversaciones tomando un café o un

refresco disfrutando de la brisa del mar. Mirando al horizonte. Le encantaba el horizonte. Decía que era un lugar que invitaba a descubrir, aunque no hubiera nada, aunque estuviera vacío, el horizonte siempre invita a alcanzarlo. Fueron unos momentos muy especiales. Me sentía muy bien.

—Sabía cómo quitar los demonios de otros y permitir que durante un instante descansaras. Pero era incapaz de acabar con los suyos —concluyó Laura.

—Exacto. Tienes razón. Hablando con él solo pude saber que la muerte de una chica lo dejó muy tocado —aclaró Judith—. Lo cierto es que tenía experiencias muy interesantes, episodios vividos de los que siempre sacaba alguna aplicación para el día a día. Llegué contarle cosas que había estado guardando durante años.

—¿Tus demonios? —preguntó Laura.

—Sí. Para qué negarlo. Mis demonios. Me inspiraba confianza y tranquilidad. Le conté una mala experiencia de acoso escolar de cuando era niña. En determinado momento de mi adolescencia sufrí acoso en el instituto porque algunas compañeras comenzaron a llamarme *mietys*, mestiza. Sólo porque mi abuelo era español. Llegaron a hacerme la vida bastante difícil, pero seguí adelante ignorándolas y cuando fue necesario le di un par de bofetones a la que lideraba ese grupo.

—¡Vaya! —exclamó Laura con admiración.

—Él tuvo una experiencia similar, pero el causante del acoso era el maestro de la escuela donde iba. Un auténtico gilipollas. Lo maltrataba, le pegaba, lo ponía en ridículo delante de la clase. Fíjate que cuando terminó de contarme la historia concluyó: "Si existe el infierno espero que el señor Marugán esté cociéndose a fuego lento. Cuando yo llegue avivaré el fuego".

—No me puedo imaginar la situación —dijo Laura—. Pero debió ser duro.

—Tenía unos siete u ocho años cuando pasó todo. Pero gracias a esa experiencia, empleando sus palabras: "aprendió a desconfiar de la autoridad, de los tiranos, de los mojigatos y meapilas". Es indigno que un maestro tenga ese comportamiento —concluyó Judith.

Laura no dijo nada. Se levantó y fue a por un vaso de agua a la cocina, volvió con otro para Judith.

—El resto de las veces que nos reunimos —continuó Judith—, hablamos de asuntos menos intensos. Nunca le faltaban anécdotas graciosas del trabajo. Había una encargada por la que tenía predilección, nunca me dijo el nombre, era muy reservado con eso. Pero le gustaba ir a un supermercado de El Campello.

—No, no, no… no es posible.

—¿Por qué no es posible?

—¿Recuerdas que supermercado?

—Un Super Plus, ¿por qué?

Laura no dijo nada. Comenzó a llorar en silencio y a señalarse a sí misma.

—Entiendo —dijo Judith abrazando a Laura—. Tú eras la encargada de ese supermercado. Creo que ese era su demonio: no saber comunicar sus sentimientos. Era capaz de ayudar a otros, pero no a sí mismo. Aunque creo que eso le daba igual.

—¡Uf! —exclamó Laura—. Yo tampoco tuve valor de decirle nada.

—Laura, las cosas suceden por algún motivo. Pero hasta que no lo entendemos nos martirizamos a base de preguntas. Siempre llega la respuesta. Hay que estar preparada para verla y actuar.

—Hablas como él —dijo Laura esbozando una sonrisa mientras se limpiaba las lágrimas.

Judith la abrazó y estuvieron varios minutos en silencio.

—¿Mejor? —dijo al cabo del tiempo Judith.

—Sí. Necesitaba… ya sabes….

—Lo entiendo.

—Me dijiste que él te comentó algo de tu hermana —dijo Laura recuperando el ánimo.

—Exacto. Fue muy extraño. Dejamos de vernos alrededor de 2015. No contactó conmigo, ni respondió un par de mensajes que le envié. Así que supuse que estaba ocupado, o que había perdido interés en seguir viéndonos.

—En ese momento es cuando empezó una relación con Jana.

—¿Jana?

—Una chica que conoció. Es largo de contar, luego te explico.

—Bien. Pues me alegro de que tuviera pareja.

—Pero es que Jana era una de las chicas de Poncelet —aclaró Laura—, y lo que llevó a que Jukka acabara con Helena Härma.

—Ahora empiezo a comprender todo.

—¿A qué te refieres?

—A por qué me envió toda esa información, aunque lo hizo sin muchos detalles. Fue como si lo hubiera improvisado, sin tiempo para organizarlo. Deprisa y corriendo.

—¿Qué te envió? —preguntó Laura con curiosidad.

—Me dijo que había encontrado unos documentos en los que aparecía el nombre Inga, seguido de las iniciales de nacionalidad BLR, Bielorrusia, y una fecha que parecía ser de defunción: 21 de

julio de 2004. Me adjunto un recorte de periódico en el que figuraba la noticia de haber sido encontrado el cuerpo de una chica joven flotando a la altura de la Cala de Finestrat. Llevaba una pulsera con el nombre de Inga. Desgraciadamente no había foto de la pulsera, yo le había regalado a mi hermana una después de su accidente, pero no podía saber si era la misma.

—Pero era demasiada coincidencia. Él había descubierto las actividades de Helena y Poncelet y entre sus documentos aparecía el nombre de una chica que se llamaba como tu hermana, que había desaparecido más o menos por esa fecha, incluso figuraba la nacionalidad —argumentó Laura—. Blanco y en botella.

Judith la observó con rictus serio. No parpadeaba. Sus ojos azules brillaban de manera misteriosa remarcando aún más la frialdad de la mirada. Solo un momentáneo brillo acuoso empañó su gélida actitud. Laura se dio cuenta de que había argumentado de manera tan directa que había causado un efecto dañino en Judith.

—Lo siento Judith.

—No pasa nada. A estas alturas estoy acostumbrada a la idea de que mi hermana debió de morir hace tiempo —dijo en tono sereno —. Debería estarlo.

—Lo siento —dijo Laura cogiéndole la mano.

—No sé el motivo, pero me envió también un plano de la casa de esa mujer, de Helena.

—¿En serio?

—Sí, mira —Judith volvió a buscar en la Tablet y le enseñó los planos a Laura.

—Están hechos por él —dijo sonriendo—. ¿Has ido a esa casa?

—No. ¿Por qué? —preguntó Judith sorprendida.

—¿Sabes? Creo que Jukka te estaba indicando que fueras. Que allí encontrarías respuestas a tus preguntas.

—¿Por qué piensas eso?

Laura se levantó, subió corriendo y regresó con su un ejemplar de su libro. Se sentó al lado de Judith y abriendo el libro, por donde estaban las imágenes de una chica joven en cuyo pie de foto se podía leer el nombre de Sara, extrajo una tarjeta postal de Burgos.

—Lo hizo conmigo —explicó Laura—. Lanzarme un reto. Yo continué parte de sus descubrimientos. Tú debes hacer lo mismo. Te lo pidió hace tiempo. No esperes más.

Judith se quedó en silencio. Observó los planos de la casa y luego la postal que Laura le había dado. Se puso en pie y se dirigió a la ventana. Apoyó las manos a ambos lados de la ventana observando con la mirada perdida hacia el exterior.

Había comenzado a soplar una fresca leve brisa procedente de poniente arrastrando un olor dulzón y meloso procedente de la panadería. Los grillos seguían cantando y entre las sombras de la calle se podía divisar algún murciélago revoloteando silenciosamente.

Judith suspiró profundamente. Gimió de manera imperceptible y dejó que las lágrimas brotaran. Lloraba en silencio. Sintió, en ese momento, el roce de Laura detrás de ella. Sintió su cálido abrazo y un fugaz beso en el cuello.

5.

Laura estaba en silencio. Judith se había recostado sobre ella. Laura la abrazó y comenzó a acariciarle la cabeza. Hacía calor. A pesar de tener las ventanas abiertas tanto en la planta inferior como en la de arriba, no se movía nada de aire. Se notaba un ambiente seco, áspero, soporífero. Habían perdido la noción de las horas dialogando. El sueño poco a poco las fue dominando. Judith se sentía relajada, por primera vez en mucho tiempo, en brazos de Laura. Sentía un escalofrío placentero cuando la mano de Laura le rozaba las sienes y se enredaba en su pelo. Sintió el calor del cuerpo de Laura en su espalda, lo que se tradujo en una sensación aún más relajante. Se quedó dormida. Laura también.

Cuando Judith se despertó vio que Laura había preparado el desayuno. Tostadas de pan recién comprado, mantequilla, mermelada, fruta, café recién hecho y una jarra con té. Judith se estiró como un gato. Tras ir al baño, regresó al comedor y se sentó. Comenzaron a desayunar. Observó que Laura la miraba.
—¿Qué pasa?
—Tus ojos —dijo Laura.
—¿Qué pasa con mis ojos?
—Son muy bonitos —dijo Laura—. Tienen un color azul oscuro muy profundo. Me recuerdan al océano.
—Has amanecido muy poética ¿no? —dijo Judith en su habitual tono severo—. Gracias —añadió intentando ser amable.
—Pero tu mirada es siempre tan distante, tan fría —puntualizó Laura.
Judith no dijo nada.
—Judith, anoche cuando estábamos haciendo el amor… La cicatriz que tienes en el abdomen…
—Un accidente —dijo Judith—. Fue hace muchos años.
Judith dejó de comer y se levantó de manera rápida. Fue al aseo, cerró la puerta y se acurrucó en el suelo, con la espalda apoyada en la puerta. Cerró los ojos y dejó que resbalaran las lágrimas que había estado aguantando desde que Laura le preguntara. Pasados unos minutos, se puso en pie, se lavó la cara, se recogió el pelo en

una larga coleta y regresó al comedor. Laura seguía sentada.
—No he querido molestarte —le dijo.
—Tenía que ir al baño —indicó Judith.
—Bien.
—Sí.
Se miraron. Laura quiso decir algo, pero se lo pensó y cambió la pregunta.
—Entonces, fue alrededor de 2015 cuando perdiste contacto con Jukka, ¿no?
—Sí. Aunque me llamó la atención que después de bastante tiempo sin escribirnos, ni vernos, de repente llegó aquel mensaje suyo con información sobre mi hermana, con los planos de la casa de Helena Härma y tantos datos.
—Pero ¿qué tenía que ver Helena con tu hermana? —preguntó Laura—. ¿Qué conexión había?
—Mi hermana, Inga, desapareció hace unos años —explicó Judith —. En el año 2001 sufrió un accidente. Ella iba con mi padre a visitarme a San Petersburgo. Yo trabajaba allí en un instituto al mismo tiempo que terminaba mis estudios. Daba clases de literatura y de español. Les faltaba unos veinte kilómetros para llegar cuando, por el carril contrario, un camión adelantó a otro vehículo sin comprobar si venía alguien de frente. Mi padre intentó esquivarlo, pero perdió el control del coche y chocó con otro camión. Por la fuerza del impacto el auto fue dando vueltas de campana por la carretera hasta que se detuvo en un terreno. El coche quedó destrozado. Mi padre murió en el acto, al menos eso nos dijeron luego los médicos. Los bomberos tuvieron que sacar su cuerpo del coche con herramientas para cortar el metal. Mi hermana, en una de las vueltas del coche, salió despedida y cayó en una especie de canal que había junto a la carretera. Se rompió la cadera, una pierna y un brazo. Lo peor es que estuvo unos minutos sin conocimiento y sin respirar. Lo justo para dejarle secuelas, después del accidente le costaba hablar, se atrancaba en las frases y a veces no las podía terminar. Eso fue muy duro. En la escuela siempre había recibido premios por su capacidad para leer y recitar. Después del accidente… Bueno, lo puedes imaginar.
—Al menos estaba viva —terció Laura.
—A veces pienso que hubiera sido mejor que no hubiera sobrevivido. Suena cruel lo sé. Una de las personas que se detuvieron a ayudar tras el accidente la encontró. No sabemos cuánto tiempo había pasado. Esa persona era un médico y consiguió reanimarla hasta que llegó la ambulancia. No sé. Si no la hubieran

encontrado ¿hubiera sido mejor?

—No sirve de mucho pensar eso ¿no?

—Ya lo sé Laura, pero… Luego todo fue de mal en peor.

—Mi hermana pasó varios meses en el hospital. La recuperación fue lenta y complicada. Ya en esa temporada nuestra madre me limitó las visitas. Comenzó a hacerme responsable de lo sucedido.

—Pero no fue culpa tuya —interrumpió Laura—. Eso es injusto.

—No sé qué decirte. En ocasiones me asalta la duda. A veces pienso que si en lugar de haberme quedado en San Petersburgo hubiera ido a visitarlos las cosas habrían sido diferentes.

—Eso no puedes saberlo —aseveró Laura—. No debes martirizarte.

—Lo sé. Pero la duda siempre estará ahí —concluyó Judith.

—En el fondo, dudar es humano.

—Exacto, Laura.

Judith hizo una pausa. Luego continuó su relato.

—Finalmente, seis meses después le dieron el alta. Mi madre dejó que me quedara un mes. Pasado ese tiempo debía irme. No me dejó otra alternativa.

—¿Lo hiciste? ¿De verdad te marchaste?

—Claro. ¿Qué remedio? —dijo Judith—. Eran sus condiciones.

—Vaya.

—Durante el mes que estuve con ella la ayudé en todo lo que pude. Inga estaba muy deprimida. Aparentemente no mostraba ninguna señal de haber sufrido el accidente. Pero cuando caminaba… La cojera era muy evidente. Los primeros días no quiso levantarse de la cama. No quería saber cuál era su auténtico estado. Se negaba a aceptarlo. La cojera no era lo peor. Cuando habló por primera vez tras el accidente… —Judith guardó silencio y se le humedecieron los ojos.

—Tranquila —dijo Laura—. Si no quieres seguir lo comprendo.

—Inga se sorprendió al oírse —continuó Judith—. La frase le salió entrecortada. A trompicones. Cuando la terminó comenzó a llorar. Boqueaba como un pez fuera del agua. Ella no entendía porque ya no podía expresarse igual que antes. Cambió hasta su tono de voz: se volvió gutural, como proveniente del fondo de una cueva. Fue muy duro.

—Pobrecita —dijo Laura.

—Aproveché el mes que tenía por delante para estar con ella y ayudarla. Mira, te voy a enseñar las mismas fotos que le envié a Jukka.

Judith abrió una carpeta de fotos en su Tablet. Mientras lo

hacía, Laura le hizo una pregunta.

—¿Qué te dijo Jukka cuando le enseñaste las fotos? ¿Cómo reaccionó?

—Fue muy extraño —contestó Judith—. Si te digo la verdad, después del episodio con él en el foro quería comprobar si era de fiar. Le envié una foto, sin decir nada, me refiero a que no le aclaré si era yo o no. Pensé que iba a actuar como un baboso más; ya sabes, al estilo de "mándame más fotos" o "¿no tienes alguna con menos ropa?" Pero no.

—No fue así.

—No. En absoluto. Su respuesta me sorprendió y digamos que hasta me molestó un poco. Tras enviarle la primera me escribió un mensaje que aún recuerdo: "Si vas a empezar a mandarme fotos tuyas medio desnuda lo dejamos aquí y punto. No me interesa".

—Vaya. Directo.

—Recuerdo que tardé en contestarle, pero cuando lo hice le aclaré que se trataba de mi hermana que había desaparecido. Entonces me pidió que le explicara.

—Tenía una habilidad especial para conocer a gente con problemas —dijo Laura de manera inconsciente.

—No, Laura, no conocía a gente —le rectificó Judith—. Él tan sólo prestaba atención al mundo en el que vivía. Prestaba atención a la gente y a sus detalles.

—Jodido buen samaritano.

—La regla de oro —añadió Judith.

—Cierto.

Ambas permanecieron en silencio durante un instante. Tras esos pocos segundos, Judith continuó con su relato y le mostró a Laura las fotos.

—¡Qué guapa! —dijo Laura al ver la primera foto.

—Inga era muy guapa. Su rostro redondo, con unos grandes ojos oscuros y muy vivos. Su boca pequeña esbozando siempre una sonrisa. Nunca perdió esos rasgos infantiles. Esta foto es tras el accidente. Aunque esboza su eterna sonrisa, puedes ver en su mirada todo el sufrimiento que llevaba por dentro.

—Ahora que lo dices, es verdad —dijo Laura observando la foto con detenimiento—. Tiene algo melancólico.

—Sufría muchísimo. No hacía falta que lo dijera, se podía percibir. Intenté ayudarla cada día. Ella no quería salir de casa, no quería volver al instituto. Tan solo pasaba las horas en la cama, llorando. Hice todo lo que pude. La obligué a que me acompañara a comprar al supermercado; pero apenas dio un par de pasos fuera, en

la calle, se volvió a meter en el portal. Recuerdo que me gritó, con su voz entrecortada y jadeando: "me están mirando, soy una lisiada". No era verdad. No había nadie en la calle. Pero en su imaginación…

Judith hizo una pausa.

—Transcurrido el mes me fui. Intenté convencer a mi madre para que me dejara estar más tiempo. No me importaba renunciar a mis clases, a pesar de ser el último año. Incluso le dije que permitiera que Inga se viniera conmigo. No hubo manera, al contrario: me prohibió volver. Mi madre me hacía responsable de todo lo que había ocurrido.

—Pero eso es injusto —protestó Laura.

—No quise enfrentarme a ella. Tan solo le pedí que dejara que Inga me llamara alguna vez, que me escribiera correos y me mandar alguna foto. Accedió de mala gana.

—¿Tu hermana lo hizo?

—Sí, siempre. Durante los siguientes meses las fotos eran del mismo estilo: con tristeza en la mirada. No obstante, volvió al instituto y lo terminó. Incluso empezó la Universidad. Pero las fotos que enviaba siempre estaban hechas en casa. Solitaria. Su reflejo en el espejo, o un autorretrato. Hasta que en marzo de 2003 me envió esta foto en un correo.

Laura observó la fotografía. Inga sonreía. La melena castaña le llegaba hasta la cintura y la llevaba suelta. Dos cosas llamaron la atención de Laura: Inga llevaba un vestido corto de color blanco y la foto no se había hecho en su casa.

—Fuera de casa —murmuró ante el asombro de Judith.

—Exacto. Muy buena observadora —dijo con admiración—. Es uno de los edificios de la Universidad. No le di mucha importancia a lo que me contó. Pensé que había cambiado por sí misma. Qué equivocada estaba.

—¿Qué ocurrió?

—Me contó que había conocido a un profesor muy interesante que estaba haciendo una estancia en la Universidad.

—¿Poncelet?

—Poncelet —dijo Judith guardando silencio durante unos segundos—. Inga me contó que Poncelet la estaba ayudando a superar sus limitaciones, que la llevaba a tomar un té o un café a alguna cafetería. Que incluso fueron a pasear por parques y bosques y que él la estaba ayudando para mejorar su forma de andar y de hablar.

—Sabiendo quién es me parece muy perverso.

—La fue transformando a su antojo. Mira más fotos.

Judith le enseñó una serie de fotos, también del año 2002, en las que Inga vestía un pantalón corto, camiseta ajustada y adoptaba posturas sugerentes.

—Me dijo que estas fotos se las había enviado a Hubert —continuó Judith—. Date cuenta de que ya lo llamaba por su nombre; porque él le había dicho que la echaba de menos.

—Menudo cabrón —interrumpió Laura.

—Mantuve unos cuantos correos con mi hermana. No quería presionarla, pero le advertí que tuviera cuidado. No me parecía lógico que ese hombre tuviera interés por ella.

—Desde luego. Le llevaba trece años de diferencia, no es muy lógico —murmuró Laura.

—Exacto. Pero Inga decía que se sentía muy bien con él. Llegó un momento en el que me dijo que creía que se estaba enamorando de él.

—Vaya.

—En mayo de 2003 Inga me envió una nueva foto —continuó Judith mostrándole la foto en cuestión.

—Se tiñó el pelo de rubio —exclamó Laura.

—Sí. También comenzó a usar maquillaje y a cambiar su aspecto. Me escribió contándome que chateaba con él todas las noches en Messenger, el de antes, no sé si te suena —Laura negó con la cabeza—. Bueno, pero vamos, que se pasaba la noche chateando con él. Se había cambiado el color del pelo porque él le había dicho que le sentaría bien el rubio. Inga también me dijo que… que…—Judith dejó de hablar.

—¿Qué te dijo? —le preguntó Laura cogiéndole la mano.

—Que… ella… que ella le había mandado algunas fotos en lencería y también desnuda.

—¡Joder!

—Él le había dicho que estaba enamorado de ella y que en noviembre volvería a ir. Que quería estar con ella y hacerla feliz.

Judith buscó más fotos y se las enseñó a Laura. En ellas, Inga aparecía más sofisticada. Más maquillaje, ropa de colores vivos, faldas y vestidos cortos, poses arriesgadas, y siempre una sonrisa en su cara aniñada.

—¿No le dijiste nada a tu madre? —preguntó Laura.

—Por supuesto que sí.

—¿Y?

—No hizo nada. Al contrario, se enfadó conmigo.

—¿Por qué?

—Porque consideraba que era lo mejor que le estaba pasando a Inga tras el accidente. Pensaba que el cambio era algo positivo. Había abandonado la ropa oscura y sobria por otra más femenina —Judith hizo el gesto de comillas con los dedos—. ¿Qué es vestir más femenina? ¿Vestir como él quería? ¿Para que él pudiera satisfacer su…? —Judith no terminó la frase.

—Te entiendo. En serio.

—Mi madre pensaba que esa transformación era algo bueno. ¡Cielos! Poncelet la estaba convirtiendo en una puta —concluyó Judith de manera directa—. Se suponía que mi madre tenía que haberlo evitado.

—Hay madres a las que esa palabra les viene grande —aseveró Laura.

Judith la miró atentamente, luego continuó contando.

—Fiel a su palabra, eso sí, Inga me siguió enviando fotos y correos. Él nunca aparecía. Me llamó la atención que casi todas las fotos que me envió en 2003 habían sido hechas en restaurantes de lujo.

—¿Cómo te diste cuenta?

—Los ambientes, la cubertería, las botellas de champán. Nunca habíamos ni soñado con comer langosta y en una foto ahí estaba ella comiendo langosta y otros productos caros. Un día recibí esta foto —Judith se la enseñó a Laura— Esta la hizo en la terraza del hotel Luchesa. Es el más caro de Vitebsk, en Bielorrusia. Es un amanecer.

—¡Oh! ¿Significa eso que tu hermana?

—Sí, él la invitó a hacer un viaje. La foto acompañaba un correo en el que me explicaba que había sido la noche más maravillosa de su vida. Él la había hecho sentirse la mujer más feliz del mundo, que la había tratado con mucha ternura cuando supo que era su primera vez.

Judith guardó silencio. Laura la observó: sus ojos azules miraban al vacío, la luz se reflejaba en ellos y reflejaban frialdad. A Laura se le ocurrió pensar que esa frialdad no era más que fruto del dolor. Un escalofrío recorrió su espalda.

—En el siguiente correo —continuó Judith— me dijo que él le había pedido que se fuera a vivir con él. La amaba y quería que vivieran juntos. Yo le rogué que no lo hiciera, que él era demasiado mayor, que ella tenía toda la vida por delante y debía terminar sus estudios.

—No te hizo caso.

—No. Me dijo que ya lo había decidido. Me pidió además que no

le dijera nada a nuestra madre. No sé porque, pero le hice caso, no le dije nada. Le pedí que me siguiera enviando correos y fotos, quería saber cómo se encontraba. Le pregunté dónde se iba a instalar. Me dijo que él trabajaba en una prestigiosa Universidad de Bélgica, pero que por sus obligaciones de trabajo viajaba mucho y que solía pasar largas temporadas en España.

—Es falso —interrumpió Laura—. Nunca ha sido profesor de ninguna universidad, ni siquiera ha estudiado. Se fabricó esa identidad gracias a sus contactos y se ha aprovechado de ello. Tiene la habilidad del charlatán, aunque eso ya lo viste en Colombia.[3]

—Lo recuerdo. También recuerdo tu actitud tan valiente enfrentándote a él y a esos admiradores de los nazis. Me sorprendió mucho y pensé «Vaya periodista más rara discutiendo al ponente».

—No soy periodista. Yo solo estaba de casualidad en ese sitio. Además, me indignó toda esa pandilla de "morenazis".

Judith sonrió. Por primera vez su rostro cambió y se relajó. Aunque fue una pausa de apenas un par de minutos, enseguida volvió el rictus serio y la mirada dura.

—¿Qué pasó luego? —preguntó Laura—. ¿Te mantuvo informada?

—Sí. Se fue con él en junio de 2003. Antes de hacerlo me envió una foto.

Laura observó: Inga estaba sonriente, con un vestido blanco, y su larga melena rubia recogida en una cola de caballo. Posaba natural. Antes de que pudiera decir nada, Judith le enseñó otras fotos en las que Inga posaba de escorzo, vistiendo una camiseta que marcaba su anatomía, un short vaquero y unas sandalias de cuña. Laura miró a Judith esperando una explicación.

—La primera es en Minsk, fuera del aeropuerto. Intuyo que antes de empezar el viaje. Las otras me las mandó desde Bruselas. Me envió un correo explicándome lo bien que estaba, lo bonita que era la ciudad y lo bien que la trataba Hubert. Me dijo que en julio y agosto iban a estar en España, lo que le hacía mucha ilusión. A mi pregunta de si continuaría estudiando me contestó que él le había conseguido un trabajo de modelo y que empezaría a trabajar y a estudiar en España.

Judith guardó silencio nuevamente. Laura comprendió el motivo del silencio ya que sospechaba lo que se ocultaba tras la propuesta de trabajo. Abrazó a Judith.

—Ese maldito cabrón —dijo Judith mirando fijamente a Laura.

—No podías hacer nada —susurró Laura—. Ella había tomado una decisión. Incorrecta, pero…

—Sabía que algo no iba bien, pero no podía probar nada —interrumpió Judith—. Cuando me escribió desde España no supe muy bien que pensar.

Judith le enseñó una foto en la que Inga estaba morena. Su pelo mucho más rubio y una gran sonrisa. Un minivestido negro le realzaba el color broncíneo de la piel. Detrás de ella se veía una discoteca.

—Parecía tan feliz —dijo Judith— que me pregunté si no estaba viendo fantasmas. Mi hermana parecía estar disfrutando la vida. Haciendo lo mismo que yo estaba haciendo. Salir, pasarlo bien, ir a discotecas, conocer a alguien, ¿por qué no? Pensé que en el fondo yo tenía envidia. Ella tenía un novio y yo, en esa época, tan solo tenía sexo ocasional con algún compañero de la Universidad o alguien que conocía en alguna fiesta.

—Te entiendo —dijo Laura.

—Me relajé —continuó Judith—. En ese mes mi madre se dignó contactar conmigo. Me preguntó por Inga. Le había mentido, le dijo que se había ido a Giżycko, en Polonia, a visitar a una prima que vive allí y que tiene una cabaña junto al lago Niegocin. Había intentado localizarla y cuando llamó a los familiares le dijeron que ella no había ido allí y que no sabían nada.

—¿Qué hiciste?

—Le conté la verdad.

Se miraron en silencio. Judith se levantó y se acercó a la ventana. Miró hacia el exterior. Anochecía.

—Renegó de mí —continuó—. Cuando terminé de contarle todo dijo que yo ya no era su hija. No quería volver a saber nada de mí. Que le daba igual si vivía o moría. Tan solo había traído desgracia a la familia. Desde ese momento solo tenía una hija: Inga. Nunca más volvió a llamarme ni a contactar. Tampoco contestó mis llamadas y, de hecho, cambió el número de teléfono. Le escribí cartas pidiéndole perdón y explicándole como me sentía. Todas me fueron devueltas con una frase escrita en el sobre: “Destinatario desconocido”. No he vuelto a saber nada de ella desde ese día y, la verdad, es que la echo de menos. Me hizo mucha falta su compañía cuando… —Judith guardó silencio.

—Cuándo… ¿Qué? —preguntó Laura sin obtener respuesta.

Laura se levantó, se acercó a Judith y la abrazó. Sintió su fragilidad. La miró a los ojos y percibió un extraño brillo. Judith miraba a Laura, por un instante sintió algo de calma en su interior. Dejó que Laura le acariciara el cabello mientras la miraba. Pasados unos minutos, Judith volvió al sofá y buscó más fotos. Laura la

siguió.

—Estas son de las últimas. De agosto de 2003.

—¡Vaya! —exclamó Laura sorprendida.

Inga, vestida con un bikini turquesa, tomaba el sol en la cubierta de un yate. En otras, también de la misma serie de fotos, estaba tumbada en la orilla de la playa mientras el agua la bañaba.

—Me escribió desde Benidorm —indicó Judith—. Estaban pasando unos días en un apartamento. Según lo que me dijo, él tenía un yate y salían cada día a navegar, tomar el sol, ir de fiesta.

—¿No se dio cuenta de que era un extraño nivel de vida para un "profesor"? —dijo Laura.

—Eso mismo le dije —añadió Judith mirando sorprendida a Laura—. Pero ella estaba cegada. No había manera de hacerla reflexionar. Días después recibí un nuevo correo, fue el último.

Judith le mostró la foto: Inga estaba recostada en una hamaca, llevaba puesto un bikini estampado con la bandera estadounidense. Barras horizontales blancas y rojas en la braguita y en el top una parte con las estrellas blancas sobre fondo azul y la otra parte las barras. Inga miraba a la cámara y sonreía.

—Dos días después recibí un mensaje en el móvil: "Lo siento. Te quiero Yutke".

Judith dejó de hablar y miró la foto otra vez. Pasó el dedo por la pantalla como queriendo acariciar la cara de su hermana.

—Cuando era pequeña me llama así: Yutke. No sé por qué, pero empleaba el diminutivo en yiddish. Cuando quería que la ayudara o que jugara con ella me decía "Yutke, ¿puedes estar conmigo?" —hablaba mirando hacia la ventana, sin darse cuenta de que Laura la observaba—. Siempre estaba con ella —continuó—, pero, cuando más me necesitaba no estuve a su lado. Dejé que se fuera sabiendo que era muy peligroso. Esta es la última foto que tengo de mi hermana.

—Por eso fuiste a Colombia, siguiendo a Poncelet. Para presionarlo, ¿no?

Judith no contestó. Seguía mirando la foto de su hermana.

—Pero… ella desapareció en 2003, y lo de Colombia fue en 2009. Dejaste pasar mucho tiempo —dijo Laura—. No lo entiendo.

Judith siguió en silencio.

—Estoy cansada —dijo rompiendo su silencio sin dejar claro si se refería a todo el tiempo dedicado a buscar a Inga o por el largo día recordando—. Voy a acostarme.

Se dirigió a la escalera. Apenas había subido un par de escalones cuando se detuvo y se volvió hacia Laura que la observaba apoyada

en la pared junto a la ventana. Judith la miró y tendió la mano en su dirección.

—Por favor —dijo mirando a Laura—, no quiero estar sola. No esta noche.

Laura, al principio, se sorprendió; pero enseguida se acercó a ella. Entrelazaron los dedos. Judith la besó. Laura la abrazó y apretó su cuerpo contra el de ella. Luego subieron la escalera.

A media noche Judith se despertó. Laura estaba a su lado, abrazada a ella. Dormía plácidamente con la melena negra revuelta. Las formas de su cuerpo se adivinaban bajo la sábana que la cubría. La mano de Laura reposaba sobre el vientre de Judith. Recordó la pregunta que, una vez más, le hizo cuando terminaron de hacer el amor: "¿Qué te pasó?". Judith no le respondió, se limitó a besarla.

Judith apretó la mano de Laura sobre su vientre. Sintió la calidez de su piel. Cerró los ojos y lloró en silencio. El suave tacto de la mano de Laura le recordó el de su abuela: Rivka.

6.

Rivka miraba por la ventana. Frente a ella se veía una serie de urbanizaciones de casas adosadas, calles y carreteras, parques con árboles y palmeras y al fondo, a unos cuatro kilómetros, la línea de edificios construidos en la playa de San Juan.

Estaba cansada. Demasiadas noches sin dormir le estaban pasando factura, más aún por efecto de la edad. En el pasado eso no habría supuesto ningún problema, de hecho, su vida había sido una lucha constante. Pero ahora, con ochenta y dos años, notaba como las fuerzas le fallaban con demasiada frecuencia. Dobló el ejemplar del periódico que había estado ojeando y lo dejó en una silla. Miró de nuevo la fecha: 13 de febrero de 2006.

Escuchó una voz detrás de ella.

—¿Cómo ha pasado la noche? —preguntó una joven enfermera que entró en la habitación.

—Como de costumbre —contestó en un perfecto castellano, aunque marcado por un fuerte acento eslavo.

—Debería descansar. ¿Cuántos días hace que no duerme bien?

—Desde que llegué. Hace ya dos semanas. ¿No?

La enfermera asintió.

—Pero no puedo irme —dijo Rivka—. No quiero dejarla sola. Después de lo que le ha pasado no quiero abandonarla.

Ambas miraron en dirección a la cama donde estaba Judith. Tenía una cánula nasal que le suministraba oxígeno. Una bomba de infusión le suministraba medicación; una bolsa de suero, la enésima a estas alturas, le había estado suministrando, igualmente, minerales y vitaminas. Un oxímetro de pulso conectado a su índice derecho medía sus niveles de oxígeno en sangre. De debajo de la bata salían unos cables que, conectados a unos electrodos, permitían controlar en el monitor de constantes su pulso, frecuencia cardiaca, respiratoria y presión arterial. Judith tenía los pómulos hinchados y amoratadas. Uno de sus ojos estaba igualmente amoratado. Los labios estaban desfigurados, hinchados y de color púrpura.

—¿No tiene a nadie más? —preguntó la enfermera—. ¿Padre y madre?

—Su padre murió hace años en un accidente de tráfico —explicó Rivka—. Su madre… Bueno, su madre no quiere saber nada de ella. Ni yo misma sé dónde está. No puedo localizarla.
—Qué extraño —dijo la enfermera—. ¿Cómo es posible que una madre ignore a su hija?
Rivka no dijo nada. Mantuvo la mirada en su maltrecha nieta.
—¿Cómo evoluciona su estado? —preguntó Rivka.
—Estable —contestó escuetamente la enfermera—. Se recuperará. Va a necesitar tiempo. Lo que más preocupa a los médicos es que no queden secuelas. Por eso han optado por el coma inducido. No se preocupe, seguro que sale adelante.
—Espero que sí. Si tengo que hacerme cargo de ella no creo que tenga muchos años por delante. Ella tiene tantas cosas aun por vivir.
Se hizo un denso silencio.
—¿Quién ha podido hacer esto? —preguntó la enfermera tal y como había hecho en cada visita, sabiendo, no obstante, que no había respuesta—. La verdad es que fue, no sé, ¿un milagro? La encontraron al borde de la carretera. Se había arrastrado no sé cuántos metros desde la zona de la playa. ¡La habían enterrado! El que haya hecho esto la dio por muerta. Pobrecita. Perdió mucha sangre en el esfuerzo. El personal de la ambulancia sigue conmocionado. Nunca se habían encontrado con algo así. Cruel, es lo que dijo uno de los enfermeros.
Rivka se puso al lado de Judith y le toco la frente. Estaba caliente por la frente.
— Бороться со всей своей силой, маленький[4] —le susurró Rivka en ruso.
—Háblele. Cuéntele algo —dijo la enfermera—. Seguro que puede escucharla. Le vendrá bien oír una voz familiar.
—¿Qué le cuento?
—Cuéntele su vida —dijo la enfermera—. Me dijo usted que era de Rusia ¿verdad?
—Sí, vengo de allí. En realidad, nací en Lituania, pero desde el final de la guerra viví en San Petersburgo con mi marido. Él era español. En aquellos años era la Unión Soviética.
—Cuénteselo. Parece muy interesante —insistió la enfermera—. Qué lástima que yo no puedo quedarme a escuchar su historia.
—Lo intentaré. Son tantos recuerdos.
—No olvide descansar. A ella la estamos cuidando desde que la trajeron. Pero usted necesita reposar.
—Gracias, lo haré cuando ella esté bien —apuntó Rivka mientras

sonreía en agradecimiento.

Rivka se sentó junto a la cama. Cogió la mano de Judith y la miró. Intuyó que en su interior estaba luchando, ayudada por los medicamentos, para seguir con vida. Era una característica que la hacía muy semejante a ella. Rivka también había tenido que luchar por su vida.

—Hace tanto tiempo, pero sigo recordándolo como si fuera ayer —dijo Rivka mirando a su nieta—. Tú eres una luchadora, como yo. Debes conocer mi historia, nunca te la he contado. Espero que la escuches.

Vivíamos en Kaunas, en la calle Nemuno, muy cerca del río Niemen, donde vivía buena parte de la numerosa comunidad judía de Lituania, una de las más numerosas e importantes de Europa.

Abner Kazlanov, mi padre, tenía una modesta fábrica de zapatos. Una empresa pequeña que comenzó a prosperar cuando Lituania se convirtió en una nación independiente tras la Primera Guerra Mundial. En 1934 consiguió un contrato para suministrar calzado al modesto ejército lituano. Eran tiempos de incertidumbre, pero gracias a ese contrato podía mantener a la familia.

Mi madre, Sabah, era de origen ruso. La recuerdo como una mujer elegante y muy guapa, con unos preciosos ojos de color azul cobalto, como los tuyos. Ella había recibido una educación selecta, no en vano provenía de una familia adinerada, y despertó en nosotros el amor por el arte, la música y la literatura.

Éramos tres hermanos. Abigail, Abby, era la mayor, tres años más mayor que yo. Le encantaba la música. No había día que no pasara horas escuchando discos en el gramófono familiar. Joseph era mi hermano, cinco años más joven que yo. No le iba muy bien en el colegio, pero tenía una gran habilidad manual y era capaz de desarmar cualquier aparato que caía en sus manos y luego volverlo a montar sin olvidar ninguna pieza. Mi padre, a veces, lo llevaba al taller para que le ayudara a arreglar alguna máquina.

Yo era la hermana de en medio, nacida en 1924. Tanto Abby como Joseph buscaban mi complicidad con sus problemas y aventuras. En especial Abby que estaba comenzando a fijarse en un chico de manera muy especial.

Como nuestro padre no tenía inclinaciones sionistas, asistíamos a clase en el Reali Gymnasium, uno de los más prestigiosos institutos de la ciudad. Curiosamente este centro había sido creado durante la ocupación alemana en 1915 como Jüdische Realgymnasium. Recibíamos educación en hebreo y lituano. En

nuestro hogar mi madre nos enseñó ruso, mi padre sabía hablar alemán por lo que nos enseñó nociones básicas de ese idioma.

A mí me gustaba mucho ir al cine, en especial con Lukas Masiulius, un chico de mi edad, vecino de la misma calle. Recuerdo su sonrisa, su cabello rubio y sus ojos de color celeste. En ocasiones fantaseaba con casarme con él y recorrer el mundo con una cámara de cine, filmando las más insólitas aventuras. Era una idea que, cuando se la comenté, no pareció desagradarle. A esa edad nos parecía la idea más maravillosa del mundo. Dos años después la realidad se impuso a nuestros sueños adolescentes. En agosto de 1939 todo a nuestro alrededor comenzó a cambiar.

Recuerdo la preocupación de los mayores, en especial de mi padre, cuando se hizo público que Alemania y la Unión Soviética habían firmado un pacto de no agresión. Había escuchado conversaciones en casa en tono preocupado por el giro antisemita que se había producido en Alemania desde que llegó Hitler al poder. Mi padre y sus amigos estaban realmente preocupados, pero mi madre siempre decía que no pasaría nada, que los inflamados discursos de Hitler no eran más que ladridos vacíos, que nadie en su sano juicio emprendería, a estas alturas de la historia de la humanidad, pogromos como en la Edad Media; y, que Francia y Gran Bretaña mantendrían a raya a “ese tipo tan ridículo”. Concluía las conversaciones con la misma frase: “¿Quién se puede tomar en serio a alguien con un bigote tan espantoso?”

En septiembre empezó la guerra. En el cine vi con Lukas las imágenes del ejército alemán invadiendo Polonia. Sus tanques, aviones y soldados destruyendo a los polacos. Veíamos las imágenes absortos y mudos. Sentí un escalofrío y le di la mano a Lukas. “No te preocupes, Rivka, yo te protegeré” me dijo. Asombrada lo miré y le dije “¿Quién querría hacerme daño? Soy una chica joven, sólo tengo 16 años”. “Da igual. Yo te protegeré” repitió. Esas palabras me produjeron una extraña sensación. Lukas parecía ser un héroe, un caballero dispuesto a defender a su princesa. A esa edad era maravilloso que alguien te dijera esas palabras. Aunque, de nuevo, la realidad volvió a imponerse.

El 17 de octubre mi padre llegó a casa antes de tiempo. Estaba muy agitado. Nos contó que la Unión Soviética había atacado a Polonia. Nadie se esperaba esto. Desde que Francia y Gran Bretaña declararan la guerra a Alemania tan solo se esperaba una actuación de estas naciones. ¿Qué pasaría ahora? ¿Se enfrentarían también a Rusia? Sabíamos que los soviéticos tenían interés en los países bálticos. ¿Nos atacarían también? Sentí miedo.

A finales de noviembre llegó a casa Jerzy Leszczynski, un primo de mi padre. Era polaco. Estaba famélico, demacrado, cansado. Lo observamos asombrados mientras comía, mejor dicho, engullía lo que mi madre le había preparado. Joseph le dijo "coma usted con calma, le va a sentar mal". Él miró a mi hermano, se rio y le dijo "mejor haces tú lo mismo, por si llegan los alemanes".

Después de comer, mi padre y él se sentaron a hablar. Mi madre nos obligó a salir del salón, pero yo me quedé cerca para poder escuchar lo que decían. Hablaban en voz baja en una mezcla de ruso y yiddish. Presté atención.

—Abner, deberías huir —dijo Jerzy en tono severo—. Trata de marcharte. Los alemanes son unas bestias sanguinarias.

—Aquí estamos bien —dijo mi padre.

—He visto cosas horribles. No te puedes imaginar cómo fue el ataque a la Oficina de Correos en Gdańsk o Danzig como dicen ellos. Te aseguro que fue una salvajada.

—Pero ¿por qué atacaron la oficina de Correos? —preguntó mi padre con asombro.

—No sólo cumplía ese papel. Era parte de las oficinas del gobierno polaco —explicó Jerzy—. No estás familiarizado con el tema, así que te lo cuento. El Tratado de Versalles concedió a Danzig el estatuto de ciudad estado. Dejó de ser parte de Alemania y quedó bajo tutela de la Sociedad de Naciones, aunque las estructuras de gobierno estaban bajo protección de Polonia. El edificio de Correos, en consecuencia, se empleaba también como oficina gubernamental y centro de inteligencia militar.

—Entiendo.

—Desde abril de 1939 se esperaba una acción por parte alemana. De manera que el alto mando polaco envió a un oficial de ingenieros para preparar la defensa. Se despejó la explanada delante del edificio, fíjate que hasta talamos los árboles y fortificamos la entrada. Reforzaron la plantilla de trabajadores con otros que destinaron desde Gdynia y Bydgoszcz. Casi todos estábamos en la reserva. Teníamos armamento: tres ametralladoras Browning, fusiles, granadas y munición suficiente para resistir hasta la llegada de refuerzos.

—Pero no fue suficiente ¿verdad? —interrumpió mi padre.

—Teníamos la orden de resistir. Pero sólo éramos 57 personas, incluido el conserje de la oficina y su familia, ya que ellos vivían allí. Tenían una hija de 10 años. Iniciaron el ataque a primeras horas de la mañana. Días antes habían llegado un par de cruceros alemanes. A las cinco menos cuarto de la mañana uno de ellos, el

Schleswig–Holstein, comenzó a disparar sus cañones contra las posiciones militares en la península de Westerplatte. Acto seguido nos atacaron a nosotros. Estaban los miembros de las SA de Danzig, la Ordnungspolizei y el SS Heimwher Danzig. Más tarde llegaron zapadores del ejército e hicieron un túnel para volar uno de los muros principales. Nos dispararon directamente con artillería a través de la brecha que se produjo cuando cayó parte de la fachada. ¿Sabes que nos inundaron el sótano con gasolina y le prendieron fuego? Vi a tres colegas ardiendo como teas. Sencillamente se abrasaron vivos. Resistimos no sé si 15 o 16 horas. Pero finalmente no pudimos más. Tampoco llegaron refuerzos. Cuando el director de la oficina, el doctor Jan Michoń, salió con una bandera blanca para indicar que nos rendíamos, los alemanes lo acribillaron —Jerzy hizo una pausa—. Cuando entraron, a los heridos los remataron. Los que se rindieron, según me enteré después, fueron juzgados y ejecutados el 5 de octubre. Yo me hice el muerto, además estaba medio enterrado por cascotes y mobiliario. Aprovechando la noche hui. He venido andando. Me escondía cuando veía a los nazis. No puedes imaginar lo que están haciendo. He visto como juntaban a familias enteras, judíos, y luego los mataban. Tienen unas tropas especiales, los llaman Einsatzgruppen, bestias inhumanas de las SS. No sólo matan judíos, también he visto como ejecutaban a profesores, abogados, médicos… Todos polacos. Están borrando toda una civilización.

Mi padre guardó silencio y se quedó pensativo un rato.

—¿Y los rusos? —preguntó finalmente—. ¿Qué están haciendo ellos?

Jerzy se encogió de hombros y no respondió.

—Ellos no distinguen entre judíos y no judíos —dijo tras pensar un rato—. Al menos no por ahora.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó mi padre.

—Lo he estado pensando mientras venía para aquí. Voy a unirme al Ejército Rojo. Ya sabes que mi familia paterna es de origen ruso. Creo que necesitarán gente para combatir a los alemanes. Tarde o temprano los atacarán también.

—¿Crees que es buena idea? Además, que yo sepa, no eras comunista la última vez que te vi.

—Hace mucho tiempo de eso. ¿Diez años? —mi padre asintió—. No se trata de ser comunista. Para gente como tú y como yo se trata de sobrevivir.

—Pero Stalin… —dijo mi padre bajando la voz—. ¿No será como Hitler? Se oyen tantas historias. Represión, castigo,

desapariciones… Hasta ejecuciones de enemigos del pueblo. Ten cuidado.

—Todos debemos tener cuidado. Hemos llegado a un punto en el que se trata de elegir al tirano que te facilite una mejor existencia. Yo he hecho mi elección —argumentó Jerzy—. Pero tú… Huye. Estás a tiempo.

—¿Dónde podría ir? ¿Francia?

—Están en guerra con Alemania. No creo que resistan.

—Tienen un ejército potente. Los británicos también.

—¿No conoces a nadie en otro sitio? ¿Suecia? —preguntó Jerzy.

—Conozco un comerciante finlandés. Le he hecho algún envío a Huittinen.

—Contacta con él. Piensa en tu mujer, tus hijas y tu hijo. Si los alemanes llegan hasta aquí… —no concluyó la frase, en su lugar hizo el gesto de cortar el cuello.

Mi padre se puso pálido.

Al día siguiente, 30 de noviembre de 1939, Jerzy se fue, no sin que antes mi madre le diera una bolsa grande bien provista de alimentos. Mi padre le regaló su mejor abrigo. Cuando se fue, mi padre comenzó a escribirle una carta al comerciante finlandés, quería pedirle ayuda para poder huir con todos. Cuando volví del instituto mi padre estaba sentado, lívido y mudo, en el salón. En el suelo había trozos de papel. Había roto la carta. Le pregunté a mi madre que ocurría.

—Esta mañana, a las 8, la Unión Soviética ha bombardeado Finlandia y una hora después sus tropas han cruzado la frontera. Los pobres finlandeses no tienen nada que hacer —dijo mi madre con el rostro demudado.

Nos quedamos todos en silencio tratando de no imaginar la gravedad de la situación.

El año 1940 nos trajo más incertidumbre. En junio la Unión Soviética le exigió a nuestra nación que se incorporara a su territorio. Recuerdo a mi padre y sus amigos discutiendo sobre el tema. El 16 de junio el Ejército Rojo entró en Lituania. Días después realizaron unas elecciones en las que el resultado fue favorable a la incorporación en la URSS. A partir de ese momento pasábamos a ser la República Socialista Soviética de Lituania.

Yo no sabía que consecuencias tendría ese hecho para mí. Lo descubrí poco a poco. Cuando clausuraron las asociaciones culturales, prohibieron los cultos religiosos, impusieron su moneda y nacionalizaron las fábricas de más de veinte trabajadores. La de mi padre tenía treinta. Consiguió mantener un puesto de trabajo en

la fábrica, pero pasó a estar "gestionada" por un miembro del Partido Comunista.

A diario podíamos ver a las tropas de la NKVD. La guerrera verde y los pantalones y gorra azul se convirtieron en sinónimo de terror. Mi padre parecía haber envejecido de repente varios años. Murmuraba una y otra vez, en la soledad del salón, "¿este tirano es mejor que el otro?"

El 24 de diciembre de 1940 coincidieron nuestra Janucá y la Navidad cristiana. Tuvimos un remanso de paz. Recuerdo que invitamos a Lukas uno de los días y la pregunta que le hice: "¿Acaso Dios o Yahvé está concediendo un respiro antes de lo que va a ocurrir?" Lukas no tuvo respuesta. Nadie parecía tenerla.

El nuevo año, 1941, empezó de la misma manera. No llegaban noticias del exterior. Tan solo supimos, por alguien de la fábrica, que a los rusos no les había ido como esperaban en Finlandia y habían sido derrotados, pero a pesar de ello habían conseguido importantes anexiones territoriales.

El 22 de junio Alemania invadió la Unión Soviética. Lituania estaba en primera línea de ataque. El 23 de junio, la ciudad de Kaunas quedó bajo control de un grupo paramilitar ultranacionalista y anticomunista. El 24 se creó la Lietuvos Saugumo Policija bajo órdenes directas de la policía alemana. En apenas dos días comenzó a circular la noticia de que los bolcheviques se habían hecho con el control de Lituania gracias a los judíos.

El 25 de junio comenzó la locura. Ese día, el responsable alemán de la ciudad, el Brigadeführer Stahlecker, dio un discurso en el que llamó a la población a solucionar "el problema judío".

Esa misma tarde, un grupo extremista asaltó el suburbio de Slobodka y entraron en casa del rabino Osovsky. Lo maniataron, abrieron la Torá en la mesa del salón y apoyaron su cabeza encima. Luego se la cortaron. Obligaron a su mujer y a su hijo a presenciar esta barbaridad. Acto seguido los mataron.

Todas estas noticias fueron llegando. Unos se la contaban a otros. ¿Qué nos depararía el destino a los miembros de mi familia?

El 27 de junio me encontraba en la calle, camino de la fábrica, donde iba a reunirme con mi padre. Al llegar a la avenida Vitautas me encontré de frente con un grupo de personas, en el que abundaban mujeres y niños, que vociferaban. Me percaté que llevaban a la fuerza a un grupo de hombres. Como no podía ver bien me subí a unos escalones y entonces vi a mi padre.

—¡Papá! —grité para saludarlo.

Él me miró fijamente y apartó la vista de mi ignorándome por completo.
—¡Papá! ¡Aquí! —volví a gritar haciendo un saludo con la mano.
Él hizo lo mismo que la otra vez y en esta ocasión vi como un hombre lo empujaba y casi caía al suelo. Me di cuenta de que llevaba la camisa ensangrentada, el pelo revuelto y el rostro serio. No llevaba puestas las gafas, temí que se las hubieran roto. Bajé de los escalones con la intención de correr hacia él cuando escuché una voz conocida a mi lado.
—No te va a gustar lo que está pasando. Deberías irte a tu casa, con tu madre.
Era Lukas.
—¿Qué está pasando Lukas?
—Están deteniendo a los judíos.
—Pero ¿por qué? ¿Qué hemos hecho?
—Baja la voz —dijo él llevándose el índice a los labios—. Vete a tu casa, quédate con tu madre y tratad de huir cuanto antes.
—¿Huir? ¿Por qué? ¿A dónde?
No me contestó. Seguí a la multitud y llegué al patio de un garaje. Antes de la ocupación soviética lo conocíamos como Lietūkis, pero desde ese momento había sido utilizado por la NKVD. Perdí de vista a Lukas ya que la gente se arremolinaba para poder ver el centro del patio. Vi que mi padre estaba con otros hombres. Un miembro uniformado de la Lietuvos Saugumo Policija se dirigió a la multitud indicando que los allí detenidos eran peligrosos judíos bolcheviques por lo que era necesario darles un escarmiento.
Quise gritar que mi padre no era comunista. Él tan solo había tenido una vida normal dedicada a su familia. Estuve a punto de gritarlo, entonces noté como alguien me cogía de la mano. Era, de nuevo, Lukas. Me miró y negó con la cabeza. Intenté decirle algo, pero entonces sucedió lo inevitable. Unos cuantos hombres se acercaron a los detenidos portando palos y otras herramientas. Uno de ellos sujetaba una manguera en las manos y empezó a mojar a mi padre y a los otros. Llegaron nuevos espectadores con uniformes que había visto en los noticieros del cine: eran alemanes. Miraban tranquilamente y parecían disfrutar con lo que estaba sucediendo.
De repente, un hombre que llevaba una pala comenzó a golpear a los detenidos. Luego otro con un palo, otro con un martillo. Lukas no me soltaba la mano. Apareció un individuo alto y rubio, con la mirada como fuera de sí, sus ojos azules parecían un vivo retrato del odio y la locura. Vestía un raído pantalón oscuro, una camiseta clara y chaqueta con manchas y los codos desgastados. Calzaba

botas militares. Sostenía en una mano una gruesa barra de hierro, del grosor de su brazo. Hizo una señal a uno de los hombres uniformados y éste le acercó a mi padre. Le dijo algo y lo obligó a arrodillarse. Luego, sin apenas esperar que estuviera arrodillado del todo, descargó un brutal golpe con la barra de hierro en la espalda de mi padre, quien cayó al suelo. Yo grité, pero Lukas me tapó la boca con su mano. Mi padre intentó levantarse, pero en esta ocasión el individuo le asestó otro golpe en la cabeza. Por encima de los gritos jubilosos de la multitud escuché un siniestro chasquido. Mi padre comenzó a sangrar por la cabeza. Otro golpe. La cabeza de mi padre reventó como un huevo. Vi como su cuerpo se convulsionaba y, en un instante, quedaba quieto. No obstante, siguió golpeándolo, antes de pedir que le trajeran una nueva víctima. Alguien le dijo a Lukas que ese individuo de la barra de hierro era el "Mirties Emisininkas".[5]

El suelo del patio estaba cubierto de agua, sangre y los cuerpos inertes o moribundos de los que habían llevado allí a la fuerza. Vi a uno de los ejecutores introducir la manguera dentro de la boca de una de las víctimas y cómo a ésta se le hinchaba el abdomen de forma muy extraña. Sentí nauseas.

Lukas, que no me había soltado la mano en ningún momento, me sacó de allí a la fuerza. Yo estaba llorando. Al pasar junto a un soldado alemán éste me miró y me sonrió. Buscó algo en un bolsillo de su guerrera verde gris y me lo dio: caramelos. Me dijo algo que entendí rudimentariamente: "Радуйся, девочка. Мы прибыли. Мы освободим вас от коммунистов и евреев".[6]

Yo estaba en estado de shock. Me caían lágrimas. Lukas siguió tirando de mí y llegados al final de la avenida por la que había venido antes me dijo una cosa: "Ve a tu casa y huid. Vete con los soviéticos".

Corrí. Sentí que me fallaban las fuerzas, estaba sin aliento, pero seguí corriendo. Mientras me acercaba a mi casa me iba cruzando con vehículos alemanes, inconfundibles con sus cruces negras, y soldados que lucían calaveras en las solapas y las runas de las SS. Algunos ciudadanos los acompañaban y decían: "Žydas! Žydas!"[7] Mientras lo hacían, señalaban edificios o personas. Los alemanes y miembros de la milicia local los arrestaban.

Cuando llegué a la calle donde vivía había muchos miembros uniformados de la LSP. Subí corriendo hasta nuestra casa. La puerta estaba abierta. Mi madre estaba sentada en el suelo del salón, con la ropa rasgada, la cara llena de golpes y los ojos cubiertos de lágrimas, abrazaba a Joseph que estaba en estado de shock. Me

dirigí a mi habitación y en el suelo, tirada como un trapo, estaba Abby, desnuda, muerta de un disparo en la cabeza.
Un hombre uniformado entró en la casa y me cogió. Me dio un par de bofetones y comenzó a romper mi vestido. Yo empecé a gritar y a intentar golpearlo. El comenzó a gritar: "Kitas žydas! Kitas žydas! Berniukai, yra dar viena žydų mergina!"[8] El individuo me apoyó boca abajo contra una mesa y estaba a punto de violarme cuando entraron varios soldados alemanes. "Halt! Es ist genug. Wir werden nicht schmutzig mit den Untermenschen"[9] gritó un oficial. El lituano, que aún estaba sobre mí, tardó en reaccionar un corpulento SS lo cogió del cuello de la guerrera y lo empujó fuera de la habitación. Me llevaron junto a mi madre y nos tiraron una maleta. Por señas indicaron que debíamos llenarla de ropa. Estaba claro que solo podríamos llevar esa maleta.
—¿Dónde está tu padre? —preguntó mi madre—. Espero que esté bien.
No pude contarle lo que había pasado. Tampoco ella me contó que la habían violado a ella y a Abby en presencia de Joseph, ni cómo habían matado a mi hermana.
Un par de días después los alemanes nos instalaron en un *ghetto* que organizaron en Vilijampolė, el cual estaba dividido en dos, el pequeño y el grande. Lo cruzaba la calle Paneriai. Los habitantes del *ghetto* solo podíamos cruzar por el puente de madera que construyeron por encima de la calle. Nos hacinaron en edificios como si fuéramos insectos. Mi madre, Joseph y yo acabamos en la zona grande.
Un día de septiembre se hizo evidente toda la barbarie que nos esperaba. El día 30 de septiembre, al atardecer, los auxiliares lituanos, bajo órdenes de las SS, registraron todas las casas, pisos y habitaciones y se llevaron a los recién nacidos. Nunca más se supo de ellos. A la siguiente mañana hicieron formar a todas las mujeres embarazadas en la plaza central del *ghetto*. Los SS fueron disparándole una a una en la cabeza. Era el día de Yom Kippur. Durante las semanas siguientes, los SS efectuaban registros en busca de mujeres embarazadas. Algunas que estaban con sus maridos no habían podido evitar quedarse embarazadas. ¿Cómo detener el amor en medio de tanta locura? Era lo único que quedaba de humanidad en ese lugar. No obstante, su destino estaba sellado. Si el guardián que la descubría era piadoso recibía un tiro en la nuca. Si no lo era, la arrojaban por la ventana. Muchos maridos optaron por compartir voluntariamente el destino de sus esposas ante la indiferencia de los SS.

Al tercer mes de estar allí dejé de darle importancia a este tipo de actos. Ya no lloraba, ya nada me importaba. Tan solo esperaba el día que me tocara a mí recibir un balazo.

El 4 de octubre, a primera hora de la mañana, nos despertamos escuchando el ruido de disparos y detonaciones. Los alemanes y los lituanos estaban arrasando el *ghetto* pequeño. Escuchábamos con claridad los gritos de hombres, mujeres y niños. Ráfagas de disparos, explosiones de granadas, olor a humo y a carne quemada, un olor que nunca se puede olvidar. Mi madre nos abrazaba a Joseph y a mí. Estaba escuálida. Su rostro, tan bello en el pasado, estaba demacrado. Siempre había sido una mujer de una belleza extraordinaria. Ahora no era más que un cadáver viviente. Hacia el atardecer se hizo el silencio. Tan solo el humo y el olor a destrucción recordaban lo sucedido aquel día. Era el día se Sukkōt. Tres días después cayó la primera nevada, leve, pero lo suficientemente copiosa para anunciar lo que estaba por venir: un invierno cruel.

El 28 de octubre nos despertaron a golpes. Los auxiliares lituanos nos hicieron formar en la plaza central del *ghetto*. Un Rottenführer de las SS nos indicó que íbamos a ser trasladados a otro lugar. Nos dejaron toda la noche a la intemperie. Hacía frío y yo aun llevaba un vestido de verano y una chaqueta fina de lana. Cuando salimos de casa le dije a mi madre que prefería que llevara más cosas para Joseph.

Al amanecer llegaron más SS. Escuché a un guardia lituano decir que se trataba del Rollkommando Hamann, una unidad mixta compuesta por el Einsatzkommando 3 de las SS y una Compañía de voluntarios lituanos. Sentí un escalofrío. Había escuchado muchas historias acerca de ese tipo de tropas alemanas. De ser cierto, estaba claro que el “traslado” no era más que un eufemismo. Los alemanes comenzaron a ladrar órdenes. Los lituanos nos hicieron formar en filas y comenzamos a caminar casi de inmediato. Nos dijeron que íbamos a Šilainiai, a la Novena Fortaleza.

Yo caminaba detrás de mi madre. Mi hermano iba a su lado. Los alemanes se adelantaron en sus vehículos y dejaron la tarea de escoltarnos a los auxiliares lituanos que no dudaron en comenzar a realizar todo tipo de tropelías. Robaban las maletas, quitaban relojes, anillos, collares. Registraban a los hombres y si descubrían dientes de oro se los arrancaban con tenazas sin importar el dolor de la víctima. “A dónde vas no los vas a necesitar” decían mientras reían. A algunas mujeres jóvenes las apartaban en las cunetas para violarlas.

Llegando al puente sobre el río Neris alguien me cogió y me llevo junto al muro. Pensé que había llegado mi turno para que uno de esos lituanos me violara. “Rivka” escuché que decía el desconocido. Miré con atención y vi que era Lukas. Vestía un uniforme azul bordeado de verde con un brazalete blanco en el brazo izquierdo en el que figuraban las letras TAD.[10] Sostenía un fusil y llevaba una funda de pistola en el cinturón.
—Lukas… en el fondo me alegro de que seas tú quien vaya a… No me hagas daño, por favor —dije.
—Rivka… Yo no podría hacerte daño —dijo angustiado y mirando a su alrededor—. Rivka, yo… lo siento.
—Haz lo que tengas que hacer.
Un par de voluntarios pasaron a nuestro lado y jalearon a Lukas antes de seguir caminando junto a la fila de prisioneros.
—Si remontas el Niemen llegas a Bielorrusia —dijo Lukas.
—¿Cómo?
—Salta. Huye.
—Mi madre y mi hermano —dije implorando y señalando hacia la fila.
—No puedo hacer nada por ellos.
—Lukas… Quiero estar con ellos.
—Van a matarlos —dijo con los ojos enrojecidos y acuosos.
—Lukas, por favor.
—Salta —imploró él.
—No.
Lukas sacó la pistola y amartilló. Me apuntó. Estaba llorando.
—Salta, Rivka, salta.
—Lukas… mi madre.
Entonces me abofeteó, me dio un puñetazo en el estómago que me dejó medio inconsciente mientras gritaba “¡Perra judía!”. Me empujó hacia el borde del puente y apuntándome disparó. Yo caí hacía atrás. Mientras me precipitaba de espaldas al agua me di cuenta de que no me había disparado a mí. Vi como lloraba.

Me sumergí en el agua y me dejé arrastrar por la corriente. El agua estaba helada. Floté inerte hasta que llegué al punto de encuentro entre el Neris y el Niemen. Me quedé en la orilla hasta que anocheció. A partir de ese momento comencé una huida implacable. Con frío, fiebre, hambre y miedo a ser descubierta, remonté el curso del Niemen. Robé ropa y comida. Me escondía de día en graneros y granjas abandonadas, que cada día eran más, y caminaba de noche.

Remonté el curso serpenteante del río siguiendo la margen

derecha en dirección Este hasta Pociūnai donde crucé el río. El agua cada vez estaba más fría. Me escondí en el bosque de Nemuno varios días y sobreviví comiendo patatas que había robado en una granja. Pasé junto a Alytus donde los alemanes habían instalado un campo de prisioneros para los soldados soviéticos prisioneros. Había muchísimos, y estaban a la intemperie. Escondida vi cómo, en el margen de una población cercana, los alemanes de un Einsatzgruppe fusilaban prisioneros soviéticos y polacos. Aparte de las risas me llegaban sus gritos e insultos. La palabra "Jude" se repetía sin cesar.

Continué caminando. Lankos, Ežernyas, Netiesos, los bosques de Dzūkijos y Drskininkai, donde encontré de nuevo una estampa familiar: transporte de prisioneros judíos y ejecuciones frente a una gran fosa común. Cuando escuchaba motores o voces en un idioma que no fuera el ruso me escondía. Estaba agotada, muerta de frío y de hambre. Cada vez era más difícil conseguir comida. Cada día hacía más frío. Los campos estaban congelados y las carreteras llenas de barro; de hecho, pude ver a los alemanes detenidos en ese pegajoso barro que les impedía avanzar con sus vehículos. Sentí un extraño alivio al ver como las orugas de sus tanques resbalaban y apenas podían avanzar. Esperaba que el ejército soviético aprovechara era circunstancia y contratacara. No ocurrió así.

Crucé la frontera en Pryvalki y seguí el curso del rio hasta Grodno, pensé en que allí podría encontrar refugio, pero la ciudad estaba en manos alemanas. Había signos de una intensa batalla en las cercanías. Estuve a punto de venirme abajo. "¿Hay algún lugar dónde no hayan llegado estos demonios?" pensé. Pero continué. Saqué fuerzas de algún lado. Estaba muy delgada, famélica. Con los campos nevados era difícil conseguir algo de comida. Por las noches buscaba en la basura restos de comida y conseguí mantenerme viva.

Un nuevo bosque, Lipičanskaya, y continué el cauce del rio, solo que, en esta ocasión, como supe más tarde, me equivoqué y seguí el río Shchara en lugar del Niemen. Fui directa a Slonim, Dobry Bor y a la provincia de Brest. Estaba enferma. En una granja encontré un periódico atrasado, de diciembre de 1941. Estuve un par de días refugiada intentando soportar la fiebre. En mis pesadillas febriles veía una y otra vez a mi padre muerto, a mi hermana Abby muerta, a mi madre y a Joseph que, con toda seguridad, ya estaban muertos. También veía el rostro lloroso de Lukas.

Finalmente, seguí caminando, tratando de llegar a un lugar dónde no hubiera alemanes. Sin saber cómo llegué a las Marismas de Pripiat. Allí, junto al agua helada, en los primeros árboles del

bosque me desvanecí. Había llegado al límite. El último pensamiento que tuve mientras caía al suelo era reunirme con mi familia.

Recuerdo que fue como en un sueño. Sentí que un hombre, que no sé de dónde había salido, me cogió en brazos y me llevó con él. Tengo recuerdos borrosos de esos días. Una cabaña, llena de humo, varias ancianas cuidándome y unos niños observándome. El mismo hombre misterioso que me encontró, tocándome la frente y acariciándome el cabello.

Más tarde supe que estuve cerca de morir debido a la fiebre. Estaba tan desnutrida que apenas podía retener los alimentos que me daban, generalmente sopas y gachas. Hasta que, pasado un mes, gracias a los cuidados que me proporcionaron, mejoré. Fue ese el momento en el que el desconocido que me encontró vino a hablar conmigo.

—¿Cómo estás, *devochka*?[11]

—Bien —respondí con un hilo de voz.

—Soy Vasily Kromov. Dirijo este campamento de partisanos.

—Rivka Kazlanova.

—¡Hmmm! —murmuró observándome con detenimiento—. ¿Judía?

—Sí —contesté tímidamente pensando que sería un problema.

—¿De dónde vienes?

—De Kaunas. Mataron a toda mi familia.

—Has hecho un largo viaje —dijo él mientras preparaba una taza de té—. ¿Por dónde has venido?

—He seguido el Niemen. He visto todo lo que hacen los alemanes.

—Lo sabemos —dijo él con rostro serio.

—¿Dónde estoy? Me perdí en algún momento siguiendo el río.

—Estás en las marismas de Pripiat. Aquí los alemanes no se atreven a entrar. Barro, fondos pantanosos en los que se hunden sus vehículos y, sobre todo, esto —dijo señalando un fusil que estaba apoyado en la pared—. Plomo. Los recibimos con plomo.

No dije nada. Bebí pausadamente el té.

—Hay un campamento al que podemos llevarte. El de los hermanos Bielski. Son judíos. Protegen a tu gente. En un par de semanas podemos llevarte. Los avisaremos.

—No —dije con rotundidad.

—¿No? —preguntó él sorprendido.

—Quiero quedarme. Quiero luchar.

—¿Luchar? ¿Tú? —Vasily comenzó a reír—. ¡Ja, ja, ja! *Devochka*

quiere luchar —añadió señalándome.

Escuché risas y entonces vi que junto a la puerta había varios hombres y mujeres que sostenían armas y me miraban.

—Quiero luchar —dije de nuevo.

—Eres muy pequeña —dijo él con gesto serio.

—Quiero luchar… Ellos mataron a mi padre a golpes, violaron y mataron a mi hermana, se llevaron a mi madre y a mi hermano pequeño para matarlos. Puedo aprender a luchar —dije sin darme cuenta de que estaba llorando.

—Calma *devochka* —dijo Vasily abrazándome—. Recupérate y veremos qué pasa. Pero si te quedas aquí debes saber una cosa.

—¿Qué?

—Aquí no hay judíos —dijo sin que yo comprendiera lo que decía, de modo que continuó y lo explicó—. No hay judíos, ni lituanos, ni bielorrusos, ni rusos, ni cosacos. Aquí todos somos ciudadanos soviéticos. ¿Entendido?

—Sí.

—Ahora duerme y descansa. Cuando estés mejor tendrás mucho que aprender.

Dos meses después formaba parte de los grupos que se infiltraban tras las líneas alemanas para realizar todo tipo de sabotajes, aunque nuestro grupo tenía predilección por volar las vías ferroviarias. Para ese momento nadie me llamaba Rivka, todos me llamaban *Devochka* y así quedó para el resto de la guerra.

En ese tiempo conocí la historia de Vasily. Cuando lo conocí me pareció que era muy mayor. La cara surcada de arrugas, el pelo blanco, un andar cansino y encorvado le daba una apariencia casi de anciano. Pero, un camarada de lucha, Sasha, me dijo que en realidad Vasily tenía 34 años. Él vivía en Orsha, Bielorrusia, junto con su mujer y su hija, una niña de cinco años. Vasily trabajaba en el ferrocarril por lo que en esos primeros momentos de la invasión alemana no fue movilizado. Tampoco dio tiempo. El 16 de julio los alemanes conquistaron la ciudad. Su mujer, de ascendencia judía, y su hija fueron hechas prisioneras y ejecutadas. Sasha me contó que Vasily enloqueció al enterarse. Huyó y se unió a un grupo de partisanos, del que se convirtió en líder al morir en un combate el que los mandaba antes. Vasily nunca me contó su historia.

En la primavera de 1942, regresando de una misión, nos encontramos con un grupo de alemanes en el bosque. Nos sorprendieron y empezaron a dispararnos. Cruzamos fuego con ellos y diez minutos después todo había acabado. Tuvimos algunas bajas

y ellos también. Recuerdo que, durante el combate, yo disparaba mi arma, una MP40 alemana, y lanzaban granadas. No veía si acertaba a algún enemigo. Cuando acabó el combate avanzamos con cautela. Me topé con un alemán. Estaba malherido y se arrastraba dejando un reguero de sangre. Me miró. Era joven. Debería tener veinte años. En su uniforme se veían algunas condecoraciones, entre ellas una Cruz de Hierro. Era un héroe para los suyos. No dejaba de mirarme. Hizo una mueca de dolor cuando se apoyó en un árbol. Se sostenía el abdomen con una mano y comenzó a sollozar repitiendo: "Mutti, mutti"[12]. Tenía las manos manchadas con su propia sangre. Lloraba como un niño. Me miró y susurró algo: "Bitte, nicht schießen"[13]. Le contesté rudimentariamente en su idioma: "Ruhe. Es wird schnell gehen"[14]. Me miró sorprendido y apreté el gatillo de la MP40. Agoté el cargador. Quedaba veinte balas. Todas le alcanzaron. Luego pensé: «veinte balas, veinte eran los años que tenía mi hermana». Lo observé. Tenía el pecho destrozado por los disparos. Los agujeros de los impactos humeaban y el ambiente se llenó de un olor extraño, mezcla de pólvora, carne quemada y sangre. Vomité encima de él. Me sentí desfallecer, pero llegó Vasily y me sostuvo. Miró al alemán muerto y mi arma que humeaba.

—Muy bien, *Devochka*. Un fascista menos —dijo en tono orgulloso dándome unas sonoras palmadas en el hombro.

A partir de ese día se convirtió en rutinario. No sé cuántos alemanes maté. A diferencia de otros, yo no llevaba la cuenta. Me limitaba a eliminar enemigos, especialmente a los SS que, cada vez con más crueldad, arrasaban aldeas ejecutando a los civiles sin importar si eran mujeres o niños. Las atrocidades aumentaron cuando en 1944 llegaron a la zona unidades del Sonderbataillon Dirlewanger. Sádicos, criminales, violadores, pedófilos a los que los alemanes habían dado carta blanca para matar.

Pero entre tanta violencia sucedió algo para lo que no estaba preparada. En medio de un combate contra una unidad enemiga conocí a tu abuelo.

7.

Recuerdo que jadeaba. Me faltaba el aire. Sentía el latido de mi corazón en las venas del cuello. Estaba empapada en sudor y la gruesa blusa se me pegaba a la piel, igual que los pantalones. Los pies me ardían dentro de las botas de cuero. Estaba boca abajo sobre una tierra de color amarillento. Me arrastré un poco más por el suelo y luego me quedé inmóvil, tratando de respirar con normalidad. Tenía la boca seca y me costaba respirar cada vez más. El olor de la cebada que me rodeaba inundó mis fosas nasales. Sobre el olor acre de la cebada a punto de ser cosechada se elevaba un aroma dulzón y excesivamente penetrante que me hizo hundir el rostro entre las manos. Levanté la cabeza con cuidado y miré a mi alrededor, luego me puse en pie lentamente, cogí el bolso de tela color caqui, y comencé a correr en dirección al cercano bosque. Apenas veinte metros para alcanzar la seguridad de los árboles. Corría a pesar de sentir punzadas dolorosas en los pulmones. Cada bocanada de aire que aspiraba me dolía. Tenía el pelo empapado de sudor, se me pegaba a la cara y me dificultaba la visión. Pisé mal. Mi pie se hundió en un pequeño agujero y caí al suelo levantando una polvareda. Me puse de rodillas y en ese momento decidí rendirme. No podía más. No tenía fuerzas. Miré hacia atrás y contemplé el paisaje.

El campo de cebada estaba destrozado. A quinientos metros de donde me encontraba ardía un vehículo alemán de transporte de tropas en el que se podía ver entre las llamas el escudo divisional: dos granadas de mano cruzadas. La infame enseña de la 36ª División de las Waffen SS, que luchaba con rigor psicópata contra los partisanos que se ocultaban en los bosques de Bielorrusia. Alrededor del destrozado vehículo yacían los cuerpos de los soldados que no habían tenido la más mínima oportunidad de defenderse ante el preciso ataque de la unidad de la cual yo formaba parte. Tras detonar una carga explosiva que prendió fuego al combustible del vehículo, no habíamos tenido más que ametrallar a los maltrechos soldados que huían, en numerosos casos envueltos

en llamas. Pero lo que no habíamos previsto es que mientras este combate tenía lugar, un par de cazas alemanes, dos Messerchmitt Bf 109 G–2, sobrevolaban la zona. Los pilotos no lo dudaron y tras realizar un giro, con una perfección magistral, se lanzaron sobre nuestro grupo. Debido a la sorpresa nos quedamos atónitos mirando a los dos aviones que descendían sobre nosotros de manera amenazadora. El vientre metálico de color azul pálido de los cazas se tornó una amenaza cuando las cruces negras se percibieron en todo su detalle. En ese momento abrieron fuego y una lluvia de proyectiles de sus ametralladoras y cañones segaron a los camaradas que apenas tuvieron tiempo de reaccionar y tratar de huir. En esa primera pasada, sentí como las balas pasaban a mi lado con un siniestro zumbido, como si fueran insectos malévolos. Luego hui. No tuve tiempo de recoger mi arma ni de ayudar a mis compañeros. Hui hacia el bosque. Esperaba que los alemanes volvieran a terminar el trabajo. Miré hacia el suelo y cogí un puñado de tierra. No sabía el motivo, pero quería morir con la tierra que me había ofrecido su protección en mis manos.
Escuché el característico sonido del motor de los BF 109. Cerré los ojos de manera instintiva cuando escuché el sonido de los disparos. Una ráfaga larga y furiosa. Percibí como a mi alrededor caían objetos metálicos. Incluso uno me golpeó la espalda. Pero no dolió. No sentí nada. Abrí los ojos y vi que eran casquillos, alguno de ellos aún humeaba. Entonces miré al cielo justo cuando una sombra pasaba sobre mí. Era un avión con las estrellas rojas pintadas en las alas y los costados. Lo seguí con la vista y vi como uno de los alemanes, envuelto en llamas, se estrellaba apenas unos metros más adelante de donde aún ardía el vehículo de tropas. El piloto alemán no había tenido oportunidad ante la certera puntería del ruso.

“¡Vamos!” exclamé puesta de pie y observando como el caza ruso, un Mig 3, enfilaba al alemán que trataba de evadirse realizando maniobras arriesgadas cerca del suelo.

Miré al caza ruso y divisé el emblema que llevaba escrito en grandes letras blancas en el lado de babor: Они не пройдут![15]

En uno de los virajes, cada vez más cerrados, el Mig perdió la ventaja y el caza alemán se situó a sus seis. El piloto ruso inició una serie de maniobras evasivas ya que era consciente de la superioridad del alemán en velocidad y armamento. Moviendo el avión de un lado a otro, e incluso poniéndolo boca abajo, esperaba distraer al enemigo y hacer que gastara munición en cada ráfaga que le disparaba. El sonido seco de los cañones de 20mm se elevaba sobre el ruido de las ametralladoras y las revoluciones de los

motores.

Me llevé las manos a la cabeza cuando vi como el avión soviético, que había iniciado un vertiginoso ascenso, recibió varios impactos en las alas y el timón de profundidad abriendo varios agujeros en la zona donde el avión estaba construido en madera. A pesar de ello, el piloto siguió ascendiendo seguido por su enemigo que no dejaba de lanzarle ráfagas cortas. De nuevo fue alcanzado. Pude ver como la carlinga recibía los disparos y temí que el piloto hubiese sido herido o muerto.

"¡No! ¡Vamos! ¡Sigue luchando!" grité con todas mis fuerzas esperando que el piloto pudiera escucharlo, aunque sabía que eso no podía suceder.

El Mig volvió a ser alcanzado y comenzó a soltar humo blanco por el motor. Desde el suelo, escuché como el motor del caza ruso comenzó a petardear y a fallar. El avión giró sobre sí mismo y empezó a descender hacia tierra. El alemán, seguro de haberlo alcanzado fatalmente, comenzó a volar en círculos alrededor del Mig. Un error fatal. Súbitamente, el piloto ruso sacó al avión del descenso justo en el momento en el que el Messerschmitt se encontraba frente a él a unos cincuenta metros de distancia. Abrió fuego con las tres ametralladoras y gastó lo que le quedaba de munición. El caza alemán fue alcanzado de lleno en la cabina y creí ver como el cristal se teñía de rojo. El caza alemán cayó en picado y se estrelló a varios metros de distancia de dónde yo estaba, elevándose una humareda negra.

Miré a mi alrededor tratando de buscar al avión ruso, lo vi justo en el momento que aterrizaba sobre la panza a unos cien metros de donde me encontraba, en medio de un ruido atronador y soltando un humo cada vez más denso y más oscuro. Cuando por fin se detuvo el aparato en su recorrido desbocado vi como el piloto corría la carlinga hacia atrás y salía no sin dificultad con movimientos torpes debido al peso del paracaídas de asiento. Con gesto torpe se dejó caer sobre el ala para, posteriormente, gatear los más rápidamente posible y alejarse del avión de cuyo motor comenzaban a saltar chispas y pequeñas llamas.

Llegué junto a él. Observé de nuevo el lema escrito en el lateral del fuselaje: Они не пройдут! Vi también, debajo del parabrisas, una escarapela de tres colores cuyo significado no comprendí: rojo, amarillo y morado. En ese momento el piloto se puso en pie, soltó el seguro del arnés del paracaídas y se lo quitó al tiempo que mascullaba frases en un idioma que yo no entendía:

—¡Me cago en tus muertos fascista de mierda! ¡Hijo de puta!

¡Así te pudras! ¡Cabrón!

Yo lo observaba con curiosidad. Llevaba el uniforme ruso color caqui, con las bocamangas ribeteadas de color azul claro. Las hombreras de la guerrera eran doradas, ribeteadas de color azul cielo con dos estrellas y el emblema de la aviación. Yo había aprendido a identificar los rangos por lo que sonreí al ver que se trataba de un teniente.

—¿Qué haces aquí muchacha? —preguntó él en ruso con un acento extraño y sorprendido al percatarse de mi presencia.

Me encogí de hombros. Sentía curiosidad por él. «¿Quién es este hombre?» —me pregunté—. «Habla ruso, con un acento muy extraño. Lleva uniforme y pilota uno de nuestros cazas, pero no es de aquí».

Lo observé con detenimiento mientras comenzaba a seguirle. Me costaba pues daba zancadas muy grandes. Se había colgado el paracaídas al hombro de uno de los cintos y lo llevaba de manera descuidada. Sacó un paquete de cigarrillos de uno de sus bolsillos y lo encendió soltando a continuación una bocanada de humo.

Cuando llegamos al bosque, aun con el cigarrillo en la comisura de los labios, se agachó, sacó un mapa de la bota y lo extendió sobre el suelo. Extrajo una brújula de otro bolsillo y miró a su alrededor para orientarse.

Yo no perdía de vista sus movimientos al mismo tiempo que lo observaba con curiosidad. No tenía rasgos eslavos. Sus ojos oscuros brillaban jovialmente mientras miraba el mapa y luego el paisaje.

Él comenzó a cantar algo que no comprendí:

Con los cuatro batallones
que Madrid están defendiendo
se va lo mejor de España
la flor más roja del pueblo.

Silbó parte de la melodía y a continuación volvió a cantar en voz baja, como intentando concentrarse con ayuda de los versos.

Con el quinto, quinto, quinto,
con el Quinto Regimiento
madre yo me voy al frente
para las líneas de fuego.

—Dime muchacha —preguntó él sin dejar de mirar el mapa—. ¿Sabes dónde hay alguna unidad del ejército? ¿O de partisanos?

—Hay un campamento. Te puedo llevar. Tenemos radio y podrás

comunicarte con tu unidad —le expliqué.
—Bien, perfecto. Por cierto, ¿cómo te llamas?
—*Devochka* —contesté por la costumbre.
—¿*Devochka*? —preguntó sonriendo—. Muy bien, *xicona* —dijo empleando una palabra que yo no conocía.
—Todos me llaman *Devochka*, pero mi nombre es Rivka —apunté.
—Eso ya me gusta más. Mi nombre es Joan.
—¿Joan? —pregunté intrigada.
—Es lo mismo que Iván. En algunas regiones de España se dice así: Joan. En otras es Juan.
—¿Eres español? ¿Qué haces aquí? ¿Por qué eres piloto? ¿Sabes ruso? —pregunté atropelladamente.
—¡Ja, ja, ja! ¡Cuántas preguntas, *xicona*! —dijo con jovialidad—. Mira, llévame con los tuyos y te voy contando. Pero ¿qué hace una chiquilla cómo tú aquí? —preguntó señalando el prado en el que yacían muertos mis compañeros y los SS junto a sus vehículos.
Comenzamos a caminar en dirección al campamento y le conté mi historia. Él escuchaba atentamente y de vez en cuando se cambiaba de brazo las bolsas de munición que le habíamos quitado a los alemanes.
Cuando llegamos al campamento no tuvo oportunidad de contarme su historia. Me presenté a Vasily junto con él y le puse al corriente del resultado de la misión. Luego Vasily se quedó con Joan. Cuando se quitó el casco de vuelo… Bueno… Simplemente me enamoré de él. Aunque pensé que sería una tontería tener esperanzas. Estábamos en guerra y en cualquier momento podríamos morir. También imaginé que Joan tendría alguna chica esperándole en su unidad, algo habitual, o en España.
Esa misma tarde, mientras hablaba con unos compañeros, escuché una voz a mis espaldas que dijo: “Bien, Rivka, ¿tienes algo de tiempo libre?” Me giré. Era Joan. El corazón me dio un vuelco. Me parecía tan guapo. Alto, delgado, con su cabello oscuro, su mirada vivaz y simpática, con unos ojos de color marrón oscuro. Su mirada me cautivó. También su acento al hablar.
Cuando se sentó a mi lado, los demás compañeros, tras mirarme y sonreír, se fueron a otro sitio.
—Voy a estar unos cuantos días aquí —me dijo—. Hay movimiento de tropas alemanas entre vuestro campamento y mi base. Mejor no nos arriesgamos a que nos descubran. En un par de días podré regresar, así que, hasta ese momento, soy todo tuyo.
—¡Qué bien! —exclamé sin darme cuenta de que había sido demasiado sincera. Acabé ruborizándome y Joan comenzó a reír a

carcajadas.
Pasamos un par de días maravillosos. Parecía que la guerra ya no existía, aunque, como supe más tarde, Vasily se ocupó de mantenerme al margen de alguna misión durante esos días, lo cual le valió una discusión con el comisario político asignado a nuestra unidad. Un compañero me contó lo que dijo para zanjar el tema: "*Devochka* lleva desde antes de que tú y yo empezáramos a enfrentarnos a los fascistas. Desde el 41 está resistiendo. Ella sola cruzó Lituania hasta llegar aquí. No era más que una niña. Desde el 42 no ha parado. Es, con diferencia, la mejor de todos nosotros. Los fascistas le robaron su juventud. Deja que al menos que durante dos días sea una mujer".
Joan y yo paseamos esos días por el bosque. Era muy simpático y me contó de manera muy precisa cosas de su tierra, de Valencia, una ciudad española que estaba en la costa del Mediterráneo. Me contó cómo era el amanecer en su tierra, del sol brillando sobre el mar, del color azul reflejado en el agua, de las tardes paseando en la playa con sus amigos, de las horas de calor en verano y de cómo lo mejor era abandonarse a la siesta, de las comidas típicas. Me resultó muy difícil pronunciar paella, aunque me gustó su sonoridad. Me habló de las verbenas del verano, de los fuegos artificiales, de los bailes en las plazas, aunque me disgustó que me contara que bailaba hasta bien entrada la madrugada con sus amigas.
Joan me contó que en julio de 1936 estaba en Madrid, ya que iba a estudiar en la Universidad, en la Facultad de Filosofía y Letras. El día 18 de julio se produjo un golpe de Estado contra el gobierno. En pocos días la nación estaba inmersa en una guerra civil. Joan se presentó voluntario para combatir y lo enviaron, sin instrucción alguna, a la sierra de Guadarrama. En 1938, gracias a un contacto familiar, logró ingresar en la Escuela de Vuelo y Combate, ubicada en Alcalá de Henares. Me contó como aprendió a volar en un avión francés, un Caudron C–600, cómo realizó sus primeros vuelos de combate en un Letov Š–31 checoslovaco mientras servía en una escuadrilla en Valencia, y cómo consiguió derribar un caza italiano pilotando un Polikarpov I–15 al que llamaban "Chato".
A principios de 1938 sus superiores lo enviaron, junto a otros pilotos, a realizar un curso de instrucción en Kirovabad, en Azerbayán. Regresó a España solo para encontrarse con la noticia de la derrota de la República. Cruzó la frontera con Francia y fue internado en un campo de prisioneros junto a miles de españoles republicanos que huyeron. La invasión alemana lo sorprendió prisionero en un campo en Vernet d'Ariège. Consiguió fugarse junto

a otros españoles y llegar al puerto de Sète. Allí logró embarcar en un mercante turco. Desde Turquía, no sin problemas, llegó a la URSS en 1941, a tiempo de presenciar la invasión alemana. Se alistó en la aviación y fue destinado al 127º Regimiento de Caza. De esta manera desde el primer día de la invasión alemana los estuvo combatiendo. Esperaba que su esfuerzo tuviera continuidad y no sólo se derrotara a Alemania y a Italia, sino que a continuación se procediera a liberar a España de la dictadura fascista. No fue así.

El día que se tenía que irse me armé de valor y hablé con él de manera directa.

—Joan, ¿te puedo preguntar algo? —le dije.

—Claro que sí, *xicona*.

—¿Te espera alguien en tu país? ¿Hay alguna…? Ya sabes…

—¿Alguna chica? —concluyó él.

—Exacto.

—No. No me espera nadie —dijo en tono triste—. No sé si mi familia sigue viva. Mi padre trabajaba en una fábrica y estaba afiliado a un sindicato socialista. La última vez que lo vi se estaba subiendo a un camión con otros camaradas para ir a defender Madrid. No tuve noticias suyas mientras estuve en España. Ahora menos. No tenía ninguna amiga especial y dudo que mis amistades se acuerden de mí. Sus ideas eran bastante conservadoras.

—Bien. Entiendo —dije tratando de mantener la calma—. ¿Tendrías problemas si te pido estar en contacto?

—Rivka… *xicona*… Quieres que nos volvamos a ver ¿verdad?

Asentí ruborizándome de nuevo.

—¡Pues claro que sí! —exclamó él con una gran sonrisa.

Me abrazó y me levantó del suelo en medio de una carcajada.

Una vez a la semana recibía cartas suyas. Lo que nos escribíamos no te lo voy a contar. Eran nuestras pasiones más íntimas. Me visitaba cada vez que podía hacerlo. En una de estas ocasiones hicimos el amor. Fue... Bueno, ya sabes cómo es… Creo que sabes a que me refiero. Pasados unos meses nos casamos. A pesar de la alegría no pude dejar de sentir cierta tristeza al acordarme de mi familia.

Era extraño. Estábamos casados. Él pasaba el tiempo volando y derribando enemigos. Ya hacía algo semejante limpiando los caminos de tropas nazis, dinamitando vías de tren, ejecutando traidores y colaboracionistas y, desde finales de 1944, recuperando territorio. En enero de 1945 tuvo su último permiso. Su unidad se unió a la ofensiva final contra los alemanes. Lo vi tan agotado, tan cansado y pesimista. Habían muerto todos sus camaradas y pensé que no volvería a verlo. La única noche que pasamos juntos me

limité a abrazarlo y dejé que durmiera como un recién nacido.

Volvió a irse al frente, a derribar enemigos. Yo seguí combatiendo. Seguíamos a las tropas del Ejército Rojo y nos estacionamos en la frontera lituana para eliminar grupos pronazis que quedaron en la retaguardia. Tuvimos numerosos encuentros, pero recuerdo en especial uno. Tras un intenso combate en Kodi registramos los cuerpos de los caídos. Allí, tendido entre los cuerpos muertos, con un uniforme de la Lietuvos vietinė rinktinė, estaba Lukas. Se le había caído el casco y tenía el pelo revuelto. Sus ojos azules, abiertos, miraban con expresión vacía hacia el cielo. Tenía una mueca de dolor en el rostro, aunque no se veían graves daños. Tan solo un único impacto de bala en el pecho, visible a través de la agujereada guerrera de color azul. Me agaché junto a su cuerpo. Le arreglé el cabello y le cerré los ojos. Era lo único que podía hacer por él.

La guerra finalizó. Mi unidad se disolvió y yo volví a Kaunas. Nuestra casa seguía en pie, ocupada por una familia lituana. Las autoridades soviéticas se ofrecieron a desalojarlos, pero rechacé el ofrecimiento. Ese lugar solo me traía recuerdos muy tristes. Me trasladé a San Petersburgo donde comencé a trabajar en una oficina del gobierno. Continué escribiéndole a Joan a pesar de no recibir respuesta a mis cartas. Algo dentro de mí sabía que él estaba vivo. Una mañana de diciembre de 1946 alguien llamó a la puerta del pequeño apartamento en el que vivía. Cuando abrí la puerta… Era él. Joan. Sonriente como de costumbre, me abrazó y me levantó en brazos sin dejar de decir "*Xicona, xicona*". Puedes imaginar cómo nos amamos esa mañana.

Joan ahora era coronel de la Fuerza Aérea. Lucía la preciada orden de Héroe de la Unión Soviética. Había estado en la ofensiva final y en la ocupación de Alemania. Me contó que había visitado un campo de exterminio donde los nazis habían matado a judíos, gitanos, homosexuales y a todos aquellos que consideraban indignos de vivir. Incluso supo de compatriotas suyos que habían sufrido una suerte semejante.

Él estaba demacrado, cansado, agotado. Por las noches tenía pesadillas que debían ser horribles. Tenía dolores en la espalda debido a una herida sufrida al saltar en paracaídas de su avión. Pero estaba feliz. Consiguió un destino en San Petersburgo y podíamos estar juntos.

Hasta 1952. Ese año nació Esther, tu madre. Ese año en la Unión Soviética comenzó una ola de antisemitismo semejante a la de los

nazis. “Cosmopolitas sin raíces”, “personas carentes de nación o tribu” fueron algunos términos que empezaron a emplearse. Como ocurrió con los nazis, se empezó a hablar de complots imaginarios urdidos por colectivos judíos para poder justificar así la represión. El más famoso de todos ellos, el «Complot de los médicos», una falacia que aseguraba que un grupo de médicos judíos querían acabar con la vida de Stalin.

Yo fui despedida de la oficina y transferida a una fábrica, como limpiadora. Tu abuelo fue detenido, no por ser judío, sino por estar casado conmigo. A Joan le ofrecieron la posibilidad de divorciarse de mí a cambio de poder continuar en el ejército. Lo rechazó. Me quería demasiado. Les planteó que prefería abandonar la fuerza aérea. Recuerdo que la tarde del sábado 4 de octubre de 1952 vinieron los agentes del MVD, el reconvertido NKVD, y se lo llevaron. De Héroe de la Unión Soviética había pasado a ser un “враг народа”: un enemigo del pueblo. Hacía años que no practicaba la fe de mis padres, pero ese día era la fiesta de Sukkōt. Me recordó a cómo empezaron los nazis.

Mi querido Joan no regresó. Se lo llevaron a los campos de trabajo de los Urales. La guerra lo había debilitado tanto que no pudo resistir. Yo vivía esperando que también vinieran por mí, angustiada pensando en que me quitarían a mi hija y la enviarían a un orfanato para ser “reeducada”. Pero en 1953 falleció Stalin y esta locura antisemita fue diluyéndose poco a poco. Desde luego continuó el control sobre los ciudadanos, pero para mí cesó en ese momento. Incluso dejé de limpiar en la fábrica para pasar a ser contable de la misma. En recuerdo de tu abuelo concluí la tarea que él comenzó: aprender español. Lo hice y fui capaz de hablarle en esa lengua a Esther y luego a Inga y a ti.

Lo último que te voy a contar, Judith, es algo que ni tu madre sabe. En 1959 me encontré por la calle con el hombre que mató a mi padre. Al principio dudé que fuera él, pero lo observé detenidamente y no había lugar a dudas. Lo seguí hasta que entró en un edificio. Pregunté discretamente a una vecina que salía del portal y me dijo que se trataba del doctor Pavalkis. Di parte a las autoridades de que había localizado a un colaborador nazi, pero ignoraron mi denuncia. Insistí varias veces, hasta que un alto oficial me “recomendó” que abandonara el asunto. Intuí que, si seguía vivo, era porque ahora colaboraba con el sistema.

Unos años después, en 1962, Vasily me hizo una visita sorpresa. Había pasado un año tratando de localizarme. Lo consiguió gracias al amigo de un pariente y unas cuantas botellas de vodka. Vasily no

paró de gastar bromas. Tu madre reía sin parar. Luego, cuando ya tuvimos tiempo de hablar de manera más seria, no pusimos al día de cómo había ido nuestras vidas. Se entristeció mucho cuando se enteró del destino de Joan. Le conté lo del doctor Pavalkis y se quedó pensativo. Taciturno.

—¿No has pensado en irte a Israel? —me preguntó—. Ahora los judíos tenéis un país al que ir.

—No. Mi padre nunca se tomó en serio la idea del sionismo. Prefería vivir asimilado al país que le había dado una oportunidad de desarrollarse como persona.

—¿Y tú, *devochka*? ¿Qué piensas tú?

—¿No te parece que conocemos de sobra a lo que llevan los extremos de los nacionalismos? —le dije—. Estoy muy bien aquí. A pesar de todo. Solo quiero paz para poder criar a mi hija.

Vasily asintió. Me miró. Sé lo que vio. Yo ya no era aquella adolescente famélica que encontró medio congelada en el bosque. Era una mujer que me había forjado sobreviviendo infortunio tras infortunio. Puede que, a mis 38 años, mi apariencia fuera la de una mujer más mayor. Tenía el pelo cubierto de canas y numerosas arrugas surcaban mi rostro. Pero tenía la fuerza necesaria para seguir adelante.

Antes de irse, ya pasada la media noche, se sinceró y confesó el motivo de su visita.

—*Devochka*, mi mejor partisana —dijo mientras esperaba que abriera la puerta.

—Fueron tiempos intensos —le dije.

—Rivka… Me muero —dijo de repente empleando por primera vez mi nombre.

—¿Cómo? ¿Qué dices Vasily?

—Como mucho me quedan seis meses. Es lo que dicen los médicos —continuó en tono sereno—. Esos malditos nazis no pudieron conmigo y ahora… Ya ves.

Lo abracé. Me entristeció mucho escuchar que el hombre que me salvó la vida estaba a punto de acabar la suya.

—Cuídate mucho, *devochka*. Mantén viva la memoria de nuestros tiempos, de nuestros hechos, de nuestros seres queridos. Transmíteselo a tu hija y a los hijos o hijas que tenga. Sobre todo, *devochka*, enséñales a combatir contra la tiranía y la injusticia. Como hicimos tú, yo y tantos otros que quedaron en el camino.

—Claro, Vasily, claro que sí. Lo haré —le dije con lágrimas en los ojos.

Desde la ventana lo vi marcharse. Encendió un cigarrillo y se alejó

envuelto en humo.
Un par de días después, en una pausa para comer en la fábrica, estaba ojeando el periódico cuando vi una escueta noticia que me hizo llorar: “El Doctor Arvydas Pavalkis ha sido asesinado por el enemigo del pueblo Vasily Kromov”. Me refugié en el aseo y comencé a llorar. No podía dejar de darle las gracias a Vasily por lo que había hecho. Había preferido ayudarme y pasar sus últimos días de vida en la cárcel, lejos del bosque y la naturaleza que tanto amaba.
El resto de la historia de nuestra familia ya lo conoces. Me parece tan extraño tener que estar contemplando de nuevo como un ser querido se enfrenta a la muerte… Resiste pequeña Judith. Resiste *devochka*, resiste *xicona*.

Judith abrió los ojos. Los tenía enrojecidos. Respiró profundamente. Estaba confusa. Sentía un extraño sabor en la boca producto de las medicinas. Comenzó a observar la habitación, no la reconocía. Intentó incorporarse, pero el dolor, a pesar de los calmantes, la mantuvo acostada. Se miró las manos y vio en sus brazos los cables y vías que la mantenían conectada al monitor y al suero. Se percató que estaba en un hospital. En ese momento también vio, frente a ella, acurrucada en el sillón y tapada con una manta a su abuela Rivka que dormía.
—Abuela —murmuró.
Rivka se despertó. Se puso en pie lo más rápido que pudo y se acercó a su nieta.
—Judith, mi pequeña —le dijo cogiéndole la mano y acariciándole la mejilla—. Mi pequeña.
—Abuela… ¿qué ha pasado?
—Te pondrás bien. Ahora que has despertado te pondrás bien.
Judith se llevó una mano al vientre.
—¿Y mi bebé? —dijo tocándose el vientre y rozando una cicatriz—. ¿Dónde está mi bebé? ¡Mi bebé! Abuela ¿Dónde está mi bebé?
Rivka le apretó la mano mirándola fijamente. Sosteniendo la mirada, con un brillo acuoso, Rivka se limitó a negar con la cabeza.
—¡No! ¡No! ¡No! ¡Mi bebé! ¡No! —gritó Judith que concluyó con un quejido lastimero que resonó en la habitación y salió por el pasillo llegando hasta el puesto de las enfermeras.
Judith lloraba amargamente. No dejaba de tocarse la herida del vientre con la mano.
—Judith, mi pequeña —intentaba calmarla Rivka.
Llegaron un par de enfermeras y tras tratar de calmarla,

procedieron a inyectarle un calmante.
—Ha despertado —dijo una de ellas.
—Sí, se ha despertado —dijo Rivka—. Se ha dado cuenta de lo que ha pasado.
Todas se quedaron en silencio. Judith se sumió en un profundo sueño.
—Pobrecita —dijo la enfermera más joven.
Judith se arrimó más a Laura, quien dormía plácidamente boca abajo. Judith hundió su rostro entre la negra melena de ella, tras dejar escapar unas lágrimas, aspiró profundamente y cerró los ojos con fuerza. Se relajó y durmió abrazada a Laura.

8.

Desde el balcón, Judith miraba hacia la calle. Reinaba la quietud. Una leve brisa refrescaba el ambiente; la misma que hacía moverse las hojas de los árboles con un susurro relajante. Algunos trinos de pájaros rompían momentáneamente la quietud. Aspiró profundamente y pudo percibir el aroma del pan recién hecho que se vendía en una panadería del Carrer Major. También, acompañando la leve brisa del oeste, le llegó el denso y afrutado olor del aceite que se vendía en la almazara ubicada en la calle de Sant Isidre. En unas horas las condiciones cambiarían. El calor propio de agosto se adueñaría del entorno y solo bajo la sombra de un árbol podría atenuarse esa tórrida y asfixiante sensación. La ubicación en el valle tenía esa particularidad: calor en verano, frío en invierno, tanto que, en los años más crudos, no era raro que la nieve cubriera el terreno y los tejados con su presencia.

Un par de gorriones daban pequeños saltos justo debajo de ella, en la acera, picoteando de vez en cuando en el suelo en busca de alguna migaja o semilla. Un gato dormía enroscado en el alfeizar de una ventana del edificio que estaba enfrente. Una cigarra, animada por el primer rayo de sol que alcanzó un árbol cercano a la iglesia, comenzó a lanzar su canto.

Judith bajó a la cocina y comenzó a preparar el desayuno. Mientras preparaba un par de tazas de té, cogió su móvil y revisó el correo. Cuando acabó, buscó en la galería de imágenes una foto y la observó con detenimiento.

—Buenos días —dijo Laura con voz ronca—. ¿Estás viendo las fotos de tu hermana?

—No. Estoy viendo una foto de Esther, mi madre —dijo Judith enseñándole una pequeña foto—. La verdad es que, a pesar de todo, la echo de menos.

Laura vio la foto y se puso pálida. Un escalofrío le recorrió el cuerpo. Miró a Judith y trató de decir algo. Se le humedecieron los ojos y finalmente habló con voz quebrada.

—La novia de mi padre. Ella era la novia de mi padre —concluyó con gesto de sorpresa.

—¿Cómo?

Se miraron en silencio.

Pasados unos minutos de asombro por parte de ambas Judith se atrevió a hablar.

—¿Tuviste mucho contacto con mi madre? ¿Cómo te trató? —preguntó Judith con curiosidad.

—Fue una relación normal. Me trató bien. Se interesaba por mis cosas, mis problemas.

—Ya —dijo Judith con frialdad.

—En alguna ocasión sí que se refirió a su hija que estaba perdida, no dio muchos detalles, pero sí que lo comentó en varias ocasiones. Pero nunca dijo nada de…

—¿De mí?

—No. Nunca —contestó Laura con pesar—. Lo siento.

—No lo sientas, no es culpa tuya, si no de ella —concluyó Judith secamente.

—No seas tan dura. En definitiva, es tu madre.

—¿Y? ¿Se ha preocupado de mí? ¿Me ha apoyado en algo? Ni siguiera cuando… —dijo sin concluir la frase.

—Cuando ¿qué? —preguntó Laura.

—Nada —dijo Judith levantándose y dirigiéndose a la nevera para llenar un vaso con agua fría.

Bebió el vaso de agua de un solo trago. Apoyó las manos en la encimera. Estaba en tensión. Los brazos delgados contrastaban con la tensa musculatura. Las vértebras se adivinaban por debajo de la camiseta. Sus piernas largas y delgadas parecían las de un felino a punto de saltar sobre una presa. Judith se dio cuenta que Laura la observaba.

—Me alegra que al menos contigo se portara bien —dijo finalmente con tono relajado.

—Al final abandonó a mi padre —aclaró Laura con la mirada perdida.

—¿Por qué?

—Mi padre descubrió algo acerca de Inga. Encontró algo de información, no sé cómo lo hizo, pero la situó en Calpe. Supo que había estado en una discoteca trabajando de… bueno… ya sabes…

—De puta —concluyó Judith.

—Sí.

—Entonces tu padre se lo dijo a mi madre y ella lo dejó. Lo habitual en ella. Nada extraño.

—Creo que deberías entenderla —terció Laura.

—¿Entenderla? No gracias. Pero, por lo que me has contado, tú tampoco te llevas muy bien con tu madre ¿no?

Laura se quedó en silencio. Parecía dudar. Judith intuyó lo que estaba pensando: "que no había sido buena idea contarle ese aspecto de su vida".
—No es lo mismo —balbuceó Laura.
—¿No es lo mismo? No te soporta, te odia y dices que "no es lo mismo" —dijo Judith imitando el tono de Laura—. ¿Qué demonios os pasa a las dos? ¿Por qué te odia? ¿Por qué no te soporta?
Laura se quedó en silencio. Estaba pensando. Judith podía ver como titubeaba, como trataba de buscar en su mente un argumento.
—Me consideraba…
—¿Qué? —preguntó Judith con impaciencia—. ¿Qué te consideraba? ¿Una mala hija? ¿Una molestia?
—Algo así —contestó Laura con voz quebrada—. Me consideraba una deshonra. Cuando se quedó embarazada de mí… no entraba en sus planes. Intentó no tenerme… Eran otros tiempos, era muy creyente y no se atrevió a abortar. Intentó, un par de veces, tener un accidente. La versión oficial es que se cayó por la escalera. Pero no consiguió lo que quería. Mi padre se ocupó de evitar cualquier nuevo intento. De ahí que cuando naciera él eligiera mi nombre: Laura, victoriosa. No recuerdo buenos momentos de mi infancia con ella —explicó Laura ante la atenta mirada de Judith—. Hubo una vez que me pegó con tanta saña que estuve varios días sin ir al colegio. Me dejó la cara marcada.
Judith miró a Laura con mucha atención. Estudiaba sus gestos, su manera pausada de hablar y el brillo de sus ojos verdes. Observó su pelo negro que reflejaba la luz y brillaba lanzando destellos cada vez que se movía. Vio como algunas canas adornaban la negra melena. Le parecieron finísimos hilos de plata engalanando una joya de azabache. Le costaba centrarse en las explicaciones que continuaba dando.
—¿Por qué te hizo eso? —preguntó Judith.
—Fue una chiquillada, una tontería. Cosas de críos —trató de justificar Laura.
—¿Me lo cuentas?
—Yo tendría unos doce años, más o menos. Algunos domingos íbamos a la casa de campo de un primo de mi padre que tenía unos viñedos. Era un negocio familiar, un asunto que se remontaba al siglo XIX. Alrededor de mil ochocientos setenta y algo, no recuerdo bien, hubo una plaga de filoxera en Francia que se cargó una cantidad muy grande de vides. Casi acaba con la producción de vino. Así que algunos empresarios del sector se trasladaron a España.

—Disculpa que es la filoxera.
—Un insecto, una especie de mosca o algo así, que se carga la vid —aclaró brevemente—. Pero a lo que iba, si no te importa.
—Claro, disculpa. Me dijiste que tu familia era de origen francés, ahora entiendo el motivo.
—Sí, fue por eso. La verdad es que cuando íbamos a de visita yo me aburría bastante. Yo deambulaba durante horas entre los viñedos y los frutales. También había palmeras, cargadas de dátiles cuando era la época —Laura hizo una pausa y bebió un vaso de agua. Continuó ante la atenta mirada de Judith que seguía sus explicaciones.
Laura se dio cuenta que Judith estaba transformada, su mirada brillaba, había un atisbo de entusiasmo en la mirada, incluso se había ruborizado un poco y su rostro tenía más vida. La voz se mostraba firme y segura. Judith sintió algo extraño en su interior. Algo desconocido, o al menos, eso pensó, tan lejano en el tiempo que pensaba que ya no podía existir.
—¿Ese fue el problema que tuviste con tu madre? ¿Qué te aburrías? —preguntó Judith.
—No. No fue por otro asunto. Te cuento. En una ocasión, la última vez que estuve en esa casa, fue un primo lejano de mi padre. Un primo cuarto si no recuerdo mal. Hacía años que no se veían, desde la niñez, antes de que el primo se fuera a vivir a Canadá. Ese familiar fue con su mujer y su hijo, que tenía la misma edad que yo. Pasamos el día paseando por el campo. Yo le iba explicando todo sobre las viñas, los árboles y los animales del corral, algo que le llamó mucho la atención pues no había visto una gallina en su vida. Fue divertido porque así pude hablar francés ya que fuera de casa no encontraba oportunidad. Después de comer nos metimos en una habitación donde había muchos libros antiguos y comenzamos a ojearlos juntos. Yo le iba explicando lo que ponían. Me escuchaba tan… atento y curioso —en ese momento Laura se ruborizó y pausó el relato durante un instante pasado el cual, no sin titubear, continuó—. Era muy guapo, al menos eso me pareció en ese momento. Ya sabes, con doce años… empieza una a fijarse en los chicos más allá de simple compañero o amigo de juegos. No sé qué pasó, pero él debió de pensar lo mismo. Solo recuerdo que nos miramos y de repente nos estábamos besando. Un beso torpe, pero que pretendía ser un beso adulto.
—Vamos, tu primer beso con lengua —interrumpió Judith de manera clara y tajante.
—Sí. Fue tan… absurdo. Intenso e infantil al mismo tiempo. Una

chiquillada propia de la edad. Dos niños queriendo ser como los adultos. Una respuesta a los retos que proponían las hormonas, ¿no te parece? —Judith asintió esbozando una sonrisa como si fuera participe de una situación similar—. En lo mejor de ese beso, entró mi madre en la habitación. Solo recuerdo que me agarró del pelo, me sacó a rastras y me llevó hasta otra habitación donde me dio dos sonoras bofetadas —Laura miró al suelo con tristeza en la mirada—. No me dolieron esos dos primeros bofetones, ni los siguientes. Lo que me hizo llorar fue que no paró de decirme que yo era una "puta indecente".

—¡Oh! —exclamó Judith.

—Recuerdo que nos fuimos. Hubo mucho alboroto. Mi primo estaba alucinado y no entendía nada. Mi padre dando explicaciones y excusándose sin saber muy bien qué es lo que había pasado. Antes de entrar en el coche recibí dos bofetones más de mi madre y todo el trayecto de vuelta a casa no paró de insultarme. Lloré todo el camino de vuelta. Al llegar a casa… —Laura guardó silencio y miró en otra dirección con la mirada empañada.

—¿Qué paso?

—Al llegar a casa mi madre cogió la escoba y me pegó en la cabeza con el mango. Lo intentó una segunda vez, pero mi padre, que había estado tratando de razonar y sobre todo pidiendo que le explicara que había pasado, se puso delante y le cogió el brazo. Le dijo "antes tendrás que pasar por encima de mi cadáver". ¿Sabes cuál fue la reacción de mi madre? —Judith negó con la cabeza—. "Nunca quise quedarme embarazada, menos aún tener una hija como esta. Una zorra. Debió morirse cuando me tiré por las escaleras".

Laura dejó de hablar y ahogó un sollozo. Judith la miraba perpleja. Dudó un instante y le cogió la mano.

—Lo siento. No creo que nadie merezca un trato así. Menos cuando se es una niña.

Laura se encogió de hombros.

—Tuve un buen padre. Siempre me protegió —dijo Laura recuperando el tono normal en la voz—. Ya ves.

—No somos tan diferentes —dijo Judith tras un reflexivo silencio—. Pero ya está bien de mirar al pasado. Por una extraña razón nos une tu padre y Jukka. Vivamos ese presente.

Desde ese día y durante las siguientes cinco semanas, Judith y Laura recorrieron los alrededores mientras conversaban. Por las tardes, cuando comenzaba a refrescar, recorrían el pueblo. Pasaron

numerosas tardes sentadas en el pequeño parque municipal, paseando por los campos de los alrededores entre los olivos y almendros, caminando por sendas rurales y siguiendo, en ocasiones, el curso del pequeño río que daba nombre a la población.

Pasaron también numerosas horas bajo la sombra de la Casa Alta, edificación de origen almohade construida en el siglo XII y que, reformada, mantenía vivo el recuerdo de la historia musulmana de las tierras de Alicante.

A principios de septiembre, una madrugada, Judith fue hasta su apartamento en Benidorm y regresó con un casco y más ropa. Nada más volver, preparó una mochila con algo de comida –ensalada, frutas y varias botellas de agua– y esperó a que Laura se levantara.

—¿Has salido? —preguntó Laura cuando llegó a la planta baja y se estiró como un gato.

—Sí. He ido por esto —contestó señalándole el casco—. Es para ti. Hoy vamos a ir a un sitio muy interesante.

—La última vez que me puse un casco prestado las cosas no acabaron muy bien.

—No estamos en Afganistán —atajó Judith recordando la historia que Laura le había contado.

Media hora más tarde, alrededor de las once menos cuarto, emprendieron el camino. Judith condujo su escúter por la sinuosa carretera CV–780 hasta Benifallim, donde enlazó con la CV–785 hasta Penáguila. A partir de ahí, siguieron un tramo por la CV–781 y la CV–770 en dirección a Benassau. No llegaron hasta dicha población ya que se desvió a la derecha, en dirección a Ares del Bosque, por la CV–70: un camino serpenteante entre las montañas. Atravesaron Cofrides y Benifato hasta llegar a Benimantell, punto en el que Judith se desvió de nuevo y tomó un camino rural que las llevó hasta su destino final, lugar en el que detuvo el escúter y se bajaron.

—¡Vaya! —exclamó Laura— ¡Impresionante!

—El embalse de Guadalest —dijo Judith—. Me gusta venir a este sitio, especialmente en septiembre, cuando no hay nadie.

Frente a ellas las aguas del embalse tenían un reflejo azul claro que en ocasiones se convertía en turquesa.

—Ven —indicó Judith.

Bajaron por un camino polvoriento y pálido, flanqueado por pinos y arbustos. Tras caminar un rato, llegaron a una parte de la orilla en la que los pinos crecían cerca de agua. Judith le pidió a Laura la mochila y sacó un par de toallas que puso sobre la arena. Se quitó las zapatillas rosas y entró en el agua. Comenzó a caminar

lentamente mientras observada su reflejo. Clavó su mirada en él y se quedó quieta. Minutos después salió del agua.
—Voy a bañarme —dijo.
—¿Has traído bañador o bikini? —preguntó Laura—. Yo no.
—¿Para qué lo necesitas? Además, no hay nadie —indicó Judith señalando a su alrededor.
Cuando terminó de decir esto se quitó la ropa y se metió en el agua. Judith se sumergió. Buceó durante varios metros y se adentró en lo más profundo intentando llegar al fondo. Comenzó a sentir la presión del agua en los oídos. Notó como se le acababa el aire en los pulmones y se le escapaba, en forma de pequeñas burbujas, por la nariz. Miró hacía arriba y vio la luz del sol. Creyó percibir la voz de Laura que la llamaba, pero aguantó bajo el agua. Llegó un momento en el que estaba a punto de abrir la boca y dejar que entrara el agua. De hacerlo, era consciente de que comenzaría a ahogarse y acabaría sus días en el fondo del embalse hasta que, cuando comenzara a descomponerse y hubiera servido de alimento a peces y otros seres acuáticos, subiera a la superficie.
Sintió una fuerte opresión en la cabeza. Aguantó una fracción de segundo y comenzó a ascender. Cuando llegó a la superficie abrió la boca tomando una bocanada de aire. Lo hizo demasiado pronto y aun le entró un poco de agua provocándole que tosiera violentamente. Su cara se puso roja y los ojos se le inyectaron en sangre por el esfuerzo. Intentaba mantenerse a flote, pero cada vez que tosía volvía a tragar agua y se hundió un par de veces.
Laura llegó nadando lo más rápido que pudo, la cogió por el torso y la acercó hasta la orilla.
—¿Qué te ha pasado? —preguntó cuando sus cuerpos reposaron sobre la arena.
Judith se tomó tiempo para recuperar el aliento antes de contestar.
—Nada —dijo finalmente—. Estoy acostumbrada. Lo hago siempre que vengo.
—Podías haberte ahogado.
—No ha llegado mi hora —aseveró Judith—. Ven vamos a nadar un rato.
Se volvió a meter en el agua y comenzó a nadar hacia el centro del embalse. Laura la siguió.

A media tarde, ya vestidas, pero con el cabello aún húmedo, estaban descansando bajo los pinos de la orilla. Judith apoyaba su espalda en el tronco de un pino. Acariciaba el cabello de Laura quien reposaba tumbada con la cabeza apoyada en su regazo.

—Lo de antes… —dijo Laura interrumpiendo la frase—. ¿A qué te referías con que lo haces a menudo?
Judith seguía acariciándole el pelo, enroscándolo en sus dedos y soltándolo con suavidad. Se dio cuenta que Laura esperaba una respuesta y la observaba con curiosidad. Judith clavó su mirada en el agua.
—Jukka descubrió que mi hermana murió.
Ambas guardaron silencio. Laura se sentó frente a Judith y la observó.
—Me mandó fotos de unos documentos —continuó Judith—. Me envió una lista de nombres de chicas y al lado de una de ellas, que se llamaba Inga, figuraba una cruz, el signo de fallecida. Por la fecha se correspondía con la época en la que ella estaba desaparecida. También me envió un recorte de un periódico en el que figuraba la noticia de haber encontrado un cadáver flotando en el mar, el cual llevaba una pulsera con el nombre de Inga.
—Podía ser de otra persona —interrumpió Laura.
—Había una foto. Esa pulsera se la regalé yo por su cumpleaños. El día que cumplió 15 años.
—¡Oh! —exclamó Laura—. Pero ¿no viste la noticia cuando se publicó?
—No estaba en España en esa época.
Laura miró a Judith.
—Toda esa información la obtuvo en casa de Helena Härma —aclaró Laura.
—Ya —dijo secamente Judith—. ¿Qué pasó con esa mujer?
—¿Su chica? —preguntó Laura al tiempo que Judith asentía—. Vive. Jana está bien. Él se encargó de darle lo necesario para empezar una nueva vida.
—Me alegro.
—Jodido buen samaritano —murmuró Laura con los ojos enrojecidos.
Judith respiró profundamente y se abrazó a las rodillas, luego comenzó a hablar con la mirada perdida en el pantano.
—Cuando me sumerjo intento hacerme a la idea de qué es lo que le pasó a Inga —continuó Judith—. No sé si murió ahogada. Intento sentir lo que ella sintió. La soledad bajo el agua, la indefensión, el miedo, la angustia. Cuando veo escapar el aire a mi alrededor me la imagino intentando luchar por su vida. Aguanto hasta el final porque… —dejó de hablar.
Por primera vez en todos los días que habían pasado juntas, Laura vio como Judith abandonaba la coraza en la que había envuelto sus

sentimientos y comenzaba a llorar.
—¿Por qué ese cabrón tuvo que arruinar su vida? —exclamó Judith llorando—. ¿Qué daño le había hecho una pobre chiquilla como Inga?
Judith sintió como Laura la abrazaba y le acariciaba la cabeza. Quería decir algo, pero no podía. Pasados unos minutos recuperó el aliento y se secó las lágrimas con las manos. De nuevo volvió la frialdad a su mirada azul.
—Cuando salgo del agua —continuó— siempre tengo el mismo pensamiento: la esperanza de que estuviera muerta antes de que su cuerpo entrara en el agua.
Se quedaron en silencio. Apenas un par de minutos después, el sol, comenzó a ocultarse por encima de las montañas que rodeaban el pantano. Judith se puso en pie y, secundada por Laura, comenzó a recoger las cosas. Era el momento de regresar.
Esa noche durmieron abrazadas. Esa noche, Judith solo quería sentirse arropada.

Pasaron cuatro días paseando, de nuevo, por el pueblo. Refugiándose del calor a la sombra de los árboles o de edificios; tomando refrescos en las cafeterías que se sucedían en la Avinguda d'Espanya; observando las estrellas asomadas al balcón hasta altas horas de la madrugada.
Una tarde, alrededor de las ocho, llegaron al parque municipal. Judith tuvo un sobresalto cuando una pelota llegó rodando a sus pies y detrás de ella un niño pequeño de unos cuatro años corriendo. Judith se quedó petrificada. No reaccionó, ni cuando el padre del niño, que llegó corriendo detrás de él, hizo un gesto indicando si le alcanzaba la pelota. Laura, al ver que Judith no reaccionaba, se agachó, la cogió y una amable sonrisa se la dio al niño.
—Toma campeón, a seguir marcando goles —le dijo.
—Si quieres nos vamos —dijo Judith con semblante serio.
—No, se está bien aquí.
Laura se sentó en un banco de color verde bajo la sombra de un árbol. El sol, aunque empezaba a bajar sobre el horizonte, aun calentaba. Judith se sentó junto a ella. De reojo miró al padre y al niño que salían del parque. El niño, sonriendo, las saludó a las dos con la mano. Laura le devolvió el saludo sonriendo también.
—No te gustan los niños —dijo de repente Laura—. ¿No quieres ser madre alguna vez?
—¿Es lo único que puede hacer una mujer? ¿Ser madre? —contestó

de manera tajante Judith, tras lo cual se levantó y se sentó en un columpio.
Comenzó a balancearse lentamente, con la mirada ausente.
Pasados unos minutos Laura se acercó.
—No he querido molestarte con ese comentario —dijo ante la indiferencia de Judith—. Por supuesto que ser madre no es el único objetivo. No he sido madre, ni creo que lo sea.
—Vale —dijo Judith secamente. Hizo el ademán de decir algo más pero se calló, aunque pasados unos segundos, volviéndose a Laura, continuó hablando—. Mira… Yo quise y al final no pudo ser.
—De acuerdo… No me cuentes nada.
—No te voy a contar nada.
—Bien.
Laura se sentó en el columpio de al lado y también empezó a columpiarse con suavidad.
—La última vez que me senté en un columpio un policía me llamó la atención —dijo Laura esperando una reacción por parte de Judith.
—Que estupidez —se limitó a decir.
Laura continuó columpiándose al ritmo de Judith, quien seguía con la mirada perdida. De repente, se paró. Se puso de pie, por lo que Laura detuvo su balanceo.
—No. Quédate sentada. Voy a columpiarte —dijo Judith.
—No hace falta… no —dijo Laura.
—Columpiaba a Inga durante horas —interrumpió Judith—. Le encantaba.
—¡Oh! ¡Vaya! Pues… entonces… no me importa.
Judith puso las manos en la espalda de Laura y comenzó a columpiarla con suavidad. Mientras lo hacía comenzó a hablar.
—Nos llevábamos cinco años —comenzó a explicar—. Cuando íbamos al parque el columpio era su favorito. Recuerdo lo que decía siempre: “Давай сестренка, сильнее”[16]. Recuerdo como su pelo flotaba en el aire al balancearse. Le gustaba. Pero a los quince años… Ya no le gustaba ir al parque, ni que fuera con ella. Ya sabes.
—Cosas de adolescente, ¿no? —aseguró Laura dejándose balancear.
—Sí. Antes del accidente tuvo una época, digamos que oscura.
—¿Rebelde?
—No exactamente. Más bien… confusa —aclaró Judith.
—¿A qué te refieres?
—Cuando tenía esa edad empezó a hablar de la herencia genética… es decir, de la parte española en la familia. Nunca conocimos a

nuestro abuelo materno, por lo que no sé por qué empezó con eso. Ella, según me contó mi abuela, se parecía mucho a él. Tenía el mismo color de pelo, y la misma sonrisa. Yo, por lo que me contaron, me parecía mucho a mi bisabuela materna.
—¿No has visto ninguna foto de ella? —preguntó Laura con curiosidad.
—No. Murió en la guerra y todas las cosas de la familia se destruyeron —aclaró Judith empujando suavemente a Laura.
—Entonces, tu hermana…
—No quería saber nada de su abuelo, ni quería hablar español en casa, algo que hacíamos de vez en cuando. Fue una etapa absurda. Hubo una temporada que solo repetía que España era un país de criminales que había conquistado y masacrado a otros. Que eso, alguien de nuestro país nunca lo hubiera hecho.
—¡Vaya! ¿Lo decía en serio?
—Por supuesto. Hasta que un día le dije que nosotros también lo habíamos hecho. Pero me dijo que no. Que ella era bielorrusa.
—¿Cómo?
—Es complejo. Yo nací en Rusia, porque mi familia trabajaba allí. Luego se trasladaron a Bielorrusia. Inga nació allí. Cuando desapareció la Unión Soviética había que elegir nacionalidad, te lo cuento muy simple. Yo como me trasladé a estudiar a San Petersburgo y había nacido en Rusia pude optar a esa nacionalidad.
—Parece un poco liado —dijo Laura que se volvió a mirar a Judith —. Debe ser normal cuando desaparece una especie de imperio.
—Nunca fue un imperio —dijo Judith tajante—. Se trata de ser de algún lugar. Tú debes de entenderlo, ¿no? Ese origen francés de tu familia.
—Bueno, sí. Más o menos.
Judith dejó de columpiar a Laura. Se puso a un lado y esperó que terminara el balanceo.
—¿Volvemos a casa? —preguntó Judith.
—Sí. No es mala idea.
Judith comenzó a caminar lentamente. Laura se bajó del columpio y la siguió.

El día que empezó el otoño se notó una fresca brisa recorriendo el ambiente. Ese día Judith le dijo a Laura que se preparara para salir.
—¿Dónde vamos? —preguntó Laura con curiosidad.
—Ya lo verás. Lleva algo de abrigo, seguro que más tarde hará fresco.
—Si quieres nos quedamos.

—Un día como hoy, pero de 2007, falleció mi abuela —dijo Judith —. Era la única familia que me quedaba. Necesito tomar aire.
—Bueno, tu madre… —comenzó a decir Laura, pero se dio cuenta de lo inoportuno de referirse a ella y se detuvo.

Judith condujo el escúter por la carretera CV–780, en dirección norte. En pocos minutos llegaron a un punto en el que, tras observar que no venía ningún vehículo, giró a la izquierda entrando en un camino de tierra. Le indicó a Laura que bajara para poder pasar el escúter al lado de los barrotes que sostenían una cadena que cerraba el paso. Tras ello siguieron un centenar de metros por el camino que, flanqueado por pinos, efectuaba una cerrada curva a la izquierda. Llegaron a una zona despejada en la que se alzaban las ruinas de un edificio. Las dos lo contemplaron.

—El Preventorio de Torremanzanas —dijo Judith señalándolo con el índice derecho y bajando del escúter.

—Muy bonito —dijo Laura—. Me recuerda un edificio en el que estuve refugiada hace años.

—Lo construyeron en 1926. Tuvo varias funciones antes de que lo convirtieran en Sanatorio Antituberculoso después de la Guerra Civil.

—Interesante.

—Dicen que algunas noches se pueden sentir presencias espectrales —explicó Judith impasible—. También hay quien dice haber grabado conversaciones y lamentos de origen etéreo.

—Todo eso son tonterías —aseguró Laura—. No creo en fantasmas, ni en historias sobrenaturales.

—¿La muerte es el final?

—No lo sé —contestó encogiéndose de hombros—. Nadie ha vuelto para certificar que hay algo más. ¿Crees que hay algo?

—Cuando pienso en Inga… Espero que pueda estar en un sitio mejor. Un lugar tranquilo en el que nadie pueda hacerle daño. No creo que lo entiendas.

—Te comprendo —dijo Laura.

Judith la miró sorprendida.

—Era una niña. Tenía una vida por delante; aunque lo que llevaba vivido ya había sido demasiado cruel con ella. ¿No fue demasiado sufrir el accidente? ¿Qué mal había hecho ella? ¿Tenía que morir así?

—No creo que haya respuestas —intervino Laura—. Tampoco creo que tengas que seguir atormentándote de esa manera.

—Llevo demasiados años con esas preguntas —aseguró Judith.

—Quizás… —comenzó a decir Laura, aunque guardó silencio durante un instante antes de continuar—. Quizás sea el momento de cerrar tanta pregunta. ¿No crees?

Judith miró a Laura intrigada. Una brisa fresca, coincidente con el sol ocultándose tras las montañas, corrió entre los árboles y las ruinas del edificio. Los pinos estremecieron sus ramas con la apariencia de un quejido lastimero, al mismo tiempo que las envolvió un fugaz aroma a romero y tomillo.

Judith le indicó a Laura que la siguiera y comenzaron a recorrer el perímetro del edificio. Había una valla alrededor que impedía el acceso al interior, pero desde fuera se podían apreciar los detalles de los restos del edificio. Se conservaban los muros, aunque podía adivinarse que en cualquier momento podrían colapsar. La parte inferior de los muros era de mampostería y en los superiores aún quedaba parte del enlucido. En la planta inferior los arcos de las ventanas y puertas estaban construidos con ladrillo, mientras que en la planta superior todo el vano de las ventanas estaba rodeado de ladrillos y en algunas ventanas se apreciaban balaustradas, lo que le daba un aspecto industrial, propio de los primeros años del siglo XX.

—Parece una estación de ferrocarril —murmuró Laura—. Tiene un aspecto semejante.

Judith no dijo nada y siguió caminando, observando el interior. Le señaló a Laura las paredes del interior, donde en algunos sitios todavía quedaban baldosas de color gris, verde y blanco. También se apreciaba una especie de mosaico en el suelo, pero debido a la escasa luz natural y la acumulación de escombros no se podía ver bien. Llegaron a un punto en el que pudieron ver los restos del antiguo aseo comunitario en el que aún quedaban rastros de los platos de las duchas, los inodoros y los desagües.

En la planta superior, las ventanas se correspondían con las antiguas habitaciones. Poco se podía ver desde donde estaban, pero, así y todo, vieron la escalera de acceso a dicha planta y restos de cables y tuberías. Judith volvió a señalar en dirección a una pared.

—Mira.

—¿La pared es de color rojo? —preguntó Laura—. No se aprecia muy bien, pero parece que sí.

—Es lo que llaman la “Habitación roja”.

—¿Para qué servía? —inquirió Laura.

—Es donde revelaban las radiografías que les hacían a los pacientes —explicó Judith—. Debía ser angustioso estar aquí ingresado.

—La verdad es que da un poco de escalofríos este lugar —dijo Laura—. Por el sufrimiento que se ha tenido que vivir aquí.

—Es uno de los lugares donde vengo a menudo —indicó Judith.

—¿Aquí? —preguntó Laura sorprendida.

—Hay días muy malos. Hay días en los que me duele mucho haber perdido a mi hermana —explicó Judith con expresión ausente y mirada acuosa—. Esos días vengo aquí. Aquí puedo llorar. Lamentarme.

Laura la abrazó. Judith no reaccionó al principio y estaba quieta. Pasados unos segundos le correspondió el abrazo y suspiró.

Tras unos minutos en silencio continuaron caminando y se sentaron en una piedra de gran tamaño que estaba frente a la entrada principal. Las dos parecían hechizadas por las letras grabadas sobre la puerta: Sanatorio Antituberculoso Torremanzanas. Respiraban el fresco aroma de las plantas.

—¿Qué querías conseguir en Colombia? —preguntó de repente Laura.

—Presionarlo. Tratar de conseguir información sobre Inga —dijo Judith—. Pero no fue posible. Siempre estaba rodeado de gente y en especial con ese impresentable que organizó el congreso. Un estúpido neonazi.

Se quedaron en silencio, sin moverse del sitio. Judith miraba en dirección a los árboles.

—En Colombia sedujo a otra chica —dijo Laura—, acabó en Burgos y no sé dónde estará ahora. Lo mismo se ha deshecho de ella.

Judith no dijo nada. Tenía un puñado de piedrecitas en las manos y las iba arrojando una a una a ver hasta donde alcanzaba. Laura se quedó en silencio un buen rato.

—Estás muy pensativa —dijo Judith pasados unos minutos al observar el gesto pensativo de Laura.

—Hay que acabar con él —replicó Laura de manera rotunda.

—Pero… ¿cómo? — pregunto Judith al mismo tiempo que la miraba sorprendida—. No sé dónde está ahora. Le he perdido la pista. Desde hace unos meses no hay rastro de él. Antes aparecía su nombre en algún evento, ya sabes, usando su fachada de profesor, acudiendo a congresos y todo eso.

—Creo que soy la responsable de que no esté visible —dijo Laura en voz baja—. Cuando descubrí su identidad y comuniqué a la Universidad dónde decía haber estudiado quien era y a qué se dedicaba… Esa universidad belga hizo un envío masivo de correos a todas las universidades informando que Poncelet era un impostor y

un delincuente. Imagino que también la policía estará tras su pista.

—Entonces va a ser difícil poder hacer algo. De todas formas, esto es un asunto mío —dijo Judith en tono seco—. Tú ya has hecho lo que tenías que hacer.

—Quiero ayudarte —protestó Laura—. Quiero tomar parte.

—No creo que puedas enfrentarte a él.

—Te aseguro que sí.

—Ponte de pie —dijo Judith levantándose.

Laura obedeció. Judith fue hasta el escúter, levantó el asiento y volvió con algo en la mano.

—Toma.

—¿Un cuchillo? —preguntó Laura extrañada.

—Atácame.

—¿Qué dices? No.

—¡Atácame! —le grito Judith—. ¡Inútil, eres una inútil! ¡Estúpida! ¡Acabas arruinando a todos los que te quieren!

Laura no sabía qué hacer. Miró a Judith que la desafiaba con la mirada. Sabía que los insultos que le estaba soltando no iban en serio. Quería provocarla para que atacara y demostrar que estaba lista para ayudar. No lo pensó más y se abalanzó sobre Judith con el cuchillo en alto.

Sin que pudiera darse cuenta, estaba en el suelo boca abajo, con Judith sentada en su espalda al tiempo que le apretaba el rostro contra el suelo.

—¿Estás preparada? —dijo Judith con frialdad mientras aflojaba la presión y se levantaba—. Creo que no.

—¿Cómo lo has hecho? —preguntó Laura dándose la vuelta y sentándose—. No me he dado cuenta de cómo me has quitado el cuchillo ni como me has tumbado. ¿Algún tipo de arte marcial?

—No. Un sistema de defensa y combate —aclaró Judith—. ¿Te he hecho daño? Ni te has percatado que te cogía de la muñeca en la que tenías el cuchillo y usaba tu inercia para hacerte caer. ¿Entiendes por qué te digo que no puedes ayudarme?

—Mira Judith. Vale que el primer día me echaras la bronca por el estropicio que monté en la casa. Pero hemos pasado muchos días juntas. Hemos intimado más allá de lo que yo pensaba que podría llegar a hacer y no me importa —Judith intentó replicar, pero Laura se lo impidió con un gesto—. He estado casada con un gilipollas que me engañaba cada día; he vagado tres años debido a una depresión porque no supe mantener a raya mis miedos; me dieron una paliza; intentaron violarme en un par de ocasiones, primero dos niñatos más tarde un cura; en la Universidad un profesor abusó de mí y no

supe contárselo a la persona en la que más confiaba: mi padre; a un amigo del que estaba enamorada le volaron la cabeza en Afganistán y aún tengo pesadillas con su imagen y siento el sabor de su sangre en mi boca; me quedé sin trabajo porque la propietaria del supermercado donde trabajaba, Helena Härma, era una hija de puta que dirigía la red mafiosa a la que pertenece Poncelet —hizo una pequeña pausa para tomar aire antes de continuar—. Mataron a una chica que me contó la explotación a la que eran sometidas algunas mujeres víctimas de esa mafia; descubrí la verdadera identidad de Poncelet que fue quien mató a esa chica y a tu hermana. Además, él fue el responsable de que Jukka no encontrara otra manera que acabar con Helena para poder salvar a su chica. Así que no me digas que no te puedo ayudar. Gilipollas. Lo voy a hacer quieras o no. Nadie va a ayudarnos. Si tenemos un problema debemos arreglarlo nosotras —sentenció Laura—. No hay putos príncipes azules y aunque los hubiera ¿quién los necesita?

—Vaya… —acertó a decir Judith.

—Deja que atraiga su atención y te lo ponga en bandeja.

—¿Tienes alguna idea? —preguntó Judith mirando fijamente a Laura.

—Sí.

—Volvamos a casa. No molestemos más a los espíritus o a lo que sea que se encuentre entre estas paredes muertas.

9.

A las cinco de la mañana Judith se levantó y salió de la casa discretamente. Antes de hacerlo observó a Laura que dormía plácidamente. Observó su cuerpo cubierto por la sábana. Regresó cuatro horas después. Dejó un par de bolsas y su mochila rosa con el logotipo de Hello Kitty en la cocina. Subió a la habitación. Entró sigilosamente y se sentó en la cama con la espalda apoyada en el cabecero. Miró a Laura que dormía boca abajo con la melena revuelta. Observó las formas de su cuerpo y respiró profundamente. En ese momento Laura se movió y abrió los ojos.

—¿Dónde estabas? —preguntó somnolienta—. Sentí como te ibas.

—He ido a mi piso a coger algunas cosas.

Laura se estiró sobre la cama de manera felina. Luego se arrimó a Judith quien comenzó a acariciarle la cabeza con suavidad, enredando los dedos en su melena negra. Pasados unos minutos Laura se incorporó y se sentó a horcajadas sobre Judith. La besó y se abrazó a ella.

Cuando Judith salió de la ducha Laura estaba levantada. Sobre el suelo de la habitación estaba la maleta abierta y toda su ropa sobre la cama.

—¿Qué haces? —preguntó Judith mientras terminaba de secarse el pelo.

—Recojo mis cosas. Tengo que irme.

—¿Dónde te vas?

—Me iré a Alicante. Alquilaré un piso, algo pequeño. Para mí sola no necesito gran cosa. Hasta que encuentre trabajo lo puedo pagar con lo que saco de los pisos que tengo alquilados.

—Ya.

—Pero no te preocupes. No olvido lo que hemos acordado.

—Entonces no hace falta que te vayas.

—He reservado habitación en un hotel en Alicante para un par de

días. Creo que es lo que puedo tardar en localizar un piso. Te había alquilado la casa hasta mañana —continuó mientras seguía guardando sus cosas.
—Puedes quedarte más tiempo. No me urge alquilarla.
—No quiero molestar —dijo colocando un par de zapatos en una esquina de la maleta.
—Puedes venirte a mi apartamento de Benidorm —dijo Judith tras un breve silencio.
Laura hizo una pausa y continuó después ordenando sus pertenencias.
—A tu piso… ¿cuánto tiempo?
—Todo el que quieras.
—Suena muy bien, ¿y luego?
—No entiendo —dijo Judith sentándose en la cama.
—¿Tenemos una relación? ¿Somos pareja? ¿O solo nos hemos dejado llevar por un momento? —hizo una pausa tras la cual suspiró profundamente—. Estoy cansada de sufrir… Nunca me ha ido bien en las relaciones.
—No debes tener miedo por el pasado.
—Cuando he querido a alguien ha acabado… —Laura hizo otra pausa y dejó la camiseta que sostenía en la maleta—. Ha acabado muerto. No hay día que no me acuerde de eso. Hasta el imbécil de mi marido, que me ponía los cuernos, acabó asesinado. 3D, el fotógrafo checo que conocí en Afganistán… le volaron los sesos. ¿Sabes que aún tengo pesadillas y me despierto gritando y llorando, sintiendo sabor de sangre en la boca? Y Jukka… ¡Joder! Me gustaba. No me atreví a decirle nada.
—No has tenido esas pesadillas los días que hemos estado juntas —interrumpió Judith.
—Es cierto.
—Te abrazas a mí y te duermes plácidamente.
—Judith… —dijo Laura mirándola a los ojos.
—¿Qué?
—He descubierto algo nuevo contigo. No me refiero a… ya sabes… nunca había tenido sexo con una mujer. Me refiero a la tranquilidad. Me transmites paz.
—Gracias —dijo Judith acariciándole la cara—. Es la primera vez para mí también.
—¿De verdad? —preguntó Laura sorprendida—. ¿Qué nos espera, Judith?
—¿Tienes que preocuparte por el mañana? Disfruta el momento, Laura.

—Es la primera vez que dices mi nombre.
—No me había dado cuenta.
—Disfrutar el momento. Suena tan interesante. Dicho en este entorno, aunque sea un secarral, llega a ser bucólico —dijo Laura mirando hacia la ventana—. *Carpe diem, quam minimum credula postero*.
—Laura… No quiero estar sola.
—Salgamos a desayunar —dijo Laura—. Necesito aire fresco.

Judith asintió, aunque esperaba otra respuesta y su rostro volvió al rictus serio de siempre.

Caminaron hasta llegar al Café Amber en la Avenida de España. Buscaron una mesa tranquila en el exterior y pidieron un desayuno cada una. Café con leche, zumo de naranja y media tostada de pan con tomate.
—¿Tu madre volvió a Minsk? —preguntó de repente Laura.
Judith guardó silencio.
—¿De verdad no sientes deseo de volver a hablar con ella? —insistió Laura.
—No. Hubo un momento en mi vida que hubiera deseado tenerla cerca. La necesitaba. Pero decidió no estar. Me culpaba de la desaparición de mi hermana. Aún debe de hacerlo.
—Puede que no.
—No voy a perder el tiempo tratando de recuperar su cariño. Sé que nunca lo voy a volver a tener.
—Pero…
Judith, molesta, miró con frialdad a Laura y se dispuso a replicarle, pero en ese momento una sombra se puso frente a ellas. Cuando ambas miraron con atención se percataron que era un hombre bastante corpulento.
—Judith, qué alegría verte por aquí —dijo el desconocido—. ¿Puedo sentarme?
—Estamos desayunando —dijo Judith con sequedad.
—Ya. No conozco a tu amiga. ¿Es de fuera como tú?
—Laura Martínez —dijo la aludida extendiendo la mano.
—Emigdio Brotons —dijo él—. Encantado. Hace tiempo que conozco a Judith.
—Ajá —dijo Laura sin dejar de observar al recién llegado.
Emigdio pasaba los cincuenta años. Era alto y fornido, algo normal para quien había estado trabajando en el campo toda su vida. Su piel, que era inusualmente pálida, tenía una tonalidad enrojecida, más parecida a la de un extranjero tostado por el sol que a la de un autóctono del lugar. Sus ojos azules remataban su aspecto

extranjero. Las pocas palabras que había dicho revelaban un fuerte acento valenciano, ya que, en realidad, esa era su lengua materna.
—Pues bien Judith —continuó Emigdio—. Ya sabes que sigue en pie mi proposición. Cuando te decidas me llamas y hacemos los arreglos oportunos.
—Ya sabes la respuesta —dijo Judith mordiendo la tostada.
—Soy paciente —dijo él pasando la mano por su cabeza calva—. ¿Le has contado a tu amiga Laura todo lo que te he contado?
—No.
—¿Qué debería haberme contado? —preguntó Laura con su habitual curiosidad.
—¿Lo ves, Judith? —dijo él esbozando una sonrisa—. Parece que tiene interés.
—Lo dudo —aseveró Judith.
—Mira Laura, ¿puedo tutearte? —dijo él sin dejar que ella tuviera tiempo de responder—. A tu amiga Judith le vengo explicando desde hace tiempo que todo lo que sucede en la redondez de la Tierra es obra de la Comisión Trilateral. Un grupo que pretende implantar el Nuevo Orden Mundial. Está todo organizado por la familia Rockefeller, las finanzas de los Rothschild, el Fondo Monetario Internacional y el Vaticano. Quieren controlarnos por medio de cosas tan banales como el tabaco. ¿Sabías que la compañía Philip Morris dicta órdenes a la Casa Blanca? Además vienen trabajando desde hace tiempo en esto. Concretamente desde la Revolución Francesa. No sé si has estudiado algo, pero, ¿sabías que la Revolución fue obra de los Illuminati? Ese grupo, que es peor que los masones, aún existe. Te puedo dejar un libro muy interesante. Lo mismo Judith puede venir a mi casa a recogerlo y te lo da cuando te vea. El libro es *Peones del juego* de William J. Guy Carr. Una auténtica eminencia. Vamos camino de la Tercera Guerra Mundial, ¿lo sabías? Le queda nada. Tan solo hay que estar pendiente de las resoluciones de las Naciones Unidas y ver cómo están preparando todos los agentes illuminati. Mira, si no te lo crees, te dejo aquí en ejemplar del periódico, ya lo he leído así que te lo regalo. Hay que saber que periódico leer. Yo desde luego lo tengo claro: *Le Monde Diplomatique*.
Laura estaba quieta, sosteniendo la tostada y mirando boquiabierta a Emigdio. No pestañeaba, estaba tratando de digerir aún el cóctel pseudo dialéctico que había organizado en apenas unos minutos. Por el contrario, Judith había terminado la tostada y apuraba el café con leche. Se limpió los labios con una servilleta, tras lo cual leyó el mensaje impreso en la misma con letras verdes: “Si te falla el

plan A recuerda que te quedan 26 letras". Arrugó la servilleta y la depositó junto a la taza.
—Disculpa, pero estábamos en medio de una conversación —dijo Judith tajante.
—¡Oh! Disculpad. No quería interrumpiros —dijo Emigdio—. Te he visto y ya sabes, quería saludarte. Bien. Pues me voy. Tengo trabajo. Si tenéis tiempo me avisas y os invito a comer a casa, os puedo hacer un ragú de gluten.
Emigdio se levantó y se despidió de nuevo en medio de una extraña reverencia. Ambas vieron cómo se marchaba calle abajo.
—Qué tío más raro. Está un poco zumbado, ¿no? —dijo Laura antes de seguir comiendo—. Oye… ¿ha terminado diciendo que nos invita a comer harina asada?
—Tiene una almazara saliendo del pueblo —indicó Judith—. Lo conocí en el autobús una de las primeras veces que vine aquí desde Benidorm, cuando estaba en trámites de comprar la casa. Le gusté y desde entonces no para de insistir en que me case con él.
—¿En serio?
—Sí. No es capaz de entender que un no es un no.
—Entonces es un acosador. Denúncialo.
—Paso. No lo veo mucho y siempre acaba marchándose pronto. En el fondo es un miedoso.
—Ya… pero… Un acosador es un acosador. Nunca se sabe —dijo Laura terminando la tostada.
—En serio. No me preocupa. Este tío es normal, intenta ligar pero de manera torpe. Sé cómo defenderme. Peor fue cuando conocí al *Antimonio*.
—¿A quién?
—Al principio de tener la casa venía muy a menudo en autobús. No tenía la moto. Coincidía casi siempre con un señor de aquí del pueblo. Se sentaba a mi lado. Ya puedes imaginar con qué intenciones.
—Sí, me hago una idea. Desgraciadamente me suena.
—Durante meses aguanté sus insinuaciones hasta que un día le quedó claro que no me interesaba. Para convencerlo solo me bastó propinarle un par de bofetones. Ese día se dedicó a contarme su vida. Luego nunca más volvió a sentarse a mi lado.
—Eso es tener poder de persuasión —dijo Laura sonriendo, aunque Judith permaneció seria.
—El tipo ese iba de putas cada fin de semana a Benidorm.
—Vaya.
—La mitad de las veces, según él, no querían atenderlo. La verdad

es que la palabra feo se queda corta.
—¿En serio?
—En serio. No sé cómo describírtelo. Estilo Quasimodo.
—¡Joder! Me hago una idea.
—Me dijo, en confianza, que en esas ocasiones, cuando volvía al pueblo cogía una de las cabras del corral y se aliviaba con ella. Un tío así es un asco.
Laura se quedó mirando fijamente a Judith, quien mantenía el rostro serio, con un reflejo de la luz que hacía más profundos sus ojos azules. También los hacía más fríos. Una leve corriente de aire le movió el pelo y la melena rubia onduló tapándole la cara durante un instante. A pesar de ello, el brillo azul estaba visible. Laura sintió un escalofrío.
—Oye, lo de antimonio… ¿Por qué? —preguntó Laura.
—¿Cómo estás de química? —preguntó Judith mientras cogía una servilleta y buscaba un bolígrafo en su mochila rosa.
—Estudié Letras.
Judith escribió algo en la servilleta y se la dio a Laura, quien la cogió intrigada y la leyó.
—Sb2O3 —murmuró Laura mirando la fórmula con extrañeza—. ¡Ah! ¡Oh! ¡Hostia! ¡Ya lo pillo! ¿Era bizco?
—Es la fórmula del antimonio —aclaró Judith sonriendo.
Se miraron y comenzaron a reír sin importarles la gente que estaba sentada junto a ellas.
Mientras caminaban para regresar a la casa Laura, que aún sonreía, cogió a Judith de la mano.
—Me gusta cuando sonríes —dijo Laura de repente.
Judith se detuvo y la miró fijamente. No dijo nada. Hizo el ademán de continuar caminando, pero Laura la detuvo y la miró.
—En serio Judith. Deberías sonreír más a menudo. Estás más guapa.
Laura terminó la frase besándole los labios. Luego continuaron caminando.
—Judith… —dijo de nuevo Laura justo al llegar a la puerta de entrada.
—¿Qué?
—Anoche, cuando estábamos haciendo el amor…
—¿Sí?
—Tu cuerpo.
—¿Qué pasa con mi cuerpo? —preguntó Judith sorprendida mirando a Laura—. ¿No te gusta?
—No es eso —dijo Laura cogiéndole la mano.
—Explícate.

—Te ves frágil. Tan delgada. Pero… Cuando te abrazaba, cuando te tocaba… He notado que eres muy fuerte.
Judith la miró fijamente.
—Bajo esa apariencia quebradiza —continuó Laura—, hay mucha fuerza. Pero contenida. Perdona si te incomoda, pero me has recordado a una gata. Suave, cariñosa, frágil, pero capaz de saltar de improviso y atrapar una presa demostrando su poder depredador. Tú harías lo mismo, si llega el momento oportuno, o si tienes a determinada persona frente a ti. ¿Me equivoco?
—Кошка —dijo Judith sin dejar de mirar a Laura.
—¿Qué es eso?
—Кошка. Gata, en ruso.
—No me equivoco.
Judith no dijo nada más, entró en la casa seguida de Laura. No volvieron a hablar hasta después de comer. Mientras, entre las dos, recogían la cocina.
Laura no dejaba de mirar a Judith. No podía apartar la mirada de la camiseta rosa con el motivo de Hello Kitty que llevaba puesta.

—No me quitas la mirada de encima —dijo Judith en tono neutro.

—¡Oh! Es que me estaba fijando en la camiseta.

—Ya.

—Judith… Te gusta mucho Hello Kitty, ¿no? —dijo Laura con su habitual tono curioso—. He visto que tienes varias camisetas, la mochila, el llavero, la funda del móvil.

—Eres muy observadora —dijo Judith en tono seco.

—Soy muy curiosa. Eso me suele meter en líos —aclaró Laura—. Es que me llama la atención. Igual que siempre llevas alguna prenda de color rosa. Y el colgante con el unicornio.

Judith dejó los vasos dentro del armario y se apoyó en la encimera dándole la espalda a Laura. Cerró los ojos y respiró profundamente. Sintió un nudo en la garganta. Quería llorar, derrumbarse, dejar a un lado la coraza que se había construido en su interior, mostrar sus sentimientos, sus debilidades, pedir ayuda, gritar. Pero desistió. No quería mostrarse humana.

—¿Judith? —susurró Laura acercándose.

—Hello Kitty… —empezó a decir Judith titubeando—, Hello Kitty era la muñeca favorita de mi hermana —concluyó con voz quebrada—. Mi padre le compró una muñeca en 1992, cuando hizo un viaje fuera de Rusia. La muñeca tenía un vestido rosa. A Inga le encantaba el color rosa cuando era una niña. Años después, hasta que llegó a la adolescencia, fue aumentando su colección: muñecas,

relojes, un despertador, libretas. De todo. La mochila… —continuó Judith con la voz aún más quebrada—… la mochila es como la suya, como la que llevaba al instituto —hizo una larga pausa—. El llavero… las llaves de casa…

Judith dejó de hablar, comenzó a llorar agarrándose con fuerza a la encimera. Finalmente se dejó caer al suelo de rodillas llorando amargamente. Laura, a la que pillo por sorpresa esta reacción, se acercó a ella y se arrodilló junto a ella abrazándola.

—Lo siento, Judith, lo siento —mientras trataba de calmarla—. No quería hacerte llorar.

Judith hundió su rostro en la melena de Laura y, sin dejar de sollozar, se abrazó a ella.

—No pude protegerla —exclamó Judith en medio de un sollozo.

—Tranquila —dijo Laura mientras le limpiaba las lágrimas con los dedos y sentía como ella también estaba al borde del llanto—. Tranquila, cariño.

Judith la miró fijamente al oír la palabra cariño. Su mirada fría, dura y distante, se había eclipsado.

—El unicornio se lo regalé yo —dijo Judith mientras volvía a calmarse—. Se lo regalé cuando cumplió ocho años. Me lo dio cuando tuve que irme de casa de mi madre. Recuerdo que dijo que esto nos mantendría unidas.

Laura continuó limpiándole las lágrimas. Le acarició el rostro y le arregló el pelo. Volvió a abrazarla hasta que Judith se calmó.

—Lo siento, no quería ponerme a llorar —dijo Judith.

Se puso de pie, se lavó la cara en el fregadero. Laura, que también se puso en pie, le acercó un paño de cocina limpio con el que se secó la cara.

—Gracias —dijo mirando a Laura.

Había vuelto la mirada azul fría y dura

—Voy a empezar a preparar la cena —dijo Judith.

—Bien. Te ayudo.

—No —dijo Judith tajante levantando una mano—. Es tu último día aquí. Quiero tener este detalle contigo —añadió—. Por favor, deja que lo prepare para ti.

—Judith me siento incómoda si no te ayudo.

—De verdad. Deja que lo haga. Voy a preparar закуски.

—¿Qué es eso?

—Algo así como entrantes, no sé muy bien cómo explicártelo. Algo ligero.

—Me parece bien. Pues, voy a terminar mi equipaje —dijo Laura antes de subir la escalera.

—Bien.
Judith, con los ojos enrojecidos, comenzó a preparar la cena.

Al caer la tarde el tiempo cambió. Comenzó a soplar un poco de aire. Provenía del norte y, en pocos minutos, refrescó el ambiente que hasta ese momento había sido tórrido. El olor a tierra seca desapareció y su lugar fue ocupado por el de las plantas aromáticas que rodeaban Torremanzanas. En el exterior todo estaba en silencio.

Laura bajó de la habitación. Se había puesto una sudadera negra sobre la camiseta del mismo color y unos calcetines. Por el contrario, no se cambió el short negro. Había sentido un escalofrío en el torso cuando percibió el cambio de temperatura.

Judith, que ya había terminado de preparar la cena, estaba mirando por la ventana, con gesto serio y mirada ausente.

El viento era cada vez más fuerte. Las ramas de los árboles crujían y las hojas, alguna de las cuales empezaban a amarillear, se agitaban ruidosamente. También lo hacía la persiana. Algo de aire se colaba por una rendija y silbaba con una monótona y amenazadora melodía.

Laura llegó junto a Judith y miró por la ventana.

—¿Te asusta el viento? —le preguntó a Laura al mismo tiempo que se abrazaba a ella.
—No. Pasé mucho tiempo viviendo a la intemperie. No le tengo miedo al viento. Al mar le tengo respeto.
—Ven —dijo Judith cogiéndole la mano y llevándola al comedor—. Ya está todo preparado. Espero que te guste.
Laura observó la mesa. Un par de bandejas llenas de comida que no sabía lo que era.
—¡Vaya! Se ve realmente apetitoso —dijo sonriendo.
—Pero no tienes ni idea de lo que es ¿no? —preguntó Judith.
Laura asintió.
—Bien, los pepinillos los reconoces —Laura sonrió—, el pescado es маринованная селёдка, arenque encurtido. ¿Te gusta el pescado? —Laura asintió—. Lo de la derecha son Пирожки, a ver cómo te explico. Una especie de bollitos o empanadillas de hojaldre rellenas de verduras.
—Tiene todo muy buena pinta —dijo Laura—. Gracias.

—Es un tipo de comida que invita a beber —aseguró Judith.
Laura abrió un armario de la cocina sacando la única botella que quedaba.
—Solo queda esta. No me la bebí —dijo esbozando una extraña sonrisa—. La crema de güisqui es para cobardes —aseveró

rotundamente haciendo sonreír a Judith.

—Te voy a enseñar a beber —dijo Judith continuación abriendo el congelador y enseñándole las dos botellas de vodka que había traído.

—¡Vaya! —exclamó Laura.

—Esto es vodka de verdad y no el aguarrás que venden en los supermercados. ¡Ah! Por cierto —dijo Judith en tono intrigante—, nada de tirar los vasos al suelo cuando se termina de beber. Eso es una estupidez de las películas americanas —concluyó haciendo que Laura riera.

Cogió un par de vasos tipo chupito y los llenó.

—Твое здоровье![17] —exclamó Judith bebiendo a continuación de un trago.

Laura la imitó y bebió igualmente de un trago.

—¡Hostia! —exclamó—. ¡Qué suave!

—Ya te he dicho que es bueno —insistió Judith, tras lo cual llenó de nuevo los vasos—. A partir de ahora bebemos comiendo. No puedes beberte la botella de golpe. No al menos la primera —dijo mirando de reojo a Laura—. Comemos, bebemos, hablamos, cantamos, lloramos.

—Entonces habrá que poner música —intervino Laura—. Y…

—¿Y?

—Y al diablo los vecinos —dijo Laura tímidamente.

—¡Al diablo vecinos! —exclamó Judith poniendo voz gutural.

Laura encendió su portátil y entró en Youtube. Durante la siguiente hora comieron y bebieron escuchando música de manera aleatoria. Brindaron cada vez por algo diferente: por su amistad, por la borrachera de Laura que las había unido, por los novios inútiles del pasado que las había hecho más fuertes.

—¡Joder! —exclamó Laura de repente con acento etílico—. ¿Sabes que rompí con un novio en medio de un examen?

—¿Cómo? —preguntó Judith abriendo los ojos—. ¿En medio de un examen?

—¡Jo, tía! Qué ojos más bonitos tienes —dijo Laura antes de apurar su vaso—. Pues sí. Te cuento. Lo conocí un día en clase, era un tío que no iba por clase, era tres años mayor que yo. Un día entró en clase y directamente me pidió los apuntes de Historia Medieval.

—¿Era guapo? —inquirió Judith mirando a Laura con atención.

—No estaba mal. Tenía unos ojos de color gris azul muy monos. Alto, fuerte; eso sí: se estaba quedando calvo. No de estudiar desde luego —añadió Laura riendo.

—¿Cómo se llamaba?

—Leonardo.

—Pues sigue contando.

—Nada. Era un chico de familia bien. Tenían dinero. Al principio muy bien. Pero poco a poco fue quedando claro que era bastante engreído y autoritario. Algo estúpido también.

—Ilústrame —dijo Judith.

—¡Joder! Pues se ponía a veces muy pesado pontificando cosas como que "el café se debe tomar sin azúcar, si tuviera que ser dulce la propia naturaleza lo habría preparado".

—Eso es una estupidez —sentenció Judith.

—Ya te digo —añadió Laura alargando la última sílaba—. Tuvimos una discusión intensa un día en el que le recriminé que se fuera los fines de semana con sus amigotes. Cogía el Land Rover Discovery que le había regalado su padre y se largaba. Barcelona, Santander, Toledo, Segovia, Granada… el tío nunca me llevaba.

—Qué mal novio te buscaste —dijo Judith observando a Laura con la cara apoyada entre las manos.

—Hasta que me harté.

—Y rompiste con él.

—En medio de un examen —puntualizó Laura.

Judith hizo un gesto con las manos para que siguiera contando.

—¡Ah, sí! Pues, él, para variar, no se había preparado el examen. Se sentó justo detrás de mí. Y en cuanto vio las preguntas empezó: "psssh", "oye, la dos", "oye, Lau, la dos", "la tres, dime algo de la tres". ¡Joder! El examen era difícil de la hostia. Como ya estaba quemada con él. ¿Sabes que hice?

—No —dijo Judith con mirada curiosa.

—Cogí el manual de Historia Medieval. Un tocho de casi mil páginas que no veas. Me volví, se lo solté ruidosamente en la mesa y le dije: "¡Te coges el manual y lo copias! ¡Joder! ¡Déjame en paz!".

—¿En serio? —preguntó Judith con los ojos como platos.

—¡Jo, que ojazos tienes Judith! —dijo Laura antes de seguir—. En serio. Ya te puedes imaginar. El profesor se acercó a donde estábamos. Se percató del asunto y a él lo expulsó del examen. Mientras recogía sus cosas, le dije al profesor si podía decirle algo a Leonardo.

—¿Y?

—Le solté: "Ni se te ocurra llamar ni venir a buscarme. Hemos roto ¿te enteras? Adiós". No veas. La clase entera muerta de risa. Leonardo salió deprisa sin mirar atrás. Y el profesor, la verdad es

que se portó bien. Todavía me acuerdo de lo que me dijo: “Parece que tiene usted carácter, iniciativa y las ideas muy claras. Enhorabuena”.

Judith comenzó a reír. Laura se contagió la risa e hizo lo propio. Hasta que, sin resuello, pararon. Judith llenó los vasos de nuevo acabando la primera botella.

—Por los “estúpidos Leonardos” —dijo alzando el vaso.

Bebieron y rieron tras hacerlo. Luego se quedaron en silencio, mirándose. Hasta que Laura propuso un brindis especial.

—Por Jukka —dijo en tono melancólico—, mi jodido buen samaritano.

—Por… Jukka —dijo Judith tras dudar un momento.

Luego miraron los vasos vacíos, la botella igualmente vacía, los platos, los restos de comida. Hasta que sus ojos se encontraron. Se miraron fijamente. No se atrevían a hablar. Finalmente Laura se decidió.

—¿Por qué Benidorm? Podías haber elegido cualquier otro sitio.

—Por el espíritu de esta tierra —contestó Judith con la mirada aún perdida en el fondo de su vaso—. No es solo Benidorm. Toda la zona. Es una zona abierta, acostumbrada al extranjero. Vas andando por la calle y escuchas otras lenguas: inglés, francés, noruego, etcétera.

—Ruso —apostilló Laura.

—Ruso —dijo Judith sonriendo—. Nadie se sorprende por el diferente. Puedes diluirte en esa masa sin llamar la atención, porque la masa en sí es diversa. Eso es lo que hace esta tierra grande.

—Bueno… pero también hay ciudades hostiles y xenófobas.

—Como en todos los países. Eso es…

—¿Incluso con los de otras partes del propio país? —interrumpió Laura—. No lo creo. Una cosa es la rivalidad de la capital con otras ciudades; pero que te miren y te traten con desprecio por ser de otra parte del mismo país me parece absurdo. No. Absurdo no. Es de ignorantes. Pura ignorancia provinciana. ¿Sabes por qué?

—No —contestó Judith prestando atención a Laura.

—Porque les da miedo lo nuevo, lo diferente, lo foráneo. Lo ven hostil. Una amenaza sobre sus estúpidos y rancios valores tradicionales que no es más que una manera de anquilosarse en la comodidad.

—¿Lo dices por experiencia propia? —preguntó Judith mientras iba a coger la otra botella del congelador y volvía para llenar los vasos de nuevo.

Laura se encogió de hombros. Cogió su vaso.

—Por los estúpidos ignorantes —dijo mirando al vacío.
Bebieron y al terminar rieron.
—¿Te pasa muy a menudo eso de dar ese tipo de discursos? —preguntó Judith.
—A veces —contestó y se echaron a reír.

Cuando terminaron de reír, Judith, animada por el efecto del vodka, se levantó y buscó música electrónica para comenzar a bailar. Se movía en perfecta armonía con la música por el reducido espacio del comedor. Hacía rápidos movimientos con los pies, arrastrándolos sobre el suelo en una cuidada sincronización entre el talón y las puntas; hacía como que corría sin moverse del sitio; efectuaba giros completos o a medias sobre su eje. Mientras tanto, Laura bailaba también junto a ella de manera más discreta. Hasta acabar extenuadas. Judith se sentó en el sofá jadeando por el esfuerzo, Laura hizo lo mismo y se recostó apoyando la cabeza en el regazo de Judith.

—Me gusta como bailas —dijo Laura.
—*Shuffle dance* —aclaró Judith respirando con dificultad—. Hay que entrenarse, no es fácil.
—Ya veo.
—Judith, ¿hay alguna canción que te guste? —preguntó Laura con curiosidad mientras se recogía el pelo en una coleta.
—Sí, claro —contestó sin mucho entusiasmo.
—¿Cuál?
—True faith —indicó Judith.
—¡Ah! New Order —aseveró Laura.
—No exactamente. Me gusta una versión de una cantante francesa. Se llama Ys Atlov.
—¿Puedes buscarla?
Judith se acercó al portátil y buscó la canción, luego volvió al sofá.
—Es muy bueno el cambio cuando dice: “when I was a small girl”. La original dice “boy”.
—Claro.
—Esta es la parte que más me gusta —dijo Judith, poniéndose de pie y bailando al ritmo de la canción y susurrando la estrofa:

I feel so extraordinary
Something's got a hold on me
I get this feeling I'm in motion
A sudden sense of liberty

Judith miró a Laura sin dejar de bailar. Luego cerró los ojos y siguió

bailando el resto de la canción. Cuando terminó llenó de nuevo los vasos.

—Hay días en los que deseo que no haya pasado nada —dijo Judith mientras se sentaba—. Me gustaría entrar en una habitación y encontrar a Inga. Abrir los ojos por la mañana y saber que todo ha sido un mal sueño. Sentir esa súbita sensación de libertad. Pero es solo una ilusión. La realidad es cruel.

—Judith… no sé qué decirte.

—Un brindis —exclamó de repente Judith—. Por la súbita sensación de libertad.

—Por la súbita sensación de libertad —repitió Laura.

Bebieron de un trago y se quedaron en silencio. Judith tenía la mirada perdida en dirección a la ventana.

—Quiero hacer otro brindis —dijo tímidamente Laura llenando ella los vasos.

—¿Otro? Tú dirás.

—Porque te quiero —exclamó Laura.

Judith, sorprendida, miró a Laura que sin pensarlo bebió de un trago. Le brillaba la mirada, con los ojos un poco enrojecidos, y ruborizada. Judith sostenía el vaso.

—Venga, bebe —dijo Laura acercándose al portátil y buscando una canción—. Te voy a cantar la canción que ahora más me gusta. Siempre he necesitado música en mi vida. No es que me guste solo un estilo. Me gusta la música. Me hace libre. Ahora bebe —dijo con la voz ligeramente pastosa—. Si no lo haces es como si me insultaras.

Judith, que seguía sorprendida, bebió. No dejó de mirar a Laura, aunque en su mente aún escuchaba la frase que le había dicho: “te quiero”.

Laura por error seleccionó una canción que no esperaba. Comenzó a sonar una estrofa pegadiza y repetitiva:

Ma-ia-hii
Ma-ia-huu
Ma-ia-hoo
Ma-ia-ha ha

—¡Huy! Me he equivocado —dijo mirando a Judith—. La quito enseguida.

—No, no, no —dijo ella rápidamente—. Déjala. Mira, es de esos videos que vienen con la letra. ¿La cantamos?

—¿En serio?

—¿Por qué no?

—Bueno —dijo Laura en tono interesante aunque con voz espesa—,

como dijo Nietzsche: “la vida sin música sería un error”.
— ты пьян.[18]
—Pues… estoy de acuerdo… aunque ni idea de lo que has dicho —dijo Laura riendo.
Judith se levantó y activó el video. Comenzaron a bailar la pegadiza melodía y cantando las dos al mismo tiempo el coro de la canción:

Vrei să pleci dar
nu mă, nu mă iei,
nu mă, nu mă iei,
nu mă, nu mă, nu mă iei.
Chipul tău şi
dragostea din tei
mi-amintesc de ochii tăi.[19]

Cuando acabaron la canción, acaloradas por el baile, reían sin parar. Se derrumbaron en el sofá sin dejar de reír.
—¡Joder! ¡Qué locura! —exclamó Laura.
—Acabamos de cantar en rumano —dijo Judith riendo.
—Ya te digo.
Estuvieron un rato en silencio aunque de vez en cuando se miraban y reían. Pasados unos minutos Judith se levantó y se dirigió a la mesa, no sin dificultad ya que por el efecto del vodka se ladeó un poco.
—Cuidado —advirtió Laura—. Tenemos una melopea de cuidado —puntualizó antes de volver a reír.
—Что-то стало холодать[20] —dijo Judith de repente a lo que añadió otra frase— Не пора ли нам поддать?[21]
—Vas a tener que explicarme eso… mi nivel de ruso es… nulo.
—Una frase típica. La excusa perfecta para empezar a beber.
Judith llenó los vasos. Laura se acercó, cogió el suyo y se puso de pie alzando el vaso.
—¡Por el eurodance rumano! —exclamó bebiendo a continuación.
—Son de Moldavia —dijo Judith.
—Pues, en ese caso… ¡Por Moldavia! —corrigió Laura llenando el vaso y bebiendo de nuevo—. Siéntate —dijo de repente—. Me gusta una canción y te la voy a dedicar —continuó diciéndole al mismo tiempo que se quitaba la sudadera y se ajustaba la camiseta negra y el short del mismo color.
Judith seguía pensando en las palabras que Laura le había dicho, cuando comenzó a sonar una canción de género metal. Laura empezó a mover la cabeza y a agitar la melena que había dejado libre de nuevo.
Sonó una fanfarria sinfónica seguida de una introducción de batería y un riff de guitarra. Comenzó a escucharse la voz de la solista,

aunque de inmediato, la voz de Laura se escuchó por encima entonando cada uno de los versos y estrofas en perfecto inglés. Movía su cuerpo y agitaba la melena aunque sin dejar de mirar a Judith quien pasó del estupor a la admiración. Cuando llegó al estribillo la mirada de Judith brillaba de forma especial. Al llegar al puente de la canción, compuesto por una nueva parte orquestal y riffs de guitarra, Laura se acercó a Judith, quien miraba extasiada como cantaba la estrofa con toda la potencia de su voz:

Come take my hand, take my heart
Keep me safe, keep me warm
They take my pride, take this life
But they won't take my soul.[22]

Al acabar la estrofa dejó de cantar. Judith alargó la mano y cogió a Laura. La hizo sentarse sobre ella.

—Лаура … Спасибо, что заставил меня смеяться. Лаура я люблю тебя[23] —murmuró.

—No sé qué… —comenzó a decir Laura, pero Judith le puso el índice en el labio. Luego la besó.

Judith estaba despierta, mirando el techo. Sentía una espesa sensación en la cabeza. Estaba ligeramente mareada. Sentía la boca seca y le molestaba la luz del sol que se reflejaba en una ventana enfrente de la casa y se colaba de manera irreverente rebotando en el techo. Hubiera sido fácil mover la cabeza, o cerrar los ojos, pero sentía como cada porción de su cuerpo pesara varias toneladas. Incluso le molestaba pensar.

Finalmente dejó caer su cabeza hacia la derecha. Su mirada se encontró con la de Laura que también estaba despierta y sus ojos verdes se asomaban entre la desordenada melena negra. Se miraron en silencio. Judith escuchaba la respiración calmada de Laura y se fijó en como humedeció los labios antes de hablar.

—Me voy contigo. Si es que sigue en pie tu ofrecimiento.

Judith no contestó. Se limitó a abrazarla.

10.

Judith condujo su escúter por la Avenida Marina de Calpe y pasó de largo el número 317, donde se encontraba la casa de Helena aparcando el escúter, de manera discreta, tras unos arbustos. Regresó andando. Apenas unos cien metros. Cogió el móvil y revisó un mensaje que le había llegado de parte de Laura: "Estoy con Jana en su cafetería. Vamos a estar hablando un buen rato".

Cuando Judith llegó a la entrada, por precaución, llamó al timbre. No hubo respuesta. Miró a su alrededor para comprobar que nadie la podía ver. Escaló el muro y saltó al interior del jardín.

Judith recorrió el perímetro de la casa. Observó con detenimiento el aspecto sobrio de las fachadas, el carácter monolítico, casi de fortaleza, del edificio. Un aspecto demasiado austero y viril que no encajaba en el entorno.

Caminó por el jardín y llegó hasta la piscina. El agua estaba sucia ya que desde que Helena muriera no se había realizado ningún mantenimiento en la casa y sus instalaciones. Al lado de la piscina había un pequeño cobertizo de madera en el que sospechó debería encontrarse el material para limpiar la piscina y el jardín. La puerta estaba abierta. Entró y miró a su alrededor: una manguera de apenas dos centímetros de grosor, palas de diverso tamaño, rastrillos, una cortadora de césped, varios tipos de cinta adhesiva en una caja que se encontraba en una estantería, un panel anclado en la pared del fondo con diversas herramientas entre las que había llaves inglesas, martillos, una maza de goma, una sierra para metal. Dos pares de guantes, uno de ellos talla S que, tras probárselo, comprobó que le venían bien. Antes de salir, vio varios tubos de acero de diversa longitud arrinconados en una esquina. Cogió uno de alrededor de un metro de largo y unos seis centímetros de grosor.

Judith salió y observó el mar desde el jardín. Miró hacia el horizonte y una leve ráfaga de aire le revolvió la melena. Luego se giró y se dirigió a la casa

Recorrió el exterior de la casa observando con detalle puertas y

ventanas. Al llegar a la fachada orientada a Levante observó que una de las ventanas inferiores estaba mal cerrada. Comprobó que era así y sin mucho esfuerzo la abrió. Tras abrir la ventana aguantó la respiración deseando que no saltara ninguna alarma, aunque de inmediato pensó que, si era de las silenciosas, de las conectadas a una central de una empresa de seguridad, daba igual.

—Alea jacta est —murmuró al tiempo que se introducía por la ventana.

Una vez dentro comprobó que estaba en el salón. Había memorizado el plano que le había enviado Jukka y sabía que, en la primera planta, saliendo del salón a la izquierda se encontraba el despacho de Heino Härma, con un montón de documentación relativa a sus actividades ilícitas y la continuación del negocio por parte de su nieta Helena.

Pero Judith tenía interés en subir a la segunda planta y buscar información en el despacho de Helena. Intuía que en su ordenador encontraría respuestas a muchas de las preguntas que se había estado haciendo durante años.

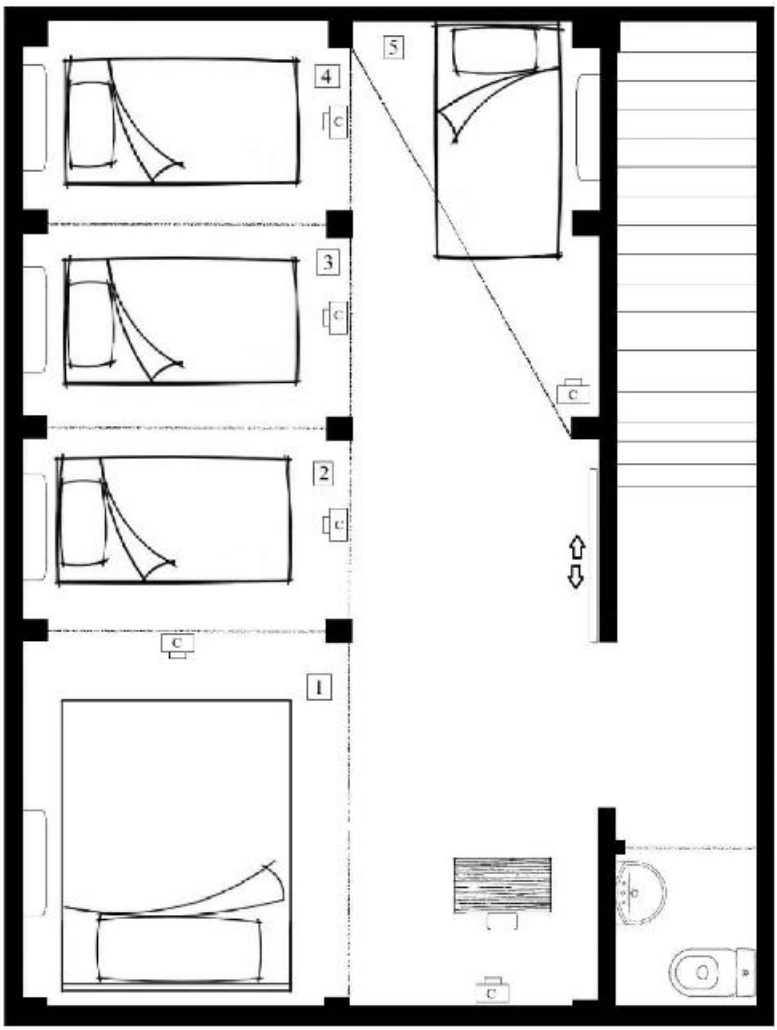
No obstante, antes de subir recorrió la casa ayudándose de la luz de una pequeña pero potente linterna led que llevaba en el llavero junto a las llaves de la moto y su piso. Cuando acabó, subió cautelosamente la escalera. Para su sorpresa, ni los escalones ni el suelo, todo ello de madera, emitió ruido alguno. Ni un solo crujido.

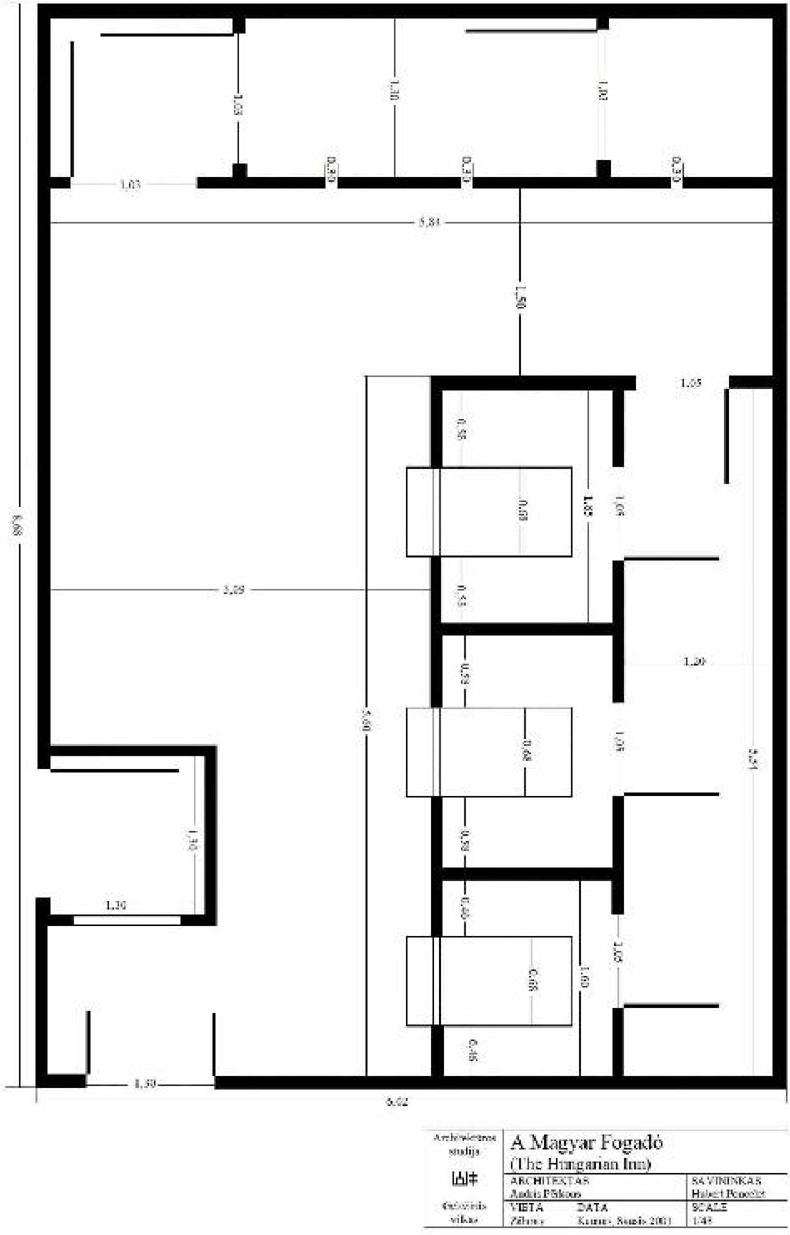
Con la misma cautela que había tenido en la planta inferior, recorrió la superior para comprobar que no había nadie. En efecto, la casa estaba vacía. No había signos de que alguien hubiera entrado desde que Helena muriera. Había suministro eléctrico y agua, pero Judith prescindió de usar la luz. No quería alertar a ningún vecino de que estaba dentro de la casa.

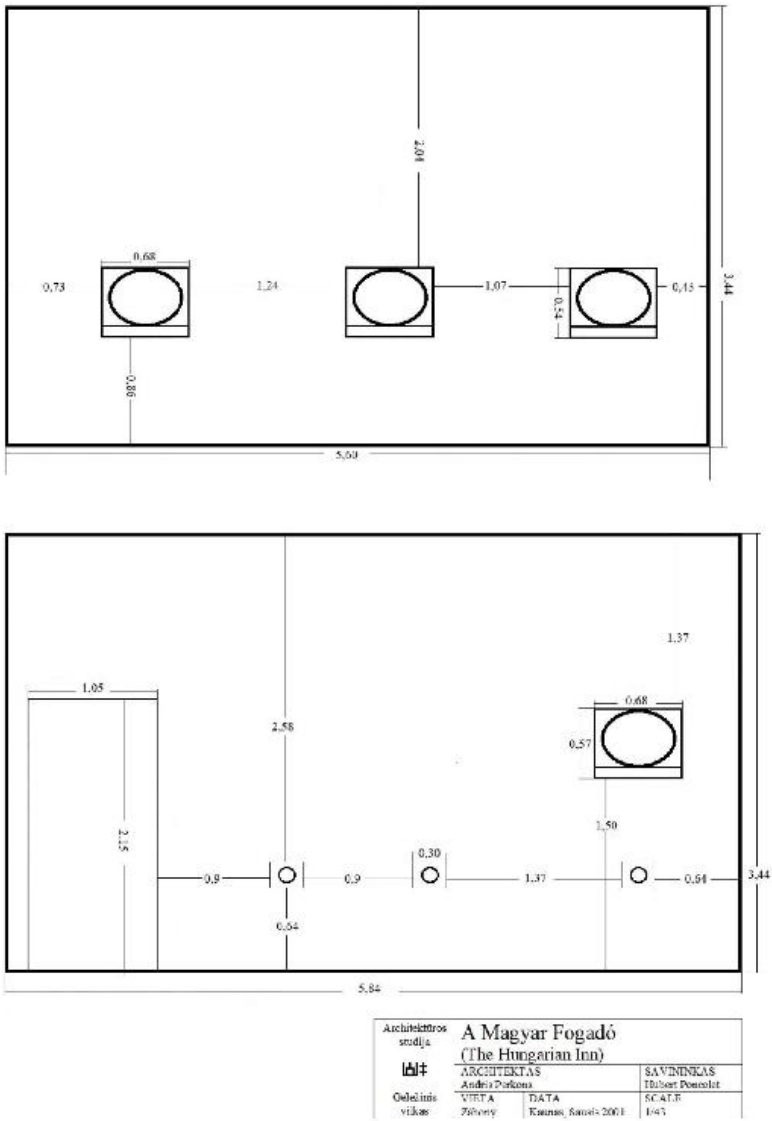
Judith entró en el despacho de Helena. Se sentó en el cómodo sillón de oficina. Miró los objetos que estaban sobre la mesa: el portátil, el material de dibujo y una agenda. La abrió y pasó las hojas revisando la información: cuestiones técnicas, reuniones con clientes y varias anotaciones en estonio que no entendió. Buscó la letra P en el directorio telefónico de la agenda. Pensó que no iba a encontrar nada, pero se equivocó. Figuraban diversos nombres y teléfonos. Con calma buscó a Poncelet. Encontró el número y, tal y como había quedado con Laura, le envió un mensaje con el número.

A continuación, levantó la pantalla del portátil. Lo encendió, aunque supuso que tendría contraseña y no podría acceder al

contenido. En efecto, tras la pantalla de bienvenida se abrió otra con un cuadro que le solicitaba la contraseña. Probó al azar unas cuantas combinaciones relacionadas con el nombre de Helena. Sin éxito. Se le ocurrió entonces teclear el nombre del abuelo: Heino. De inmediato tuvo acceso al contenido del ordenador. El escritorio apenas mostraba unos cinco iconos que se correspondían con unas carpetas de documentos: Proyectos, Música, Contratos, Correo y una que le llamó la atención: HP–Planos. Un pensamiento cruzó su mente: “HP, Hubert Poncelet”. Abrió dicha carpeta y vio que se trataba de tres planos de construcciones.




1,03
5,84
1,50
1,05
5,29
1,20
1,30
6,02
A Magyar Fogadó
(The Hungarian Inn)
studija
ARCHITEKTAS
SAVININKAS
VIETA
DATA
SCALE



Tras revisarlos, no supo muy bien de qué se trataba. Pensó que podría tratarse de una especie de albergue y un almacén. Cerró las imágenes y clicó en el icono de Correo. Se abrió un servidor de correo y mensajería instantánea que intuyó que se trataba de la empresa que tenía Helena. En efecto apareció un logotipo consistente en tres esquemáticos abetos de color negro dentro de un círculo negro bordeado de dorado y cruzado por la palabra

Metsavennad.
Accedió sin problema a la bandeja de entrada del correo, ya que todo el sistema dependía de la contraseña inicial. Vio una lista larguísima de mensajes con asuntos en estonio, inglés y castellano. Los estuvo revisando y casi todo trataba de proyectos y encargos para su estudio de arquitectura. De otros ignoraba su significado. Decidió emplea el buscador y tecleó Hubert + Poncelet + Inga. Se acortó la lista de correos.
Vio también que había un servidor de chat y lo abrió. Revisó la lista de contactos hasta localizar a Hubert. Clicó sobre el nombre y accedió al histórico de conversaciones. Respiró profundamente y decidió empezar a leer los correos.

El único correo que contenía las palabras que había escrito en el buscador era de julio del año 2004 y en el asunto figuraba “Me explicas lo de la subnormal”. Lo abrió para leer con detalle la conversación:

Metsavennad

Hubert,
No niego que eres un valor inestimable en la organización. El 80% de las chicas las proporcionas tú con tu peculiar método de reclutamiento. Pero me informa Cascales, el gerente del Club Stressless de Murcia, que les ha llegado una chica de tu parte y que es subnormal.
Espero explicaciones porque siempre has enviado tías muy buenas que se ajustan a nuestro estándar: origen eslavo y con nivel de estudios aceptable. No queremos que sigan creando una casta intelectual.
Por cierto, el gerente del Stressless está encantado con la idea que pusiste en práctica de tarifa plana. Nunca se me habría ocurrido. 100€ al mes con derecho a poder ir todos los días es algo magistral. ¿Quién puede ir todos los días? Nadie. Alucinante los 350 socios en la primera semana: 35.000€ brutos. Ya el remate lo de la huella digital para asegurar que es el socio y no un amigo. Eres un genio. Por eso me extraña lo de la subnormal.
Espero tus noticias.
Un abrazo.

Metsavennad

Helena,
Tranquila. Es uno de mis proyectos personales más ambiciosos. No ten
tiempo ahora, estoy a punto de salir para Praga, tengo una conferencia p
adelanto que tengo algún contacto de una visita anterior con un par de
encajarán perfectamente en nuestro negocio.
Te escribo en una semana.
Un abrazo.

Metsavennad

Helena,
De regreso de Praga. Antes que nada: una nueva chica para la organización. La otra no ha podido ser, pero esta que traigo va a ser todo un éxito. Ya está en la casa de Denia para aclimatarse.
Por el asunto que teníamos pendiente ahora te cuento con calma. Mira, la chica se llama Inga Rezinkova. No es subnormal de nacimiento. Tuvo un accidente de coche cuando tenía unos quince años más o menos. Su padre falleció y ella quedó un poco tocada. Tiene cojera y arrastra la pierna derecha un poco, pero vamos, para lo que nos interesa no importa. De cara está muy bien: ojos azules y rasgos juveniles. Es morena, pero ahora está teñida de rubia y le queda muy bien. Como consecuencia del accidente le quedó un poco tocado el cerebro, por lo que a veces le cuesta hablar y hay momentos que se queda como bloqueada, pero es lista. Ya te puedes imaginar que fue una de mis presas en la universidad.
Si te digo que es un proyecto personal es porque ha sido todo un reto de paciencia y trabajo hasta convertirla en lo que es. Cuando la conocí era la típica estudiante normalita. Lo de su discapacidad lo asumí como un reto. En cuanto la conocí y comencé a seducirla, recibí una inesperada ayuda de su madre. Digamos que me lo puso en bandeja. La madre la animaba a que fuera siempre muy arreglada, maquillada, en plan diva de la moda. En fin, madres así deberíamos incorporarlas a nuestra nómina.
Me ha tomado algo de tiempo, intercambio de correos, chat y demás historias que ya sabes. En mi última visita, después de mi típica conferencia me acerqué a hablar con ella y la convencí para salir a cenar. Ella se lo dijo a su madre por teléfono y no te lo

puedes creer: la madre más que ilusionada porque un profesor se había fijado en su hija. Para mi sorpresa, la niña días después me mandó un par de correos y una foto suya. Muy arreglada en plan sexy y maquillada. Ahí se me encendió la bombilla y comencé a trabajar con ella desde la distancia.
La convencí poco a poco para que fuera cambiando su vestuario, que, si bien era elegante pero muy correcto y sobrio, quería que diera un paso más y comenzara a aparecer como una auténtica zorra. Lo mismo con su aspecto: tinte de pelo, cambio de maquillaje y tal. Comenzó a mandarme fotos cada vez más interesantes. Interesantes por la escasez de ropa en cada envío.
Un día me escribió diciendo que quería venirse a vivir conmigo. Ahí ya me saltaron las alarmas. La niña se había enamorado en serio. Accedí. ¿Sabes el motivo? En uno de sus correos me contó la historia de su familia. Su abuelo había sido piloto durante la guerra, un Héroe de la Unión Soviética. Alguien más de la familia estuvo con los partisanos.
En mi siguiente visita ya sabes lo que suelo hacer: cena y luego hotel. La niña además resultó que era virgen. Tenía mis dudas, porque la verdad, estuvo bien follarla y tal, pero era una retardada.
Ahora tengo que cortar. Te escribiré más dentro de un par de días. Te adjunto una foto de las que me mandó la niña para que veas. Cuando la veas me dices sí importa mucho o no que sea subnormal.
Un abrazo Helena.

Judith estaba indignada. La manera en la que Poncelet se refería a su hermana y como estaba contando el proceso para destruirla le estaba despertando un sentimiento de ira muy fuerte. Abrió el archivo adjunto para ver la foto a la que Poncelet se había referido. Era Inga. Recordaba esa foto porque tenía una copia que le envió su hermana. Siguió leyendo la cadena de mensajes. En este caso la contestación de Helena.

Metsavennad

Hubert,
¡Joder! ¡Qué guapa es la chica! Ya sabes que tengo debilidad por ese tipo
A ver si en algún momento podemos arreglar un encuentro para que pue

como ya sabes.
Desde luego no parece subnormal en esa foto. La vista desde luego se va
que tiene y si como dices se nota poco cuando habla creo que no h
problema. Totalmente de acuerdo en que si tiene esos antepasados no
manera que convertirla en una de las chicas de nuestro negocio. ¡Q
¡Familia de partisanos! No me suena que la División de mi abuelo es
Bielorrusia, no es que importe mucho, pero al menos no mató a camara
¿Qué hay del tuyo? ¿Estuvo la Wallonie por esa zona?
Me has intrigado con eso de que es un proyecto personal y que h
trabajando con ella. Cuéntame más.
Aprovecho y te adelanto en este correo que en breve nos reunimos los
Denia. Recibirás la convocatoria por medio del correo oficial, pero ya lo
preparo algo especial?
Un abrazo.

Metsavennad

Helena,
No, por Bielorrusia estuvo Dirlewanger. No comparto esos métodos. Los n
las Waffen SS tenían honor, no como la chusma que lideraba este individu
Apuntado lo de Denia. Supongo que donde siempre ¿no? Si puedes co
alguna de esta zona mejor que mejor. Para variar un poco ¿no te parece?
¿Te sigo contando lo de Inga por chat? Es un poco largo.
Por cierto, estoy trabajando un proyecto en el que a las chicas les d
Tabletten. No veas como rinden.
Bueno por ahora es todo. Ya seguiré contándote.
Un abrazo.

Metsavennad

Hubert,
¿Estás loco? ¿Cómo se te ocurre usar drogas? Ya sabes que eso está
nuestros métodos.
Un saludo

Metsavennad

Helena,
No te enfades. Bien sabes que tanto la Wehrmacht, esa pandilla de flojos

Waffen SS emplearon metanfetamina. Aún guardo algunos tubos de Perv
que usaba mi abuelo. No seamos tan refinados. En definitiva, continuamo
de ellos por otros medios, así que emplear alguna de las viejas tác
conseguir logros no debe de resultar un problema.

Un abrazo

Metsavennad

Hubert,
No coincido con esos métodos. Ya sabes lo que pienso del uso de cualqu
droga.
Un abrazo.

Metsavennad

Helena,
No entiendo porque no te gusta el tema del Pervitin. Fue efectivo. A
combatir y a soportar el estrés. Ya sabes que se empleó al principio en
Francia. A pesar de la legislación vigente sobre drogas, con la metanfetam
una excepción por su capacidad de ayuda en combate. No sólo eso, me
algunos Einsatzgruppen la empleaban para soportar el cansancio que
limpiar de judíos y otros indeseables las ciudades que iban conquistando.
No pretendo darte una lección de Historia. Así que, en confianza estima
tengo a un colega químico elaborando pastillas con el mismo aspec
Pervitin. Incluso estoy en contacto con una imprenta, de total confianza
preparando envases de cartón y etiquetas idénticas a las que existían
guerra. Voy a introducirlas en alguno de los locales que tengo en Hungría
A ver qué resultado da.
Piénsalo. Si te interesa te envío una remesa para tus locales.
Un abrazo.

Metsavennad
Hubert,
Lo que olvidas son los efectos secundarios. Te recuerdo que se produjero
suicidio entre los hombres de las SS. También numerosos soldados re

colapsaron al cesar el efecto de la dosis en el momento menos oportuno en una batalla. También están documentados los casos de psicosis, algunos c tan nefastos como la rendición de una compañía entera que malgastó su mientras estaban colocados. Cuando llegaron los rusos no tenían nada qu Si no recuerdo mal fue en el sector de Leningrado.
No me interesa el negocio que me propones. ¿Lo has pensado bien? Su tendrás todo controlado para que no te cacen. Si como dices es en Ucrania supongo que tendrás en nómina a algunas autoridades de la zona.
Un abrazo Hubert.

Metsavennad

Helena,
No es por insistir, pero la mismísima 10 Panzer Division empleó el Pervit la campaña de Francia. Von Kleist sabía y toleraba su uso. Ni que decir ti Luftwaffe recurría a estas píldoras cada vez con más asiduidad desde el Blitz contra Gran Bretaña.
Vas a poder ver el efecto en las chicas que salen en el video que preparando. Después de verlo me dices.
Un abrazo

Metsavennad

Hubert,

¡Hombre! La Luftwaffe… ¿Qué se podía esperar del morfinómano de Göri fue a los pilotos. Con un jefe drogadicto…
A ver si terminas pronto el video, tanto hablarme de él tengo unas ganas de verlo.

Un abrazo

Metsavennad

Helena
Vale, con lo de Göring me has cazado XD XD

Oye, ¿seguimos por chat? Para eso lo tenemos ¿no?
Un abrazo

Se trataba del último correo. No había ninguno más relativo a Inga, por lo que Judith decidió pasar al chat.

_□ x

Helena
offline

Hubert: Un día le intercepté a Inga unos correos muy comprometedores para mí. Se los iba a enviar a su hermana.

Helena: ¿En serio? Tuviste un fallo de seguridad.

Hubert: No, no te creas. La dejé que mandara correos a su hermana durante la fase previa. No veía problema en ello.

Helena: ¿Qué es lo que le estaba contando?

Hubert: Todo. Con detalle. Te mando el archivo: inga.doc

Helena: Lo leeré.
Hubert: Uno de mis chicos en Bruselas hackeó la cuenta para que no llegaran a destinatario y en su lugar lo hiciera a mi correo sin dejar pistas. La verdad es que de esas cosas informáticas no entiendo mucho.

Viimane sõnum saadeti 14. juuli 2005 kell 10:45

En ese momento, Judith clicó sobre el enlace y accedió al archivo: una serie de correos electrónicos dirigidos a ella. Comenzó a leer.

INGA 20/09/2003 01:40

Para: judithrzova@gmail.com

Judith, he hecho algo que no está bien. Me arrepiento mucho, pero ahora hacer nada. Por favor, cuando termines de leer este correo haz lo que p venir a buscarme. Te lo cuento de forma detallada para que lo comprendas

Todo empezó el 1 de septiembre de 2003. Esa mañana Hubert me dijo conseguido que un fotógrafo que él conocía desde hacía mucho tiempo

hueco en su agenda para que yo fuera a hacer una sesión de fotos para p
un *photobook* y enseñarlo a una agencia en la que él también tenía contact
¡No me lo podía creer! Me hizo muy feliz esa noticia.

Por la mañana me vestí con uno de los mejores vestidos que él
regalado, me maquillé y lo esperé. Cuando llegó me dijo estaba preciosa.

Yo estaba muy contenta.

"Vas a hacerlo muy bien, ya verás. Es una lástima que no puedo acor
me dijo. Cuando le pregunté sorprendida por qué no podía me dijo qu
surgido una reunión de última hora: "Un asunto del acuerdo bilatera
Universidad de Bélgica y la de aquí, cuestiones burocráticas pero nece
aburrimiento total".

Me dijo que no me preocupara, que llamaría a un taxi. Añadió: "Para
llamas tú misma o que lo haga el fotógrafo. Te dejo dinero por si necesita
cierto, aquí tienes la dirección y el nombre del fotógrafo".

El fotógrafo se llamaba Aristides Petrescu y tenía el estudio en la C
Velázquez número 25.

"Es muy bueno" me aseguró Hubert antes de despedirse. Él sonrió y m
beso, luego salió.

A media mañana llegué al estudio de Petrescu.

Estaba ubicado en un edificio que parecía sobrevivir el paso del tiemp
muy antiguo, quizás de 1910 más o menos. Ya sabes que me siempre me
los edificios y saber cuándo fueron construidos e imaginar cómo era la
vivía en ellos. ¿Te acuerdas como pasábamos horas inventando las vi
personas que veíamos entrar y salir de las casas?

El sitio donde fui me desconcertó. Era muy extraño. Una casa de un pis
de edificios más grandes, altos y modernos. El edificio donde fui estaba
blanco. Menos la puerta de entrada que era de color marrón. Tenía u
negra que parecía haber sido aprovechada de una puerta interior. Solo
cerradura y en la parte superior de la puerta había una ventanita corredera
esta puerta había una persiana metálica que estaba bajada y, por la ca
suciedad que había en su parte inferior, todo hacía suponer que durante
había abierto.

En la parte superior se podía ver una ventana de madera, pintada de b
su izquierda, un balcón con barandilla de hierro negro. No había ma
plantas ni dada por el estilo, lo cual me pareció una pena ya que hubier
balcón más bonito. Entre la ventana y el balcón se encontraba la bajante
pluviales. Salía directamente de la pared, por lo que imaginé que debía re
algún tipo de terraza. Bajaba por la pared y, pasado el balcón, hacía u
ángulo y continuaba en línea recta en el margen del edificio. A mitad de l
un montón de cables la cruzaban. En los edificios de los lados estaban m
unos grandes conductos de plástico que no sé cómo se llaman, pero en es
no.

Al lado del balcón había una farola de hierro forjado, anclada a la
como las antiguas, con un bonito globo de cristal con forma de cebol
instante me recordó las cúpulas de las iglesias que podíamos ver desde nu
y sentí un poco de nostalgia.

Llamé al timbre y enseguida se abrió la puerta. Había una esca
hermanita! Tú sabes cómo me cuesta subir escaleras. Pero lo hice. C
esfuerzo porque los escalones eran de mármol muy resbaladizo y, s
porque me había puesto zapatos de tacón. Me fui agarrando a la barandilla
para no perder el equilibrio y poder también subir la pierna mala. ¡C
Judith! Me daba miedo caer por el hueco porque la barandilla, en algún
estaba bien anclada.

Llegué a la puerta del piso y llamé a otro timbre. Abrió la puerta u
Debería tener cuarenta años más o menos. Era robusto, alto y con el rostr
como hinchado. Tenía ojos azules muy pequeños.

“Buenos días, tú debes de ser Inga. Pasa te estaba esperando” dijo co
acento rumano.

Asentí y entré mientras recuperaba el aliento ya que subir la escalera
cansado mucho. Me pidió que lo siguiera y lo acompañé hasta el salón de
dijo que esperara allí mientras terminaba de preparar el equipo.

El salón era grande. Se accedía a través de una doble puerta correder
de los graneros. Me acordé en ese momento del tío Iván y de su casa en el
salón tenía muy pocos muebles. Me senté en un sofá con estampado flo
muy destartalado. Me hundí un poco en el asiento. Frente a mí había u
librería, completamente vacío; de color roble, desgastado, sin brillo
izquierdo del mueble, sobre el suelo, se encontraba un televisor sobre el
una escultura de metal que representaba una especie de dragón. Delant
había una mesa de servicio de color claro con manchas de café. Justo en
por toda decoración, había una maceta blanca con una planta de plástico.

Del techo colgaba una vieja lámpara de araña de hierro y pedrería. Se
a una lámpara de candelabro, ya sabes, con esos largos soportes para las
en forma de vela. Sólo había una bombilla.

La otra parte del enorme salón también estaba prácticamente vac
únicamente había una mesa de comedor, antigua, con el mismo tipo de
arbolito de plástico y un mueble antiguo de comedor con vitrina.

Como tardaba, me levanté y aproveché para echar un vistazo a la coci
la puerta estaba en medio de la pared del salón.

La cocina era muy vieja. El suelo tenía unas baldosas blancas con unos
cuadros azul marino, dándole un poco de dinamismo al patrón del
paredes estaban alicatadas con baldosas blancas, cuadradas, muy an
ventana era de madera pintada en blanco y con dos hojas correderas en v
llamó la atención los muebles: eran grises. Una tonalidad de gris que me
gris de los barcos, los militares. Los tiradores eran de aluminio; se ve

algunos estaban desgastados. Sobre la encimera, que era de mármol blanc
sucia y desgastada en algunos sitios, había un microondas amarillen
acumulación de grasa. Los fuegos de la cocina de gas estaban descon
encimera hacía esquina con el fregadero, y en ese punto había otras dos
de plástico con las mismas plantas de plástico. Era peculiar que el fregad
parte del escurridor, no reposaba sobre ningún mueble, en su lugar
lavaplatos. Frente a la encimera había un frigorífico y un horno empotr
armario del mismo color gris.

Donde terminaba la encimera se accedía a una galería que tenía el mi
La pared también estaba alicatada con los mismos azulejos blancos, aunqu
altura toda la pared la recorría una cenefa de motivos geométricos de
marino. Todo el frontal de la pared lo recorría un largo mueble con en
piedra gris claro.

Salí a un balcón que recorría por fuera la galería y que daba a un pat
que estaba formado en realidad por las paredes traseras de los edificios c
El panorama era desolador: basura, ropa vieja, botellas rotas, vegetación s
dio un escalofrío cuando pensé que aquello podría estar lleno de bichos.

Fue en ese momento cuando llegó Petrescu.

“Estás aquí. Pensé que te habías ido. Lo siento, estaba terminando de p
equipo” dijo en tono afable.

Le dije sonriendo que solo estaba viendo la cocina.

“No es nada del otro mundo. No necesito gran cosa” dijo él, añ
continuación: “Cuando quieras empezamos”.

Me preguntó si tenía experiencia previa delante de una cámara.

Le contesté que no. Que era la primera vez.

“Siempre hay una primera vez para todo. No te preocupes” dijo sonrien

Lo seguí por un pequeño pasillo y pasamos por delante de una h
pintada de blanco como todo el piso, en la que vi unas cortinas co
rematadas en lo alto con una galería de madera. A través de las cortinas
una ventana. En el centro de la habitación había un colchón en el suelo,
ropa de cama estaba bien cuidada. Frente a la cama vi un armario empo
las puertas pintadas en color hueso, filigranas de marquetería, aunque de
el marco del armario ya que era de color oscuro. También vi una la
pedrería muy envejecida, los cristales estaban amarillento y el meta
deslucido y oxidado.

“Aquí es” dijo Petrescu entrando a la otra habitación que estaba justo
la anterior.

La habitación era del mismo tamaño que la que había visto, tamb
pintada de blanco. Frente a la puerta se encontraba el balcón que daba a
Semejante a la otra habitación, había cortinas, en este caso floreadas, y u
tapizada a juego. A un lateral de la puerta del balcón, que estaba cerrada,
tela, de aspecto grueso y color blanco que iba desde el techo al suelo evita

esquina en el suelo. La tela llegaba hasta la mitad de la habitación. A los
tela, había focos, sombrillas y varias pantallas reflectantes.

A un lado de la tela, frente a un espejo que estaba colgado en la pared,
mesa de oficina, aunque sin nada encima. Frente a ésta, se encontraban
trípodes y cámaras.

"Bueno Inga, ponte delante del fondo blanco. Sé natural y muév
quieras. Yo iré haciendo las fotos" me dijo Petrescu.

"No sé muy bien qué hacer…" dije con un poco de vergüenza.

Me explicó unas cuantas cosas: "Sé natural. Cómo tú eres. Por ejemplo,
que caminas, te detienes porque algo te llama la atención, escenifica u
sorpresa. Pon mirada de interés, con la vista fija en algún punto lejano, s
la cámara. Funciona muy bien dejas los labios entreabiertos, apoyando un
la cadera. Seguro que has visto revistas de moda ¿verdad?"

Asentí animada.

"Pues trata de imitar. No te preocupes si al principio no te sale bien, poc
me dijo.

Comencé a hacer como me había dicho. Al principio me costó un poco,
fui haciéndolo mejor y él me fue dando indicaciones mientras hacía las
focos y el destello del flash me fueron animando, aunque comencé a ca
sentir calor. Pasados unos cuarenta minutos, Petrescu dijo que podíamos
y hacer una pausa. Me dio un botellín de agua y estuvimos charlando. Me
había venido de Rumanía en los años 90 y que comenzó a trabajar de fo
esa época. También en esos años conoció a Hubert en un acto oficial y
colaborar con él. Yo le conté la ilusión que me hacía poder ser modelo
que había tenido al conocer a Hubert.

"Es un gran tipo. Te aseguro que con él vas a llegar lejos" dijo sonriendo.

Fue entonces cuando continuamos y me desconcertó al principio con
pidió: "Bien Inga, ahora quítate el vestido".

Le dije enfadada "¿Cómo? No. Por supuesto que no".

"Mira Inga, ¿quieres ser modelo?" me preguntó.

Le dije que sí tímidamente, pero me interrumpió con la siguiente e
"Piensa. Si te eligen para un catálogo de lencería o bañadores, ¿vas a dec
Si tienes vergüenza eso es algo que deberás superar si te dedicas a esto. Y
confianza, conmigo puedes sentirte tranquila. No me van las mujeres, p
largué de Rumanía. Estaba harto de que me llamaran maricón a todas hora
Esas palabras me tranquilizaron, no sé por qué.

A pesar de sentirme un poco avergonzada, me quité el vestido y comencé
lencería. La actitud de Petrescu me dio confianza y posé cada vez con m
Hasta me atreví a adoptar poses sugerentes.

"Lo haces muy bien Inga" decía Petrescu de vez en cuando sin dejar de ha
No sé cuánto tiempo duró esta sesión, pero cuando paré, Petrescu se ac
enseñó las fotos en la misma cámara. Me dijo en tono experto que la

necesitarían retoque. Que era perfecta. Como mucho retocar alguna somb
reflejo.
Yo estaba entusiasmada. Me dijo que para el viernes estarían listas.
Cogí el vestido y justo cuando iba a ponérmelo, Petrescu me dijo algo: "In
un cuerpo espectacular. Lo digo con conocimiento de causa. He foto
muchas modelos. Quería proponerte otra sesión. Ahora".
Como no entendía fue directo. Me dijo una sola palabra: "Erótica".
Le pregunté: "¿Desnuda?". Él asintió.
"No. Eso no. No quiero que nadie me vea desnuda" le dije. Me dijo: "
verte, te lo aseguro. Mira Inga, hay muchas chicas, y mujeres maduras, qu
que haga ese tipo de fotografías para regalárselas a sus parejas o maridos".

Insistí en mi negativa, pero dijo algo que me hizo flaquear: "Puedes a
que estás aquí y tener ese detalle con Hubert. ¿Qué te parece? Él te ha c
esta sesión y, todo sea dicho, vale bastante dinero".

Dudé. Y como se dio cuenta continuó diciendo: "Te quiere mucho si
por esta sesión. Además, estoy seguro de que te guarda alguna sorpresa
tenerte buscado algún contacto para que puedas empezar muy pronto tu
modelo".

Incrédula le pregunté si estaba seguro y él asintió.
Lo pensé y me decidí. Me quité la ropa interior y me quedé desnuda.
Petrescu me dio una serie de indicaciones: "Ven, usa la mesa, túmbate
quieres. Mírate al espejo, tócate el cuerpo; ya sabes: los pechos, tus parte
Tranquila. Actúa con normalidad. ¿Te has masturbado alguna vez?".
Asentí ruborizada mientras él continuaba diciéndome: "Tómate tu ti
mientras voy a ir haciendo fotos".
¡Ay, hermanita! ¡Ay, Judith! Lo hice. No sé porque, pero lo hice. Me sen
de la mesa y comencé a exhibirme. Mientras lo hacía, Petrescu estaba f
con la cámara, haciendo fotos.
Mostré todo mi cuerpo. Hice todo lo que me dijo. Incluso llegué a jug
reflejo en el espejo. ¿Cuánto tiempo pasé ofreciendo mi cuerpo? Cuarent
Luego todo terminó. Me dijo en tono calmado: "No te sientas mal. Ya vera
vida cambia a partir de hoy".

Me preguntó si quería ir al baño. Le dije que sí, necesitaba
refrescarme un poco. Estaba demasiado confusa por lo que había pasado.

Me indicó una puerta blanca que había en el pequeño pasillo. Entré en
cerré la puerta con el pestillo. Estuve observando el aseo. Blanco. Baldosa
azulejos blancos con una cenefa de motivos geométricos a media altura
azul, sanitarios blancos, una bañera protegida por una cortina blanca, un
de madera blanca. Todo parecía muy antiguo. De nuevo observé una
plástico blanco con una planta de plástico verde. Igual que en toda la casa

Estuve un rato de pie, desnuda, mirándome al espejo. Luego, tras l
cara, comencé a vestirme lentamente. Quería llorar, pero aguanté las gan

pensar que a Hubert le iba a gustar el detalle de las fotos eróticas.

Salí del baño y Petrescu me acompañó hasta la salida. Cerró la puerta s diera tiempo a pedirle que me ayudara a bajar las escaleras.

¡Judith! Fue horroroso. No podía moverme bien para bajar las esc mitad de recorrido me caí. Rodé por las escaleras y sentí cada uno de lo golpeando mi cuerpo. Creo que hice mucho ruido y grité, pero Petre enteró. No salió a ver qué había pasado. Me quedé un rato en el suelo moverme por el dolor. La pierna… Me dolía muchísimo. Con mucho conseguí ponerme de pie y salir a la calle. Me dolía cada paso y la gente cuando gemía por el dolor punzante que sentía en la pierna y la espa mucho tiempo en llegar a la parada de taxi más cercana.

No le dije nada a Hubert de la caída. Ni me quejé cuando esa noche m caderas. Me aguanté. Tampoco le dije nada de las fotos desnuda. Tan so que el fotógrafo había sido muy profesional y que me había dicho que ten posibilidades de ser una buena modelo. Él sonrió cuando le dije esto.

INGA 22/09/2003 00:45

Para: judithrzova@gmail.com

Judith, hermanita, ha pasado algo terrible. He tomado una decisión que sé correcta. ¿Qué podía haber hecho? Perdóname. No he recibido resp todavía, supongo que estarás ocupada. Cuando puedas, por favor, escríl palabras.

Esta tarde estaba con Hubert en casa cuando de repente él me ha llamad viera algo en el ordenador. Cuando he visto lo que era, lo que estaba querido morirme. ¡Era yo! Era un video en el que yo me desnudaba masturbándome. Estaba hecho en el estudio de Petrescu. No me di cuen estuve allí, pero él lo estuvo grabando todo con las cámaras que te trípodes y había hecho un video en el que parecía que yo me iba quitan poco a poco. ¡Ay, Judith! Lo peor es que ese video estaba en una p pornográfica. ¡Ay, Judith!

Le dije a Hubert que yo no sabía nada. Recuerdo que le dije "No iras a yo… ¡Qué vergüenza!". Le pregunté si pensaba hacer algo con Petrescu.

"No te preocupes por esto" me dijo. Yo no entendí al principio porq pero luego me di cuenta de que en realidad no parecía importarle. "Pe está en internet. La gente puede verlo. ¿Has visto lo que estuve haciendo la cámara? Yo no lo sabía" le expliqué angustiada y llorando al mismo tie

El me abrazó y comenzó a besarme para tranquilizarme. Cuando e calmada empezó a explicarme algo que me dejó muy confundida. "Mira, preocupes, a mí no me importa si ven tu video" dijo. Me quedé de piedra.

Continuó diciendo: "¿Te has fijado en la cantidad de visionados que ti
subido en la web un par de horas y ya tiene un poco más de 3.000 vi
votos positivos. Las descargas también son muchas".

Le dije que toda esa gente no era más que pervertidos. Pero el me repl
realidad no eran más que "pobres diablos solitarios; inofensivos".

Me dijo "Eres muy guapa. ¿Por qué no dejarlos que fantaseen? Adema
modelos han empezado de esta manera".

Dudé. Pero, horas más tarde, después de hacer el amor, me comenzó a
esas modelos que habían empezado así. Me contó la historia de Nikole Lo
modelo de Chequia que empezó con la misma edad que yo. Me dijo
nació en Liberec, que tiene un título de ingeniería informática por la Univ
Hradec Králové, con unas notas impresionantes. Una mente prodigiosa. C
empezó su carrera como modelo erótica softcore. Que luego empezó co
artística; me enseñó un libro de fotos realizado por Peter Hegre, un gra
noruego. Luego pasó a ser modelo de publicidad de conocidas
alimentación y de ropa. También es modelo de una cadena de supermerca
Plus. Anuncia las ofertas del mes en todos los folletos. Incluso ganó un
premio: el Lightspeed Worldwide Model Search Award. Lo que hizo que
su caché siendo una de las modelos más cotizadas.

Después de esta explicación estaba asombrada.

Concluyó su explicación con estas palabras: "Cuando no está en algu
o en alguna campaña publicitaria se dedica a lo que le gusta: es nutricion
un programa de televisión, una línea de productos dietéticos y unos cua
publicados. En su ciudad es una celebridad y están muy orgullosos de ell
siendo como es la ciudad, de repente se ha hecho famosa".

A continuación Hubert me propuso una cosa, que abriera mi propio ca
web para que fuera yo la que recibiera el dinero. Yo estaba reticente, pe
"He estado indagando y bueno, puedes llegar a ingresar en tu cuenta has
A la semana".

Cuando dijo eso me asombró que pudiera ser real tanto dinero. Le
necesitaba tiempo para pensarlo.

Dos días después le dije que me había decidido y que me iba a arriesgar
contento: "¡Muy bien! Esa es la actitud. Ya me ocupo de organizar todo".

Judith, si llego a saber lo que iba a pasar. ¿Cómo pude ser tan estúpida?

Para mi sorpresa, dos días después, Hubert me enseñó una habitación de
había preparado para que yo empezara a "trabajar". En realidad, lo único
eran varias cámaras delante de una cama y junto a esta una mesa con un
portátil. Sobre la cama había varias prendas de lencería. "Esa ropa te
cuando vayas a conectarte" me dijo.

Yo intenté protestar, pero continuó hablando con mucha seguridad: "He
perfil para ti y la he vinculado a tu cuenta bancaria. Podrás ir viendo e
como se van generando los ingresos, los cuales podrás comprobar on

banco. Por cierto, tu nombre artístico es Candy Belarus".
Como una tonta solo le pregunté qué es lo que tenía que hacer. Lo tuvo
me lo explicó enseguida: "Mira, entramos en la web. Ponte delante de la
comprueba que está bien enfocada y que funciona el micrófono, tienes qu
decir cosas. En la esquina superior derecha estás tú. Cuando actives el m
te aparecerán los clientes, que o bien te escriben o bien te hablan. No to
micrófono, que le vamos a hacer".
Me sorprendió que supiera todo eso, pero confié en él.
A partir de ese momento mi vida cambió. Ya no era Inga. Era Candy B
convertí en un objeto. Sí es cierto que comencé a ganar dinero. Al pr
mucho: 500€ el primer mes. Pero las siguientes semanas fui ganado má
2.100€, 3.000€… A cambio… A cambio hacía cosas que no puedo ni d
veces me pedían cosas tan perversas que dudaba, pero leía los comen
enviaban al chat o los escuchaba disfrutar mientras yo hacía lo que les g
acabé por convencerme a mí misma que usar objetos era lo de menos.
Durante los dos primeros meses, después de cada sesión de "trabajo", c
horas cada una, Hubert me llevaba a cenar a restaurantes caros. Aunque t
ese tiempo dejó de hacerlo. También dejó de tocarme. En noviembre
semanas fuera, cuestiones de trabajo que lo llevaron a impartir cursos
universidades centroeuropeas. Aproveché para "trabajar" más horas cada
Durante ese tiempo, uno de los clientes habituales del chat me pidió alg
Quería que yo tuviera un acto sexual con un hombre africano. Escanda
que no. Me ofreció pagar más y llegó a ofrecerme 1.000€, pero me negué.
Cuando llegó Hubert no le dije nada de ese asunto, pero todas las noches
usuario me volvía a pedir insistentemente lo mismo. Yo seguía negánd
que un día, a mediados de diciembre, me dijo que sabía dónde vivía. Ac
foto del edificio donde vivíamos y amenazó con hacerle daño a Hubert si
negándome.
Me asusté tanto que se lo conté a Hubert.
¿Sabes lo que dijo? "Bueno, pues buscamos a alguien. Me refiero a un afr
que lo hagas con él y te deje en paz ese cliente".
Yo le imploré que no. Que cualquier cosa menos eso. Pero él me conv
fácilmente: "Inga, mira, por un momento que pases haciendo lo que te
consigues dos cosas. Primero, el tipo ese te dejará tranquila y además
¿Cuánto te ha ofrecido ya a estas alturas? 2.700€, pues eso que te llevas".
Solo se me ocurrió decirle: "Pero… si me acuesto con otro hombre… ¿
quererme?" Él, con ese tono tan convincente me susurró: "Claro que no. T
serás *ma petite*".
Fue tan dulce esa noche que tuve claro que Hubert me amaba con toda su
El siguiente fin de semana, querida Judith, me acosté con un africano t
había pedido el cliente. Lo hice delante de las cámaras. Mientras lo hacía
mi rostro en la pantalla, con expresión ausente. Me acordé de ti, de mama

de nuestra infancia. Se suponía que era en un chat privado, pero cuand
me di cuenta de que había sido en abierto. Todos los que se conectaba
habían podido verlo. Me fui corriendo al baño y me metí en la bañera. Llo
¡Ay, Judith! Hermana, ¿por qué no te hice caso?

INGA 08/12/2003 05:50

Para: judithrzova@gmail.com

Judith, el otro día escuché a Hubert hablando por teléfono. Él no se dio cu
escuché que le decía a alguien que tenía todas las conversaciones del cha
Que debía pagar lo que le estaba pidiendo o le enviaría todo el material a
a sus compañeros de trabajo. Que podía arruinarle la vida.
Judith, no sé qué está pasando. Empiezo a tener miedo. ¿Por qué no me
¿Estás enfadada conmigo? Te echo mucho de menos.

INGA 22/12/2003 23:41

Para: judithrzova@gmail.com

¡Ay! ¡Judith! ¿Puedes contestarme? ¿Estás bien? Sigo sin respuesta. Her
me dejes sola. No sé qué está pasando.

He entrado en la cuenta del banco para comprobar el dinero que he
resulta que no existe esa cuenta. ¿Dónde está el dinero?
Le he preguntado a Hubert y no ha sabido darme una explicación. Le he
me gustaría poder ir a visitaros a mamá y a ti. Pero antes de dormir me ha
noticia inesperada. Mañana, 23 de diciembre, nos vamos a Rumanía. M
que tiene una sorpresa para mí y que ya estoy preparada para recibirla.
Tengo miedo, hermanita. Judith, te echo de menos. ¿Por qué no te hice
favor, no me olvides nunca. Si tienes oportunidad ven a buscarme
contigo.

Era el último mensaje. No había más información. Judith cerró el documento y volvió al chat.

_□ x

Helena
offline

Helena: Déjame adivinar: lo del africano era cosa tuya, ¿verdad? Tú eras

el misterioso cliente, ¿cierto?

Hubert: Por supuesto, XD

Helena: ¡Qué cabrón eres! ^^

Hubert: Business is business

Helena: ¿Cómo fue lo de Rumanía?

Hubert: La verdad es que comenzó algo complicado.

Helena: Cuéntame.

Hubert: Inga se mostró inquieta durante todo el viaje. No paró de preguntar por el motivo del viaje. Que por qué íbamos. Me dijo que había pensado que pasaríamos la Navidad en otro sitio más *cool*. *Nougabollen*… ¿Celebrar la Navidad?

Helena: No empieces con el holandés, o el flamenco o lo que sea eso que habláis por allí además de francés.

Hubert: Ok. Significa mierda. Bueno sigo. Inga empezó a lloriquear, incluso en el avión, diciendo que echaba de menos a su familia, en especial a su madre. Que tenía pensado llamarla por teléfono para saludarla, hablar con ella y pedirle perdón. Nada más llegar a Bucarest nos fuimos al hotel. Ni porque estábamos en una suite de lujo dejó de lloriquear. Así que adelanté mis planes. Me hubiese gustado disfrutar de una última noche con una buena cena, una buena fiesta y una buena sesión de sexo con ella, pero ya ves.

Helena: Hubiese sido como la última cena de un condenado a muerte.

Hubert: Para ella sí, desde luego. Muy buen punto Helena.

Helena: ^^

Hubert: Como llegamos al mediodía, pues paseamos un poco por la ciudad y después de comer volvimos al hotel. Le dije que tenía que arreglarse, ponerse bien guapa porque íbamos a ir a una cena con un prestigioso organizador de eventos de moda. Eso la animó un poco, aunque cuando salimos del hotel volvió con el lloriqueo e hizo el trayecto con cara de pena. Fuimos al barrio de Ferentari.

Helena: ¿Ese barrio no es el que llaman el Bronx rumano?

Hubert: Efectivamente.

Helena: ¿No desconfió?

Hubert: Fuimos por una de las calles más neutras. Si llegamos a ir por la parte más cochambrosa se tira el coche en marcha XD

Helena: ¿Qué pasó?

Hubert: Llegamos a la calle Sălcetului, frente al Adimar, un supermercado.

Helena: ^^

Hubert: Te envié los planos: Rumanian Dungeon. Ya sabes que allí es donde llevo a las chicas para que las ablanden un poco.

Helena: Sí, lo he visto. Muy interesante.
Hubert: El edificio es un poco cutre, pero le dije a Inga que el interior era todo un lujo, que combinaban el aspecto decadente exterior con un lujoso interior. Además, en la fachada hay un cartel luminoso con el nombre de un restaurante: *Zâmbetul Muşchi*. No desconfió. De todas formas, aunque lo hubiera hecho no importaba, Dragos ya me estaba esperando. Lo conoces si no recuerdo mal.

Helena: Dragos Popescu. Claro que lo recuerdo. Es muy eficiente. Algún día te contaré lo del asunto en Denia.

Hubert: ¿Qué pasó en Denia?

Helena: Otro día te lo cuento. En breve, te adelanto que solucionó un envío de "herramientas" con destino a Grecia, para nuestros amigos de ya sabes dónde.

Hubert: ¡Ah, sí! Esos aguerridos combatientes expertos en perder una guerra desde 1948.

Helena: Hubert… Seriedad, hombre.

Hubert: Lo siento ☹ Bueno, sigo con lo de Dragos. Pues al entrar, ella estaba despistada, le dije a Dragos: "Mira que chiquilla te traigo". ¡Juas! En ese momento Inga se quedó a cuadros. No sabía lo que estaba

pasando. Dragos se limitó, como todo un profesional, a tocarles tetas y las caderas. Luego me dio las gracias.

Helena: ¿Cómo reaccionó ella?

Hubert: Comenzó a chillar, a pedir socorro. Tenías que haberla visto, con esa voz de subnormal. ¡Hasta intentó correr! Pero ya sabes, como renqueaba al andar y calzaba tacones, no hacía más que tropezar. Dragos y yo nos partimos de risa. Él llamó a uno de sus chicos que la cogió y la llevó a empujones a la puerta que da acceso al sótano. Y así… alehop… hasta nunca Inga. Aún podían escucharse sus chillidos mientras la bajaban al sótano.

Helena: ¿Volviste a saber algo de ella?

Hubert: Sí. Mira, no es que me hubiera encariñado con ella, pero tenía interés en ver como evolucionaba. Nunca había tenido a una chica con "capacidades diferentes". Así es como se dice ahora ¿no?

Helena: Es lo políticamente correcto… ya ves…. º–º ¿Qué tal la experiencia?

Hubert: Dragos me llevó al cuarto de control, donde graban todo para luego subirlo a la web.

Helena: Por cierto, ¿qué tal la web?

Hubert: ¡Genial! Es una fuente de ingresos estupenda. Ya sabes que cada año entran varios millones. No te podrás quejar de tus comisiones ??

Helena: Cierto ^^

Hubert: Cada día hay más suscriptores. Pagan sus cuotas mensuales, trimestrales o anuales y tan contentos con el servicio. Las estrellas de la web son los canales *Rumanian Dungeon* y *A magyar fogadó*. El primero es del que te estaba hablando.

Helena: Donde llevaste a Inga.

Hubert: Sí. Te cuento. Todo lo que grabamos en *Rumanian Dungeon* es real. Ahí tenemos a las chicas a disposición de clientes de bajo poder adquisitivo. Por 5€ tienen 15 minutos para hacer con ellas lo que quieran. Como ellas son novatas, este sitio sirve para "ablandarlas", ya que muchas al principio se resisten. Normalmente están una semana

entera. La atención al cliente es durante 24 horas seguidas, así que duermen lo que pueden sobre los mismos colchones. Les proporcionamos un nórdico para que se tapen y solo se cambia cuando está roto o demasiado sucio. Hay chicas muy guarras que se mean y vomitan encima. Pero lo normal es que vaya pasando de una a otra. También tienen un cubo que usan para hacer sus necesidades y que se recoge una vez al día. Les damos desayuno, generalmente pan y té, y una comida al día, un guiso o una sopa. No pueden quejarse. Tienen 15 minutos para comer.

Helena: El tiempo es oro.

Hubert: Exacto. Para que vayan ablandándose no les damos agua, me refiero para beber. Cada una de ellas tiene derecho a una botella de vodka gratis al día. Nos lo proporciona un colega de Bulgaria. Al principio algunas se resisten a beberlo, pero cuando la sed se hace insoportable, acaban por beberlo. Eso sí, si se les acaba, hasta el día siguiente no hay más.

Helena: Tengo curiosidad en saber cómo le fue a Inga.

Hubert: No lo puso fácil. Esa noche vi por las cámaras su comportamiento. Se resistió cuando uno de los chicos de Dragos le quería quitar el vestido. Una pena, la verdad. Un vestido de 150€ que acabó hecho jirones.

Helena: Qué pena. =(

Hubert: Luego, cuando la llevaron a su colchón quiso escaparse. Imagina a la tullida intentando huir. Le dieron un par de bofetones y un puñetazo en el estómago y se quedó quieta, tumbada en el colchón. Con el primer cliente se intentó resistir, incluso quiso abofetearlo, pero los chicos de Dragos volvieron a darle un par de hostias. Estuve un par de horas mirando. Estuvo gritando y chillando todo el tiempo. Cuando me fui le dije a Dragos que si volvía a resistirse le aplicara el correctivo.

Helena: ¿El correctivo?

Hubert: Sí. A las realmente tozudas les esposamos las manos por detrás de la espalda, de esta manera no pueden moverse.

Helena: ¿Fue necesario?

Hubert: Te adjunto un video que me envió Dragos tres días después.

778639.avi

Helena: Más tarde lo veo. Nos vemos en otro momento.

Hubert: De acuerdo. Besos.

Helena: :**

Viimane sõnum saadeti 14. juuli 2005 kell 10:45

Judith clicó sobre el enlace y pasados unos segundos se abrió un video. Reconoció el espacio que aparecía: era el que había visto en uno de los planos arquitectónicos. Verlo sobre el diseño era una cosa y ver la realidad de las imágenes otra muy distinta; especialmente por la sordidez de lo que estaba viendo, de tal grado que se quedó sin aliento. Las condiciones del lugar eran insalubres: paredes sucias, con la pintura desconchada en algunas partes, manchas de humedad y moho en las esquinas; las cortinas sucias y raídas, con un número escrito a mano en una cuartilla de papel y asegurada en la tela con un par de alfileres; unas maderas colocadas encima de las tuberías de la calefacción cumplían la misión de estanterías sobre las cuales había botellas de vodka y rollos de papel higiénico. En el suelo, junto a los colchones sucios y desgastados, mezclados con sábanas, nórdicos y almohadas, había toda clase de inmundicia irreconocible. Junto a cada colchón había un cubo en el que, al menos en el que aparecía en el encuadre, se veían flotar restos de papel higiénico y preservativos usados en lo que debía ser orina de varios días.

El video mostraba a un grupo de hombres esperando su turno. Entregaban dinero al encargado y éste asignaba un número que coincidía con los que colgaban en las cortinas. Tras cada una de estas, las chicas esperaban desnudas y tumbadas sobre los colchones.

El video comenzó a mostrar a la chica que estaba en el recinto número 4. Una cámara, desde el pasillo, mostraba la cortina, otra enfocaba desde el techo directamente al colchón. Desde este punto de vista Judith pudo ver con claridad el rostro de la chica: era Inga. Tenía el pelo revuelto, el cuerpo desnudo y cubierto de sudor, pudo apreciar también como temblaba, los moratones en el vientre y las nalgas, las rodillas despellejadas. Tumbada boca abajo, con las manos esposadas tras la espalda, repetía con voz ausente una frase en ruso: “Мне нужно поспать”. Judith lo entendió perfectamente:

“necesito dormir”. Junto al colchón estaba el cubo que le correspondía a ella, repleto de suciedad y preservativos. Al lado del cubo había un enorme charco de vómito, en parte reciente, y un par de botellas de vodka vacías.

La cortina se apartó y entraron dos hombres que observaron a Inga antes de quitarse la ropa. Ella estaba murmurando algo una y otra vez: “Мама, я скучаю по тебе, помоги мне”[24]. Ambos rieron. Uno de ellos, que entendía el ruso, le dijo algo mientras comenzaba a manosearla: “Вы хотите увидеть свою маму?”[25] A continuación, en medio de una sonora carcajada, le dijo “вот твоя мама”[26] mientras sostenía su pene en la mano. El individuo, la volteó, dejándola boca arriba, la cogió de los tobillos y le separó las piernas.

Quince minutos después, el otro individuo se dispuso a ocupar su lugar, aunque se detuvo al ver que Inga comenzaba a convulsionarse. “Was ist los?”[27] preguntó dirigiéndose al encargado que entró rápidamente con un cubo lleno de agua al tiempo que trató de explicar algo en una jerga que mezclaba el alemán y el rumano: “Are febră. Sie hat Fieber. Mach dir keine Sorgen”[28]. El encargado, cogió un trapo que llevaba en el bolsillo, lo mojó en el agua y comenzó a limpiar el cuerpo de Inga mientras le decía una y otra vez “Curvă”[29]. Cuando terminó, en medio de una ademán impostado y una falsa sonrisa, le dio a entender al alemán que podía empezar. El aludido dijo algo de malos modos: “Danke, aber ich habe 15 Minuten bezahlt und ich habe diese Zeit verschwendet, während du sie sauber gemacht hast. Ich werde mehr Zeit brauchen”[30]. El encargado hizo un aspaviento y acabó aceptando la propuesta del cliente.

Quince minutos después entró otro cliente. Luego otro. Así durante los cuarenta minutos que duraba el video.

Al finalizar el video Judith se quedó quieta. Miraba fíjamente la pantalla que se había quedado oscura. Al cabo de unos minutos volvió al chat.

_□ x

Helena
offline

Helena: Esta tarde he visto el video.

Hubert: ¿Te ha gustado?

Helena: Ya lo creo. Menudo tinglado tienes montado en Bucarest.

Hubert: Está funcionando a todo dar.

Helena: Pero que mala suerte que se pusiera enferma. ¿Le duró mucho la fiebre?

Hubert: Eso fue un engorro. Se puso peor y tres días después, por indicación mía, Dragos la trasladó a una cabaña en las afueras. La hincharon a pastillas y se puso bien cuatro días más tarde. Luego la trasladamos a Záhony.

Helena: ¿Dónde está eso?

Hubert: Hungría. Concretamente está cerca de la frontera entre Hungría, Eslovaquia y Ucrania. Una pequeña ciudad, no llega a 7km^2.

Helena: ¿Y por qué la mandaste a ese rincón perdido?

Hubert: ¿Cómo andas de carreteras y líneas ferroviarias?

Helena: O_O

Hubert: Te explico, Záhony está en un importante núcleo de comunicaciones. Hay estación ferroviaria fronteriza. Un volumen de transporte de mercancías brutal ente Europa y con destino a Asia.
Helena: Ajá.

Hubert: La E573 cruza Záhony, una de las carreteras europeas más importantes, no en sí misma, ya que esta solo cruza Hungría, sino porque enlaza con la E60. ??

Helena: Disculpa mi desconocimiento, pero ¿qué significa?

Hubert: La E60 es la carretera más larga de Europa. Puedes ir de Francia hasta Kirguistán y luego enlazar hasta China. La E60 cruza Suiza, Alemania, Austria, Rumanía, Hungría, Georgia, Azerbayán y Uzbekistán. ¿sabes lo que significa?

Helena: o_O

Hubert: Camioneros.

Helena: Ya lo pillo.

Hubert: ¿Qué les gusta a muchos camioneros? ??

Helena: ¿Tienes un burdel allí?

Hubert: No, algo mucho mejor.

Helena: Cuenta.

Hubert: Mira, muchos camioneros salen de la E60 y se desvían por la E573 hasta Zahony para pasar la noche o descansar después de una larga jornada conduciendo. Allí recalan de todos los lados de Europa y Asia. Así que me dije: ¿por qué no abrir algo en la zona? Pero no a la usanza clásica. ¿Viste el otro plano?

Helena: Sí, el de no sé qué magyar.

Hubert: *A Magyar Fogadó*. La posada húngara.

Helena: ¿De qué se trata?

Hubert: ¿Tienes tiempo para ver otro video?

Helena: Ahora ando un poco justa, tengo que salir.

Hubert: Te lo enlazo y ya lo ves. Por cierto… sale una rubia ??

Helena: Estupendo. Luego lo veo.

Hubert: ahí va magyarvid0450.avi

Helena: gracias, oye te dejo que me llaman.

Hubert: cuídate

Helena: :**

Viimane sõnum saadeti 17. juuli 2005 kell 1:47

Judith sintió un escalofrío. Intuía que el video no mostraba nada agradable y que el comentario de Hubert sobre la rubia se refería a su hermana. Clicó sobre el enlace y el video apareció en pantalla.

La grabación, en calidad de video no profesional, comenzaba con un plano subjetivo en el que se podía ver una cabaña de madera de color oscuro en cuyo frontal había un letrero rotulado con letras amarillas en el que se podía leer *A Magyar Fogadó*. Había una puerta de entrada con unos cristales amarillos, a su izquierda una ventana, también de cristales amarillos, que estaba abierta y donde, al comenzar a andar quien portaba la cámara, se podía ver la barra de un bar y un grifo de cerveza. La grabación, que continuaba en modo subjetivo, mostró el interior apreciándose con todo lujo de detalle el bar, que era muy rudimentario. No había mesas ni sillas. Tan solo una barra que continuaba a lo largo de la pared en forma de L. Había cuatro hombres bebiendo cerveza. Esta era la única bebida que se servía en el bar. No había ninguna marca especificada, tan solo una pizarra en la que estaba escrito en varios idiomas: Sör – Bier – Birrë – пива – бира – Pivo – Õlu – Olut – Bière – μπύρα – Cerveza – Beer – Birra – Piwo – Bere – Cerveja. Bajo todas estas palabras se encontraba el precio: 1 euro.

La grabación mostró a continuación una puerta que daba al aseo, pero solo estaba la imagen de aseo de hombres. Quien llevaba la cámara abrió la puerta y entró. Había un hombre orinando que mostró su sorpresa al ver la cámara. Pero tras un intercambio de palabras en un idioma que Judith no entendió, el hombre sonrió e hizo un gesto de aprobación con el pulgar hacia arriba. A continuación, el cámara continuó caminando y abrió una puerta que estaba disimulada en la pared. Accedió a una especie de recepción donde había un mostrador con una ventana corredera. Sobre la ventana había un cartel en el que figuraba una lista de precios: 1.011,15 ₴ – 11.634 Ft – 40 $ – 37 €. Judith intuyó que se trataba del mismo precio en tarifas europeas, húngara, ucraniana y en dólar estadounidense.

El cámara llamó con los nudillos en el marco de la ventana y a los pocos segundos llegó una mujer mayor, de unos sesenta años, con bastante sobrepeso, maquillada hasta la exageración, con los labios pintados, también en exceso, de un color rojo chillón y brillante. Fumaba un cigarrillo que sostenía con la comisura de los

labios. Vestía un vestido escotado muy ceñido que tan solo ayudaba a completar un cuadro grotesco. Intercambiaron unas palabras, en el mismo idioma de antes, resultándole incomprensible lo que decían. La mujer sonreía y mostraba una dentadura amarillenta. De debajo del mostrador sacó una serie de talonarios de tiques de varios colores: rojo, naranja, amarillo, verde, celeste, azul y violeta. Siete colores, uno por cada día de la semana, fue la conclusión que extrajo Judith.

La mujer, siempre sonriendo, le hizo una señal al individuo de la cámara en dirección a su izquierda. El individuo apartó una gruesa cortina de terciopelo negro y entró a una sala cuadrada.

—¡Qué horror! ¡Qué horror! —exclamó Judith al mismo tiempo que se llevaba las manos a la cara.

En el video se podía ver el interior de la sala y para que se estaba usando. En la pared de la derecha había un par de orificios a media altura del que sobresalía un par de pequeñas tarimas acolchadas en cada uno de ellos. Sobre cada tarima había una mujer, aunque tan solo se podía ver sus genitales y las piernas, abiertas y sujetas con correas a unos soportes que estaban en la zona superior de la pared. En la pared izquierda había un dispositivo similar, pero con una mujer recostada boca abajo, ofreciendo no solo sus genitales sino también su ano. En la pared frontal un agujero redondo en la pared cubierto con una protección de caucho y con un agujero más pequeño en su interior. La imagen mostró con detalle las mujeres que estaban allí. Incluso el cámara acarició a una de las mujeres que tenía las piernas atadas y se apreció como se estremecía. Al llegar a la pared con el agujero dio un golpe con los nudillos y apareció la boca de una mujer en el mismo. El que llevaba la cámara jugueteó con su índice en esa anónima boca. Judith estaba cada vez más horrorizada. Esas mujeres estaban expuestas a los hombres que iban a ese lugar para que las usaran como meros objetos sexuales. Judith comenzó a sentir como le palpitaban las sienes y el ritmo cardiaco se le aceleraba.

Judith estaba a punto de cerrar el video cuando, en ese preciso momento, la imagen del video cambió y pasó a ser un montaje realizado por cámaras dispuestas en varios puntos del techo de esa sala. Se pudo ver como entraban hombres en la sala, elegían una de las mujeres allí expuestas y comenzaban a tocarlas y luego a tener sexo con ellas. Sin protección alguna, directamente eyaculaban sin ningún reparo. Se trataba de los camioneros que paraban en esa zona. Se les podía oír hablar en sus idiomas de origen, riendo,

gruñendo, pidiendo la vez para saciar su apetito con la misma mujer. Ellas gemían y gritaban en una incómoda sucesión de sonidos. Para mayor perversión, había cámaras instaladas sobre los rostros de las mujeres, de manera que pudiera grabarse también su reacción. Se las veía, al principio con cara expectante, luego iban cambiando en algunos momentos placer, en otros, dolor, hasta llegar en la mayoría de los casos al llanto y la súplica. Se veía con todo detalle como los anónimos hombres, camioneros en su gran mayoría, las usaban. Con fuerza, sin importar el dolor que pudieran estar infligiendo. Algunas mujeres se orinaban y el orín caía en el suelo. Judith estaba roja de ira.

De nuevo un nuevo corte en el video para mostrar un montaje en el que se apreciaba a la misma chica. Judith se estremeció. Era su hermana. Inga. La grabación mostraba su rostro, tumbada en una de esas plataformas. Parecía tranquila, pero Judith detectó que sus ojos estaban como vacíos de vida. Posiblemente estuviera drogada. Un cambio de imagen y apreció sus piernas, una de ellas con la torcedura ocasionada por el accidente y que la hacía cojear, atadas con las correas en los soportes metálicos. Expuesta. De inmediato la procesión de individuos teniendo sexo con ella. Judith dejó de contar cuando rebasó la veintena. Solo podía ver la cara de su hermana y las lágrimas que resbalaban de sus ojos mientras todo el resto de su cuerpo se estremecía por los embates de los depravados que la usaban. Judith la vio orinarse encima. La escuchó gritar y pedir que pararan, recibiendo carcajadas a cambio. Vio como más tarde estaba en otra posición: boca abajo. Como la volvían a penetrar y como le desgarraban el ano una y otra vez mientras ella lloraba y pedía ayuda a lo más sagrado que conocía. Vio, por último, su rostro con surcos producidos por la mezcla de lágrimas y maquillaje. Su mirada perdida, como reflejo de la certeza de que nada ni nadie la salvarían del infierno. Ya no gritaba ni imploraba ayuda. Su cuerpo se agitaba, como una masa informe, cada vez que uno de los hombres la usaba. Era un cuerpo muerto en vida.

Judith cerró el video. Le caían gruesas lágrimas por las mejillas. A pesar de todo volvió de nuevo al chat.

_□ x

Helena
offline

Helena: Vi el video de *A Magyar Fogadó*. ¡Genial!

Hubert: ¡Te ha gustado! Lo sabía. Como ves no falta clientela. Todos los días está a rebosar. Ya has visto además que cobro en Euros, Dólares, Florines húngaros y Grivnias ucranianas. La cantidad siempre es la misma. Con eso rompo los precios de la competencia local. Como ves hay cuatro chicas por sesión. Abrimos a las cinco de la tarde y cerramos a las tres de la madrugada. A mitad de jornada hacemos un descanso de cuarenta y cinco minutos. Las chicas se asean, comen algo, les damos su anticonceptivo y vuelta al trabajo. No cobran nada. Están alojadas en un hotel cercano que me hace un buen precio. Tan solo ocupo tres habitaciones en las que están instaladas las cuatro chicas por turno. Trabajan un día y descansan dos, eso sí: prohibido salir del hotel. Cuando vuelven al turno después del descanso cambian de sitio, así varían la posición de atención al cliente. XD XD XD
Si quieres algo similar para tu zona te puedo pasar los planos. Los hizo un estudiante de arquitectura que necesitaba pagar una deuda de juego que tenía con un colega holandés. La verdad es que el muchacho lo diseñó muy bien y todo el tema de usar madera le da un carácter muy rústico y acogedor. Tú dirás.

Helena: Me lo pensaré. Por cierto, estuve pensando en lo de la chica, la hermana de Inga.

Hubert: ¿Te preocupa?

Helena: Solucionaste ese tema ¿no?

Hubert: Mira, la hermana la estuvo buscando. Estuvieron en contacto por correo, algo que permití al principio ya que Inga solo le contaba lo que estaba haciendo, le mandaba fotos de cuando íbamos a fiestas, a la playa, a navegar, etc. ¿Sabes que me en 2006 me localizo y se presentó en un curso que estaba dando en Alicante? Montó un numerito que no veas. Pero sin problema. Ya sabes que Kalju es siempre muy eficaz. Se encargó de ella. Me dijo que la paliza que le dio fue como nunca las había dado. Remató la faena violándola. Esa estúpida hace años que está criando malvas. Kalju la enterró cerca del Aeropuerto. ¿Sabías algo de eso? La verdad es que era mona, más mayor que la hermana. Hubiera encajado muy bien en el negocio. En plan hermanas buenorras. Pero, en fin, fue mejor quitarla de en medio.

Helena: No bajes la guardia.

Hubert: No te preocupes. De todas formas, Inga ya está criando malvas

también. Qué curioso, ahora que caigo, las dos muertas.

Helena: Ya, pero Inga debería estar en el fondo del mar. A ver si mejoras tus habilidades con nudos y piedras.

Hubert: Ja, ja, ja. Mon Dieu, lo haré mejor la próxima vez. Kalju nunca había fallado, pero como te entraron las prisas.

Helena: No empieces con eso.

Hubert: Las cosas como son. Yo la fastidié, pero tú…

Helena: Ò_Ó

Hubert: Tranquila.

Helena: Descuida… No me gusta recordar ese episodio. Oye, cambiando de tema, te he enviado información por email.

Hubert: ?

Helena: Un nuevo envío de “herramientas”.

Hubert: Ok.

Helena: Voy a estar fuera una temporada.

Hubert: ¿Estonia?

Helena: Sí ??

Hubert: Cuando vuelvas, en el próximo informe, verás que hay cambios en mis empresas.

Helena: ¿Y eso?

Hubert: He creado una productora audiovisual para darle cobertura legal a todo. Hay que aprovecharse de los resquicios de la legislación. Pero no va a afectar a las ganancias. Al contrario, ya verás.

Helena: Explícate que me pierdo.

Hubert: He registrado la *Audiovisueel bedrijf Langemark*, con sede en Amberes.

Helena: O_O ¿Te han dejado ponerle ese nombre?

Hubert: Por supuesto.

Helena: ¿Nadie ha pillado a lo que se refería?

Hubert: No. Nadie. Tú eres la primera. 27 Waffen SS Division.

Helena: Alucinante. Menudo gol le has metido a esos liberales que siempre están pendientes del pasado.

Hubert: Te cuento. Esa compañía me da cobertura legal para los videos que genero tanto en *Rumanian Dungeon* como en *A Magyar Fogadó*, figuran como producción videográfica. Estoy obligado a poner un subtítulo: "las modelos que participan en estas grabaciones actúan de forma voluntaria y conforme a la ley", eso y un par de cláusulas en el contrato de emisión.

Helena: ¿En serio?

Hubert: Sí. Tan solo debo pagar impuestos. Que con la cantidad de dinero que entra, la cuota es irrisoria.

Helena: Enhorabuena.

Hubert: Gracias. Así, si en algún momento alguna de las chicas se escapara y consiguiera plantar una denuncia, estoy cubierto.

Helena: Pero eso no va a pasar. Me refiero a que alguna chica te ponga en aprietos.

Hubert: No, Kalju se encarga de mantener el orden.

Helena: El bueno de Kalju.

Hubert: Sí. Nos ha sacado de algún lío en el pasado.

Helena: Sí. Es muy profesional. No deja rastro. Aunque me hace gracia esa frase que emplea siempre cuando pilla a alguien: "¿Dónde vas calamar?" ??

Hubert: ¡Ah sí! ¡Joder, que buena frase!

Helena: Genial lo de la productora.

Hubert: Es que hay más. No te lo había dicho porque estaba en fase de pruebas. Pero te lo cuento ya mismo.

Helena: ?

Hubert: Tengo abierta otra web.

Helena: ¿Porno?

Hubert: Por supuesto: www.rapistchannel.com

Helena: entro… wow!!!

Hubert: ¿Te gusta?

Helena: <3

Hubert: Como puedes ver es una página especial: BDSM

Helena: Ya veo.

Hubert: La parte de libre acceso es todo de material de estudio. Eso me lo hacen en Ucrania con modelos contratadas. Todo el material bondage y sado es fingido.

Helena: ¿Pero? Te conozco, sé que hay algo más.

Hubert: Exacto querida. Mira, en la columna izquierda verás los botones de *Forum* y *Private Room*.

Helena: Sí.

Hubert: *Forum* es eso mismo, un foro de usuarios en dónde cuelgan sus fotos practicando BDSM, técnicas, material, quedadas, información de clubs en toda Europa. Es libre, tan solo se registran de forma libre como en cualquier foro. En ese espacio los dejo a su aire. Aunque reviso y oye… si veo alguna mujer interesante… Ya sabes. El de *Private Room* es otra historia. Esta parte es de pago. Cuota anual de 100€ y acceso a material exclusivo: Casting, BDSM real, etc.

Helena: Disculpa mi ignorancia… ¿Casting?

Hubert: Una chica va a una agencia a hacer un casting para ver si la cogen de modelo, la pasan con el fotógrafo y él, al final de la sesión de fotos en la que ella acaba desnuda acaba follándosela. Todo real. Si vieras las caras de algunas chicas. ¡Cómo lloran!

Helena: ¿No has tenido problemas con eso?

Hubert: Ya sabes que en el Este están a años luz de todas esas reivindicaciones feministas y tal. Las chiquillas que van al *casting* quieren ser famosas y, obviamente, hay un precio a pagar.

Helena: ?? Oye, el tipo ese que fotografió a Inga…

Hubert: No. El no, tan solo hace fotos. No le van las chicas, en serio.

Helena: …

Hubert: Pero hay más, por 75€ adicionales, en *Private Room* hay acceso a material muy especial.

Helena: ¿Cómo de especial?

Hubert: filmaciones reales: maltrato, violencia, sumisión, violaciones. Todo real.

Helena: ¿Tienes muchos clientes?

Hubert: Ya lo creo. Lo mejor de todo: tengo sus datos personales. Pago con tarjeta, se les dice que el pago es seguro, pero un par de mis chicos tiran de datos y tengo una bonita agenda con nombres.

Helena: ¡Qué grande eres!

Hubert: De toda Europa. Si se filtrara… Más de un país se quedaba sin presidente, ministros, jefes de policía.

Helena: Son lo que son. No lo pueden evitar.

Hubert: Si alguna vez te hace falta me lo dices. Hay un juez, Albaladejo, está en Alicante. Este tipo lleva invertido un montón de dinero. Controlo las descargas que se hacen en toda la web y debe de tener una habitación llena con los videos.

Helena: Interesante.

Hubert: También varios guardias civiles de alto y bajo rango, empresarios, políticos…

Helena: ¿Si te pido una copia de esa lista?

Hubert: Hmmm, deja que me lo piense.

Helena: No seas malo :P

Hubert: Porque eres quién eres, que si no…

Helena: Hombre, si nos conocemos desde críos.

Hubert: Cierto. ¿Te acuerdas de esos tiempos? Tu abuelo le salvó el cuello al mío.

Helena: Sí.

Hubert: Luego, cuando querían meterlo en la cárcel en Bélgica… Maldito ajuste de cuentas. Nunca entendieron que los salvaron del bolchevismo.

Helena: Pero mi abuelo recibió a tu familia en su casa. Tú naciste en el patio.

Hubert: Me vas a hacer llorar.

Helena: Que tonto eres. T_T

Hubert: Sabes como soy.

Helena: Sí, por eso nunca salí contigo :P

Hubert: Por eso y porque eres casi como mi hermana. Me sentiría muy mal.

Helena: ¿Nunca has tenido ganas de…?

Hubert: Ahora que lo preguntas…

Helena: ¿Qué?

Hubert: No.

Helena: ¬_¬

Hubert: Bueno Helena, voy a salir. Un encuentro con viejos amigos.

Helena: Cuídate. Seguimos cuando vuelva de mi viaje.

Hubert: Ok.

Viimane sõnum saadeti 30. juli 2005 kell 4:50

No había más referencias a Inga en el chat. Por curiosidad, Judith tecleó en el buscador el nombre de Jana Navrátilová, la chica que había causado el final de Helena. Había una conversación muy corta.

_□ x

Helena
offline

Helena: ¿Qué tal el reencuentro con la checa? ¿Te gusta el apartamento dónde la he instalado?

Hubert: ¿Jana? Sí, todo bien. La verdad es que ya no es como antes, pero bueno… por los viejos tiempos.

Helena: Recuerda lo que hablamos.

Hubert: Descuida. Kalju se ocupará en cuanto yo me marche, de hecho, va a hacerle una visita antes de que llegue ese momento. Pero, esa fijación. ¿Me la explicas? Cuando hay alguna checa siempre pides que se elimine lo más rápido posible.

Helena: En mayo de 1945, lo que quedaba de la Estland se encontraba en Checoslovaquia. Mi abuela, y otras mujeres, estaba entre ellos como personal de apoyo, también un primo suyo, un capitán. Se habían rendido y acordado que se entregarían a los americanos. Llevaban banderas blancas y la bandera de Estonia para identificarse. Además, llevaban el escudo estonio en los uniformes. A 5 kilómetros de Nymburk una horda de checos interceptó la columna de prisioneros. Los checos los golpearon, les tiraron piedras, a las mujeres se las llevaron y las violaron. Mi abuela fue la única superviviente, a las otras dos las

mataron. Al día siguiente, una corte marcial de las fuerzas de liberación checa, unos malditos cobardes que no habían pegado un solo tiro durante la guerra, juzgaron a los hombres. Una farsa de juicio. El día 10 los fusilaron. Por eso, esos malditos checos nunca pagarán suficiente por lo que hicieron.

Hubert: No te preocupes. Le diré a Kalju que la haga sufrir. Pero ya sabes que no tengo tantos problemas con los eslavos.

Helena: ***

Hubert: Sabes que en todos esos países de la Europa del Este hay un material humano muy interesante. Para mi está claro. Todas esas chicas jóvenes que quieren ponerse al día en los estándares de belleza, ser *cool* como dicen, imitar a las famosas de Hollywood. Adoptan como referencia a esas estúpidas féminas que se limitan a enseñar carne y poco más. A mí me basta. Las engaño, las engatuso y me aprovecho de ello. Tú sacas tu parte en eso. A ti te viene bien por tus cuestiones ideológicas. Sigues fiel a los principios que te enseñó tu abuelo. Me parece bien. No es lo mío. Lo hemos hablado muchas veces. Hay unas masas ignorantes, atrasadas, que quieren ponerse al día también en los estándares capitalistas y no están preparadas. Todos esos alemanes del Este, húngaros, búlgaros, checos, polacos, de repente se han convertido en ciudadanos libres, y no están preparados ni a nivel de país, ni a nivel colectivo, ni a nivel individual para comprender lo que son las libertades, derechos y deberes del mundo regido por el sistema liberal. Esa gente es la base para que recuperes tu discurso del miedo, del fascismo si es cómo quieres llamarlo. Son tan ignorantes que me parto de risa con ellos. ¿Has visto como atacan y agreden a los emigrantes? Ellos mismos son emigrantes. Europa está lleno de rumanos, búlgaros, ucraniano, polacos viviendo fuera de sus países y haciendo trabajos de mierda. Pero son ignorantes. Unos completos ignorantes. Ahí radica el peligro de su fuerza, en la ignorancia. Y el secreto de nuestro éxito: en su ignorancia.

Helena: Es tu punto de vista. Bueno, te dejo. Tengo una cita.

Hubert: ¿El finlandés?

Helena: Sí. Es muy misterioso. Seguro que me lo paso bien.

Hubert: Disfruta.

Helena: :**

Viimane sõnum saadeti 8. september 2015 kell 16:47

Antes de terminar, revisó nuevamente la bandeja del correo. Localizó uno que le llamó la atención, de mediados de 2015 y que tenía por asunto “El niño”. Dudó pero lo abrió y leyó los dos únicos mensajes que lo formaban.

Metsavennad

Hubert,
El niño ya está aquí. En cuanto pueda le doy tratamiento especial. Será
tipo con el que estaba saliendo se ha liado con tu checa. No contaba con e
imbécil estuvo registrando mi casa aprovechando que yo estaba borracha y
Lo voy a eliminar a él y a ella. Total, me dijiste que ya no te importaba. Tu
lo del niño.

Metsavennad

Respuesta: Ok, a todo. ¿Por qué habría de importarme el niño? ¿Tú s
niños bastardos que tengo por media Europa? Uno menos.

Judith bajó la pantalla el portátil con fuerza. Respiró profundamente y sintió de repente como las sienes latían con fuerza. Notó su pulso acelerado y como la invadía una sensación de calor.

Se levantó de la silla, caminó un par de veces en torno a la mesa, sin dejar de mirar el suelo. Se cogió la cabeza con las manos. No pudo más. Gritó. Un grito agudo que rompió el silencio interior de la casa. Luego cogió el portátil con tanta fuerza que se soltó el cable de alimentación. Sin dejar de gritar comenzó a golpearlo contra la mesa y contra las estanterías, haciendo que saltaran por el aire trozos de la pantalla, del teclado y piezas del interior del ordenador.

— Байстрюк! сукин сын! я тебя убью![31] —gritó mientras destrozaba el portátil.

11.

Judith salió enfurecida de la habitación en dirección al baño que estaba a la derecha, pero de repente, sin que se diera cuenta, alguien la agarró y la inmovilizó usando su brazo. No pudo ver quien era, tan solo supo en ese momento de sorpresa que se trataba de un hombre muy corpulento.

—¿Dónde vas calamar? —dijo el desconocido.

Judith supo quién era: Kalju.

Él apretó el brazo en torno a su cuello, realizando una llave de estrangulamiento, tratando de asfixiarla lo suficiente para que perdiera el conocimiento.

—¿Qué tenemos aquí? —preguntó Kalju—. Una pequeña intrusa. ¿Qué andas buscando aquí? Esta casa no es tuya. Me parece que vas a tener que darme muchas respuestas, y te aseguro que me lo voy a pasar muy bien mientras te hago hablar —añadió mientras reía de forma extraña.

Sin embargo, ella no estaba dispuesta a que él se saliera con la suya. Sin que Kalju lo esperara, Judith, tan pronto sintió el brazo, giró su cuello acercando la barbilla al hombro y poniendo las manos en forma de cuña entre su cuello y el brazo de él impidiendo, de esa manera que Kalju pudiera efectuar la llave de forma correcta. Con toda la fuerza que tenía, Judith lanzó su puño derecho contra los genitales de su atacante seguido de un golpe con el codo en el estómago. Rápidamente regresó la mano derecha al brazo de él y empujando levemente con su cuerpo, sacó la cabeza por debajo del brazo de Kalju sin dejar de soltarlo y llevándolo por detrás de su espalda, lo que hizo que él emitiera un doloroso quejido. Dominado como lo tenía, le asestó dos rodillazos en el abdomen y el pecho. Tras ello, con la mano izquierda cogió el codo de él por la parte superior, moviendo el brazo hacia arriba escuchándose a continuación un chasquido en el omoplato. Finalmente tiró de él hacia abajo, en dirección a la escalera y lo empujó. Kalju, sin perder una expresión de sorpresa, cayó rodando por los peldaños hasta chocar con el suelo del piso inferior. Al hacerlo se escuchó un golpe seco.

Judith observó el cuerpo inerte de Kalju. Estaba desvanecido.

Por efecto de la caída había algo junto a él. Judith no perdió tiempo y lo cogió: una pistola Glock 19. Aprovechó el estado inconsciente de su atacante para registrarlo. No llevaba más armas. Le quitó el cinturón y le amarró las manos a la espalda. Luego se dirigió corriendo al cobertizo y regresó con un par de rollos de cinta americana y algunos objetos más.

Debido al peso y altura de Kalju le costó moverlo. Lo arrastró hasta el salón. Lo aseguró bien con la cinta atándole los tobillos. Tras quitarle los zapatos, le colocó los pies en alto, utilizando para ello una silla, y esperó que volviera en sí.

Regresó por su mochila y volvió al salón lo más rápido que pudo. Rebuscó en el interior de la mochila buscando su teléfono móvil. Envió un mensaje a Laura en el que la informaba que tenía inmovilizado a Kalju. Al guardarlo vio el pendrive que le había dado Laura antes de despedirse. Vio que en el salón había un moderno equipo de música. Lo único actual, todo lo demás, tal y como le había contado Jukka, era antiguo. Conectó el pendrive y dejó la lista de reproducción en pausa.

Se sentó en el suelo, frente a Kalju, mientras miraba con detalle el arma que había recuperado. Presionó con el pulgar el botón para liberar el cargador y lo sacó con la mano izquierda. Observó que estaba lleno, catorce balas. Apuntando hacia arriba deslizó la corredera y sacó la bala de la recámara. La estudió con detenimiento: 9mm, punta hueca. Dejó la bala en el suelo, junto al cargador. Cerró la corredera y apretó el gatillo para liberar la aguja percutora. Luego, sostuvo la pistola con la mano derecha, asegurando la corredera con cuatro dedos y la empuñadura con el pulgar. Tiró la corredera hacia atrás levemente mientras que con la otra mano presionó hacia abajo la palanca de desarme. Separó la corredera del armazón de la pistola, dejándola en el suelo, empujó el resorte de recuperación con seguridad y tras quitarlo, extrajo el cañón. Miró a través el cuerpo yacente de Kalju quien comenzó a quejarse.

Kalju recuperó el conocimiento y, tras intentar moverse y liberarse, miró frente a él. Vio que Judith lo observaba sosteniendo el cañón de la Glock en la mano. Ella volvió a montar la pistola sin dejar de mirar a Kalju. Cuando finalizó, insertó el cargador que hizo un ruido seco. No amartilló el arma.

—¿Sabes montar una pistola? —balbuceó Kalju mientras realizaba un nuevo intento por soltarse las manos y los pies, lo que no hizo más que apretar la cinta en su piel. Desistió.

—Sí. No es tan difícil, sobre todo si has tenido un buen maestro —

respondió Judith sin dejar de mirarlo a los ojos. No pudo dejar de sorprenderse al ver que tenían un inusual color violeta—. Me enseñó un buen amigo.
—Ya. ¿Y ahora? ¿Qué vas a hacer? —preguntó él.
—¿No te acuerdas de mí?
—¿Debería?
—Nos conocimos en 2006.
—No recuerdo —dijo él en tono evasivo.
—Tienes mala memoria.
—Lo que tengo es cansancio. ¿Va a durar mucho esta tontería? Mira, desátame y te prometo que no te hago nada. Te dejaré que te vayas tranquilamente. Si quieres llevarte algo de la casa hasta te puedo dejar que te lleves algo. La dueña no lo va a necesitar. Murió. Aunque aquí hay pocas cosas de valor. Lo mismo puedes sacar algo con los cuadros —dijo dirigiendo la mirada al cuadro que ocupaba la pared del salón.
—En 2006 me violaste y me diste una paliza brutal —dijo Judith ajena a las palabras de Kalju—. Me rompiste varias costillas, un brazo, los pómulos. Eso dolió, ¿sabes? A lo mejor por eso no te acuerdas, antes mi cara era más redonda, después de aquello, tras la cirugía, mi rostro cambió, ahora es más alargado. Pensaste que estaba muerta —continuó Judith mientras él la miraba entornando los ojos como intentando recordar lo que ella le relataba—, y me enterraste en un paraje cercano al aeropuerto, en una playa. No hiciste el hoyo muy profundo, además la arena no estaba compactada. Conseguí salir. Me arrastré sin rumbo. Tenía los párpados tan hinchados por los golpes que no podía ver nada. Me encontró alguien gracias al reguero de sangre que iba dejando tras de mí. No sé cuánto tiempo estuve en el hospital. Durante todo ese tiempo mi abuela estuvo allí, cuidándome. Recuerdo que me contó la historia de su vida. Ella pensaba que yo estaba totalmente inconsciente, que no me enteraba de lo que ocurría a mi alrededor. Pero me enteré de todo. No solo eso. Memoricé cada detalle de su historia.
—Ya. ¿Y qué? —interrumpió Kalju— ¿Me vas a contar un cuento de viejas?
—No. Te voy a enseñar lo que se puede hacer con una barra de metal y una manguera.
—¿Cómo? —preguntó sorprendido Kalju.
Judith no contestó. Puso en funcionamiento el equipo de música a todo volumen al mismo tiempo que con el trozo de tubo, realizando un rápido movimiento de la muñeca, descargaba un

golpe seco en el rostro de él. De inmediato un surco rojizo se marcó en la blanquecina piel de Kalju. Él emitió un quejido. Ella lo miró un instante y descargó varios golpes más en el abdomen y los muslos. En zonas blandas. Él apretaba los dientes y aguantaba los golpes en silencio sin mostrar dolor. El rostro de Kalju estaba rojo por el dolor, en los labios se había producido un pequeño corte del que salía un hilillo de sangre. Judith se detuvo.

Los temas musicales se sucedían: *Shadows in my head* de Against myself, *Burn the witch* de Angel Nation, *Epidemia* de Cold Sight, *The Last Crusade* de Epica. La música atenuaba el ruido de los golpes y los gruñidos doloridos de Kalju.

—Solo es el calentamiento —dijo Judith.

—Puta… —gritó él—. Cuando te coja te vas a arrepentir… lo del 2006 no es nada en comparación con lo que… —no terminó la frase. Judith le propinó un golpe seco en la entrepierna. Kalju resopló y perdió el conocimiento.

—¡Vaya! —exclamó ella con una mezcla de sorpresa e indignación—. No aguantas tanto como esperaba.

Apenas un minuto después, Kalju volvió en sí, con la mirada perdida. Mientras resonaba en la casa la voz de Katra Solopuro con el tema *One wish away*.

—Te has meado —dijo Judith cuando acabó la canción y puso el equipo el reproductor en pausa.

—Tú… Ya sé quién eres… Tú eres la hermana de la subnormal —dijo Kalju en tono desafiante—. Ya me acuerdo. Acosaste a Poncelet para que te dijera donde la tenía. Sí, la subnormal de Bielorrusia…

Al escuchar de nuevo el calificativo que había empleado Kalju, Judith no se lo pensó, golpeó en el abdomen. Kalju emitió un quejido. Judith continuó golpeando varias veces, aumentando la fuerza de cada golpe. Hasta que se escuchó una especie de crujido al errar un golpe y alcanzar el tórax. Kalju emitió un grito de dolor. Le había fracturado una costilla.

—¡Perra! ¡Te vas a acordar! —gritó el mientras una mezcla de sudor y sangre le cubría el rostro—. ¿Qué quieres? —balbuceó Kalju escupiendo una espesa mezcla de saliva y sangre.

—Quiero información —le dijo poniendo de nuevo en funcionamiento la música haciendo que retumbaran las paredes del salón con las potentes voces de Tanja Lainio de Lullacry y el tema *Feel my revenge* y Natalia Yastremskaya de Narwhal Tusk con el tema *Memory Lane*.

Judith le golpeó la rodilla derecha. Lo hizo con golpes secos y dirigidos a la rótula. Kalju se puso pálido. Se escuchó, por encima

de la música, el crujido de hueso roto cuando alcanzó con un certero golpe la tibia. Una mancha de sangre y un extraño bulto creció bajo el pantalón. Kalju aulló de dolor. Judith volvió a golpear con el tubo en el codo.

—Para… para… Mira, te cuento lo de Burgos. Lo de las películas snuff y me dejas. ¿Vale? ¿Hacemos ese trato?

—¿Las películas? —preguntó Judith enarcando una ceja y observándolo con mirada fría—. ¿Lo de las chicas muertas?

—¿Cómo lo sabes? —preguntó sorprendido, aunque enseguida le cambió el semblante.

—Laura —murmuró Judith.

—Sí, eso. Laura no sé qué más —dijo él respirando con dificultad—. ¿La conoces? ¡Joder! Estáis locas. Cuando os pille Poncelet…

Judith apoyó un extremo del tubo en la maltrecha rodilla de Kalju y este gimió de dolor.

—Mira —continuó él—, es algo en lo que estaba metido Poncelet, pero desde que esa puta lo descubrió y escribió el libro lo ha dejado. Nadie se quiere arriesgar.

—Cuéntame todo con detalle.

—Vale, vale, te lo cuento —protestó él sabiendo que durante el tiempo que estuviera hablando Judith dejaría de golpearlo—. Poncelet tiene una productora, *Audiovisueel bedrijf Langemark*, registrada en Amberes. Se dedica a hacer videos pornográficos y a venderlos por internet.

—Cuéntame algo que no sepa —interrumpió Judith—. Eso lo he leído.

—Ya… Bueno… Un día me llamó porque un cliente le había propuesto hacer algo especial. No le bastaba con los típicos videos. Le preguntó si estaría dispuesto a grabar videos extremos. Películas *snuff*. ¿Sabes lo qué es?

—Por supuesto.

—Pero las que él hacía eran de verdad. A cambio de hacerlas, ese contacto le proporcionaría una nutrida cartera de clientes.

—¿Qué tipo de clientes?

—Ya te puedes imaginar. Políticos, empresarios. Gente de mucho nivel, con mucho dinero. De toda Europa. Que recuerde diputados de varios países, directores generales de multinacionales, religiosos de todas las confesiones.

—¿Quién era el contacto?

—Un alemán. Alois Richter, un ex comandante de la Stasi que trabajaba en la Administración Central para la Lucha contra Personas Sospechosas. Gracias a eso conocía gente: pervertidos,

pedófilos… Te lo puedes imaginar.
—Me hago una idea.
—Las primeras películas eran rudimentarias.
—¿Tú participabas?
Kalju guardó silencio y desvió la mirada. Judith no tardó en apretar con el trozo de tubo en la pierna fracturada.
—Sí —contestó él y guardó silencio de nuevo por unos segundos—. Al principio solo se trataba de utilizar a alguna de las chicas… las que teníamos en algún piso o local. Empezamos en Bélgica, en Brujas. Las llevaban a una casa que Poncelet tenía acondicionada para estas actividades. Luego comenzamos en España.
—¿En qué año?
—Alrededor de 2010. Era todo muy rudimentario. Entraba la chica en una habitación y allí estaba yo y otros colegas. La… ya sabes…
—¿Agredíais? ¿Violabais?
—Sí. Mientras el resto miraba.
—¿El resto? ¿Había público?
—Sí. Algunos clientes querían estar presentes. Pagaban un extra. Petrescu se encargaba de grabar todo en video y de hacer las copias. Luego lo subía a la página web. Solo los clientes que pagaban tenían acceso.
—¿Cuánto pagaban?
—No sé exactamente… En alguna ocasión Poncelet comentó que una de las películas saldría a la venta por 3000€. Pero no sé si era lo normal. Yo no me ocupaba de esas cosas.
—¿Participó mi hermana en alguna de esas películas?
—No.
Judith presionó con el tubo en la fractura haciendo que Kalju volviera a aullar.
—¡No! De verdad que no.
—Mataste a la chica que salió en la película que le mandasteis a Laura.
—Sí.
—¿Por qué? Era una pobre chica.
—¿Una pobre chica? Habló más de la cuenta. Le contó todo a tu amiga. Había que darle una lección, sobre todo por lo del libro. Si no hubiera hablado no hubiera salido ese libro.
—La torturasteis.
—Cumplía órdenes.
—También lo hacías cuando quitasteis de en medio a los implicados.
—Ya veo… Tu amiga te lo ha contado todo. Sí. Nuestra

organización allí quedó al descubierto. Desmantelamos los pisos que había visto tu amiga. Trasladamos a las chicas. Al cura y al otro tipo nos los quitamos de encima. El cura era verdad que tenía un pasado pedófilo, por eso trabajaba para nosotros. Realmente se suicidó, pero con ayuda —dijo Kalju esbozando una sonrisa—. Lo del otro fue una ejecución. Poncelet hacía tiempo que desconfiaba de él. Cuando fuimos a su casa no pudo explicar dónde estaban ciertas cantidades de dinero. Poncelet también movió contactos y consiguió que jubilaran al inspector que hubiera podido aclarar algo. Sabía que andaba detrás de las muertes de otras chicas.

Judith lo observó. Miró sus ojos que reflejaban un extraño brillo color violeta. Le pareció frágil a pesar de su envergadura. También se sintió bien al ver que tantos años de esfuerzo y entrenamiento habían dado su resultado. Se sintió fuerte.

—Laura me contó que hubo otras chicas muertas. ¿Por qué escenificabais esa puesta en escena?

—Fue por un contacto de Poncelet. Un tipo que le dio la idea de terminar los videos con el montaje de esas escenografías. Decía que eran… tablas no sé qué… una palabra en francés.

—Tableau vivant —aclaró Judith.

—Eso, sí. Querían hacer como cuadros famosos o algo por el estilo. Vi cómo se ponía cachondo cuando preparábamos los cuerpos. La verdad es que era algo extraño. Nunca estaba presente durante la filmación de… ya sabes…

—Mientras abusabais de ellas.

—Sí —dijo él en tono sombrío—. Él llegaba después, cuando ya estaban muertas y se habían ido los demás. El tipo este le compraba la parte del video en la que poníamos a las muertas y las fotos que Petrescu hacía para que se asemejara al cuadro.

—¿Hicisteis lo mismo en otras ciudades? —preguntó Judith.

—No. Solo en Burgos. Allí no sacábamos tanto dinero en los pisos y surgió el tema de las películas. Es una ciudad discreta. Con una estructura social clientelar.

—¿Tú sabes lo que es eso? —preguntó ella sonriendo.

—No. Es lo que repetía Poncelet siempre. No sé, intuyo que algo de favores entre personas influyentes.

—Exacto. Como si fuera la Edad Media.

—Si funciona… —replicó en voz baja—. ¿Acaso era mejor nuestro paraíso comunista? —dijo de repente sorprendiendo a Judith—. ¿Te asombras? Ya veo. Creías esos cuentos. Tú y yo venimos del mismo paraíso soviético, ese maravilloso mundo proletario. Ya ves a dónde nos ha llevado.

—A ti no sé, pero yo no me he convertido en una delincuente.
—Mira como acabó tu hermana. Convertida en puta.
Al oír la palabra puta, Judith le dio un nuevo golpe con el tubo en el estómago dejando a Kalju sin respiración durante una fracción de segundo.
—Sigue con lo que estabas contando. No vuelvas a decir nada de mi hermana —dijo ella esgrimiendo el tubo.

—Vale, vale… entendido —dijo él recuperando el resuello—. Poncelet consiguió por medio de sus contactos una nave en un polígono para hacer las películas. Nadie preguntaba nada si se veía actividad en la nave. Siempre hacíamos las películas en otoño o invierno y allí hace frío ¿sabes? No había miradas indiscretas. La gente terminaba de trabajar y se iban a sus casas. El frío también venía bien para los cuerpos…
—¿A qué te refieres?
—No, nada —dijo Kalju maldiciéndose en su interior por haber dicho esa última parte.
—Habla —dijo Judith esgrimiendo el tubo de nuevo.
—¡Joder! Cuando estaba muerta… El tipo ese… era asqueroso… las tocaba… le gustaba… ¡Joder! Era un maldito enfermo… las… follaba… muertas… Luego nos daba indicaciones de como quería que las pusiéramos en tal o cual sitio. Él los elegía. Pero había que prepararlas. Petrescu se encargaba de todo: los vestidos, los adornos, diseñaba la pose que debían tener. Eso llevaba tiempo, normalmente de un día para otro. Había alquilado un piso en las afueras de Burgos porque tenía una zona de trasteros muy discreta en la parte inferior, junto al garaje. Ahí podía preparar todo. Llevábamos el cadáver para vestirlo, maquillarlo y prepararlo. Petrescu era muy bueno en eso. Había estudiado Arte en Rumanía. Cuando la chica estaba lista la llevábamos al sitio indicado, de noche, y la poníamos. Petrescu hacía los videos, las fotos y se las mandaba a Poncelet y éste al cliente.

—¿Quién era ese individuo? —preguntó Judith ignorando los comentarios sobre Petrescu.
—No lo sé —dijo con nerviosismo al ver que Judith empuñaba con fuerza el trozo de tubo—. Era un ingeniero jubilado. No era muy mayor, no debía llegar a los setenta años. Alto, con una ridícula melena blanca que le crecía a mitad de la cabeza. No le quedaba bien, la mitad de la cabeza calva y luego esas greñas blancas rizadas. Usaba gafas, cuadradas, antiguas. Tenía mala vista.
—¿Cómo? ¿Mala vista?
—Los cristales eran… ¿cómo se dice? Se veían sus ojos muy

grandes.
—Ya —dijo Judith comprendiendo que Kalju se refería a las dioptrías—. Sabes todo eso y no te acuerdas del nombre.
—No me acuerdo.
Judith, sin pensárselo, le asestó un nuevo golpe, en esta ocasión el tobillo derecho. Kalju gritó de dolor.
—Creo que quieres protegerlo —dijo Judith antes de volver a golpear de nuevo.
Él gritó de dolor y apretaba los dientes resistiéndose. Hasta que tras recibir un golpe en la parte superior del pie lo hizo hablar.
—Víctor Becerra… ¡Joder! Se llama Víctor Becerra Terán. Venía desde Madrid. No sé nada más. De verdad.
—Con eso es suficiente.
—Tengo sed… —murmuró Kalju.
—¿Quieres beber? —preguntó Judith observándolo con desprecio.
—Por favor.
Judith fue hasta la cocina. Quitó el filtro del grifo y enchufó el conector de la manguera. Fue hasta el baño y regresó junto a Kalju empuñando el grifo de la manguera en una mano y sosteniendo una toalla en la otra.
—¡No! ¡Eso no! —grito él al adivinar las intenciones de Judith.
—¿Te da miedo el agua?
—¡No! ¡Por favor!
Judith lo ignoró. Abrió el grifo y comenzó a mojar a Kalju. A continuación, le puso la toalla en la cara y, a pesar de los intentos de él por impedirlo, empezó a verter agua sobre la misma. En pocos minutos la toalla estaba empapada y se había pegado al rostro de Kalju dificultándole la respiración y permitiendo que el agua entrara por la nariz y la boca. Él trataba de dar bocanadas de aire sin éxito. Se ahogaba. Cuando Judith comprobó que él no podía más, retiró la toalla. Kalju tosió y maldijo.
—¿Y Petrescu? —preguntó Judith sin dejar de mirarlo a los ojos—. ¿Sigue teniendo el estudio de fotografía en el mismo sitio?
—No lo sé —respondió escupiendo a un lado.
Judith volvió a golpearle el codo lo que motivó un nuevo gruñido de Kalju. Volvió a ponerle la toalla en la cara y abrió el grifo de la manguera.
—¡Está muerto! —gritó él para evitar una nueva sesión de tortura con agua.
—No me lo creo.
—¡Es verdad! ¡No te miento! Murió hace un par de años. Tenía SIDA.

—¿En serio?
—Te estoy diciendo la verdad. Ese tío era homosexual y no tenía cuidado. Se tiraba a cualquiera.
Judith lo observó con calma. Creyó sus palabras.
—Dime, ¿alguna vez sentiste algo mientras acababas con esas chicas? ¿Culpa? ¿Remordimiento? ¿Pena? —preguntó súbitamente Judith.
Kalju la miró sorprendido. Negó con la cabeza. Judith se secó las manos e hizo lo mismo con el tubo. Se acercó de nuevo a Kalju y comenzó a golpearlo con furia. En esta ocasión golpeó una y otra vez en el abdomen. Kalju chillaba, se revolvía, escupía sangre y volvió a orinarse, aunque en esta ocasión la mancha era más oscura. Tenía sangre. Molido por la paliza perdió el conocimiento.
—¿Te duele, cabrón? ¿Disfrutabas cuando las matabas? ¿Pedían que pararas? —le gritaba Judith mientras le seguí golpeando a pesar de que él había perdido la consciencia. Cuando se dio cuenta, se detuvo.
Judith jadeaba por el esfuerzo. Estaba sudando. Miró fijamente el cuerpo inmóvil de Kalju y su lamentable estado.
Mientras esperaba que volviera en sí, Judith cogió el móvil de Kalju y abrió Whatsapp. Revisó los mensajes de Hubert. El último se lo había enviado tres meses atrás, dándole una serie de indicaciones relativas a la recaudación en pisos y locales. Judith escribió un mensaje y lo envió.

Hubert

Tras el último mensaje, Judith hizo una foto del maltrecho e inconsciente cuerpo de Kalju y se la envió a Poncelet. Comprobó que recibió el mensaje. Hubo un momento en el que se pudo ver a Poncelet escribiendo una respuesta, pero se detuvo. Pasados unos minutos el teléfono comenzó a sonar y vibrar. Judith lo sostenía mirando el número entrante. Deslizó el dedo sobre la pantalla y aceptó a llamada.
—Kalju, ¿qué cojones pasa? —dijo Poncelet visiblemente molesto y desconcertado.
—Despídete de tu matón —fue lo primero que se le ocurrió a Judith, quien en realidad no había barajado la posibilidad de tener que hablar con él. No al menos tan pronto.
—¿Quién eres?

—Soy yo.
—¿Quién? Mira, no tengo tiempo para estupideces, dime qué quieres y qué estás haciendo.
—Dentro de poco tiempo tendrás noticias.
—¡Hija de puta! ¿Quién eres? ¿Sabes con quien te estás metiendo?
—Sí, con un cadáver —dijo volviendo a improvisar una respuesta, tras lo cual colgó la llamada.
El móvil volvió a sonar, pero Judith lo desmontó, le extrajo la batería y la tarjeta SIM.

Kalju volvió en sí. Aturdido. Murmurando palabras extrañas en un idioma que Judith no entendió. Poco a poco recuperó la lucidez y se quejó por el dolor que sentía. Miró a Judith.
—¿Cuándo vas a acabar? —le preguntó con un hilo de voz apenas audible—. Sabes que vendrán por ti. Poncelet mandará a alguien. A Popescu. A él le encantará ocuparse de ti.
—Como hizo con mi hermana ¿no? —aseveró Judith dejando a Kalju con una expresión de asombro.
—Vas a pagar por esto.
—¿Cómo murió Inga?
—¿Tu hermana? ¿La subnormal? —dijo Kalju con desprecio—. Ha pasado mucho tiempo.
Judith descargó un golpe brutal sobre cada una de las rodillas con el efecto de producir una sonora fractura. Kalju volvió a aullar. Le apoyó un extremo del tubo en la frente y presionó.
—Cuéntame que pasó y dejarás de sufrir —susurró Judith—. Seguro que te acuerdas, aunque hayan pasado catorce años.
—Vale… vale… Mira… Fue cosa de Helena. Yo no tuve nada que ver. Debes creerme —hizo una pausa y dudó antes de seguir.
—Habla.
—Helena era un diablo de mujer… Tenía gustos muy… extraños.
—¿A qué te refieres?
—Verás… Una vez al mes, Helena pedía que le llevaran una de las chicas. Le gustaba todo ese rollo del sado. Ya sabes: dominación, bondage, o cómo quiera que lo llamen.
—¿Viste lo que pasó? ¿Participaste?
—No participé. Era ella la única que participaba. Poncelet y yo a veces nos quedábamos mirando, o tomando unas copas mientras ella daba rienda suelta a sus gustos. Si yo me quedaba es porque luego había que deshacerse de la chica.
Judith respiró profundamente, cerró los ojos y apretó el tubo en su mano.

—¿Fue aquí? ¿Qué le hizo a mi hermana?
—Sí. Montaba una carpa en el jardín. Ya te digo que era un auténtico diablo. Quería conocer a tu hermana. Le habían dicho que había una sub… una chica especial —corrigió al ver que la mano de Judith se crispó alrededor del trozo de tubo—. Poncelet y yo fuimos por ella a Murcia, al garito donde estaba trabajando.
—Trabajando —murmuró Judith mirando a Kalju con odio.
—No se alegró al ver a Poncelet. Pero él le dio un par de pastillas.
—¿Metanfetamina?
—Sí, claro… lo has leído también. Sí. Él está fabricando y distribuyendo meta. Pero en 2004 estaba en fase experimental. Quería ver si las pastillas funcionaban bien. La verdad es que tu hermana en media hora estaba como una moto. Cuando llegamos aquí se dejó hacer. Además, no paraba de reír, sobre todo al principio, mientras Helena la desnudaba y comenzaba a atarla. Luego ya cambió. Cuando Helena comenzó… ¿de verdad quieres saber todo? Duró toda la noche.
—Sí.
—Le ató los pechos ¿sabes? Apretó hasta que estuvieron rojos, parecían a punto de estallar. Helena comenzó a disfrutar cuando tu hermana empezó a llorar pidiendo que la dejara. Helena había puesto estacas en el suelo y más tarde la ató a ellas. Con brazos y piernas extendidos. La flageló. Le desgarró la espalda golpe tras golpe. Más tarde le aplicó electricidad con una batería en los pezones y… bueno… también en… imagina dónde —dijo él en voz baja temiendo una airada reacción por parte de Judith—. Tu hermana no paró de llorar. La colgó por los pies cabeza abajo y la volvió a flagelar. La suspendió por los pechos… Eso fue nuevo, nunca había visto nada igual. Como tu hermana no paraba de chillar le puso una mordaza de bola. Helena disfrutaba ¿te lo puedes imaginar? Cuando se fue a descansar un rato Poncelet aprovechó para… —observó la mirada dura y fría de Judith y prefirió no terminar la frase—. Cuando terminó, le dio más pastillas. “Para que aguantes hasta el amanecer”, eso fue lo que le dijo. Luego Helena regresó. Le puso una bolsa de plástico en la cabeza y comenzó a restregarle las tetas y el culo con un artilugio muy raro, era como una raqueta de ping pong pero con papel de lija. Helena estaba como loca disfrutando al ver que el dolor la hacía respirar de manera agitada. Cuando veía que no podía respirar más le quitaba la bolsa, dejaba que se recuperara y luego volvía a hacerlo. Hasta que pasó algo inesperado. Tu hermana comenzó a tener convulsiones, a agitarse. Se le pusieron los ojos en

blanco. Poncelet y yo nos acercamos al ver que Helena comenzó a blasfemar. Le echó en cara a Poncelet que hubiera empleado las malditas pastillas. Ella iba a quitarle la bolsa de la cabeza cuando tu hermana empezó a vomitar. Y… créeme… he hecho muchas cosas… malas… pero, Poncelet se acercó y apretó la bolsa alrededor del cuello. Tu hermana siguió vomitando. Hasta a mí se me revolvieron las tripas. Le faltaba aire y lo único que podía entrar por su boca y nariz era su propio vómito, no paró de agitarse y hacer ruidos. Hasta que se quedó quieta. Luego me encargaron que me deshiciera de ella. Le até los pies a unos bloques de hormigón y la arrojé al mar, pero algo salió mal; semanas después apareció flotando.

Kalju guardó silencio. Judith lo miraba. Con una fría indiferencia en la mirada.

—Ahora puedes soltarme —dijo él—. Ya te he contado todo lo que quería saber. Me sueltas y me voy. Te aseguro que no voy a hacerte nada. No te molestaré. Ni le diré nada a Poncelet. No voy a decir que una mujer me ha hecho esto.

Esas últimas palabras actuaron como una descarga eléctrica. Judith lo miró de nuevo.

—сукин сын[32] —exclamó Judith.

Él la miró con terror. Judith volvió a blandir el tubo de acero y empezó a golpearlo una y otra vez. Ya no en las rodillas o los codos. Lo hacía con furia en todo el cuerpo. Se oían los golpes sordos y secos cuando golpeaba el tórax y el abdomen. Se escuchó un chasquido, producido por la rotura de otra costilla. Golpeó las piernas, los pies y la cabeza, lo que motivó que Kalju se desmayara. Judith no paró, dirigió un par de certeros golpes en la entrepierna. Kalju volvió en sí solo para aullar dolorido. Le manaba sangre de una brecha abierta en un lado de la cabeza. Respiraba con dificultad, tenía la cara hinchada, los pómulos aparentemente facturados y un párpado hinchado que desviaba un hilo de sangre que salía una herida en la ceja. Intentó decir algo, pero Judith dirigió un certero golpe a la boca que le destrozó los dientes y le partió los labios. De su boca solo salió un murmullo ininteligible acompañado de un grueso cuajo de sangre y fragmentos de dientes.

—Basta… basta… —articuló torpemente.

—Lo mismo decía yo mientras me violabas y me golpeabas hasta casi matarme.

—Perdón…

—¿Perdón? No hay perdón —sentenció Judith golpeando de nuevo.

Kalju perdió el conocimiento. Judith fue hasta la cocina. Se limpió

las manos ensangrentadas y se lavó la cara. Luego fue hasta el cobertizo del exterior y volvió con un par de botes de disolvente. Se sentó en una silla del salón y esperó a que Kalju recuperara el conocimiento.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó él con voz pastosa cuando tras volver en sí fue consciente de nuevo en la situación en la que estaba.

—Al regresar a Rusia, después de tu paliza, mi novio me abandonó. Pensó que estaba loca por haber puesto en peligro mi vida —dijo Judith mientras abría uno de los botes de disolvente—. Nuestros planes se esfumaron. Nunca más quiso saber de mí. Destrozaste mi vida.

Judith comenzó a verter el disolvente en los muebles del salón. Cuando terminó con el primer bote hizo lo mismo con el otro, pero lo vertió en el pasillo y la cocina. Al acabar regresó junto a Kalju.

—Estás loca —dijo él con dificultad escupiendo sangre a cada palabra—. Hubert te va a encontrar. Igual que a la que escribió el libro. En cuanto regrese de Tailandia estaréis muertas.

—Tú no vas a poder saber si eso va a ocurrir.

—¿Qué vas a hacer? ¿Es por tu hermana?

—Ya te lo dije. Te iba a enseñar lo que se puede hacer con una barra de metal y una manguera.

Judith volvió a darle al botón *play* del equipo de música. La voz de Evgenia Radchenko resonó en el salón a todo volumen. Tras poner la música, cogió la manguera y, con un rápido movimiento, le introdujo la boquilla en la boca apretando hasta la faringe. Kalju intentó moverse, pero debido a los golpes y las fracturas no pudo. Emitió un gorjeo inhumano y comenzó a llorar. Judith abrió el grifo de la cocina de manera que saliera poca agua. Observó a Kalju que gemía, lloraba y se atragantaba con el agua que comenzó a entrar en su cuerpo. A continuación, se dirigió a la entrada y tras encender un trapo que había impregnado en disolvente lo arrojó hacia el pasillo. Las llamas brotaron de inmediato prendiendo en la madera y los muebles del salón. Kalju se revolvía.

—¿Te acuerdas de cuándo nos conocimos? —preguntó ella haciendo una corta pausa—. Estaba embarazada. Esto es por mi hijo. El que mataste.

Kalju la miró con sorpresa. Luego comenzó a aullar. Judith se alejó entonando una de las estrofas finales de la canción:

Иди и пой, теперь ты воин
Теперь в душе лишь жизнь и боль
Все знания обрели покой

Займись судьбой[33]

Sentada en el escúter, Judith envió un mensaje a Laura: “Hecho”. Luego inició la marcha. Desde la carretera observó en el retrovisor escúter como las llamas comenzaban a devorar el tejado. Se dirigió a su apartamento en Benidorm. Quería descansar después de una noche tan larga. Sabía que Laura estaba en ese momento con Jana. Sabía que Hubert Poncelet estaría regresando para acabar con ellas. Tenía que prepararse.

12.

Judith miró la hora en el móvil: 3:30 de la madrugada. Apoyada en la barandilla del balcón miró hacia el exterior. No se veían las estrellas. Un manto grisáceo se desplegaba en el firmamento. El ambiente estaba frío, pero era sobre todo la humedad del Mediterráneo lo que la incomodaba. Parecía que se filtraba entre la ropa llegando hasta los huesos. Llevaba puesta una sudadera rosa e incluso se había puesto la capucha, pero no conseguía entrar en calor. Sostuvo la taza de té con ambas manos, intentando calentarse un poco, pero el efecto fue todo lo contrario: tuvo un escalofrío.

Miró hacia abajo. En la calle, iluminada tenuemente por las farolas, un gato negro pasó corriendo y se refugió debajo de un coche. Algunos murciélagos revoloteaban alrededor de un árbol. Había una calma total en el ambiente. Solo el canto intermitente de un lejano grillo rompía la monótona tranquilidad.

Judith se volvió y miró hacia el interior del piso que estaba a oscuras. También reinaba la calma. Sacó el infusor de té con forma de corazón antes de beber otra vez. Aspiró al mismo tiempo el intenso aroma de la infusión. Miró el infusor que había depositado sobre un pequeño plato. Cerró los ojos y dejó que los recuerdos volvieran a su mente.

Recordó cuando le dieron el alta del hospital y cuando se trasladó a San Petersburgo con su abuela, al pequeño apartamento que esta tenía en la calle de Tallin, cerca del río Neva. El apartamento era el típico Хрущёвка[34], vivienda típica construida durante la época de Khrushchev. La particularidad de dicha vivienda era que se trataba de espacios prefabricados que se acoplaban, como si fuera un juego de construcción, en el edificio.

El apartamento de Rivka tenía treinta metros cuadrados repartidos entre una habitación, baño, cocina, un pequeño salón y una minúscula entrada. Los techos eran bajos, ya que, tras la época estalinista, los diseñadores soviéticos consideraron que los techos altos eran superfluos. Un criterio semejante, en cuanto a las necesidades básicas de los ciudadanos, dio como resultado un baño minúsculo en el que cada centímetro había sido diseñado en función de los movimientos de una persona secándose con una

toalla.
En el baño, puesto que Rivka prescindió de bañera y encargó únicamente una ducha, aún tenía en funcionamiento una lavadora WM 66, una reliquia fabricada en la República Democrática Alemana, que resistía lavado tras lavado el inexorable paso del tiempo sin dar muestras del más mínimo desgaste.
El diseño de la cocina se caracterizaba por la misma sencillez. Seis metros cuadrados era el espacio idóneo para desarrollar las tareas necesarias. En la cocina seguía funcionando el refrigerador Зил-Москва, modelo de 1954, que había traído de su anterior vivienda y que igualmente resistía el paso del tiempo con una eficacia estajanovista. Judith se sorprendió de que todavía siguiera funcionando y se lo comentó a su abuela. “Creo que de alguna manera estamos conectadas. Dejará de funcionar cuando yo me muera” fue el comentario que hizo Rivka tratando de animar a su nieta.
Rivka se había acostumbrado a estos espacios desde que adquirió el apartamento en 1960, año en el que comenzó a trabajar en la Fábrica Mecánica del Tranvía de Petersburgo. Fue suficiente espacio para ella y su hija. Ahora debía compartirlo con su nieta.
El apartamento tenía suelo de madera y había partes en las que crujía con lastimeros sonidos, como si añorara el pasado. Las paredes de todo el apartamento, a excepción de la cocina, estaban decoradas con papel pintado con motivos de filigranas vegetales, pero el paso del tiempo había lo había deslucido. El espacio contenido entre las paredes parecía estar apergaminado, rancio, caduco. En la pared del salón, una alfombra de motivos geométricos con tonalidades, rojas y amarillas, colgaba de la pared, detrás del sofá.
Cuando Judith llegó al apartamento, Rivka la instaló en el dormitorio para que pudiera descansar en la cama. Ella, por su parte, se trasladó al salón y durmió en el pequeño sofá que no había cambiado desde su llegada a la vivienda. Frente al sofá se encontraba el lujo principal de la casa: la *стенка*. Se trataba de un mueble, fabricado en Checoslovaquia, que ocupaba toda la pared dividido en varios armaritos, algunos con puertas de cristal, y cajones, donde Rivka guardaba la vajilla, unos cuantos libros y en un sitio prominente la última foto que tenía de Joan.
Al lado, en una mesa auxiliar, se encontraba un viejo televisor Рекорд B-312 que había adquirido en 1983 y en el que de vez en cuando veía algún programa de televisión. Judith se pasó horas muertas enteras delante del mismo viendo con mirada ausente programas a

los que no prestaba atención.

Durante meses, Judith se limitó a estar en silencio. Pasó días, semanas y meses encerrada en el pequeño y viejo piso de su abuela; con miedo a salir a la calle; agobiada por terribles pesadillas en las que revivía todo lo sucedido: los golpes, el dolor, la humillación, la muerte de su hijo. Los recuerdos la atormentaban de tal manera que llegaba a sentir el sabor de la sangre y los medicamentos en su boca con tal intensidad que parecía ser real. No tenía ganas de vivir. No le importaba si le llegaba la muerte.

Al verla en ese estado, Rivka contactó con Sergei Yurievich Simonov, el hombre con el que Judith iba a casarse y del que estaba esperando un hijo. Sergei fue a visitarla, a regañadientes, solo por complacer la insistencia de Rivka. Pero la visita acabó en un agrio monólogo en el que Sergei le recriminó a Judith una y otra vez que se hubiera expuesto a un peligro tan grande que le había costado el hijo que esperaba. Le dolió que Sergei acabara sus argumentos diciéndole que "había matado a su hijo", sin mostrar mayor preocupación por ella. Judith se derrumbó. No le importó que él rompiera la relación. Pasó más días y más noches enteras llorando. Sin comer, sin dormir, sin querer vivir.

La tensión y el cansancio se cebaron en Rivka, quien a principios de octubre de 2006 sufrió un infarto del que se recuperó pero que la dejó mermada de salud y fuerzas.

Quizás porque Rivka sintió que sus días estaban acabándose, contactó con Iván Sokolóv, antiguo compañero de trabajo de la fábrica. A pesar de los vaivenes de la URSS reconvertida tras la *perestroika* en Comunidad de Estados Independientes y ésta a su vez en Federación Rusa; él, un superviviente como Rivka, consiguió prosperar a costa de emplear medios poco ortodoxos. Atendió el ruego de Rivka de ayudar a su nieta, tras contarle todas las penalidades por las que había pasado.

Iván tenía un hijo: Fyodor Ivanov Sokolóv. Fyodor era veterano de guerra. Había participado en la guerra de Afganistán como miembro del 345º Regimiento Paracaidista. Al volver a Rusia se había retirado a vivir junto a su mujer y sus dos hijos en las inmediaciones de Zaporozhskoye, cerca del lago Ladoga. Apenas tenía contacto con la gente de los alrededores y vivía ajeno a los cambios que se producían de manera vertiginosa. Cuando su padre le pidió que ayudara a Judith al principio se mostró hosco y distante. No quería volver a saber nada de entrenamientos militares. Vivía inmerso en una constante pesadilla postraumática en la que solo la presencia de su familia conseguían mantenerlo cercano a la

cordura.

Pero cuando finalmente entendió la experiencia por la que había pasado Judith, se decidió a ayudarla. En noviembre de 2006 Fyodor comenzó a adiestrarla. La sometió a una disciplina cuartelaria: madrugones, carreras por el campo, incluso si estaba lloviendo o nevando, marchas por el bosque, vivac en el mismo incluso en invierno, horas de natación en el Ladoga tanto con ropa como desnuda sin importar la temperatura. Además, la enseñó a disparar con una pistola que había conservado de su paso por el ejército, arma que Judith aprendió a montar y desmontar incluso a oscuras.

No todo fue este duro entrenamiento. Natalia, la mujer de Fyodor, se ocupó de ella como si fuera una hija. Escuchó su historia, la abrazó cuando lloraba, le curó las ampollas en los pies tras las jornadas de marcha, le alivió el frío de las manos y los pies tras hacer ejercicio bajo intensas nevadas. La alimentó, la arropó en la cama cuando caía agotada tras un día de ejercicio, tan cansada que no podía ni comer.

Con el paso de los meses y semanas Judith recuperó las fuerzas. Regresó a casa de su abuela en mayo de 2007 físicamente transformada: delgada pero fuerte; recuperada por completo de las secuelas de las heridas. Pero aún faltaba una parte importante: las heridas psicológicas. No estaba convencida de que lo que había aprendido sirviera para algo. Tenía muchas dudas, aunque ya no la atormentaban las pesadillas. No contaba con que le quedaba por vivir una experiencia más.

La tarde del 22 de septiembre de 2007 Judith estaba sentada en la cama. Perdida de nuevo en sus pensamientos. Llorando de vez en cuando. Intentaba alejar sus temores pero siempre le ganaban. Después de recoger la mesa de la cocina y tirar los restos de la comida, Rivka se acercó a verla. Se sentó junto a ella en la cama y le cogió la mano. Judith suspiró antes de dejar que cayeran las lágrimas.

—Difícilmente alguien te va a ayudar a conseguir lo que quieres —le dijo Rivka acariciándole la mano—. Cueste lo que cueste deberás pelear tú sola.

Judith le sonrió a su abuela sin entender muy bien sus palabras.

—Voy a descansar un rato —añadió Rivka—. Si quieres luego hablamos.

Judith asintió y observó cómo su abuela salía de la habitación. Escuchó el leve crujido del sofá cuando se acostó y la respiración pesada de su abuela al quedarse dormida. Judith se abrazó las rodillas y siguió perdida en sus dolorosos recuerdos.

Esa tarde Rivka no se despertó.

Judith se sintió zozobrar de nuevo, de repente se veía sola. No consiguió contactar con su madre, por lo que no tuvo ayuda a la hora de preparar el funeral. Iván se ocupó de avisar a algunos conocidos de la antigua fábrica donde había trabajado Rivka.

El día del entierro Judith estaba hundida. No encontraba fuerzas para ir al cementerio. Solo tenía ganas de llorar, acurrucarse en un rincón de la cama y dejar que pasara el tiempo.

—Le prometí a tu abuela que te ayudaría estos difíciles días —le dijo seriamente Iván—. Pero tendrás que valerte por ti misma en cuanto sea posible.

Las palabras de Iván le resultaron muy molestas. A regañadientes se preparó para ir al entierro. Quería que acabara cuanto antes y regresar a la casa de su abuela. Pero con lo que no contaba era con la última lección que su abuela le estaba dando en ese momento.

Tras acompañar al féretro junto a Iván llegó al cementerio. Había varias decenas de personas esperando. Todas eran mayores, de la edad de su abuela. Muchas de ellas mujeres. Ancianos y ancianas lucían con orgullo medallas de época soviética en sus chaquetas y abrigos.

—Son antiguos combatientes de la Gran Guerra Patria —le susurró Iván a Judith—. Camaradas de tu abuela.

Judith no se esperaba esa situación. Abandonó su actitud evasiva y huraña y comenzó a mirar los rostros que estaban frente a ella. Nada hacía sospechar que esas personas hubieran luchado una cruel guerra para liberar su patria. Una anciana sostenía una foto de Rivka tomada durante la guerra, en ella aparecía abrigada, con la cabeza cubierta por una bufanda, con gruesos guantes, un subfusil alemán cruzado sobre el pecho, dos granadas alemanas en el cinturón y sonriendo jovialmente. Al lado de esta mujer, un anciano sostenía un cuadro en el que había una serie de medallas.

—Son las medallas de tu abuela —le dijo Iván en voz baja.

—¿Mi abuela había sido condecorada? —preguntó Judith desconcertada.

—Por supuesto.

—No lo sabía —murmuró ella.

Judith recordaba la historia que su abuela le había contado en el hospital y que, a pesar del coma inducido, recordaba a la perfección. Pero nunca le había dicho nada de esas medallas. Al ver su cara de asombro, Iván le hizo un gesto al hombre que las

sostenía para que se acercara. Cuando estuvo frente a ella, Judith las observó con una mezcla de pena y fascinación.

—La primera por la izquierda es la Medalla de Partisana de la Guerra Patria de segunda clase —le explicó mientras Judith observaba con detenimiento la medalla de latón con las efigies de Lenin y Stalin grabadas en el centro y la leyenda Партизану Отечественной войны[35] alrededor de las mismas—. La siguiente es la Orden de la Guerra Patria de segunda clase —indicó Iván señalando una estrella roja esmaltada sobre rayos plateados en cuyo centro figuraba, sobre fondo blanco, la leyenda ОТЕЧЕСТВЕННАЯ ВОЙНА[36]—. La siguiente, la del pasador con barras de color negro y naranja es la Medalla de la Victoria sobre Alemania —explicó al tiempo que Judith observaba la medalla de latón con la imagen de Stalin y las frases НАШЕ ДЕЛО ПРАВОЕ[37] y МЫ ПОБЕДИЛИ[38] —. Las otras tres —continuó Iván—, son las conmemorativas del 20º, 30º y 40º aniversario de la Victoria en la Guerra Patria.

Judith permaneció en silencio, observando una y otra vez las condecoraciones. Miraba las medallas, luego a Iván y luego a las personas que estaban en silencio junto a la tumba de su abuela.

De repente, uno de los presentes comenzó a entonar, con voz ronca, una melodía. Poco a poco, el resto se unió a la canción y acabaron entonaron una antigua marcha soviética. Al llegar a una estrofa, Judith se emocionó y lloró no tanto por dolor como por admiración a su abuela. Incluso ella misma, tras escuchar la canción, cantó la siguiente estrofa:

> Так пусть же Красная
> Сжимает властно
> Свой штык мозолистой рукой,
> И все должны мы
> Неудержимо
> Идти в последний смертный бой![39]

Al concluir la ceremonia varios de los presentes se acercaron para dar el pésame a la nieta de Rivka Kazlanova. Casi de inmediato comenzaron a contar episodios de la época de partisanos, de las emboscadas, de las hazañas de los camaradas alguno de ellos ausentes desde hacía mucho tiempo. En todas las historias aparecía su abuela. Y no faltó quien recordara su nombre de combate: Devochka.

Judith, emocionada, lo tuvo claro en ese preciso momento: su abuela había sido una gran luchadora. Ella también podría serlo.

En diciembre, tras recoger lo imprescindible y vender el piso de su abuela, se trasladó a España. Le costó adaptarse a las costumbres

y, sobre todo, a la gente; ya que desconfiaba de todo. Estuvo una larga temporada en la zona del Mar Menor. Poniendo en orden sus ideas. Preparando su nueva vida. Tras reflexionar durante varias semanas se instaló en Benidorm. Inició una nueva etapa de su vida, marcada, eso sí, por el constante recuerdo de su hermana desaparecida.

Los pasos de Laura la devolvieron a la realidad. No se volvió, siguió mirando hacia el exterior. Quería sentir como Laura la abrazaba.

—¿Cuánto tiempo llevas despierta? —preguntó Laura con voz ronca al mismo tiempo que la abrazaba y la cubría con el edredón.

—Demasiado —contestó Judith arrimándose a ella sintiendo su calor corporal.

—Podías haberte quedado en la cama.

—No tenía sueño. Te hubiera despertado —dijo Judith.

—No me hubiera importado que me despertaras —le susurró Laura besándole el cuello—. ¿Qué hacías aquí fuera con la humedad que hace?

—Estaba recordando algo… A mi abuela.

Judith se giró y la abrazó. Estuvo un par de minutos abrazada, sintiendo su cuerpo y su calor. Luego se volvió de nuevo y se apoyó en la barandilla.

—Así, que ahí pasaste unas cuantas noches —dijo señalando con el dedo la esquina de un local comercial

—Sí —dijo Laura en tono melancólico—. Ahí conocí a Jukka. No sé…

—Ha sido una suerte encontrar este apartamento. Nos facilita poder vigilar el de Jana —interrumpió Judith—. Espero que el desliz de hoy no sea… Grave.

—Tenemos derecho a tener tiempo para nosotras, ¿no? —aseveró Laura.

—¿No te cansa pasar las noches enteras vigilando? —preguntó Judith.

—Por mí no hay problema. Ya sabes que estuve una temporada viviendo en la calle. Me acostumbré a dormir poco, a estar alerta. Lo único malo…

—¿Qué?

—Lo único malo es saber que estás en la cama. Tenerte tan cerca y no poder estar contigo —explicó Laura.

—моя любовь[40] —susurró Judith.

—Я люблю тебя[41] —añadió Laura.

—Cada día lo pronuncias mejor —dijo Judith sonriendo.

—No es fácil. Con práctica lo lograré.

Judith le acarició la nuca, haciendo que Laura suspirara. Se abrazaron de nuevo.

—Tengo que irme —dijo de repente Judith—. A primera hora de la mañana tengo que atender a un cliente.

—Sí, lo recuerdo. La familia que viene de Vóljov.

—Exacto. Qué bien has pronunciado —dijo Judith.

—Tengo una buena maestra.

—¿No te importa quedarte despierta desde tan pronto?

—No. De verdad. Si la rutina es la de siempre descansaré un poco cuando empiece la jornada. Ya sabes. Niños al colegio, gestiones hasta las nueve y media como muy tarde y a las diez abre la cafetería. Luego pasa el tiempo acompañada de la empleada y siempre hay clientela. Poncelet no se arriesgaría a hacer algo en público. Luego, a las cinco a por los niños al colegio, un poco de parque, lo que implica más gente. A las seis cierra y a casa. Ese es un momento complicado, pero ya estamos las dos aquí.

—Le tienes controlado el tiempo —dijo Judith mientras cogía la mochila, el casco y las llaves del escúter.

—Desde aquí vemos perfectamente la puerta de su casa. Al menor indicio de problemas llamada al 112. También tengo calculado el tiempo de ir hasta su piso. Saltando la valla, entrando en la portería y subiendo en ascensor son cerca de cuatro minutos.

—¿Nos dará tiempo a llegar y detenerlo?

—Seguro. Lo tengo ensayado. Además…

—Además… ¿qué? —preguntó Judith intrigada.

—Tú estás en mejor forma —aclaró Laura sonriendo.

—Depende para qué cosas.

Rieron el comentario de Judith.

Judith, antes de arrancar en escúter, miró hacia arriba en dirección al balcón donde estaba Laura asomada. La saludó con la mano e hizo el gesto de enviarle un beso, que fue correspondido con uno similar y el gesto de corazón hecho con las manos. Puso en marcha el escúter e inició el camino hasta Benidorm. Debía descansar un poco antes de encontrarse con sus clientes. Mientras conducía en la soledad de la noche no podía dejar de pensar en Laura.

13.

Cuando Judith llegó a su apartamento se desplomó sobre la cama. Se abrazó a la almohada pensando en Laura y durmió plácidamente. Se despertó un par de horas después, a las ocho y media. Le pesaban los párpados y sentía un embotamiento inusual causado por el cansancio.

Mientras ponía a hervir agua para preparar un té negro, cogió el teléfono móvil y envió un mensaje a Laura: “Buenos días cariño”. La respuesta fueron varios emoticonos de besos y corazones, seguidos de un texto: “Sin novedad”.

Judith había terminado de vestirse tras su ducha diaria. Se puso un vestido rosa y le envió una foto que se hizo en el espejo a Laura. Recibió enseguida varios corazones y emoticonos de besos. Estaba a punto de contestarle cuando sonó el timbre de la puerta. Le extrañó que a las nueve y cuarto de la mañana alguien llamara.

—¿Quién es? —preguntó en voz alta mientras se acercaba a la puerta.

—Mantenimiento del gas —contestó una voz masculina.

Por la mirilla Judith vio a un hombre vestido con uniforme de trabajo y un maletín de herramientas colgado en bandolera.

—¿Me enseña la identificación? —preguntó ella sin dejar de observar por la mirilla.

El individuo le enseñó un carné con el logo de la empresa y su foto. Dudó un par de segundos pero finalmente abrió la puerta. El operario entró y ella se adelantó para indicarle la ubicación de la cocina.

—La toma de gas está aquí —le dijo señalando el armario donde estaba la caldera.

Judith no se lo esperaba. El individuo, que estaba en ese momento junto a ella, le propinó un fuerte puñetazo en el rostro y la hizo caer al suelo. Intentó ponerse en pie pero todo lo deba vueltas debido al golpe recibido, notó sabor de sangre en su boca y en la nariz. El desconocido la cogió del pelo y la levantó solo para empezar a darle puñetazos en el abdomen y el torso. Judith respiraba de manera jadeante al recibir cada golpe. Cuando terminaron los golpes, el individuo la llevó a empujones hasta el

dormitorio, le propinó un par de puñetazos en el estómago y la lanzó sobre la cama. Judith cayó pesadamente sin apenas poder respirar. Aturdida vio como él sacaba una navaja de la caja de herramientas y se acercaba a ella.

—¿Qué quieres? —preguntó ella incorporándose aturdida.

El desconocido la cogió del cuello y apretó lo suficiente para impedirle respirar. Judith se puso roja. Cuando estaba a punto de desmayarse él aflojó la presión. Le propinó una bofetada y la tumbó sobre la cama.

—Vaya aficionadas. ¿Qué te crees que no sabemos que habéis estado vigilando a Jana para protegerla? —dijo con un extraño acento que Judith no reconoció—. Tú durante el día y Laura por la noche. Queríamos pillaros juntas, a las tres, pero… Mejor así de esta manera. Me lo voy a pasar muy bien contigo.

—¿Quién eres? —preguntó Judith intentando recuperar la lucidez.

—Es una pena tener que acabar contigo —dijo el desconocido introduciendo su mano bajo el vestido de Judith—. Tu hermana, a pesar de todo, era una delicia. No me costó mucho domarla.

—¿Popescu? ¿Eres Dragos Popescu? —preguntó Judith.

—¿Sabes mi nombre? —preguntó él sorprendido.

—No me hagas daño… Por favor… No me hagas nada… —imploró ella con voz quebrada.

—Puedes ponérmelo fácil —dijo él mientras se desabrochaba el cinturón y la cremallera del pantalón—, o resistirte y pasar las peores horas de tu vida.

—¡No! ¡Por favor! —gritó ella mientras se encogía sobre la cama.

Popescu, riendo, se acercó empuñando la navaja.

—Pobrecita —dijo él quitándose los pantalones—. Te aseguro que desearás que acabe pronto. No vas a saber que te hace más daños si el cuchillo o esto —dijo tocándose la entrepierna—. Vamos a saberlo…

No terminó la frase. En el momento en el que tocó una pierna de Judith ella se estiró y descargó toda la fuerza de su cuerpo en la zona genital de Popescu quien lanzó un grito de dolor y se desplomó en el suelo.

—Imbécil —dijo ella—. ¿Pensabas que no iba a reaccionar?

Dolorido y tratando de recuperar la compostura Popescu intentó levantarse. Judith le descargó un puñetazo en la cara alcanzándole el pómulo derecho. Sintió dolor, pero eso no hizo más que aumentar su rabia y hacer que lo siguiera golpeando. Descargó sus

puños sobre el rostro de él y en cuanto tuvo ocasión continuó golpeándole los genitales con los puños y los pies.

Popescu, revolviéndose, consiguió ponerse en pie y golpearla en el estómago, por un instante le quitó el aliento, pero ella no se dejó vencer. Se arrojó sobre él y lo hizo caer sobre la mesita auxiliar del comedor que se partió. Popescu intentó coger una de las patas de la mesa que se había astillado, pero Judith fue más rápida al intuir lo que él iba a hacer y la descargó con fuerza sobre el brazo derecho. La madera astillada penetró en el brazo de él. Judith hizo fuerza apoyando el peso de su cuerpo y logró atravesar el brazo. Popescu grito. Empleando el brazo izquierdo consiguió empujar a Judith y al verse libre se puso de pie. Ella, no obstante, logró alcanzarlo con un certero golpe en una rodilla haciendo que tropezara y cayera. Popescu se arrastró hacia la terraza y se agarró a la barandilla para ponerse de pie. Al hacerlo, la madera que tenía clavada se partió haciendo que chillara de dolor. Con trabajo, empleó la mano derecha que empezaba a tener entumecida, para buscar una daga que tenía oculta bajo el pantalón en una funda tobillera. La cogió y observó cómo Judith se acercaba a él con los puños en alto en actitud de defensa pero dispuesta a golpearlo al menor descuido.

La herida del brazo había dejado un reguero de sangre, y, en la entrada a la terraza había un charco. Judith no lo vio, el sol de la mañana lo tenía frente a sus ojos y la deslumbraba. Pisó la sangre y se resbaló. Cayó al suelo, hecho que aprovechó Popescu para ponerse encima de ella y levantar la daga con la mano izquierda.

Judith consiguió detener el brazo de su agresor en el momento que descargaba el golpe hacia su pecho.

—¡Oh, venga! —dijo él—. Pónmelo fácil.

Judith forcejeaba con todas sus fuerzas, aun así le costaba respirar por el peso que él ejercía sobre ella. Resoplaba y soltaba espuma por la boca debido al esfuerzo. Afortunadamente Popescu solo podía usar un brazo, el otro, el que estaba herido, no dejaba de sangrar. Ella sostenía la muñeca de él con ambas manos y trataba de alejar la presión, pero tan solo conseguía mantener la posición. Sabía que no podría aguantar mucho más, él era más fuerte.

—Aún tengo que ocuparme de otra —susurró él—. Tu amiga Laura. No me podía imaginar que eráis tortilleras. Me hubiera gustado pillaros a las dos juntas. Habríamos pasado un buen rato antes de mataros.

—¡Cabrón! —grito Judith haciendo fuerza con las manos y tratando de mover su cuerpo entero bajo el peso de él.

—No te resistas. A estas horas Hubert estará a punto de cazar a

Jana. La de problemas que ha dado —dijo Popescu mirando a Judith a los ojos—. Nos habéis hecho perder tiempo y dinero. Pero eso lo estamos arreglando.

—¡No! ¡Jana… Laura…! —gritó Judith impotente al ver que no podía quitarse a Popescu de encima.

—Renunțați, nu aveți șansa! Să terminăm aici! Va fi mai ușor, mult mai ușor. Veți vedea că se va termina repede[42] —murmuró Popescu en rumano.

—я никогда не сдамся[43] —dijo Judith mirándolo con rabia.

La punta de la daga comenzó a descender. Cada vez más cerca del jadeante pecho de Judith. Las gotas de sudor de Popescu caían sobre el rostro de Judith. Bajo ella podía sentir la calidez de la pegajosa sangre que manaba de manera lenta pero constante de la herida que él tenía en el brazo. Judith suspiró intentando recobrar fuerzas. Le dolía la cara, la nariz la tenía medio obstruida por la sangre seca del primer golpe, el peso de él sentado sobre su cuerpo no le dejaba respirar bien.

Judith miró hacia el interior del piso. El salón estaba destrozado. La mesita rota, los sillones movidos, algunos libros en el suelo, la pantalla del televisor quebrada y caída, una foto de Inga y de ella estaba en el suelo con el cristal roto, un reloj de Hello Kitty estaba tumbado sobre la estantería. Las diez de la mañana. Le costó pensar que esa iba a ser la hora de su muerte.

Se escuchó un graznido que retumbó por el efecto de eco del balcón. Una sombra de gran tamaño se proyectó sobre los dos.

—чайка —murmuró Judith viendo como la gaviota había acudido a la hora de siempre y revoloteaba cerca del balcón.

Popescu se distrajo. Fue una fracción de segundo. Lo suficiente para aflojar la presión sobre Judith y lo suficiente para que ella, aprovechando la sangre húmeda que había debajo de su cuerpo, la ayudara a deslizarse unos centímetros. Suficiente para golpear con la rodilla la entrepierna de Popescu y hacerlo caer a un lado. Judith golpeó la mano con la que él aun sostenía la daga y se la arrebató. Se puso tras él, le rodeó el cuello con el brazo derecho y, ayudándose de la mano izquierda, apretó impidiendo que él pudiera respirar. Popescu comenzó a toser, a ponerse rojo, a emitir sonidos guturales incomprensibles. Intentaba coger a Judith moviendo el brazo que aún tenía indemne pero ella lo apretó contra la barandilla. Cuando vio que Popescu estaba a punto de perder el conocimiento, aflojo la presión, lo giró de espaldas a la barandilla y cogió la daga del suelo.

—Púdrete en el infierno —le dijo clavándole la daga en el pecho y

empujándolo hacia el vacío.
Judith observó como Popescu se precipitó y se estrelló contra el suelo. Entró en el salón y buscó el teléfono móvil. Llamó a Laura sin recibir respuesta. Salió de nuevo al balcón y vio que numerosa gente se arremolinaba alrededor del cuerpo de Popescu. Llegó un coche de la policía local.
—Vamos Laura, coge el teléfono —dijo en voz alta mientras escuchaba el tono de la llamada.
Volvió a marcar activando el altavoz.

A Judith le dolía el costado derecho por los golpes que había recibido en la pelea. Sospechó que tenía una costilla rota pues le dolía muchísimo cuando respiraba. Se apoyó en la pared para tratar de aliviar esa punzante sensación. Aprovechó esta pausa para arreglarse el pelo, ya que estaba desordenado y enredado. Como pudo lo alisó y se hizo una cola en su larga melena rubia. A pequeños pasos y conteniendo la respiración se acercó al baño. Se miró en el espejo.
—Menudo desastre —dijo al contemplarse.
Tenía un corte sobre la ceja izquierda y sangraba. Uno de sus ojos había recibido un golpe y se estaba formando un derrame que cercaba su pupila azul. También uno de sus pómulos mostraba señales de la lucha y estaba enrojecido por los golpes. Vio los arañazos que tenía en los brazos y las marcas de los dedos de su agresor en su cuello. El vestido estaba desgarrado y cubierto de sangre.
Se limpió la sangre seca del rostro, la de Popescu que impregnaba su parte posterior y se cambió de ropa. Se puso unos leggins negros, una camiseta del mismo color y una sudadera de color rosa. Se calzó unas zapatillas deportivas de color rosa intenso.
—¿Sí? ¿Judith? —escuchó la voz de Laura en el teléfono.
—Laura. Hubert está aquí. Va a por Jana.
—¿Cómo lo sabes?
—Ha intentado matarme… Popescu… uno de los suyos.
—¡Judith! ¿Estás bien?
—¿Tienes controlada a Jana?
—Está en el centro de salud, debe de estar enferma. Todavía no ha salido, estoy enfrente desayunando.
—Voy para allá.
—Judith… ten cuidado.
—Tú también.
A punto de salir de su casa Judith recibió un mensaje de Laura: “No la encuentro. No sé dónde está Jana. La he perdido”.

Judith se arregló lo mejor que pudo y se dirigió al garaje. Se puso el casco y se montó en su escúter de color rosa. Cuando salió por el garaje vio que algunas personas miraban por los balcones del edificio donde vivía. Otras se habían arremolinado y observaban el suelo. También vio como un hombre le explicaba algo a un policía local y este corrió rápidamente al coche patrulla. No lo dudó más y puso rumbo a la playa de San Juan. Había hecho ese recorrido numerosas veces, desde Benidorm hasta la playa hacía cerca de cincuenta minutos en la moto, quizás si no había mucho tráfico, cuarenta. Le comenzaba a arder todo el cuerpo y comenzó a ver menos en un ojo. A pesar de todo, al menos podía conducir el escúter.

Mientras se dirigía a la playa de San Juan pensó en que la idea les había parecido demasiado perfecta. Tenderle una trampa a Poncelet usando a Jana de cebo y cuando apareciera, porque sabían que lo haría, acabar con él. Laura había insistido en hacer el turno de vigilancia nocturno. Pero la noche anterior tuvieron un momento de debilidad y el cansancio les había pasado factura.

Su mente desvió la atención a Laura. Le pareció tan frágil y a la vez tan fuerte. También para ella fue una sorpresa enamorarse. La echaba de menos. Quería estar entre sus brazos y descansar. Le dolía tanto el cuerpo. La ardía la cara. Si tan solo pudiera recibir un beso de Laura para aliviarse.

Cuando llegó a la playa de San Juan se dirigió al centro de salud y recorrió los alrededores. Llamó a Laura pero ésta no contestó. No sabía dónde ir. Si Poncelet quería acabar con Jana no lo haría en la calle. «¿Se la llevará al piso?» pensó Judith, pero de inmediato descartó esa idea. «Su estilo es más de dejarla tirada en algún sitio. Quizás la vaya a arrojar al mar», pensó a continuación. Entonces tuvo la intuición de que la zona del cabo de las Huertas sería la más apropiada para hacer desaparecer un cuerpo. Arrancó de nuevo el escúter y se dirigió hacia la zona donde terminaba la playa.

Judith los vio a lo lejos. Poncelet estaba sobre Jana y forcejeaba con ella. La tenía inmovilizada y con una mano la estaba ahogando. Corrió hacia ellos al mismo tiempo que sacaba la pistola que llevaba oculta en la cintura. La amartilló y cuando se encontró a unos veinte metros, se detuvo, apuntó, aguantó la respiración y suavemente apretó el gatillo. El disparo retumbó como si fuera un trueno.

Judith, desde la distancia, escuchó como Jana tosía e inhalaba

aire de manera desesperada. La vio forcejear y como Poncelet caía a su lado en la arena apretándose el costado izquierdo, a la altura del abdomen, y cómo entre sus dedos escurría sangre.

—Merde! –exclamó Poncelet mirándose sorprendido el abdomen.

Jana, aprovechó la confusión para arrastrarse por la arena lejos de él, mirando en dirección al paseo, momento en el que vio a Judith que se acercaba a donde ellos estaban.

Judith, empuñando la pistola, no le quitaba la vista de encima a Poncelet. Volvió a disparar y lo alcanzó en el hombro derecho. Él chilló por el dolor.

—¿Quién cojones eres? –dijo aterrado mirando a la mujer que estaba cada vez más cerca.

Un nuevo disparo que alcanzó en esta ocasión la rodilla izquierda de Poncelet, quien de nuevo emitió un chillido. Jana, no pudo evitar mirar y se percató que las heridas eran grandes. Judith había preparado balas de punta hueca para poder causarle el mayor dolor posible.

Cuando llegó junto a ellos miró a Jana.

—Soy Judith Rezinkova —dijo con marcado acento eslavo—. Conocí a Jukka. Conozco a Laura. Tranquila.

Jana la observó. Le llamó la atención el rostro serio, con rictus severo y una profunda mirada fría de ojos azules que parecían témpanos de hielo.

Judith se dirigió a Poncelet que estaba tumbado en la arena boca arriba y boqueaba pesadamente. De las heridas manaba sangre que empezaba a formar un charco bajo él. Judith lo miró con desprecio. Observó el entorno. Un ambiente frío. Gris. Vio a unas personas asomadas en las ventanas del edificio más próximo. Una de ellas estaba hablando por teléfono. Intuyó que estaría avisando a la policía y sabía que llegarían de inmediato pues se había cruzado con una pareja de Policías Municipales que patrullaban en moto por la Avenida Costablanca. Era cuestión de minutos que llegaran. No podía perder tiempo.

—¿Quién eres? –volvió a preguntar Poncelet.

Judith se acercó y se puso en cuclillas junto a él.

—¿Te acuerdas de Inga?

—¿Inga? –preguntó él sorprendido y desconcertado–. No recuerdo a ninguna Inga… ¡Ah! Espera. La tullida… Sí, la subnormal.

Judith lo miró a los ojos con rabia.

—Soy su hermana.

—Tú… tú deberías estar muerta –dijo él.

Al mismo tiempo que decía esto, sin que Judith se diera cuenta, cogió el cuchillo que estaba debajo de él y, con un movimiento rápido, lo clavó en el costado derecho de Judith quien apenas pudo evitarlo. Ella, herida, se puso en pie y vacío el cargador de la pistola en el pecho y cabeza de Poncelet.

En ese momento llegó Laura corriendo.

—Jana, ¿estás bien?

—¿Estás loca? ¿Me has usado como cebo? —preguntó Jana indignada con voz ronca.

—Perdóname Jana —dijo Laura—. Queríamos acabar con él. Perdóname por usarte.

—Laura, casi me mata —le recriminó Jana.

—Lo siento, lo siento…

Judith se volvió y miró el mar. Respiró con dificultad. Se volvió a llevar la mano al costado derecho del abdomen y la retiró ensangrentada. Tuvo un rápido pensamiento: «El hígado… Se acabó». Miró a su alrededor empuñando aún la pistola. Las voces de Laura y Jana, que seguían discutiendo, le llegaron como si estuvieran muy distantes. Jana seguía recriminándole a Laura que la hubiera utilizado de señuelo.

Las nubes se habían comenzado a retirar y el sol, de manera muy tímida, comenzaba a calentar el ambiente. Judith sintió ese tenue calor en el rostro. Se volvió y miró hacia los edificios. Las personas que había visto seguían hablando por teléfono. Jana seguía gesticulando enfadada. Laura estaba quieta y aguantaba los reproches. Tenía el semblante serio. A lo lejos se escuchó el sonido de una sirena. Judith soltó la pistola. Se giró de nuevo en dirección al mar y comenzó a caminar. Dio un par de pasos y cayó de rodillas. Le costaba respirar.

—¡Judith! —gritó Laura.

Laura llegó corriendo a su lado, seguida de Jana.

—Inga ya puede descansar –dijo Judith.

—No digas nada —le susurró, luego se dirigió a Jana—. Por favor, llama a una ambulancia.

Jana estaba paralizada, pero reaccionó y marcó el número de emergencias informando de lo que había ocurrido. Cuando terminó de hablar vio como por el paseo marítimo llegaban dos motos de la Policía Local con las luces azules encendidas.

Judith tosió. Salió sangre por su boca.

—Laura, tengo frío —dijo Judith.

Laura la abrazó.

—Estoy aquí —le limpió la sangre con su jersey y le arregló el pelo—. Ya está, ya no podrá hacer más daño.

Jana se acercó y cogió la mano de Judith.

—Había que hacerlo así —dijo Judith tras lo cual tosió lastimosamente.

—Pero… ¿quién eres? —preguntó Jana—. ¿Por qué has venido aquí?

—He acabado lo que Jukka empezó —dijo mirando a Jana y esbozando una sonrisa—. Ahora todas somos libres.

—No entiendo —dijo Jana mirando a Judith y a Laura.

—Laura ¿Te acuerdas en la casa? —murmuró Judith—. La música… la canción... I get this feeling I'm in motion —dijo tosiendo sangre.

Laura la mantenía abrazada y le acariciaba la cabeza. Jana, sentada junto a ellas, observaba en silencio. Los policías llegaron a dónde estaban.

—A sudden sense of liberty… —continuó Judith—. Hace frío. Tengo mucho frío. Quiero descansar. Hace frío. Mira… —exclamó intentando señalar en dirección al horizonte.

Judith abrió los ojos todo lo que pudo, su mirada azul se perdió en un punto imaginario que solo ella sabía interpretar. Luego, tembló por efecto de una convulsión, tosió y dejó de respirar, con la mirada perdida y una plácida sonrisa en los labios.

CRÉDITOS DE CANCIONES.

Ys Atlov. (2014) “True faith” (Versión de New Order). Le Réservoir, Paris (25/11/2014) Recuperado de: https://www.youtube.com/watch?v=g6Zu0V6FVdw

Visions of Atlantis. (2018). “The Deep & the Dark” en *The Deep and the Dark* [CD]. Eisenerz, Austria: Napalm Records

Septem Voices. (2017). Воин. En Суть [CD]. Ufa, Rusia. Independiente.

Pavel Grigorevich Gorinshtejn y Samuel Yakovlevich Pokrass (1920). “Красная Армия всех сильней” en *The Soul Of Russia - The Ultimate Collection*. [CD] París, Francia: FGL Productions (2000).

DANIEL C. NARVAEZ

Profesor en la Universidad de Burgos, imparte la asignatura Narrativa Audiovisual en el Grado en Comunicación Audiovisual y Cine y espacio arquitectónico en el Máster en Patrimonio y Comunicación. Ha publicado numerosos libros y artículos académicos relacionados con el cine. Es autor de las novelas *Horizonte vacío* y *Siete días*.

[1] De los muertos no se habla mal.
[2] Disfruto cada día, vivo en este hermoso lugar. ¡Aquí me siento como en casa! Dejé de comparar cuánto estoy más fresca y más tranquila aquí, y simplemente disfruto los minutos, las horas y los días. Tengo la sensación de que estoy en el camino correcto. No sé cómo se desarrollará mi vida, pero en este momento: ¡Estoy feliz!
[3] Referencia a la novela *Siete días*.
[4] Lucha con todas tus fuerzas, pequeña.
[5] Emisario de la Muerte.
[6] Alégrate muchacha. Hemos llegado. Os vamos a liberar de comunistas y judíos.
[7] ¡Judío! ¡Judío!
[8] ¡Otra judía! ¡Otra judía! ¡Muchachos, hay otra judía!
[9] ¡Alto! Es suficiente. No nos ensuciamos con los subhumanos.
[10] Tautinio Darbo Apsaugos (Guardia Laborista Nacional).
[11] Muchacha.
[12] Mamá, mamá.
[13] Por favor, no me dispares.
[14] Tranquilo. Va a ser rápido.
[15] ¡No pasarán!
[16] Vamos hermanita, más fuerte.
[17] ¡A tu salud!
[18] Estás borracha.
[19] Quieres irte más no me, no me llevas / No me, no me llevas, no me, no me llevas / Tu cara, y el amor del tilo, / Me recuerdan tus ojos.
[20] Comienza a hacer algo de frío.
[21] ¿No es hora de tomar algo?
[22] Ven, toma mi mano, toma mi corazón / Mantenme a salvo, mantenme caliente / Ellos toman mi orgullo, toman esta vida / Pero no se llevarán mi alma.
[23] Laura… Gracias por hacerme reír. Laura, te amo.
[24] Mamá, te echo de menos, ayúdame.
[25] ¿Quieres ver a tu mamá?
[26] Aquí está tu mamá.
[27] ¿Qué ocurre?
[28] Tiene fiebre. No te preocupes.
[29] Puta.
[30] Gracias, pero he pagado por 15 minutos y he perdido este tiempo mientras la limpiabas. Voy a necesitar más tiempo.
[31] ¡Bastardo! ¡Hijo de puta! ¡Te voy a matar!
[32] Hijo de puta.
[33] Ven y canta, ahora eres un guerrero; ahora en el alma sólo hay vida y dolor; todo el conocimiento encuentra la paz; cuida del Destino.
[34] Khrushchyovka.
[35] A un partisano de la Guerra Patria.
[36] Guerra Patria.
[37] Nuestra causa es justa.
[38] Hemos vencido.
[39] Así que, soldados del Ejército Rojo / empuñemos magistralmente / las bayonetas con nuestras manos encallecidas por el trabajo. / Todos nosotros debemos / impetuosamente / ¡Marchar hasta la batalla final!

[40] Amor mío.
[41] Te quiero.
[42] ¡Ríndete, no tienes oportunidad! ¡Vamos a terminar aquí! Será más fácil, mucho más fácil. Verás que terminará rápidamente.
[43] Nunca me rendiré.